

BARJAVEL

LOS CAMINOS

A

KATMANDÚ

Lectulandia

Tiempos de cambio, en que los padres ven a sus hijos rebelarse con furia y éstos, en una búsqueda incesante, eligen la violencia, la marginación o la evasión hacia regiones lejanas. De todos los rincones del planeta miles de jóvenes peregrinos acuden a Katmandú en busca de la felicidad y paz que promete el misticismo hindú.

Entremezclados con estos viajeros encontramos a los personajes de esta novela. ¿Qué van a buscar? ¿La ilusión de un Dios asequible, la libertad de vivir como se les antoja, o tal vez la droga, que en Katmandú se puede consumir sin restricciones? Para muchos será un viaje hacia la propia destrucción. Los caminos a Katmandú es un libro apasionante, de permanente interés, que testimonia con valentía un momento singular y único en la evolución de la sociedad contemporánea.

Lectulandia

René Barjavel

Los caminos a Katmandú

ePub r1.0

Lipa 08.07.15

Título original: *Les Chemins de Katmandou*

René Barjavel, 1969

Traducción: Enrique Molina

Editor digital: Lipa

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Quienes lleguen a Katmandú no reconocerán lo escrito en este libro.

Quienes sigan los caminos que llevan allá, no reconocerán los caminos de este libro.

Cada uno sigue su camino, que no es igual a ningún otro, y nadie desemboca en el mismo lugar, ni en la vida ni en la muerte. Este libro no pretende dar una idea de la realidad, sino aproximarse a la verdad.

La de Jane, y la de Olivier, cuya historia nos cuenta.

Ardía un incendio tras la niebla. Jane veía su luz vaga arriba y a la derecha del parabrisa. Lo cual daba a la difusa imagen encuadrada en el vidrio la apariencia de una película velada por un rojo destello de sol. Pero a uno y otro lado del auto, la niebla gris continuaba fluyendo lentamente, como en el fondo de un río en el cual volcaran los desagües desde la eternidad.

Jane no sabía dónde se encontraba, no sabía qué era lo que ardía, comenzaba a no saber ya quién era ella. Hubiera querido no saber ya nada, nada, nada, y que el mundo entero se quemara y cayera sobre ella para aniquilar en su cabeza lo que había visto, lo que había oído, el rostro de pronto fijo de su padre, el gesto de sorpresa interrumpido, las palabras de la Otra, la mano, la risa de la Otra, la mirada perdida de su padre, toda la escena ya inmóvil, grabada para siempre, en blanco y negro, en el fondo congelado de la memoria.

¿Por qué había abierto aquella puerta? ¿Por qué? ¿Por qué? Ya no sabía más por qué, ni sabía más qué, ni sabía más... Salió de su casa a la carrera, mordiéndose los labios para no gritar, se precipitó en su auto, chocó contra el paragolpes del auto de adelante, contra el de atrás, hizo chirriar los frenos ante un ómnibus color sangre velada, se sumergió en el río de la niebla gris. ¿Desde hacía horas, días tal vez, desde cuándo? No había más día ni tiempo, marchaba, se detenía, volvía a partir, con la mirada fija en el halo de los focos del auto que le precedía lentamente, que se detenía y de nuevo partía, en el fondo del río muerto que ahogaba a la ciudad.

Los focos que la precedían se detuvieron y no siguieron más. El resplandor rojo, arriba y a la derecha del parabrisa, palpataba. En el río gris, fuera del coche, había ruidos de campanas y sirenas ahogadas, gritos y palabras, silbatos envueltos en algodón. Jane salió de su auto sin detener el motor. Era un hermoso modelo deportivo, color limón, al que la niebla cubría como una funda de tela sucia. Jane bajó y se fue dejando la puerta abierta. Llegó hasta la vereda. La verja de un jardín frente a una casa la detuvo. Continuó a lo largo de la reja. La niebla era una de las más espesas que jamás hubiera destilado Londres. Olía a hollín, a petróleo crudo, a tacho de basura y a rata. Se posó sobre Jane, la enlazó con sus brazos mojados, helados, besó sus ojos de color de hierba, puso lágrimas en sus pestañas, empapó sus cabellos, les dio el color de la caoba lustrada, descendió con ellos sobre sus hombros y mojó su vestido.

Jane no sentía ni el frío ni el olor de la lluvia. Marchaba a lo largo de una reja frente a una casa, luego otra vez a lo largo de una reja frente a una casa, y luego otra vez y otra, ante la reja interminable, siempre la misma. No veía ni el comienzo ni el fin, sólo tres barrotes a la vez, con el borde del ojo izquierdo; el río gris ahogaba el resto.

Su corto vestido de seda verde, empapado, bajo el cual sólo tenía un *slip* color naranja, se había tornado casi transparente, modelaba sus caderas apenas dibujadas, sus pequeños senos tiernos que el frío crispaba. Marchaba a lo largo de una reja, y de otra reja... Chocó con una sombra, pesada, más alta y más ancha que ella. El hombre

la miró de muy cerca y la vio desnuda bajo la niebla. Ella quiso seguir pero él extendió un brazo ante ella y entonces se detuvo. La tomó de la mano, la condujo al extremo de la verja, penetró con ella en un estrecho camino bordeado de árboles, la hizo descender algunos escalones, abrió una puerta, la empujó dulcemente hacia una pieza y cerró la puerta tras ellos.

La pieza estaba a oscuras y olía a arenque ahumado. Apretó un botón. Una débil bombilla se encendió en el techo, rodeada por una pantalla rosa. Contra la pared, a la izquierda, había una cama angosta, cuidadosamente tendida, recubierta por una colcha de *crochet* blanco, cuyo dibujo representaba ángeles con trompetas, y que pendía a los lados con puntas de rombos terminadas en borlas. El hombre dobló la colcha y la colocó sobre el respaldo de una silla a la cabecera de la cama. Sobre la silla había una radio y un libro cerrado. Oprimió el botón negro de la radio y los Beatles llenaron la pieza con sus cantos. Al oírlos, Jane sintió que le daban una especie de calor interior, un consuelo familiar. Permanecía de pie cerca de la puerta, inmóvil. El hombre se acercó, la tomó de la mano, la condujo hasta la cama, la hizo sentar, le quitó su *slip* y le abrió las piernas. Cuando se tendió sobre ella, Jane comenzó a gritar. Él le preguntó por qué gritaba. Ella no sabía por qué gritaba. Y no gritó más.

Los Beatles habían dejado de cantar, reemplazados por una voz triste y mesurada. Era el Primer Ministro. Jane no decía nada. El hombre jadeaba discretamente sobre ella, dedicado con cuidado a su placer. Antes de que el Primer Ministro comenzase a enumerar las malas noticias, el hombre se calló. Al cabo de unos segundos suspiró, se levantó, se limpió con el *slip* naranja caído al pie de la cama, fue hasta la mesita próxima a la hornalla de gas, vació en un vaso lo que restaba de la botella de cerveza y bebió.

Volvió junto al lecho, hizo levantar a Jane con gestos y palabras amables, subió con ella los escalones, la condujo hasta el extremo del estrecho camino con árboles, la acompañó algunos pasos a lo largo de la verja, luego la empujó dulcemente en la niebla. Por un instante ella fue sólo un pálido esbozo verde, después desapareció. Él permaneció allí, inmóvil. Conservaba en la mano el *slip* naranja que, en el extremo de su brazo, parecía el vaporoso fantasma de una pequeña mancha de alegre color. Se lo metió en el bolsillo y regresó a su casa.

Sven estaba en Londres desde hacía dos semanas. Era la primera etapa de su viaje. No conocía Londres, pero había hallado refugio junto a unos amigos, una pareja de *hippies* alemanes, que lo familiarizaron con los lugares simpáticos de la ciudad. Estos habían ido a Londres porque era la ciudad de la juventud, pero él había salido de su casa para ir mucho más lejos.

Todas las tardes iba a Hyde Park, se sentaba al pie de un árbol y disponía alrededor de él sobre el césped imágenes de flores, de pájaros, del Buda, de Jesús, de

Krishna, de la media luna musulmana, del sello de Salomón, de la svástica, de la cruz egipcia y de otros rostros o símbolos religiosos dibujados por él mismo sobre papeles de todos colores, así como una foto de Krishnamurti joven, hermoso como Rodolfo Valentino, y una de Gourdieff con su cráneo desnudo y sus bigotes de cosaco. Esos papeles multicolores parecían la hierba florecida alrededor de él, y testimoniaban a sus ojos la multiplicidad florida y alegre de las apariencias de la Verdad Única. Una verdad que sabía que existía y quería conocer. Era su razón de vivir y el motivo de su viaje. Había dejado Noruega para ir en busca de Katmandú. Londres era su primera etapa. Katmandú se encontraba al otro lado de la Tierra. Para proseguir su viaje le faltaba, al menos, un poco de dinero. En medio de sus papeles floridos colocaba un cartel con esta inscripción: «Tomad una imagen y dad una moneda para Katmandú». Sobre el letrero ponía una caja de conservas vacía, se sentaba con la espalda apoyada en el tronco del árbol y comenzaba a cantar canciones que inventaba acariciando su guitarra. Eran canciones casi sin palabras, en las que algunas siempre se repetían: Dios, amor, luz y los pájaros y las flores. Para él todos esos términos designaban la misma cosa. El rostro común de todos ellos era lo que esperaba descubrir en Katmandú, la ciudad más santa del mundo donde todas las religiones del Asia lindaban y se confundían.

Los londinenses que pasaban no sabían dónde quedaba Katmandú. Algunos creían que el nombre que leían sobre el cartel era el de ese muchacho de barba rubia y largos cabellos, hermoso como debió serlo Jesús adolescente, durante los años misteriosos de su vida, cuando nadie sabe dónde estuvo, y cuando quizá simplemente lo ocultaba para protegerse mientras florecía, demasiado tierno y demasiado hermoso, antes de convertirse en un hombre lo bastante duro para ser crucificado. Durante algunos instantes escuchaban la canción nostálgica de la cual sólo comprendían algunas palabras, contemplando a ese muchacho tan bello y tan luminoso, con su corta barba de oro rizada y sus largos cabellos, y su guitarra cuya madera estaba gastada en el lugar donde se movían los dedos de la mano derecha, y las flores de veinte colores posadas alrededor de él. Comprendían que ellos no comprendían, que algo, ahí, se les escapaba. Sacudían un poco la cabeza, experimentaban una especie de remordimiento y dejaban algunas monedas antes de irse y olvidar muy pronto la imagen de ese muchacho y el aire de su canción, para que tales cosas no perturbaran sus vidas. Los que adquirían uno de los papeles floridos lo miraban al irse sin saber qué hacer. Separado de los otros, el papel les parecía menos alegre. Era como una flor cortada al pasar, entre otras flores, y que de pronto, en la punta de los dedos, no es más que una cosita insignificante, y que muere. Lamentaban haberlo comprado, no sabían cómo deshacerse de él, lo plegaban y lo metían en su bolsillo o en su cartera, o bien lo arrojaban rápidamente en un cesto de desperdicios.

Las mujeres, a veces —algunas mujeres fatigadas y ya no muy jóvenes—, contemplaban a Sven largamente y envidiaban a su madre. Y se inclinaban para deslizar en la caja una moneda de plata.

La madre de Sven ignoraba dónde estaba su hijo. Tampoco se preocupaba por saberlo. Ya tenía edad para ser libre y hacer lo que quisiera.

Aquella tarde estaba sentado en el lugar de costumbre, había dispuesto sus dibujos floridos, su cartel y su caja vacía, y había comenzado a cantar. La niebla le cayó encima de golpe. Recogió su jardín, se puso el capuchón de su *duffle-coat*, y siguió cantando, no con la esperanza de recoger algunas monedas, sino porque también hay que cantar en la niebla. La humedad distendía las cuerdas de su guitarra, y por fracciones el tono descendía a la melancolía del menor. El fondo del río lento hizo surgir ante él el cuerpo de Jane. A la altura de sus ojos vio pasar el borde de su vestido de ahogada, sus largas piernas mojadas, una mano abierta que pendía. Miró hacia arriba, pero lo alto del cuerpo y la cabeza se fundían en el agua gris. Cogió la mano helada en el momento en que iba a desaparecer, extrajo el cuerpo y descubrió el rostro de Jane. Era como una flor que se abre después del crepúsculo y que cree que sólo existe la noche. Sven comprendió al instante que debía enseñarle el sol. Se quitó el *duffle-coat*, se lo colocó sobre los hombros y lo cerró cuidadosamente alrededor de ella y del calor que le daba.

El señor Seigneur se alzó sobre un codo y trató de sentarse al borde de la cama. No lo logró. Todo el peso de la Tierra estaba sobre su vientre y lo aplastaba contra el colchón. ¿Pero qué es lo que tenía? ¿Qué es lo que había allá adentro? No, no era el... No, no era un... No, ni siquiera había que pensar en esa palabra. El médico había dicho entero cualquier cosa, congestión, adherencias. Enfermedades que se curan. No el... Ni pensar en eso. Hay que cuidarse, tener paciencia, será largo... Pero hoy todo se cura, el progreso de la medicina es importante. Ya no es como antes, cuando los médicos no sabían. Tomaban el pulso. «Saque la lengua». ¡La lengua! La pobre gente que vivía en ese tiempo. Hoy en día hay tratamientos. Los médicos han hecho estudios. Saben, me han hecho análisis. Han visto bien que no era. El doctor Viret es un buen médico. Es joven, enérgico.

El señor Seigneur miró la mesa de luz sobre la cual se levantaba el apretado conjunto de cajas de medicamentos, como una reducción maciza de los rascacielos de Nueva York. El señor Seigneur había leído todos los prospectos de las cajas. No había comprendido muchas palabras, hasta incluso le costó leerlas. Pero los médicos comprenden. Han estudiado, saben. Lo cuidan a uno. Los prospectos están escritos por sabios. Es algo serio. Los médicos, los sabios, eso es el progreso. Lo moderno. Con ellos no se corren riesgos.

El señor Seigneur se dejó caer sobre la almohada. Su rostro estaba cubierto de sudor. Su enorme vientre no había querido desplazarse. Y del otro lado de su vientre apenas sabía si todavía tenía piernas. Llamó a la señora Muret, la sirvienta. Pero la cocina donde la señora Muret se hallaba preparando el desayuno estaba llena de Mireille Mathieu que gritaba su pena con su voz de cobre porque el hombre al que

amaba acababa de tomar el tren. Le gritaba que jamás lo olvidaría, que lo esperaría todos los días y las noches de su vida. Pero la señora Muret sabía bien que no regresaría. Un hombre que toma el tren sin darse vuelta, ese hombre no regresa nunca más. Sacudió la cabeza, probó la salsa que preparaba y agregó un poco de pimienta. Mireille llegaba al final de su último sollozo. Hubo un centésimo de segundo de silencio durante el cual la señora Muret oyó el llamado del señor Seigneur.

Tomó su transistor y abrió la puerta de la pieza. Era un lindo pequeño transistor, japonés, forrado con cuero, con agujeros en uno de los lados, como un colador. Martine se lo había regalado. Ella jamás hubiera osado comprarse uno, siempre con los centavos justos. La madre de Olivier a menudo se atrasaba en enviarle los giros. Felizmente, desde que el señor Seigneur estaba enfermo, con la señora Seigneur atendiendo el negocio, la tomaban por toda la jornada, a cuatrocientos francos por hora, lo que daba un buen ingreso semanal, con el almuerzo incluido. A la noche se llevaba lo que quedaba, para Olivier. De vuelta en su casa, lo ponía en el gas y lo arreglaba un poco, le agregaba salsa o papas, para que tuviera el aspecto de un plato nuevo recién hecho para los dos. Siempre resultaba muy bueno. Era una excelente cocinera. Olivier no se fijaba en ello, acostumbrado a su buena cocina lo encontraba natural. Lo esencial es que él se portaba bien. Ya era casi un hombre, y tan hermoso y amable. Ella tenía mucha suerte, era una gran dicha.

No se separaba nunca de su transistor. Desde que lo tenía ya no estaba más sola. Desaparecieron esos silencios terribles en los que uno se abandona a la reflexión.

Era toda la vida, todo el tiempo a su alrededor. Sin duda, las noticias no siempre son buenas, pero ya se sabe que el mundo es como es, no tiene explicación, nada se puede contra eso, lo esencial es hacer bien su tarea y no causar mal a nadie. Si cada uno hiciera otro tanto las cosas andarían menos torcidas. Y después había todas esas canciones, todos esos chicos y chicas, tan jóvenes, que cantaban el día entero. Eso le calentaba el corazón. Ella jamás supo cantar. Nunca se atrevió. Entonces, escuchaba. De tanto en tanto, cuando un muchacho o una muchacha repetía una canción ya oída muchas veces, se dejaba llevar, alegremente, a tararear un poco con él o con ella. Pero enseguida se detenía. Sabía que su voz no era linda.

Un coro de anunciadores penetró con ella en la habitación del señor Seigneur.

—«¡Las pastas Petitjean son las únicas que contienen nutriente!».

El señor Seigneur gimió.

—¿No podría parar un minuto ese aparato?

—Sí, sí —dijo la señora Muret, conciliadora—, enseguida. ¿Qué pasa?

—«Gracias al nutrimento las pastas Petitjean alimentan sin engordar».

—Vaya a buscar a mi mujer. Necesito la bacinilla.

—Ni pensarlo, a esta hora, cuando hay más ventas. Apenas se da abasto con las dos pequeñas. Yo se la alcanzaré.

Depositó el transistor sobre la mesa de luz junto a los rascacielos.

—Cuando se está enfermo no hay que tener vergüenza. Póngase de costado. Un

poco, así, un poco más. Vuélvase ¡Ya está!

—«Gracias al nutrimento que disuelve las féculas las pastas Petitjean nutren sin perturbar las células del cuerpo».

—Se las haré probar —dijo la señora Muret—. Le diré a la señora Seigneur que traiga un paquete del almacén. Es lo que usted necesita, con su vientre.

Ahora era Dalida quien cantaba, trágica. También había sido abandonada. Se diría que las mujeres fueron hechas para eso, las desdichadas. La señora Muret se preguntó si le llevaría a Olivier un paquete de pastas Petitjean, con queso rallado y un buen trozo de manteca. Olivier necesita alimentarse más. Se había desarrollado muy rápido y trabajaba tanto. Bien quisiera ella que aumentase un poco de peso.

Olivier se detuvo. Algo se movía a su derecha, sobre el césped, una palpitación clara que prendía sobre el fondo oscuro de la hierba helada los restos de los últimos resplandores del crepúsculo. Era una paloma herida que intentó huir al aproximársele él. Olivier la levantó con precaución. Sus dedos se hundieron en el plumaje tibio y sintieron el precipitado latir del corazón. Entreabrió su sacón canadiense de pana marrón y colocó el ave asustada en el calor de la lana.

Se produjo una súbita claridad. Los proyectores acababan de encenderse sobre el Palacio Chaillot, sus jardines y sus juegos de agua. Olivier veía la colina iluminada, encuadrada por los pilares sombríos de la Torre Eiffel, como un decorado teatral que espera la entrada del primer personaje. Respiró profundamente, exaltado por la luz y la soledad. El Campo de Marte aparecía desierto y oscuro. La noche ceñía alrededor de él su esfera infinita, de frío, de desgracia, de injusticia. Y Olivier estaba ahí, de pie, frente a la luz, en el centro de ese mundo negro cuyo rumor confluía hacia él de todas partes, como la queja de un enfermo. Y, ante él, esa luz hacia la cual bastaba marchar alzando la cabeza. La noche, la injusticia, la desgracia serían expulsadas, la luz llenaría el mundo, no habría más hombres explotados por los hombres, más mujeres agotadas, lavando interminablemente la vajilla, más niños que lloran en los tugurios, más pájaros heridos... Habría que expulsar a la noche, terminar con la noche, con la negrura, con la injusticia, llenar todo de luz, Había que *querer* hacerlo. Había que hacerlo. Lo harían...

La Torre se iluminó irguiendo hacia el cielo su larga pierna rojiza. Olivier tuvo que curvarse hacia atrás para ver la punta donde el faro giraba entre las estrellas. El cielo estaba claro, la noche sería fría. Olivier deslizó su mano derecha por la abertura de su blusón para impedir que la paloma cayese, y se dirigió a la casa de Patrick. Ya antes había ido hasta allí, a pie desde la Facultad de Derecho, acompañando a su camarada. Patrick sonreía un poco mientras Olivier hablaba con pasión, de lo que había que deshacer, de lo que había que hacer, de lo que había que construir, de lo que había que destruir, del mundo injusto y absurdo que tenían que arrasar, del mundo nuevo que todos los hombres unidos instaurarían después. Los padres de

Patrick vivían junto al Campo de Marte. Olivier nunca había entrado en la casa. Llamó con la mano izquierda.

André, el secretario privado de la señora de Vibier, vino a abrirle. El señor Patrick no había regresado aún, pero no tardaría.

André fue a avisar a la señora de Vibier que un amigo de su hijo lo esperaba en la sala. La señora dejó su estilográfica y plegó sus anteojos. Estaba corrigiendo el discurso que pronunciaría dos días después en Estocolmo. Le pidió a André que telefonara a Mrs. Cooban, a la UNESCO, para verificar las cifras de las cosechas de arroz del 64 y 65 en Indonesia, y tratar de conseguir las del 66. No eran todavía las 18 horas; Mr. Cooban se encontraría aún en su oficina. Si no, su secretaria. Y que revisara un poco la conclusión. Ella era demasiado lírica, no bastante precisa. Lo que reclaman los congresistas son hechos. Regresaría el martes por el avión de las 9. Que tuviese listas las respuestas del correo, en fin, las que pudiera, las más posibles. No dispondría de mucho tiempo, volvería a salir a las 17 para Ginebra y tenía una cita a las 14 en lo de Carita.

—¿No verá al señor? —preguntó André—. Hasta el miércoles no regresa.

—Nos encontraremos el domingo en Londres —dijo ella. Patrick tal vez se quede con ese joven. Avise a Mariette. El Macon que bebimos al mediodía era mediocre. ¿Es el último que envió Fourquet?

—Sí, señora.

—Telefonéele que se lo lleve. Si no tiene nada mejor en Beaujolais, que me envíe un burdeos liviano, no demasiado nuevo, para todos los días. ¡Y cuando digo un vino corriente para todos los días, eso no quiere decir un vino cualquiera!

—Bien, señora.

Se levantó para ir a ver al joven que esperaba a su hijo. Le gustaba estar en contacto con la juventud. Con Patrick era imposible. Cuando intentaba hablarle la miraba sonriendo un poco, como si lo que ella dijera no pudiera tener la menor importancia. Respondía «sí, mamá», con mucha dulzura, hasta que ella dejaba de hablar, desalentada.

Había un gran haz de rosas, casi en medio de la sala, en un antiguo jarrón de porcelana verde pálido, colocado en el suelo, al borde de una alfombra china, cerca del clavicordio verde pálido pintado con guiraldas rosas. Al entrar, Olivier fue derecho hacia las flores, se inclinó sobre ellas, pero en el extremo de sus largos tallos no conservaban perfume alguno. Entre las dos ventanas, que daban a la Torre y a Chaillot, se veía otro ramo colocado sobre una mesa baja. Compuesto de flores secas, plumas y palmas, un pájaro muerto con plumaje tornasolado se posaba en lo más alto, con las alas abiertas como una mariposa.

—¿Qué querías que ella pensara? —preguntó Patrick—. Ponte en su lugar.

Miró a Olivier con un ligero aire de burla y mucho de amistad. Se hallaban

sentados en la terraza del Select. Olivier bebía un jugo de naranja, y Patrick, agua mineral. Patrick se parecía a su madre en modelo reducido. Era tan grande cómo ella, que era tan grande cómo el gran retrato del cardenal. Él era reducido en el sentido del espesor. Como si las últimas reservas de fuerza vital de su raza se hubiesen agotado al construirle una armazón extendida en altura y no quedara nada para fabricarle carne alrededor. Sus cabellos, de un rubio pálido, estaban cortados casi al ras, con un flequillo muy corto en lo alto de la frente. Anteojos sin armazón cabalgaban sobre su gran nariz delgada, aguda, como fracturada y torcida hacia la izquierda, igual que la de su madre y la del cardenal. En el lugar de la fractura se adivinaba el blancor del hueso. La boca era grande, con labios descoloridos, entreabiertos, labios que amaban la vida y hubieran podido ser golosos si hubieran tenido sangre detrás de la piel. Las orejas eran pequeñas y de una forma perfecta. Orejas de niña, decía su madre. Una de ellas estaba siempre más roja que la otra, y nunca la misma, eso dependía de un golpe de viento, de un rayo de sol, de una emoción. Al sonreír, descubría dientes muy blancos, traslúcidos en su extremidad. Parecían nuevos y frágiles.

En medio de esa palidez, de esa delgadez y de esa fragilidad, de pronto se descubría un elemento sólido: la mirada de los ojos oscuros, extraordinariamente despierta y vital.

—¿Pero qué fuiste a hacer a casa? —le preguntó.

—Carlo acababa de decirme que partías y pensé que aún podría hacerte cambiar de idea.

—Bien sabes que estaba decidido desde hace mucho.

—Creí que eran sólo fantasías, y que al momento de partir...

—Parto mañana.

—¡Estás completamente chiflado! ¡Son ochocientos millones!

—Quinientos.

—¿Te parecen pocos quinientos millones? ¿Crees que, *además*, te necesitan a ti para hacer agujeros en la arena?

—Adonde yo voy, sí.

—¡Palabras! No es por ellos por lo que vas allí, es por ti... Abandonas la lucha, desertas...

Patrick, muy calmo, miró a Olivier sonriendo dulcemente.

—Todo cuanto hacemos es, en primer lugar, por nosotros mismos. Hasta el mismo Dios en la cruz. No se sentía muy contento de lo que los hombres habían llegado a ser. Eso lo atormentaba. Se hizo clavar para poner fin a ese tormento. Tuvo una terrible agonía, pero después se quedó tranquilo...

—¿Y crees que tu barbudo está todavía tranquilo cuando nos mira desde lo alto de sus nubes?

La sonrisa de Patrick desapareció.

—No lo sé... no lo creo.

Repitió casi en un suspiro:

—No lo creo...

Se había puesto muy serio. Murmuró:

—De nuevo debe sufrir, debe sangrar...

—Me causas gracia —dijo Olivier—. Te escapabas a la India, te escapabas a las nubes, te escapabas siempre, nos dejabas plantados...

—Ustedes no me necesitan... Cuentan con montones de tipos de acción.

—De acuerdo. Cuando nos pongamos a romper todo no necesitaremos de ti. Pero para reconstruir, nunca habrá suficientes tipos como tú... Hay que descubrir lo nuevo... Oíste lo que decía Cohen ayer a la noche: hay que reinventar las bases. Lo importante es definir las relaciones del hombre con...

Patrick se tapó las orejas con las manos. Hacía muecas como si sintiera chirriar una sierra sobre vidrio.

—¡Por favor! —dijo—. ¡Palabras, palabras, discursos y más discursos! Ya estoy lleno, desbordo. ¡Eso ya no entra, me sale hasta por las orejas!

Suspiró y bebió un trago de Vichy.

—¿Discursos? No se trata de discursos —dijo Olivier, un poco desconcertado—. Es preciso...

—¡Al diablo! —dijo tranquilamente Patrick—. Cada vez que mi padre y mi madre están en casa, los oigo hablar de las medidas que es preciso tomar contra el hambre del mundo, de los planes que es preciso elaborar para acudir en ayuda de este o aquel... Y cuando no están en casa, es porque están ocupados en pronunciar discursos sobre el mismo tema ante sus comités o sus subcomisiones, en Ginebra, en Bruselas, en Washington, en Singapur o en Tokio, en cualquier parte donde haya una sala de reuniones lo suficientemente grande para recibir a los delegados del mundo entero que tengan un discurso que colocar contra el hambre. ¡Y tus compañeros son iguales! Hablan y hablan y no dicen nada. ¿Qué significa «la sociedad de consumo»? ¡Un gargarismo! Cuatro palabras que les hacen cosquillas en la garganta y el cerebro, al pasar. Un pequeño placer... Todos ustedes se masturban con palabras. ¿Conoces sociedades que no consuman? Yo sí conozco. Esa adonde voy, por ejemplo. Los tipos se acuestan en el suelo y no consumen más porque no hay nada que consumir. Y cuando han terminado de no consumir, los gusanos los consumen a ellos. Mientras tanto, en todos lados se hacen discursos. Ustedes hablan, hablan y los condenados a reventar revientan. Ni siquiera tienen el consuelo de saber que se preocupan por ellos y que un día u otro se van a reinventar las bases de la sociedad. Incluso si fuera la próxima semana, la revolución de ustedes no les concierne, ya estarán muertos...

—¡Eh, basta! —exclamó Olivier—. ¡Y eso que odias los discursos...!

—He terminado —dijo Patrick—. Yo me voy. Me voy porque tengo vergüenza. Vergüenza de todos nosotros. Voy a hacer agujeritos en la arena, como tú dices. E incluso si sólo consigo extraer tres gotas de agua para hacer brotar un rábano para dar de comer a un tipo durante tres segundos, al menos algo habré hecho.

Y después llegó el mes de mayo. Mientras el invierno pasaba, Jane olvidaba poco a poco el terrible *shock* que sufriera aquella tarde de noviembre cuando la ciudad se ahogaba en la niebla como en un río muerto. Olvidar no es exacto. La imagen en negro y blanco, la instantánea inmóvil, quedó grabada en el fondo de su memoria, pero no le concede ya ninguna importancia. Ya nada hay de trágico en su mundo, todo ha cambiado alrededor de ella.

No volvió a vivir en casa de su padre. Su madre está en Liverpool, vuelta a casar con un hombre que posee barcos en todos los mares. Ahora Jane comprende por qué su madre quiso divorciarse. A menos que no sea porque su padre se quedó sólo que... Poco importa. Su padre es libre. Sven le ha dicho: libertad, amor. *Love*. Amor para todas las criaturas. Dios es amor. El hombre debe reencontrar la vía del amor. Al cabo del amor encontrará a Dios. A veces Sven le hace fumar unas bocanadas de marihuana. Entonces ella se hunde de nuevo en el río de niebla, pero es una niebla tibia y rosada, en la cual se siente bien, como cuando se está a punto de dormirse y que uno se desprende del peso del mundo.

Vive con Sven, Karl y Brigit, en una pieza que Karl ha alquilado. Hay dos camas no muy anchas, una hornalla de gas y una estufa de petróleo. Sven ha pintado flores en las paredes. Karl y Brigit son de Hamburgo. Desde que Sven les habló de Katmandú decidieron partir con él. Por la noche encienden la estufa de petróleo y unas velas. Detestan la electricidad. Sven enciende un cigarrillo que se pasan uno a otro. Son difíciles de encontrar y caros. En Katmandú se compra el *hachich* en el mercado, en venta libre, lo más naturalmente, como el perezjil en Europa. Y nadie prohíbe nada, sea lo que sea. Es el país de Dios. Libertad. *Love*. El *hachich* no es más caro que el perezjil, quizá menos.

Día tras día Jane ha sentido la caparazón de miedo, de egoísmo, de interdicciones, de obligaciones y de odios que su educación y sus relaciones con los otros seres humanos habían cimentado en ella, rajarse, escamarse, caer, desaparecer enteramente. Está liberada, le parece haber nacido por segunda vez, o más bien que acabara simplemente de nacer, en un mundo donde los seres ya no se hacen la guerra sino que se tienden las manos con la sonrisa de la amistad.

Sven le ha explicado: la sociedad que obliga y que prohíbe es mala. Hace desdichado al hombre, porque el hombre está hecho para ser libre, como un pájaro en el bosque. Nada pertenece a nadie, todo es de cada uno. El dinero que permite acumular bienes personales es malo. El trabajo, que es una obligación, es malo. Hay que abandonar esta sociedad, vivir al margen de ella, o en otra parte. Combatirla es malo. La violencia es mala porque crea vencedores y vencidos, reemplaza las antiguas restricciones por nuevas obligaciones. Todas las relaciones entre seres humanos que no sean las del amor son malas. Hay que abandonar la sociedad, irse. Cuando los que la dejen sean cantidad suficiente, se derrumbará por sí sola.

Sven toma su guitarra y canta. Jane se siente ligera, liberada. Sabe que el mundo en el que vivía antes es horrible y absurdo. Ahora está fuera de él. Lo mira como a

una prisión de la cual acabara de salir. Tras sus puertas y hierro y sus muros erizados de vidrios, los prisioneros continúan batiéndose, desgarrándose. Siente piedad por ellos, los ama, pero en nada puede ayudarlos. Es necesario que ellos mismos hagan el esfuerzo de salir. Puede llamarlos y tenderles las manos: no puede romper las puertas. Ella, ahora, está afuera, al sol, en la paz, con sus amigos, en el amor. Han arrojado las armaduras y las armas. Están desnudos, son libres.

El cigarrillo pasa de uno a otro. Sven canta el nombre de Dios. *God. Love*. Afuera hay niebla o no, no tiene importancia. El olor de la marihuana se mezcla al de la cera y el petróleo. Están liberados. Hacen el amor, un poco, como un sueño. *Love*.

Para pasar las fronteras Jane necesita su pasaporte y la firma de su padre. Ha ido a verlo y le ha anunciado su partida. La policía recogió el auto el día de la niebla. Él nada dijo de la desaparición de su hija para evitar el escándalo. Se dirigió a una agencia privada seria, que rápidamente le dio noticias.

Es médico. Ha reconocido la marihuana en los ojos de Jane. Con cierta inquietud tendió su mano hacia ella, la posó sobre su brazo. Jane le ha sonreído. A él le pareció que esa sonrisa le llegaba de una distancia increíble, a través de espesos años de vacío. Retiró su mano.

Es un largo y peligroso viaje el que ella ha iniciado. Él lo sabe. Pero nada puede hacer ni decirle. Ha perdido el derecho de prohibirle o de aconsejarle. Le ofrece dinero y ella lo rehúsa. Se miran durante unos instantes, después el dice *good luck...* Ella lo mira, abre la boca para hablar, no dice nada, sale.

Partieron los cuatro apretados en el auto color limón. En Milán se les acabó el dinero. Jane vendió el auto y su anillo, y Brigit su collar de oro. Eso les dio para pagar cuatro pasajes de avión a Bombay. Sven quería atravesar la India antes de llegar a Nepal, pero en el consulado les negaron las visas si no presentaban sus pasajes de vuelta. La India carece de medios para recibir y alimentar bocas inútiles. Cambiaron los cuatro pasajes por dos de ida y vuelta y con las liras sobrantes compraron una moto de ocasión y un pequeño paquete de dólares que se dividieron entre los cuatro.

Karl y Brigit acompañaron a Sven y Jane al aeródromo. Vieron despegar el avión, ascender hacia el cielo apoyándose sobre cuatro pilares de humo gris, girar como una paloma mensajera para buscar el llamado del Oriente, después desaparecer hacia el horizonte de donde cada mañana llega el sol.

Karl subió a su moto y Brigit se sentó detrás. Puso en marcha el motor con un alegre impulso de la pierna, le hizo lanzar todo su ruido y su humo, a modo de una alegre señal de partida, luego lo calmó y comenzaron a rodar dulcemente hacia el Este, hacia Yugoslavia, Grecia, Turquía, Irán, Afganistán, Pakistán, la India, Nepal, Katmandú...

Un viaje maravilloso, eran libres, el tiempo no contaba, les quedaban suficientes dólares para comprar nafta hasta el fin. Para comer, ya verían. Y para dormir, siempre hay un lugar bajo el cielo.

La moto era roja, Karl era pelirrojo. Sus cabellos le caían en bucles espesos hasta los hombros, como la peluca de un gran señor del siglo XVII. Su barba y su bigote destellaban alrededor de su rostro. Su cabeza era como un sol. Tenía labios espesos y muy rosados, y grandes ojos color hoja de menta, brillantes de alegría. Para viajar se había comprado unos anteojos azules, grandes como ojos de buey, y para impedir que sus cabellos le cayeran sobre el rostro se anudó alrededor de la cabeza un cordón de seda verde cuyos pompones le caían sobre la nuca. Llevaba un pantalón a rayas verticales multicolores y una camisa rojiza con girasoles estampados. Brigit se sostenía apoyada contra su ancha espalda, los brazos ceñidos alrededor de su cintura. Estaba un poco dormida. Fumaba marihuana desde la mañana. Vestía un *blue-jean* y una polera de algodón azul desteñida, con un largo collar de perlas de madera de olivo. Era muy delgada, con sus cabellos negros muy cortos, sin forma. Ella misma se los cortaba con una tijera.

Su viaje terminó cuando apenas habían hecho la mitad del camino. Varios días antes, luego de varios accidentes y dificultades cada vez mayores para proveerse de nafta, abandonaron la moto con los neumáticos definitivamente despanzurrados por los guijarros de la ruta. Continuaron a pie, a veces recogidos por un camión o por un auto de antes del diluvio, la mayor parte del tiempo solos en la ruta interminable, entre una pobre aldea y otra aldea miserable, extenuados por la falta de droga y de alimento, aplastados por el sol, quemados por la sed y el polvo.

Ese día habían marchado durante horas sin ver un ser humano ni un animal, aparte de las moscas, que los seguían y los atormentaban, como si surgieran de la nada. Tábanos enormes giraban alrededor de ellos, en el olor de su sudor, esperando un instante de distracción para posarse en algún punto de su piel desnuda y plantar allí su aguijón. A un lado y otro de la ruta se extendía un paisaje de colinas rojas esculpidas por la erosión del agua y del viento, sin un árbol, sin una brizna de hierba, incendiándose hasta el horizonte, y más allá, en una desolación calcinada.

El sol descendía detrás de ellos, proyectando delante de sus pasos una sombra cada vez más larga, agujereada por los blancos destellos de los guijarros. Seguían avanzando a pesar de su fatiga, con la esperanza de hallar antes de la noche una aldea con agua y quizás algo para comer. Cada uno llevaba todo lo que poseía en un pequeño bolso cilíndrico colgado a la espalda de la cuerda que lo cerraba. El de Brigit era de tela blanca y el de Karl amarillo, pero ya semejantes por el polvo rojo que el sudor de sus espaldas transformaba en una especie de resina.

Karl fue el primero en oír el ruido del motor. Se detuvo y se volvió. Enrojecida por la enorme bola del sol declinante, una nube de polvo avanzaba hacia ellos desde el fondo de la ruta. En seguida vieron el camión. Cuando se aproximó, Karl hizo grandes gestos y el camión se detuvo a su altura. Un viejo camión militar alemán, que parecía haber atravesado treinta guerras. El parabrisas estaba rajado y las puertas de la cabina faltaban. Un gigante de cráneo afeitado y con la piel casi negra tenía el volante. Miraba a Karl y Brigit riendo bajo su enorme bigote. Otros dos hombres

sentados a su lado reían y bromeaban casi a gritos. En la plataforma iba un cargamento de ladrillos y una decena de hombres, sentados o de pie. Algunos vestidos con andrajos europeos, otros con el traje regional, todos cubiertos con el mismo polvo. Riendo, les hicieron señas de subir. La plataforma estaba alta. Karl empujó a Brigit, ya sin fuerzas. Un bigotudo la tomó por las muñecas y la levantó como a una pluma. Karl subió a su turno. Un hombre hizo sentar a Brigit sobre los ladrillos, delante de él. Cuando ella se sentó, riendo, le puso las manos sobre los senos. Ella le golpeó para hacerle soltar la presa. Él se agachó, tomó la polera de algodón por lo bajo, la levantó con violencia y se la arrancó por encima de la cabeza, obligándola a alzar los brazos sin que ella pudiera resistirse. Otro ya le rompía los breteles del corpiño. Karl se arrojó sobre ellos. Un hombre lo golpeó en la cabeza con un ladrillo. El ladrillo se rompió. Karl cayó. Acostaron a Brigit sobre los ladrillos. Todavía se debatía mientras le sacaban el *blue-jean*. La vista de su pequeño *slip* azul pálido los hizo reír enormemente. Le sujetaron los brazos y las piernas y ya no se movió más. El primero terminó muy pronto con ella. El peso del hombre la aplastaba contra los ladrillos. Al cuarto se desvaneció. El chofer detuvo el camión y vino con sus dos compañeros a reunirse a los hombres de la plataforma. El sol se ponía. El cielo del oeste era rojo como una fragua y casi negro del otro lado del horizonte donde brillaba ya una enorme estrella. El chofer no tuvo paciencia de esperar su turno. Cogió a Karl, inconsciente, cuya sangre corría entre sus cabellos rojos, y lo arrojó a la ruta. Le arrancó el pantalón y el calzoncillo y comenzó a satisfacerse con él. Otros dos lo habían seguido y miraban riendo, uno de ellos un viejo de barba blanca, tocado con un turbante grasiento. El dolor reanimó a Karl, que gritó. El viejo le puso su pie descalzo sobre la boca. La parte inferior era dura como la piedra. Karl volvió su cabeza herida, libró su boca, gritó, se debatió. El viejo se agachó y le plantó su cuchillo en la garganta. Un cuchillo hecho por él mismo. La hoja era ancha, larga y curva, el mango de hueso blanco ornado con incrustaciones de bronce. Un hermoso objeto de artesanía, que hubiera alegrado a un turista.

Cuando todos estuvieron satisfechos, incluso el viejo, sea con ella, sea con él, sea con los dos, golpearon en la cabeza a Brigit con un ladrillo y arrastraron los dos cuerpos desnudos detrás de un montículo. Tomaron el anillo de Karl, el collar y la pulsera de Brigit, y se llevaron todas sus ropas.

El horizonte era sombrío y ardiente como un carbón que se extingue, con un reborde de fuego que hacía brillar con el mismo reflejo rojo el esperma y la sangre esparcidos sobre los dos cuerpos pálidos.

Un perro salvaje, impaciente, loco de hambre, aullaba detrás de las colinas. Otras voces le respondieron desde el fondo de la noche que llegaba.

El camión volvió a partir, rechinando por todas sus juntas. Sobre la plataforma, vaciaron a sacudones el bolso amarillo y el bolso blanco y se disputaron su contenido. El viejo se pasó por el cuello el collar de madera de oliva. Reía. Su boca era un agujero negro. El chofer encendió el faro, el de la izquierda. El de la derecha no

existía.

Lo mejor era descender en la estación Odeón, aunque ya probablemente la policía lo habría cerrado. Sin embargo el convoy se detuvo. No había nadie en el andén. Fuimos tres los que descendimos. Los otros dos eran una vieja con una cesta muy usada, y que hablaba sola en voz baja; un negro alto muy flaco, vestido con un pantalón palo de rosa y una túnica verdosa que flotaba alrededor de él. Calzado con inmensos zapatos amarillos puntiagudos, caminaba descuidadamente a grandes zancadas perezosas. Yo llegué antes que él a la escalera. La vieja, detrás, rascaba el cemento áspero con sus zapatillas gastadas. Las rejas estaban normalmente abiertas. Salí sin dificultad.

Era el lunes 6 de mayo de 1968, al que los diarios del día siguiente llamarían «el lunes rojo», porque ignoraban que otros días, más rojos aún, le iban a suceder. Los estudiantes, que desde hacía semanas demolían las estructuras de la Facultad de Nantes, habían anunciado el sábado precedente que ese día irían en manifestación ante la Sorbona. Era como si hubieran anunciado que iban a encender una fogata en un granero lleno de paja. La casa entera corría el riesgo de arder. Lo sabían. Sin duda era lo que deseaban. Quemar el caserón ruinoso. Parece que las cenizas resultan un buen abono para las nuevas cosechas.

Rara vez se tiene la oportunidad de enterarse por la prensa, la radio y la televisión, de que una revolución comenzará el lunes a las dos de la tarde, entre la plaza Maubert y Saint-Germain-des-Pres.

Estoy devorado por una curiosidad que jamás será satisfecha: quisiera saberlo todo, verlo todo. Y por una perpetua ansiedad con respecto a la suerte de aquellos y de aquello que amo. Y amo todo. Imposible que no estuviera ahí aquel lunes a la tarde. Había dejado mi auto en los Inválidos y tomado el subte. La estación Odeón estaba abierta. Salí.

Surgí de la tierra en lo insólito. El bulevar Saint-Germain estaba vacío. La ola de autos había desaparecido totalmente, dejando al desnudo el fondo del río. Algunos muchachos y muchachas empezaban a agitarse, se desplazaban rápidamente sobre el asfalto, como peces en busca de un charco. Al oeste, una multitud no muy compacta de estudiantes que habían, ellos también, «venido a ver», ocupaba la plazuela Mabillon y la de la calle de Seine. Hablaban en pequeños grupos, apenas se movían. Todavía no estaban comprometidos en el acontecimiento. Al este, un pequeño cordón de policías con cascos cerraban la calzada un poco antes del bulevar Saint-Michel y parecían esperar que el acontecimiento se precisase. A medio camino entre ellos y la multitud el bulevar estaba cortado por un irrisorio esbozo de barricada, compuesta de algunos tablones de madera colocados sobre la calzada, tacos de basura y dos o tres cajones. Un centenar de estudiantes se movían alrededor de ella como hormigas que acaban de descubrir el pequeño cadáver de una libélula y quieren hacerlo saber

al hormiguero entero. Encima del cajón más alto, Olivier estaba de pie.

Al salir del subte sentí que penetraba en un instante frágil, breve y tenso, como cuando el percutor ha golpeado el fulminante y el tiro no sale. No se sabe si el cartucho es malo o el fusil va a explotar. Se lo mira y se espera, en silencio.

Era un gran silencio, pese a las sordas explosiones que se oían del lado de la plaza Maubert y a los regueros de gritos que se deshacían a lo largo del bulevar y se intensificaban con clamores y zoólogas acompasados. Nada de eso conseguía llenar el vacío dejado por la enorme ausencia de la ola y el ruido de los autos. Como la desaparición súbita del mal al borde de la ribera. Algo tenía que llegar a instalarse en ese vacío. Algo inevitable, físico, cósmico. Había un agujero en el universo de lo acostumbrado, algo iba a llenarlo. Todavía nadie sabía qué.

En torno al esquema de barricada la agitación crecía. Los estudiantes arrancaban de la calzada trozos de pavimento y los lanzaban a los policías, quienes se los devolvían. Algunos muchachos franqueaban a veces la barricada, corrían para dar impulso a su proyectil y saltaban al lanzarlo acompañado de injurias. Una especie de danza vivaz y ligera: esos muchachos eran muy jóvenes y livianos, con grandes gestos de todo su cuerpo hacia lo alto. La multitud de la plazoleta de la calle de Seine se espesaba rápidamente y se ponía en movimiento. Algunos grupos alcanzaban corriendo la barricada y la sobrepasaban arrojando trozos de madera y fragmentos de asfalto, mientras lanzaban cada vez más y más fuertes sus gritos de desafío.

Los policías respondieron con algunas granadas de gas lacrimógeno, que estallaban con un ruido apagado, liberando al ras del suelo chorros de humo blanco que ascendían en torbellino. Los asaltantes retrocedieron a la carrera para evitar sus efectos inmediatos, enseguida volvieron al asalto, provocando una nueva lluvia de granadas. Retrocedieron otra vez y enseguida recomenzaron.

Todavía, hasta ese momento, había algo de exultante y alegre en la acción entablada. Fue un momento muy corto, como el que preludia a una gran tempestad, cuando bajo un cielo todavía azul, las bruscas ráfagas de viento retuercen las ramas y les arrancan hojas. Si se vuelve la espalda al horizonte donde se acumulan las tinieblas, sólo se ven los gestos de los árboles invitados por el viento a librarse de la esclavitud de las raíces, que crujen y gimen en sus esfuerzos por volar.

Para toda la juventud de París, era un grandioso recreo que interrumpía las disciplinas y los deberes. Esos dos bandos frente a frente, esas corridas de ida y vuelta sobre la gran calzada vacía, me hacían pensar en el viejo juego de «barras», ya mencionado en los romances de la Mesa Redonda y que todavía se jugaba en los patios de los colegios cuando yo era alumno o celador. Una granada estalló a unos pasos de mí. La acidez lacrimógena me penetró en la nariz. Me hizo llorar, pero de golpe dejaba de ser un espectador ausente, como en el cine, para convertirme en testigo.

Con una especie de alegría, desembarazado del peso de las reglas y los años, me

mezclaba a los muchachos y a las muchachas que fluían y reflúan en el gran terreno de ese juego sin árbitros y sin reglas. Corrían en un sentido y luego en otro, pasaban a mi lado sin verme, como el agua de la marea creciente y decreciente alrededor de una barca llena de arena. Una vieja dama asustada, un poco gorda, un poco lela, había elegido justo ese momento para pasear su perro, un fox negro y blanco. Uno de los muchachos se enredó los pies en la correa, derribó a la mujer y proyectó a lo lejos al perro aullando, sin verlos ni a él ni a su dueña, que quedó tendida en tierra, estupefacta, temblando, había perdido un zapato, su talón sangraba, tenía miedo, no comprendía nada. Los muchachos corrían alrededor de ella, alrededor de mí, sin vernos. No estábamos en las dimensiones de su universo.

De pie en el cajón más alto en medio del engendro de barricada, Olivier gesticulaba y gritaba. Con un pañuelo apretado contra mi nariz, con las mejillas bañadas en lágrimas, me aproximé para ver y saber lo que decía.

Vestía su blusón canadiense de pana marrón, sobre uno de cuyos hombros flotaba el extremo de su bufanda que le envolvía el cuello. Su abuela se la había tejido. Esa mañana había insistido para que la llevara, porque tosía un poco y se quejaba de la garganta.

Sus cabellos lacios, finos, color seda salvaje, pendían hasta más debajo de sus mejillas, juvenilmente sumidas, a las que ocultaban en parte. Tenía la piel mate, como tostada, pero empalidecida por una extrema fatiga. Entre sus negras pestañas, tan espesas que parecían maquilladas, sus ojos tenían el color claro de las avellanas maduras caídas en la hierba y que el rocío y el sol de la mañana hacen brillar.

Con el brazo derecho en alto, gritaba a sus camaradas que dejaran esos lugares donde su acción era inútil y fueran a sumarse al desfile de Denfert-Rochereau. Pero ellos sólo escuchaban el latido de su propia sangre. Comenzaban a gozar con sus movimientos y gritos. El ir y venir de su masa cada vez más densa los exaltaba al máximo. Sus ataques se hacían más duros, más rápidos, penetraban cada vez más lejos en el bulevar. De la culminación de su violencia brotaban ahora adoquines y desechos de fundiciones.

Frente a ellos el cordón policial se había convertido en una barrera compacta. Codo a codo, espalda contra pecho, sobre veinte metros de fondo, con cascos e impermeables que brillaban como bajo la lluvia, los policías formaban una masa impresionante de silencio e inmovilidad. Tras ellos se alineaban lentamente carros con ventanillas enrejadas, rueda con rueda, lado a lado, de una vereda a la otra y en un amplio espacio de profundidad. Cuando todo estuvo listo, el conjunto se puso en movimiento con una lentitud aplastante, como uno de esos monstruosos reptiles del secundario cuyos movimientos nivelaban el suelo y hacían desbordar los estanques. La bestia proyectaba delante de ella pesadas trompas de agua, que limpiaban las veredas, derribaban como una catapulta los tablones, los tacos de basura y los hombres, rompiendo los cristales de las ventanas, inundando los departamentos. Las granadas de gas lacrimógeno rodaban y estallaban por todos lados. En el crepúsculo

que llegaba, sus cintas de humo parecían más blancas. Los estudiantes habían huido rápidamente por todas las callecitas. Grupos de policías los perseguían. En la calle Quatre-Vents un vagabundo dormido sobre el montón de arena de un cantero despertó bruscamente. Era un viejo legionario, todavía con ínfulas, borracho de nostalgia y de vino. Se levantó al ver los uniformes lanzarse al asalto, se cuadró y saludó.

En el rincón de la calle de Seine, una lluvia de adoquines detuvo a los policías que llegaban. Inmediatamente ahogaron la calle bajo una ola de granadas. Grandes nubes grises rodaban sobre los techos. Una motocicleta petardeaba llevando dos periodistas cubiertos con máscaras blancas y enormes cascos amarillos con el nombre de su agencia impreso. El que conducía recibió un adoquín en las costillas, mientras una granada estallaba bajo su rueda delantera. La moto se estrelló sobre la vereda frente a una camisería. El dueño ya había bajado la cortina. Aterrorizado, trataba de distinguir a través del vidrio lo que ocurría en medio del humo. Aquello era el comienzo del fin del mundo. Se esforzaba por salvar sus camisas. Las sacaba rápidamente de la vidriera y se las pasaba a su mujer, que las escondía en los cajones.

A las cinco de la mañana, con su radio a transistores, la señora Muret descendió la escalera de su pequeño departamento, atravesó los dos patios empedrados del viejo inmueble, salió a la calle y se detuvo en la vereda. Miró a derecha e izquierda, esperando ver surgir la gran silueta de Olivier con su echarpe al cuello. Pero la calle Cherche-Midi estaba vacía. Era el final de la noche, la luz de las farolas se tornaba pálida y parecía extenuada. El aire tenía un olor ácido que la hizo pestañear como cuando pelaba cebollas. La radio canturreaba. Se sentó sobre el pilón de piedra a un lado de la puerta cochera. Sus piernas no podían más. Un 2CV pasó, rápido, ruidoso, como un insecto. En su interior iba una sola persona. No pudo ver si era hombre o mujer.

Había oído todo en su radio, las barricadas, los autos incendiados, las batallas entre estudiantes y policías. Y por su ventana había oído las explosiones, incesantes, allá, del lado de la calle de Rennes, los pin-pon pin-pon de los carros de la policía que daban vueltas por todo el barrio, y las sirenas de las ambulancias a toda velocidad.

Al verlas su corazón se detenía. Olivier, mi chiquito, mi grandote, mi bebé: ¿será posible? ¿Es a ti a quien llevan? Desde que él salió de la maternidad lo tomó en sus brazos y lo cuidó siempre. Entonces tenía sólo unos días, ahora tiene veinte años. A veces, cuando era pequeño, su madre pasaba, lo recogía y se lo llevaba una semana o dos a la Costa Azul, o a Saint-Moritz o Dios sabe dónde. Se lo devolvía resfriado, flaco, ojeroso, deslumbrado, lleno de historias que no lograba contar hasta el fin. Por las noches se despertaba gritando, de día soñaba, después necesitaba mucho tiempo para recuperar la calma.

A medida que creció, su madre encontró más y más razones para no llevarlo. Olivier esperaba siempre continuar a su lado sus sueños interrumpidos, pero ella pasaba rápidamente, lo besaba, le decía «la próxima vez, muy pronto» y partía dejándole un vestido de lujo demasiado grande o demasiado chico, que enseguida la abuela iba a cambiar, o un juguete que no era para su edad. Ella no sabía qué era una criatura, un niño, un muchacho. Después de cada una de sus visitas relámpago, flotaba en el departamento de la calle Cherche-Midi un perfume que persistía en la memoria, y Olivier quedaba sombrío, rabioso, colérico, durante días o semanas. A veces le traía paquetes de revistas de todos los países, llenas de fotos de ella en colores. Había hasta del Japón, de la India, con caracteres extraños semejantes a dibujos. Olivier tapizó con ellas la pared de su pieza encima de su cama. Algunas fotos a doble página, tal como la revista las había publicado, otras, de primer plano, cuidadosamente recortadas con las tijeras de bordar de su abuela, y pegadas sobre papeles de dibujo, crema, azules, verdes o antracita.

Todos esos distintos rostros de su madre, con sombrero o sin sombrero, con cabellos largos o cortos, lacios o rizados, negros, rojos o rubios, o hasta plateados, tenían un rasgo común: los ojos celestes, muy grandes, y que parecían siempre un poco asustados, como los de una niña que descubre el mar. La multitud de rostros subía hasta el techo de la piecita de Olivier. Era como un cielo en el que todas las estrellas tuvieran la mirada de su madre. En un gran sobre comercial, en el fondo del cajón de la vieja mesa que le servía de escritorio, bajo papeles y notas de estudio, guardaba las fotos en las que ella estaba casi desnuda.

El día de su decimoséptimo aniversario le regaló una pipa y un paquete de tabaco holandés. La abuela encargó una torta de chocolate al repostero de la calle de Rennes, quien le prometió no emplear sino manteca. Era una antigua clienta, había que complacerla. Pero en realidad la hizo con margarina, como de costumbre, apenas con una pizca de manteca para darle el aroma. Desde que se le pone un poco, se tiene el derecho de escribir en el frente: «Pastelería a la manteca», es legal. El placer de los clientes es lo que ellos creen; si la hiciera solamente con manteca ni siquiera se darían cuenta. La abuela tendió la mesita de la cocina con el mantel blanco bordado, tres platos con filete de oro, y los viejos cubiertos de plata. Había comprado una botella de champaña en Prisunic y dispuesto la torta con diecisiete velitas azules. Sobre la hornalla de gas, en la marmita de hierro fundido, un hermoso pollo terminaba de dorarse en medio de papas nuevas y dientes de ajo. Era una receta que le había dado la señora Seigneur, que era de Aviñón. Uno no se imagina lo buena que resulta la salsa cocinada así, con el ajo, qué apetitosa.

Olivier espiaba por la ventana; vio un pequeño Austin rojo franquear el portal entre los dos patios, girar casi en el sitio, retroceder hasta la puerta de la escalera y detenerse en seco. Su madre salió de él. Vestía un *tailleur* de cuero verde agua, de pollera muy corta, con una liviana camisa azul y un largo collar de jade. Ese día sus cabellos eran rubio pálido y lacios, como los de su hijo. Introdujo medio cuerpo en el

auto y volvió a salir sosteniendo con sus dos brazos una maceta envuelta en papel plateado de donde sobresalía una enorme azalea roja. De su índice pendía un paquetito azul en el extremo de una cinta color habano, y de su antebrazo su cartera de cuero verde, un poco más oscura que su *tailleur*.

Con el rostro hundido en las flores busco con el pie el comienzo de la escalera. Estaba cómica con su carga, deslumbrante. Olivier, feliz, descendió los escalones para ayudarla. La abuela recibió la azalea moviendo la cabeza. ¿Dónde la pondría? Recorrió las dos piezas y regresó a la cocina con la planta. Finalmente la colocó en la pileta. Llegaba más alto que la canilla, hasta la mitad de la fiambarrera. Desbordaba hasta el respaldo de la silla de Olivier, incomodaba en todos lados, no podían moverse; imposible guardarla. Le pediría a la señora Seigneru que se la tuviera en el comedor. ¿Pero cómo llevarla hasta allá? En el ómnibus no la dejarían subir. Habría que tomar un taxi. Eso le costaría el precio de una hora de trabajo... Ah, decididamente ella era muy amable, pero no pensaba en nada, como siempre.

Olivier se había sentado para abrir su paquete. Desconcertado, contemplaba la tabaquera de piel de gacela con las puntas de oro, la pipa de espuma de mar forrada de cuero, con la boquilla de ámbar. Se esforzó en sonreír antes de alzar la cabeza para mirar a su madre. Sin embargo le había escrito al principio del trimestre refiriéndole que junto con Patrick y Carlo habían decidido no volver a fumar mientras hubiera en el mundo hombres a quienes el precio de un cigarrillo los salvaría de morir de hambre. Cada uno de ellos se había comprometido ante los otros dos. Un compromiso solemne, casi un voto. Esa decisión había tenido gran importancia para Olivier y se la comunicó a su madre en una larga carta. ¿Ya la había olvidado? Tal vez no leía sus cartas... Ella sólo le enviaba tarjetas postales... Quizá no la hubiera recibido nunca... Su correspondencia correría en pos de ella a través del mundo...

Al volverse la vio inclinada sobre la hornalla de gas, aspirando el aroma que ascendía de la marmita.

—¡Oh, un pollo a la cacerola!

Se hubiera dicho que acababa de descubrir un manjar rarísimo, una maravilla como jamás se tiene oportunidad de saborear.

—¡Qué bien huele! ¡Qué lástima! Tomo el avión a las dos y cuarto... Debo irme, apenas tengo tiempo. Con tal que esté bien el tráfico hasta la puerta de Orleáns...

Los besó de prisa, prometió volver a verlos muy pronto, recomendó a Olivier «portarse bien», descendió rápidamente la escalera, tap-tap-tap-tap. Miró hacia la ventana, le sonrió y le hizo un signo con la mano antes de introducirse en el Austin rojo al que hizo zumbir, arrancó como una tromba y desapareció del primer patio.

Era un viejo inmueble dividido en dos partes. La que rodeaba al primer patio tenía cuatro pisos. Hasta 1914 estaba ocupada principalmente por familias de oficiales. El último general había muerto a tiempo, justo antes de la guerra. El segundo patio estaba rodeado por las caballerizas y los garajes, sobre los cuales estaban las habitaciones de los cocheros y los ordenanzas. Las caballerizas servían ahora de

depósito o de talleres a los artesanos del barrio, y las habitaciones habían sido comunicadas de a dos o tres para formar departamentos baratos. Había cuatro escaleras. Entre las dos del fondo subsistía la fuente con su pila de piedra donde iban a beber los caballos, y la enorme canilla de cobre de la que ya no salía nada.

Olivier permaneció un momento inmóvil, con los dientes apretados, tensos los músculos de la mandíbula, mirando fijamente el portal sombrío por el cual el autito amapola se había lanzado para desaparecer.

Su abuela, un poco apartada, lo observaba con inquietud, sin decir nada. Sabía que en tales momentos más vale no decir nada, siempre se es torpe, se cree consolar y se hiere. El ruido del motor del pequeño coche se perdió en el rumor lejano del barrio. Los ruidos de la calle llegaban al fondo del segundo patio como un rumor sordo y un poco monótono, al que se terminaba por no oír. Era raro encontrar tanta calma en un barrio de tanto movimiento. Eso fue lo que decidió al señor Palirac, instalado con una carnicería en el frente, a comprar toda el ala izquierda. Allí se hizo construir un departamento moderno, iluminado con luz indirecta de neón desde las molduras del techo. Utilizaba las caballerizas para guardar su camioneta y sus dos automóviles. La del fondo le servía para almacenar en tacos de hierro los huesos y desechos que un camión anónimo venía a recoger todos los martes. Según Palairac, aquello servía para la producción de abonos, pero algunos vecinos del barrio pretendían que era el camión de una fábrica de margarina, otros, de una fábrica de sopas en cubitos. Durante el invierno el depósito no causaba molestias, más no bien comenzaban los calores aquel rincón del patio olía a sangre podrida, y el olor atraía grandes moscas negras a todos los departamentos.

Olivier se apartó de la ventana, regresó lentamente hacia la mesa, empujó la silla para poder pasar sin causarle daño a la azalea, se detuvo y miró su plato. La extraña pipa y la tabaquera de lujo reposaban en él, sobre el papel desplegado que las había envuelto. La cinta de color habano se destacaba sobre el mantel blanco. Ostentaba en letras más oscuras, el nombre del negocio donde fueron adquiridas. Olivier las envolvió en el mismo papel y se las tendió a la abuela.

—Toma, que te devuelvan el importe. Tendrás con qué comprar un tapado para el próximo invierno...

Fue a su habitación, se quitó los zapatos, subió a la cama y, comenzando desde arriba, empezó a retirar de la pared los retratos de su madre. Algunos estaban fijados con cinta engomada, otros con chinches. Si no salían con facilidad, tiraba y desgarraba. Cuando hubo concluido volvió a la cocina sosteniendo entre las dos manos, horizontalmente, el montón de fotos. Abrió con el pie la puerta del armario que guardaba el tacho de la basura, debajo de la pileta, y se agachó frente a la azalea.

—¡Olivier! —dijo su abuela.

Él interrumpió su gesto, quedó inmóvil un instante, luego se irguió y miró en torno en busca de un sitio donde dejar lo que tenía en las manos y que no quería ver más.

—Dame eso, de todas maneras —dijo la abuela—. Ella hace lo que puede. Si crees que es tan fácil la vida...

Llevó las fotos a su pieza. No sabía dónde meterlas. Ya encontraría un buen lugar en el ropero. Mientras tanto, las dejó sobre el mármol de su mesa de luz, bajo la radio. Cuando Olivier estaba en la casa no la encendía, porque lo ponía nervioso. Por otra parte, cuando él estaba ella no tenía necesidad de música.

La radio anunció que todo había terminado, los últimos manifestantes dispersos, los incendios extinguidos y las barricadas destruidas. Olivier no había regresado. Ella tuvo la certidumbre de que había sido herido y conducido a un hospital. La angustia le oprimió el corazón. Sentía el pilón de piedra deshacerse bajo ella y que la pared tambaleaba tras su espalda. Cerró los ojos muy fuerte y sacudió la cabeza. Tenía que sobreponerse, ir a la comisaría, informarse. En el momento en que se levantaba oyó el estrépito de la moto de Robert, el empleado de Palairac. Era el primero en llegar por la mañana, tenía la llave del negocio y comenzaba con los preparativos. Había empezado a trabajar con Palairac en 1946, tenía cincuenta y dos años y conocía a los clientes mejor que el patrón.

Paró el motor y descendió de la moto. Vio a la señora Muret pasar a su lado como un fantasma. La detuvo por un brazo.

—¿Adónde va de esa manera? ¿Qué le sucede...?

—Olivier no ha vuelto. Voy a la comisaría. Seguro que le ha pasado algo.

—¡Qué ocurrencia! Ellos han hecho una buena mayonesa esta noche, él y sus amigos... Ahora estarán en plan de rociarla...

—Él no bebe, ni siquiera cerveza.

—La rociarán con jugos de frutas. Es su vicio. No vale la pena ir hasta la guardia. Vamos a telefonar, espere un minuto, voy a abrir la verja. Telefonaré desde la caja.

Empujó su moto hasta el patio. Era alto y seco, con brazos duros como de hierro. En el momento de telefonar dijo que había reflexionado y quizá no fuera lo mejor. Era una pena dar el nombre de Olivier a la policía, corrían el riesgo de que lo pusieran en sus listas. Una vez que a uno lo ponen en una lista es para toda la vida.

—¡Oh, Dios mío! —Suspiró la señora Muret.

Hubiera deseado sentarse, pero en el local no había ninguna silla, excepto la de la cajera, que estaba encastrada. Robert quiso acompañarla a su casa, pero ella dijo que prefería quedarse abajo, en su departamento enloquecería. Regresó a sentarse en el pilón. Por la radio comenzaron a transmitir canciones. Durante toda la noche sólo se pasó música. Si recomenzaban las canciones es que las cosas iban mejor...

Olivier volvió a las siete menos cuarto. Estaba rendido y radiante. Tenía un trazo negro sobre la mejilla derecha y sobre la delantera de su canadiense. Se asombró de encontrar abajo a su abuela. La besó y la regañó dulcemente. Le ayudó a subir la escalera, tranquilizándola; no debía tener miedo, ellos eran los más fuertes; cuando

recomenzaran, todo el pueblo de París los seguiría y el régimen se desmoronaría. Entonces se podría reconstruir. Y esta vez no se dejarían dominar por los políticos, ya fueran de izquierda o de derecha.

El corazón de la señora Muret palpitaba con leves latidos, a toda velocidad como el de una paloma herida. Creyó que la pesadilla había terminado con la noche y ahora comprendía que no hacía más que comenzar. Se esforzó por ocultar el temblor de sus manos, puso una cacerola con agua en el fuego y le dijo a Olivier que se recostara mientras preparaba un café con leche y unas rebanadas de pan con dulce. Pero cuando el café con leche estuvo listo, Olivier se había dormido. Sus pies colgaban fuera del lecho, pues ni siquiera se tomó el trabajo de quitarse los zapatos, no quería ensuciar la colcha. Con toda clase de precauciones la abuela lo descalzó, le levantó las piernas y los acostó bien. El muchacho entreabrió un poco los ojos y le sonrió, después se durmió. Ella fue a buscar un acolchado en el ropero, para taparlo. Era un edredón americano, de piqué rojo, ya rosa viejo por el tiempo. Lo cubrió con él, se enderezó y permaneció de pie inmóvil junto a la cama. Al verlo así, tan apacible, con tanto abandono en el sueño como un niño, sintió que recuperaba sus fuerzas. Respiraba calmamente, sus facciones estaban distendidas, sus cabellos caían obre la almohada y descubrían la parte inferior de sus orejas. En sus labios aún persistía la sonrisa que le había dedicado, dando a su rostro una luz de ternura. Era hermoso, era feliz, era tierno como un brote nuevo, creía que todo iba a florecer...

La señora Muret suspiró y volvió a la cocina. Colocó la cacerola sobre la hornalla y volcó en ella el tazón de café con leche. Olivier sólo tendría que encender el gas. Ella debía ir a lo del señor Seigneur, no podía abandonar así a ese pobre hombre en el estado en que estaba...

Cuando regresó a la noche, Olivier había partido. Había tomado el café con leche, comido los panes, comido también el resto de la paleta de cordero y la mitad del pastel. Había lavado la taza, la cacerola y todo lo demás. Sobre la mesa de la cocina le dejó una nota: «No te inquietes, aunque no vuelva en toda la noche».

No volvió hasta el mes de junio.

La mansión particular de Closterwein ocupaba el corazón de ese oasis de verdura y de paz que constituye, al borde del gran tumulto de los bulevares exteriores, la Villa Montmorency. La verja que rodea su parque estaba cubierta hasta lo alto por placas de metal pintadas de verde neutro. Desde el exterior sólo se veía la copa de los árboles e incluso después de franquear el portal no se distinguía aún la morada, hábilmente rodeada de árboles de todo tamaño, con una adecuada cantidad de hojas persistentes como para protegerla de las miradas hasta en invierno. Había que atravesar esa cortina y hacer un doble viraje para descubrir, tras un césped perfecto, una amplia y armoniosa mansión blanca, horizontal, precedida por una pequeña escalinata con columnas al estilo americano, que sorprendía y desorientaba a los

visitantes, provocaba en los más pobres una admiración desinteresada porque aquello sobrepasaba sus deseos y sus sueños, e hinchaba de despecho el hígado de los más ricos. No había en París otro millonario que poseyera una casa semejante en tal emplazamiento. No era sólo cuestión de dinero, se trataba también de suerte y de gusto. Los Closterwein tenían gusto, y el dinero y la suerte estaban a su servicio desde hacía muchos siglos.

Se llegaba a la casa por tres anchas gradas de mármol blanco, bajas, acogedoras, sedantes. En medio del *hall* se exhibía la última obra maestra de César: sobre una estela de bronce, un ramo de tubos de dentífrico aplastados y retorcidos en forma de hélice.

Era la irónica sonrisa con la cual Romain Closterwein significaba que estaba al tanto del esnobismo necesario, y que le rendía homenaje de buena gana. Pero aquello no pasaba del *hall*. Su colección particular, cuidadosamente almacenada en su sótano blindado y climatizado, se componía de un millar de cuadros que iban desde los primitivos a los *fauces*, y a algunos contemporáneos, en su mayor parte desconocidos de los críticos, pasando por Botticelli, Brueghel, Gustave Moreau, Van Gogh, Paul Klee y Carzou. Sólo compraba lo que le gustaba. Había rechazado un Rubens, que era sin embargo un gran negocio, y si por casualidad un Picasso se hubiera deslizado en su sótano, habría pagado para que lo barrieran de allí.

De tanto en tanto, según la estación, su humor y su gusto el momento, hacía cambiar las telas colgadas en los departamentos. Pero conservaba siempre en su dormitorio un gallo de Lartigue, rojo, naranja, amarillo, ante cuya explosión de alegría le gustaba, por las mañanas, abrir los ojos; y un panel desconocido de la Dama del Unicornio, que explicaba el misterio de los otro y al cual el subdirector del Museo de Cluny, desde hacía años, le suplicaba en vano que por lo menos se lo dejara mirar.

En su escritorio, para recobrar la serenidad después de las jornadas de negocios, había hecho colgar, justo enfrente a su sillón de trabajo, un gran cuadro de Rémy Hétreau. Bastaba que alzara la vista para perderse en un paisaje de ensueño, donde árboles como encajes salían de las ventanas y los techos de un castillo barroco rodeado por las mil olas bordadas de un mar contenido. Unos personajes jugaban con globos de vidrio. Sobre una balsa de tres pies cuadrados, en la que crecía un árbol, una mujer enguantada hasta los hombros tendía hacia la orilla una mano graciosa de la que pendía una cartera de moda. Su vestido la envolvía desde los tobillos y dejaba al descubierto sus senos menudos, apenas perceptibles. Para conservar el equilibrio había enrollado al tronco del árbol sus largos cabellos rubios. En la proa de un barquito de madera una niña parada sobre la punta de un pie lanzaba un globo a un joven de sombrero puntiagudo que la esperaba en la ribera. Había omitido abotonar la parte posterior de su falda plisada y mostraba inocentemente la cándidas redondeces de su trasero. En el horizonte, minúsculos peregrinos apoyados en su bastón, ascendían sin prisa hacia montañas no muy altas. Emanaba de ese cuadro tal paz, tal gracia, que bastaba a Romain contemplarlo durante dos minutos para olvidar que él

era un pirata inteligente abriéndose un camino a sablazos entre la multitud de piratas imbéciles, y para recobrar la certidumbre de que existía, o ha existido, o existiría algún día, en alguna parte, un paraíso para las almas semejantes a las de los niños. Sólo faltaba que lo mirase por más tiempo y hubiera perdido la indiferencia glacial que tanto necesitaba. Quizás en su alma hubiera algo de niño, porque se sentía a gusto cuando penetraba en ese paisaje, pero su espíritu era sólo una inteligencia objetiva y su corazón un músculo que funcionaba perfectamente. Sin ese espíritu y ese corazón blindados no poseería la dulce casa blanca al borde del césped perfecto, ni los mil cuadros en el sótano.

Grande, ancho, macizo, pero sin vientre, representaba apenas más de cuarenta años. Tenía cincuenta y cinco. De sus antepasados bálticos tenía los cabellos rubios muy claros, que usaba muy cortos, y ojos color de hielo. Le gustaba la ropa cómoda y sentir lo que llevaba. Se vestía en Lanvin y compraba los vinos en Chaudet, ayudado por los consejos de Henry Gault o de Francois Millau, porque reconocía que no era muy fino de paladar. Ambos eran sus amigos, hasta donde él pudiera tener amigos. A veces los invitaba a su mesa para saber su opinión sobre una nueva o una clásica preparación de su chef, un cocinero inspirado, discípulo del gran Soustelle, que él había robado a Lucas-Carton y admitido en su cocina después de hacerle seguir un curso en lo de Denis.

Matilde llamó a la puerta de su escritorio y entró antes de que la invitara a pasar. Se le parecía de una manera sorprendente, tal vez porque llevaba los cabellos casi tan cortos como los suyos. La misma mirada helada, la misma resolución en las mandíbulas, la misma boca pequeña, pero más dura. Vestía un blusón de gabardina oscura, con un gran cierre relámpago, un *blue-jean* desteñido, y calzaba mocasines marrones con medias negras. Anudado al cuello, un pañuelo de seda, también negro.

Fue hasta el escritorio, miró a su padre con una especie de desafío y le dijo:

—Me voy a la «mani».

Él le sonrió con afecto y un poco de ironía. Era la menor de sus hijos. Un poco extravagante. Ya se le pasaría. Era la edad. Todos los de su edad —tenía dieciocho años— eran extravagantes. Con sus hijos se entendía mejor. El mayor aprendía parte del oficio en el Lloyd de Londres; el otro, tras un diploma de derecho rápidamente obtenido, ampliaba en Harvard sus conocimientos teóricos antes de entrar a practicar en el Deutsche Bank. Matilde no sabía bien lo que quería. Por el momento seguía cursos de sociología.

Se asombró de que hubiera ido a decirle dónde iba. Generalmente no se lo decía, ni antes ni después.

—Siempre vas a donde quieres —dijo dulcemente.

En seguida se recobró. Había una palabra que no entendía.

—¿Qué es eso de «mani»?

Ella se encogió de hombros.

—La manifestación... Esta vez va a ser en la Orilla Derecha. Se reunirán en la

Bastilla, en Saint-Lazare y en la Estación del Norte. Ellos se imaginan que nos tienen encerrados en el Quartier.

Romain Closterwein dejó lentamente de sonreír. Preguntó:

—¿«Ellos»? En tu opinión, ¿quiénes son «ellos»?

—Ellos —dijo Matilde—. ¡Tú!

Estaba ahí, delante de él, rígida, tensa por una fría pasión. Tan parecida a él y al mismo tiempo tan distinta... Una muchacha... Su hija... Pensó que ya era tiempo de intervenir.

—¿No quieres sentarte un minuto?

Ella vaciló un instante, después se sentó en la silla que ocupaba su secretaria, la señora de Stanislas, cuando venía a tomar las instrucciones del día.

—Está muy bien ser revolucionado a tu edad —dijo él—. León Daudet ha escrito en alguna parte que no tenía ninguna estima por un hombre que no hubiera sido realista o comunista a los veinte años. Hoy, realista ya no significa nada. Se dice «fascista». Y los comunistas se han convertido en los radical-socialistas del marxismo. Las palabras han cambiado, pero la observación sigue siendo justa. Hay que pasar su sarampión político infantil. Eso purga la inteligencia. Pero si uno se agita demasiado, se corre el peligro de seguir enfermo toda la vida...

Ella lo escuchaba sin quitarle los ojos. Él le ofreció la caja de cigarrillos. Dijo «no» con la cabeza. El hombre tomó uno y lo aplastó en el cenicero a la segunda pitada.

—Me haces poner nervioso —le dijo—. Eres mi hija y te conduces como si fueras una tonta... Tú bien sabes que todo ese movimiento es fabricado... Por supuesto, tus amiguitos son sinceros, pero el caballo que corre hacia el disco también es sincero. Sólo que tiene un cochero sobre el lomo...

—Un *jockey* —dijo ella.

Él se sorprendió, después sonrió.

—¿Ves? Ya ni sé lo que digo... Tus amigos ignoran que ellos son «lanzados», pero tú deberías saberlo... Por lo menos no eres la hija de un almacenero... Has oído a George anteayer... Se calló cuando entraste, pero ya habías oído lo suficiente... Sabes que él trabaja para Wilson, pero con el dólar, la libra es demasiado pobre. Hay que subvencionar algunos grupos, chinos, anarquistas. A través de dos o tres capas de intermediarios. Y no cifras muy grandes, para que permanezcan puros. Ese es el dinero que se dice sacado de las colectas. Se paga también a algunos individuos, más sólidamente. Oh, no a esos cuyos nombres se oyen por la radio. Otros, más anónimos, más eficaces... Y no es sólo George, piensa bien... Están también los americanos que trabajan con el marco. Está también Van Booken, tú lo conoces, el holandés. Él, no sé cómo, tiene rublos... Incluso hay un italiano, pero ése no tiene más que palabras...

Esperaba que ella sonriera, pero seguía glacial, muda.

Continuó.

—¡También estoy yo! Le doy mi publicidad al *Monde*, que alienta a esos jóvenes

muy en serio. Es mi manera de intervenir. Ya ves, no salgo de la legalidad. Todas esas acciones se embrollan un poquito, evidentemente, pero son eficaces. Son diferentes levaduras, pero la pasta se levanta mejor así. Es buena. Los franceses son tontos y la juventud también, los dos... No pensarás, por supuesto, que ninguno de nosotros tenga la intención de subvencionar una revolución hasta que triunfe, ¿verdad? Sólo se trata de quebrar a de Gaulle. Los americanos, porque les impide instalarse en Francia; los ingleses, porque está a punto de asfixiarlos, lo que ni Napoleón ni Hitler consiguieron; los holandeses, porque quieren vender su margarina a Inglaterra, los italianos simplemente porque él los ignora. Los alemanes no hacen nada. De todas maneras son los que ganan.

«Nosotros, mi grupo, queremos simplemente que se vaya antes de que intente realizar ese proyecto de participación que es la gran idea de su vejez. ¡Participar! Está bien claro que es una idea de viejo militar, es decir, una idea infantil... ¡Los obreros y los empresarios tienen tantos deseos de participar como los perros y los gatos! Los patrones, naturalmente, no quieren dar nada, y los obreros, naturalmente, quieren tomarlo todo...».

Ella contemplaba a su padre como a un niño que quisiera hacerse el interesante con palabras incoherentes. Poco a poco él tomaba conciencia de que tenía ante sí a una extraña, una especie de ser con rostro de mujer, pero que venía de otro universo y por cuyas venas corría una sangre tan fría como la de un pez. Se calló un instante, encendió un nuevo cigarrillo, cerró los ojos como si el humo le molestara, y cuando los abrió terminó rápidamente.

«Muy bien. Ve a la manifestación, si eso te divierte, pero te ruego que no te dejes engañar. Y trata de no correr riesgos. No vale la pena».

Ella se levantó, se aproximó al escritorio, miró a su padre de arriba abajo.

«Todo eso, nosotros lo sabemos —dijo con mucha calma—. Los jueguitos imbéciles de ustedes... Creen que ustedes han prendido el fuego... ¿y creen también que podrán apagarlo cuando quieran? ¡Nosotros quemaremos todo! ¡En el mundo entero!... Tú no te das cuenta de nada, todavía estás en la otra punta del siglo demasiado lejos incluso para vernos. ¡Ustedes son repugnantes, están muertos, están podridos, sólo se conservan de pie porque se imaginan que están vivos, pero nosotros los vamos a barrer como a carroña!».

Se alejó hacia la puerta con grandes pasos rígidos. Cuando llegó, se volvió por última vez hacia él. Tenía lágrimas sobre el hielo de los ojos.

—¡Te odio! —le gritó— ¡Te haría fusilar!

Salió.

Él se levantó despacio, al cabo de algunos minutos, apoyándose con las dos manos en los brazos del sillón. El universo a su alrededor ya no era él mismo. No había más que ruinas.

¡Su madre! ¡Es su madre quien debe ocuparse de ella!

Cuando su hija regresara, esa noche, tenía que encontrar a su madre en casa. Su

madre sabría hablarle, él se había conducido como un estúpido, le había hablado como a un muchacho. No hay que dirigirse a la razón de una chica, por inteligente que sea. Por otra parte, la chica más inteligente del mundo no es realmente inteligente en el sentido en que lo entiende un espíritu masculino. No hay que explicar nada a una joven, es inútil. Hay que conmovérsela por otros medios, no sabía exactamente cómo, jamás necesitó plantearse la cuestión; se había casado, tenido amantes, sin que le costara ningún esfuerzo, su dinero lo convertía en un Dios, y con su propia hija se había entendido siempre perfectamente, dándole cuanto deseaba, la libertad más grande, con plena confianza; no creía haberse equivocado, haberse portado mal, estar engañado... Entonces, esa frase horrible ¿por qué?... A causa de lo que él le dijo, sin duda, la había herido en sus sentimientos, profundamente, la había ultrajado. Sólo su madre podría arreglar eso, explicarle... No, nada de explicaciones, hablarle, reprenderla, llevarla a algún lado lejos de ese rebaño de imbéciles. El asunto podía resultar peligroso, ella corría el riesgo de ser herida, de hacerse manosear por sinvergüenzas. Se arriesgaba para nada. ¡Era demasiado tonta, tonta, tonta!

¿Pero dónde estaba su madre? Ya ni se acordaba. ¡Ah!, sí, en Cerdeña, con los Khan... Telefoneó. No pudo obtener la comunicación. La línea estaba interrumpida. Preguntó si era una huelga. Una voz masculina, de acento meridional, le respondió que no sabía. Después nadie contestó.

Llamó a Jacques, su primer piloto, y le dio orden de ir a buscar a su señora a Cerdeña. El piloto ignoraba si allí había aeródromo. Si no existía que aterrizase en Italia y contratara un barco. Vuelo inmediato.

Jacques respondió que lo lamentaba, era imposible, la red de control estaba en huelga, ningún avión podía salir de ningún aeródromo.

Llamo al general Cartot. ¡Por supuesto, enseguida veremos! La red de control militar funcionaba... Romain obtuvo una comunicación por radio con Tolón, un hidroavión de la marina para ir a Cerdeña y la seguridad de que se traería a la señora Closterwein hasta Bretigny.

Pero la señora Closterwein había dejado la propiedad de los Khan desde hacía una semana en el yate de Niarkos. Luego de desembarcar en Nápoles siguió vuelo para Roma, y de Roma para Nueva York. Iba a pasar Pentecostés con los primos de Filadelfia. Refería todo eso en una carta, pero la carta no llegó a París hasta julio. De todos modos su presencia en París no hubiera servido de nada. Matilde no regresó a la noche, ni al día siguiente, sino sólo el 29 de junio. Sus cabellos habían crecido. Estaba delgada y sucia. Ya no llevaba el pañuelo de seda. Fue derecha al baño sin mirar a nadie. Los domésticos no se atrevieron a dirigirle la palabra, pero Gabriel, el mayordomo, telefoneó al señor, al Banco, que sólo estuvo cerrado tres días por una huelga simbólica. Gabriel le dijo: «La señorita ha regresado». Él contestó: «Gracias, Gabriel». La había buscado en la Sorbona, en el Odeón, en cuanto lugar pudo entrar. Por el prefecto supo que no estaba en un hospital ni detenida. Una mañana decidió no buscarla ni esperarla más. Cuando se encontró frente a ella, era él quien se parecía a

su hija. Había perdido toda ternura para esa desconocida que tenía su mismo rostro.

Matilde se había lavado, lustrado, maquillado, perfumado, vestido. Había cuidado sus manos, pero su rostro enflaquecido era duro como la piedra, y su mirada aún más fría que el día de su partida. Por cierto no habría olvidado la corta frase que le lanzó al irse y sabía que él tampoco podía haberla olvidado. Ahora se preguntaba si lamentaría haberla pronunciado, o al contrario, no haber podido cumplir su promesa.

Ella se sentó en el sillón de terciopelo verde. No cambiaron ninguna palabra concerniente a su ausencia o su retorno, ni expresaron emoción alguna ni ninguna clase de cortesía. Ella habló la primera. Dijo que creía estar encinta y que quería ir a abortar a Suiza. Ya tenía el pasaporte y todas las autorizaciones necesarias para pasar las fronteras. Sólo necesitaba dinero. Él extendió un cheque sobre un banco de Ginebra. Ella partió en su Porsche. No tuvo más noticias de ella hasta recibir el telegrama de la embajada de Francia en Katmandú.

En la Sorbona, Olivier ocupaba con Carlo una pequeña oficina en lo alto de una escalera. Había pegado sobre la puerta uno de los afiches hechos por los alumnos de Bellas Artes. En gruesas letras se leía: «Poder Estudiantil». Encima, escrito por él con tiza: «Discusión permanente». Muchachos y muchachas subían sin cesar hasta allí, empujaban la puerta, lanzaban sus afirmaciones, hacían preguntas, descendían a empujar otras puertas, a plantear otras preguntas, a afirmar sus certidumbres y sus dudas. En la luz glauca que caía de su ventanal el gran anfiteatro abrigaba una feria permanente de ideas. Era realmente como un gran mercado libre donde cada uno alababa su mercadería con la convicción apasionada de que era la mejor.

Olivier sólo tenía que dar unos pasos para pasar de su oficina a una de las galerías superiores del anfiteatro. De vez en cuando iba allí y echaba una mirada vertical a las hileras de bancos casi siempre totalmente ocupados. Un mosaico de camisas blancas y de *pulóveres* de colores. El rojo dominaba. Y las cabezas redondas posadas sobre ese fondo como bolas de billar. En la tribuna, ante las banderas negra y roja, los oradores se sucedían. Olivier escuchaba, nervioso, porque no siempre comprendía lo que deseaba éste o aquél. Le parecían confusos, difusos, y a veces mediocres, perdiendo el tiempo en querellas de palabras, cuando todo era tan simple: había que demoler, arrasar el viejo mundo, y reconstruir uno nuevo, de una justicia y fraternidad total, sin clases, sin fronteras, sin odios.

«Poder Estudiantil». Sí, eran ellos, los estudiantes que tuvieron el privilegio de adquirir cultura, quienes debían conducir a los obreros a la conquista de una existencia liberada de la esclavitud del capitalismo y de las restricciones de las burocracias socialistas. El viejo *slogan* de la República les hacía latir el corazón. Libertad, Igualdad, Fraternidad. Esas tres palabras lo decían todo. Pero desde que la burguesía las había inscripto en la fachada de sus alcaldías, donde registraba los nombres de sus esclavos, y bordado en sus banderas que los arrastraban a la matanza,

las tres palabras se habían convertido en mentiras que disimulaban todo lo contrario de lo que expresaban: la Opresión, la Explotación, el Desprecio. Tenían que ser purificadas en el gran fuego de la rebelión y de la alegría. Era simple, simple, simple. Todos esos tipos detrás de sus micrófonos, en tren de cortar las ideas en cuatro y de sodomizar a las moscas, acabarían por asfixiar a la Revolución bajo sus frases.

Una tarde, al salir de la galería, escribió en la pared del corredor: «¡Oradores desgraciados!», y lo subrayó con un trazo tan violento que la tiza se rompió. Arrojó a la escalera el pedazo que le quedaba entre los dedos y entró en la oficina. Sentada en la punta de la mesa estaba una muchacha discutiendo con Carlo. Olivier la conocía vagamente. Estudiaba sociología como él. La había visto a veces en las clases, alguien le había dicho que su padre era banquero.

Carlo, de pie, ejecutaba ante ella su número de seducción italiana. Hablaba, caminaba, sonreía, llevaba las palabras hacia ella con las manos. Ella lo miraba fijamente con una mirada azul, helada. Él le exponía los puntos de vista de Olivier acerca del papel que debían desempeñar los estudiantes respecto a los obreros. Sin muchas ideas personales, era el eco de su amigo.

La joven lo interrumpió con una voz cortante.

—Ustedes son unos piojosos presuntuosos. ¿Qué van a enseñarles a los obreros? Para eso tendrían que saber algo. ¿Y qué es lo que tú sabes? ¿Qué te han enseñado en la Facultad?

—¡Se nos enseña a pensar! —dijo Olivier.

Se volvió hacia él: —¿Tú piensas? ¡Tienes suerte!

Se levantó.

—El «Poder Estudiantil» de ustedes es una historia de hijitos de puta. ¿Has visto lo que hace Mao con los estudiantes? A las fábricas, de acuerdo, ¡pero al trabajo en cadena! Y los profesores ¡a la comuna rural! ¡A recoger estiércol!

—Ya lo sé —dijo Carlo—. ¿Pero para qué sirve eso?

—¿Y tú? ¿Para qué sirves? Ustedes han quemado unos cuantos coches viejos y ahora hacen espuma con las palabras... ¡Ocupan la Sorbona en lugar de demolerla!... ¡Ni siquiera han matado un policía! ¡Están todos por completo, a cien metros de aquí, bien colorados y gordos a la espera, mientras juegan a las cartas, de que ustedes se duerman con sus propios discursos para echarlos afuera! ¿«Poder Estudiantil»? ¡Me hacen morir de risa! ¡Poder de mis cojones!

—Tú no tienes —dijo Carlo.

—Ustedes tampoco. Ustedes son todos unos pequeños burgueses hijos de puta.

—¿Y tú? ¿Tú no eres una pequeña burguesa? —dijo Olivier—. Duermes entre el caviar y has bebido el oro en todas tus comidas desde que naciste...

—¡Lo que he bebido, lo vomito!...

Salió bruscamente. Carlo tuvo el impulso de seguirla, después se contuvo. Hubiera querido demostrarle que poseía de sobra aquello de que le acusaba carecer. Pero a una muchacha como esa habría que convencerla, demostrarle que... No le

gustaba ese género. Muchachas que permanecen a la defensiva, incluso mientras gozan, eso arruina todo placer. Que se vaya a masturbar con su pequeño Libro Rojo...

Llegó después el asombroso domingo en que todo París fue a visitar a sus hijos atrincherados en el Barrio Latino. Hacía buen tiempo, era como un día de fiesta, los parisienses con trajes nuevos, sus mujeres livianas blusas de primavera, se aglomeraban en las veredas del bulevar Saint-Michel o en la plaza de la Sorbona, alrededor de los jóvenes oradores que exponían sus ideas. Los vendedores ambulantes aprovechaban la presencia de ese público inesperado, exponían sus mercaderías, corbatas, portafolios, tarjetas postales, alhajas de fantasía que brillaban al sol como flores. Un viejito de barba amarilla vendía dragones chinos de papel.

Los curiosos llenaban el patio de la Sorbona, sus corredores y sus escalinatas, una multitud lenta, que leía con estupefacción los afiches y las inscripciones. Una frase vertical comenzaba en mitad de una pared y terminaba sobre el piso de un pasillo. Tenía una orden: ¡Arrodíllate y mira! No había nada que mirar más que el polvo.

Poco después de las quince, Romain Closterwein casi se encuentra con su hija. Había recorrido las oficinas y todos los anfiteatros sin verla. Al descender de nuevo al patio pasó ante un letrero que indicaba, en letras rojas sobre cartón ondulado, que había una guardería de niños en el tercer piso, escalera C, a la derecha, y se detuvo luego, pensativo, ante un afiche que parecía descubrir, con humor y gracia, un comienzo de cansancio, y quizá también una sospecha de rencor hacia las reivindicaciones materiales de los obreros en huelga. Representaba una barricada de pequeños adoquines negros sobre la cual se erguía un grupo de estudiantes coloridos y apretados como un ramo de flores. Enarbolaban una bandera roja en cuya franja horizontal se leía: «¡NO MÁS DE CUARENTA HORAS DE BARRICADA POR SEMANA!».

Matilde pasó por detrás de él, a sólo unos pasos de distancia. Una lenta, espesa corriente de gente los separaba. Entró por la puerta por la que él acababa de salir. Se abrió camino a codazos en el corredor. Estaba furiosa contra los almaceneros que venían a ver la revuelta como si asistieran al circo. Comenzó a subir la escalera.

Las primeras inscripciones con tiza empezaban a borrarse en los muros: *Olvida todo cuanto te han enseñado: Comienza a soñar*. Alguien había tachado la palabra «soñar» y escrito arriba «quemar». Frente a la puerta del «Poder Estudiantil» una inscripción muy reciente, trazada en negro, afirmaba: «Los sindicatos son burdeles». La puerta de la oficina estaba abierta de par en par. Los curiosos entraban, miraban las cuatro paredes, la mesita, las sillas, a veces uno de ellos se sentaba para descansar un poco. Después se retiraban, con su asombro y su curiosidad insatisfecha.

Matilde había sentido el deseo de ver de nuevo a Olivier. Recordaba su frase: «Se nos enseña a pensar», o algo parecido. Tenía que librarlo de ese enorme error. Se

había ido demasiado apurada y aquel chico parecía un buen tipo. Lo recordó al despertar en la pieza del mísero hotel donde pasó la noche con un negro, por convicción antirracista. El asunto no fue más feo que con un blanco. Después, había dormido bien. Él la había despertado, quería recomenzar y ella lo rechazó: el hombre estuvo a punto de golpearla pero al fin tuvo miedo de sus ojos. Pensó entonces en los dos tipos de la oficina en lo alto de la escalera y sobre todo en aquél de ojos de avellana y cabellos de seda a lo largo de sus mejillas. Un tipo que creía, pero que lo que creía era idiota. Regresó para convencerlo.

En la oficina sólo encontró a los curiosos que entraban y salían lentamente. Carlo estaba en la plaza de la Sorbona y caballo sobre la espalda de un pensador de piedra. Miraba muy divertido a un vendedor ambulante anarquista, que había, por un día, reemplazado su cesta llena de bolígrafos por carteles políticos ilustrados y argumentaba contra Dassault y los Rothschild.

Olivier había huido descorazonado ante la gris oleada de curiosos. Intentó discutir con los primeros. Respondían idioteces o lo contemplaban con estupor, como si acabara de descender de un plato volador. Decidió irse a almorzar con su abuela. La encontró toda trastornada: el señor Seigneur había muerto la noche del viernes, súbitamente. Los acontecimientos lo habían aniquilado. No logró sobreponerse a ellos y se dejó ir. Desde hacía mucho que se defendía de la muerte, nadie pensaba que estuviera tan próxima. Y sus desgracias no terminaron ahí, el pobre: las pompas fúnebres estaban en huelga y no había nadie para enterrarlo. La señora Seigneur se dirigió a la comisaría. Unos soldados llegaron con un ataúd demasiado pequeño, grueso como él era, y nadie para hacerle uno a medida, todo el mundo en huelga; entonces se lo llevaron así, en su camión, envuelto en una frazada, el pobre; la señora Seigneur ni siquiera sabía donde estaba, y a pesar de todo cerró el almacén un día entero, había que hacerlo, el sábado todo el día, justo cuando todo se vendía tan bien, las clientas con una canasta llena en cada brazo, no importa qué, conservas, arroz, azúcar, cualquier cosa comestible par meter en sus aparadores. Tenían miedo.

Matilde descendió la escalera y no volvió a subirla. Los curiosos se retiraban de la Sorbona y del Barrio Latino. Matilde se integró a un pequeño grupo activo que se procuraba misteriosamente sierras mecánicas para cortar árboles, barrenos para levantar el pavimento, cascos de motociclistas, mangos de azada y anteojos cerrados antilacrimógenos para los combatientes. Durante las jornadas de calma el grupo iba de una Facultad a otra, hacía votar mociones, constituía comités de acción. Matilde olvidó completamente a los dos muchachos de la oficinita. Carlo olvidó a Matilde. Pero Olivier, no. Lo que le dijo lo había conmovido. No a iba dejarse adoctrinar por una mocosa millonaria maoísta, pero parte de sus afirmaciones hallaron en él cuerdas tensas, prontas a entrar en resonancia. Sí, demasiadas palabras; sí, demasiada pretensión intelectual. Sí, demasiados pequeño-burgueses hijos de puta que se ofrecían una pequeña distracción revolucionaria sin peligro. Golpear a los policías, romper las vidrieras, quemar los autos, gritar los slogans resultaba sin duda más

excitante que un *surprise-party*. Si de pronto aquello se tornaba peligroso volvían de prisa con papá y mamá. En cuanto podían atrapar un micrófono lanzaban discursos contra la sociedad de consumo, pero siempre habían consumido bien, desde su primer biberón.

Sí, la verdad estaba con los obreros. Ellos conocían realmente, porque las sufrían en su carne cada minuto de su vida: la injusticia y la esclavitud.

Olivier se daba cuenta de que aún sin hablar, aunque sólo tratara de formular su pensamiento y su sentimiento para sí mismo, retomaba las mismas imágenes gastadas, los mismos *clichés* de todos esos mediocres pegado a un micrófono. No había que hablar más, ni aun ante sí mismo. Había que actuar.

Arrastró a Carlo a la manifestación que se dirigía a Billancourt, a llevar a los obreros de la fábrica Renault en huelga el apoyo y la amistad de los estudiantes en rebeldía. La acogida de los huelguistas fue más que reservada. No dejaron entrar a nadie en el interior de la fábrica ocupada. No necesitaban de esos chicos traviesos para arreglar su asunto. Ninguno de los obreros, ni siquiera los más jóvenes, podían creer en la realidad de una revuelta que no acarrearía ninguna represión verdadera. Esas barricadas del Barrio Latino eran un juego de niños mimados. Los de la policía se ponían guantes antes de arremeter contra los hijos de los burgueses. Los apaleamientos no eran más que una forma, un poco más fuerte, de una buena corrección. Cuando los obreros arrancan el pavimento es distinto: se dispara sobre ellos. Nada de guantes: plomo. Pero los burgueses no pueden mandar hacer fuego sobre sus hijos. Instalaron el orden burgués en el 81, liquidando una clase entera con la guillotina. Liquidarían también a la clase obrera si no la necesitaran para fabricar y comprar. En cambio no pueden matar a sus hijos, ni aun cuando rompan los muebles y quemen las cortinas.

Los obreros y los estudiantes se miraban a través de los barrotes del portal de la fábrica. Cambiaban frases triviales. El cartel de tela «Estudiantes y obreros unidos», que dos muchachos habían llevado desde la Sorbona, pendía flojo entre sus dos soportes. La bandera roja y la bandera negra tenían un aspecto mustio. Hacía falta un poco de viento, un poco de caluroso movimiento para hacerlas flotar. Sólo había esa reja cerrada, y esos hombres detrás, que parecían defender su puerta de la amistad. Olivier tuvo de golpe la impresión de encontrarse en el zoo, ante una jaula donde se hallaban encerrados animales hechos para los grandes espacios, ahora privados de su libertad. Los visitantes venían a decirles palabras amables y a traerles golosinas. Se creían buenos y generosos. Pero estaban del mismo lado de la reja que los cazadores y los guardianes. Un estudiante pasó a través de los barrotes el producto de una «colecta de solidaridad». Olivier apretó los dientes. ¡Manises! Se retiró a grandes pasos, furioso. Carlo no entendía nada. ¿Qué te pasa? ¿Qué mosca te picó?

De regreso a la Sorbona, Olivier arrancó el afiche «Poder Estudiantil», pegado en la puerta de la pequeña oficina. Después de la palabra «discusión» tachó la palabra «permanente», y escribió encima, con letras mayúsculas: «¡DISCUSIÓN

TERMINADA!»), con grandes signos de admiración.

Peleó furiosamente con la policía en todas las escaramuzas. Durante la «noche terrible» del 24 de mayo, trepó a lo alto de una barricada y se puso a insultar a los policías. De golpe se dio cuenta, lúcidamente, de que estaba en tren de «posar», de hacer un cuadro vivo, de parodiar las imágenes históricas, pero la imagen sólo sería una imagen: los policías no tirarían, él no se desplomaría, ensangrentado, sobre la barricada. Además, con su casco blanco y sus grandes anteojos parecía un personaje de tiras cómicas para adolescentes que sueñan con aventuras fantásticas. Se los quitó y los arrojó hacia atrás. Apretando su mando de azada saltó delante de la barricada. Unos autos ardían, las granadas estallaban, sus remolinos de vapor blanco se deshacían en la noche roja y negra. Detrás de su bruma, Olivier veía moverse vagamente la masa negra y reluciente de la policía. Se lanzó hacia ellos a la carrera. Tres policías le salieron al encuentro. Golpeó al primero con rabia. Su palo chocó contra un escudo de caucho y rebotó. Recibió un cachiporrazo en la mano y otro en la oreja. Dejó caer su arma. Otro golpe de cachiporra en un lado del cráneo lo hizo caer de rodillas. Una patada en el pecho lo tendió en tierra, los pesados zapatones le golpearon los riñones y las costillas. Intentó levantarse. Lloraba de vergüenza y de rabia, y de gas lacrimógeno. Su nariz y su oreja sangraban. Logró asir con las dos manos la cachiporra de un policía e intentó arrancársela. Otra cachiporra lo golpeó en la juntura del cuello y del hombro. Se desvaneció. Los policías lo recogieron para arrojarlo a un camión. Pero de la niebla blanca atravesada de llamas un grupo dirigido por Carlo surgió bruscamente aullando insultos y los atacó. Dejaron caer a Olivier como una bolsa para hacer frente a la jauría, que se dispersó enseguida. Olivier, desvanecido, con el cuello torcido, el echarpe rojo arrastrando en el arroyo, la parte inferior del rostro brillante de sangre, yacía sobre la vereda y la calzada, con los pies más altos que la cabeza. Una granada estalló a unos metros de él y lo cubrió con un velo blanco. Carlo y otros dos muchachos llegaron tosiendo y llorando, recogieron a Olivier y lo llevaron del lado de las llamas.

Dos elefantes blancos gigantescos se erguían en el azul del cielo. Manos desde hacía mucho tiempo muertas —pero la muerte es la liberación— los habían tallado directamente en la roca, en la cumbre de la colina, la cual todo alrededor de ellos fue desmontada y llevada lejos. Eso ocurrió quizá mil años antes, quizá dos mil... Para los hombres vestidos de blanco y las mujeres con *saris* de todos colores —de todos colores menos amarillo— que subían por el sendero hacia los elefantes, hacia el cielo, hacia el dios, mil o dos mil años carecían de significación. No era algo más remoto que la vigilia o la víspera. Era tal vez hoy.

El sendero que giraba tres veces alrededor de la colina, antes de llegar hasta las patas de los elefantes, había sido trazado siglo tras siglo por los pies desnudos de los peregrinos. Poco a poco habían hecho una zanja estrecha cuyos bordes llegaban hasta

sus rodillas. Por ella únicamente se podía caminar uno detrás de otro, y estaba bien así, porque entonces cada uno se encontraba solo en la pendiente a subir, frente al dios que lo veía llegar desde el corazón de la colina.

Sven marchaba delante de Jane, y Jane delante de Harold. Sven, sin volverse, un poco sofocado, explicaba a Jane que los indios no se representan el tiempo bajo la forma de un río que corre sino como una rueda que gira. El pasado retorna al presente pasando por el porvenir. Esos elefantes que están allí hoy, ya estaban ahí ayer. Y cuando al girar la rueda del tiempo llegue a mañana, volverá a encontrarlos en el mismo lugar. Así durante mil años, así desde hace mil años. ¿Dónde está su comienzo?

Por encima del murmullo de las voces de los peregrinos y el tintineo de sus campanillas de cobre Jane oía vagamente lo que Sven le decía. Se sentía feliz, ligera, exaltada, como un barco que abandona por fin el puerto grasiento y flota dulcemente en un océano de flores, elige sus escalas, se queda si le gusta, embarca lo que quiere y retoma el viento de la libertad.

El día anterior había llovido por primera vez en seis meses y, a la noche, la colina se recubrió con una vegetación corta y tupida. Cada brizna de hierba terminaba en un botón cerrado. Al salir el sol abrieron todos juntos sus mil cálices de oro. En un instante la colina se transformó en una llama de alegría, resplandeciente y redonda, ardiendo en el centro de la llanura desnuda. Las flores cubrían enteramente la colina con un vestido suntuoso, color sol.

Flores vírgenes, sin ningún perfume, y que no producían semillas. Nacían solamente para abrirse y tender hacia el sol su vida minúscula que se le parecía. A la tarde, cuando el sol se pusiera, se cerrarían todas juntas y no volverían a abrirse más.

Jane, Sven y Harold habían comido poco la víspera. Sven le había dado a Harold la mitad de su pan. Y esa mañana ya no tenían nada más. Les quedaban cinco cigarrillos. Compartieron uno antes de comenzar la ascensión.

La multitud aglomerada alrededor de la colina, a la espera desde hacía días y días del grito de oro del dios, le había respondido agitando sus campanillas, alzándolas, desde todos los rumbos de la llanura, hacia el fruto de la luz que acababa de madurar en medio de la tierra gris. Después comenzó a girar lentamente en torno de él, pronunciando el nombre del dios y los nombres de sus virtudes.

Los astrólogos habían anunciado el momento en que la lluvia caería sobre la colina, y los peregrinos llegaban de todas partes. La mayoría eran campesinos que venían a pedir a Dios que retuviera la lluvia y la esparciera sobre sus campos. Porque habían sembrado en el otoño y desde entonces no llovía. Sus simientes no habían germinado y sus tierras estaban convertidas en ceniza. Durante días y días anduvieron con sus mujeres, sus hijos y sus ancianos. El hambre les era tan habitual que ya ni sabían que lo padecían. Cuando uno de ellos, agotado, no podía continuar la marcha, se acostaba y respiraba mientras tenía fuerzas para hacerlo. Cuando no tenía más, cesaba.

Cada mañana, la multitud que esperaba desde hacía días alrededor de la colina, llevaba sus muertos un poco aparte y les quitaba sus vestimentas, a fin de que los lentos pájaros pesados que también habían acudido a la cita, pudiesen darles sepultura en ellos. Y la lluvia había caído, y esa mañana los vivos se sentían felices de seguir vivos y haber visto al dios de oro florecer sobre la llanura de cenizas.

En el momento en que todas las campanillas resonaron, los pesados pájaros, asustados por el ruido, abandonando a los muertos, planeaban en torno de la multitud que giraba alrededor de la colina.

Sven miraba hacia lo alto, Jane miraba hacia abajo, Harold miraba a Jane, Jane miraba el vestido de oro de la colina que parecía hundirse en el lento remolino de la multitud como en un mar de leche sembrado de flores flotantes. Las flores eran las mujeres con *saris* de todos colores —de todos colores menos amarillo— porque el amarillo era, allí y ese día, el color reservado al dios. La multitud blanca, florida, giraba alrededor de la colina, se alargaba por el sendero de piedra y ascendía paso a paso hacia la puerta abierta entre los elefantes, bajo el arco de sus trompas unidas como las manos en una plegaria. En el límite de la multitud, por encima de ella, en el cielo de nuevo azul, giraba la ronda de los pájaros negros.

Abajo de la colina, por otra puerta encuadrada de encajes de piedra, salían los peregrinos que habían visto a su dios. Él colmaba la colina en la que había sido tallado. Sentado al nivel de la llanura, erguía hasta la cumbre de la pirámide sus dieciséis cabezas que sonreían hacia las dieciséis direcciones del espacio, y desplegaba alrededor de su torso el armonioso conjunto de sus cien brazos que tenían, mostraban, enseñaban objetos y gestos. Orificios perforados en la roca lo iluminaban con el reflejo del cielo. Cada peregrino mientras subía hacia él, cortaba un flor, una sola, y al descender por el sendero que giraba alrededor de él en el interior de la colina, se la ofrecía.

Cuando Jane entró por la puerta abierta entre los elefantes y descubrió el primer rostro del dios, cuyos ojos cerrados le sonreían, el tapiz de flores alcanzaba ya hasta el dedo tendido de su mano más baja, que señalaba la tierra, comienzo y fin de la vida material. Adentro, afuera, cada uno, cada una, girando alrededor de la colina y sobre ella y en ella, continuaba murmurando el nombre del dios y los nombres de sus virtudes, y antes de recomenzar golpeaba ligeramente su campanilla de cobre. El sonido de las campanillas florecía por encima del rumor de las voces y lo cubría con el mismo color que las flores de la colina.

Harold sentía las piernas cansadas. Al paso a que iba aquello todavía estarían allí cuando llegara la noche y aún no habían comido nada. Lamentaba su decisión de seguir a Jane y Sven en vez de descender con Peter hacia Goa. Los conoció en el aeródromo de Bombay. Él y Peter bajaban del avión de Calcuta. Peter fue quien pagó los pasajes. Llegaba de San Francisco y todavía tenía dinero. Harold inició su viaje hacía más de un año, conocía los recursos y los peligros. Cuando Sven y Jane le hablaron de Brigit y de Karl, les dijo que el camino que habían escogido estaba lleno

de peligros. Pocas muchachas salían de allí intactas. Se arriesgaban incluso la vida. Después hablaron de otra cosa. Karl y Brigit eran el ayer. Uno se encuentra, se ayuda, se separa, se es libre...

Harold había nacido en Nueva York de un padre irlandés y una madre italiana. Tenía los ojos claros de su padre y las inmensas pestañas negras de su madre. Sus cabellos oscuros caían en grandes ondas sobre sus hombros. Un fino bigote y una corta barba enmarcaban sus labios, que seguían bien rojos, incluso aunque no comiera bastante. Cuando Jane lo vio por primera vez llevaba un pantalón verde, una descolorida camisa roja con flores estampadas, y un sombrero de mujer, para trabajos de jardín, de paja, con anchas alas, ornado con un ramo de flores y cerezas en plástico. Sobre su pecho, en el extremo de un cordón negro, colgaba una caja marroquí, de cobre repujado, que contenía un versículo del Corán. Jane lo encontró divertido y bello. Él la encontró bella. A la noche hicieron el amor a orillas del océano en el pesado calor húmedo, mientras que Peter, agotado, dormía, y que Sven, sentado al borde del agua, trataba de acoger en sí toda la armonía de la noche enorme y azul.

Harold propuso a Jane que fuera con él y Peter a Goa, pero ella rehusó. No quería abandonar a Sven. Sven era su hermano, su liberador. Antes de encontrarlo era sólo una larva encogida en las aguas negras del absurdo y la angustia que llenaban el vientre del mundo perdido. Sven la había tomado en sus manos y conducido hacia la luz. No quería dejarlo. Iban juntos a Katmandú, irían juntos adonde él quisiera. Él era el que quería, el que sabía.

Se había acostado con Harold porque eso le daba placer a los dos, pues Sven no tenía interdicciones ni vergüenza. Las leyes del mundo nuevo al que la había hecho entrar eran el amor, el don, la libertad. Sven casi no tenía necesidades físicas y ni sospechaba lo que significaba la palabra celos. Harold fumaba poco y comía mucho cada vez que era posible. No era del todo místico, pensaba que Sven era retorcido y Jane soberbia. Después de todo, a él Goa o Katmandú le daban lo mismo. Renunció a ir al sur con Peter y su dinero, y había seguido hacia el Norte con Jane y Sven. Era exactamente la dirección del Nepal, pero Sven quería visitar los templos de Girnar, y sólo en Occidente hay quien crea que el camino más corto es la línea recta.

Jane se sentía rebotante de felicidad entre los dos muchachos. Estaba unida a Sven por la ternura y la admiración, y a Harold por la alegría de su cuerpo. Pero a veces, de noche, en la etapa, iba a tenderse junto a Sven, sobre la hierba seca o en el polvo al borde del camino desierto, y comenzaba dulcemente a abrirle las ropas. Porque tenía necesidad de amarlo también de esa manera, de amarlo completamente. Y sin saber formulárselo, sentía que al llamarlo así con su cuerpo le impedía comprometerse por entero en un camino en el que tal vez corría el riesgo de perderse.

Él sonreía y la dejaba hacer, a pesar de su desprendimiento cada vez más grande de ese deseo del cual aspiraba a liberarse en absoluto. Pero no quería desilusionar a Jane, causarle ninguna pena. Con ella, por otra parte, no era la sumisión ciega al

instinto, sino más bien un cambio de amor tierno. Le decía muy pocas palabras, amables, llenas de flores. Ella se atrevía apenas a hablar, le decía cositas infantiles, en voz muy baja, que él apenas oía. Se estrechaba contra él, lo acariciaba, necesitaba mucho tiempo para despertar su deseo. Luego él se libraba rápidamente de ella, como un pájaro agotado.

Harold, mientras descendía lentamente por la colina, hallaba que el dios era estupendo, de acuerdo, pero tenía demasiada hambre para apreciar por entero su belleza.

Y encontrar qué comer, en medio de todos esos famélicos, no sería muy fácil. No tenían dinero y casi ni cigarrillos. Había que procurarse algunas rupias.

Cuando salió por la puerta baja, se sentó al borde del camino y tendió la mano para mendigar.

Olivier recobró el conocimiento detrás de la barricada y recomenzó el combate. Cada pulsación de sus arterias le hundía un cuchillo en la oreja izquierda. El interior de su cráneo estaba lleno de ruidos fantásticos. Cuando estallaba una granada creía oír Hiroshima. Los llamados de sus amigos crecían en clamores, y de los cuatro horizontes convergían toques de rebato hacia su cerebro. La noche violenta zumbaba entre fragores y torbellinos sonoros y le parecía que su cabeza la contenía por entero.

En los días que siguieron, los estudiantes comenzaron a abandonar poco a poco la Sorbona. Cada día se alejaban en mayor número del viejo edificio manchado y degradado. Elementos ajenos penetraban y se instalaban en él, aventureros, vagabundos y algunos policías. Uno de estos, para engañar, vino con su mujer y sus tres hijos, frazadas, biberones, un calentador de alcohol, todo un bazar, y se instaló bajo sus techos. Se pretendía desocupado y sin casa. Los estudiantes le organizaron una colecta en la calle. Pero nadie daba nada. Los parisienses encontraban que el recreo ya duraba demasiado. Los obreros habían obtenido aumentos que jamás hubiesen osado esperar un mes antes, y patrones y comerciantes comenzaban a pensar en la adición.

El Señor Palairac se ponía violeta de furia mientras atendía a sus clientas. ¿Qué buscaban esos cretinitos presuntuosos que querían romper todo? ¡Ni ellos mismos lo sabían! Pero los sindicatos, esos sí que sabían. No habían perdido el norte. Sólo tuvieron que esperar de brazos cruzados, sentados sobre el montón. Y hubo que darles cuanto pedían para que reanudaran el trabajo...

Esos imbéciles fueron quienes desencadenaron todo eso. Y ahora ¿quién va a pagar la adición? No ellos, como siempre.

Por precaución el señor Palairac comenzó a aumentar el precio del lomo, apenas un poquitito, que no se notara. No aumentó las carnes inferiores, las mujeres nunca las quieren. No saben ya hacer un guiso o un buen puchero; toda su comida ha de estar lista al minuto. Ya no hay más cocineras, nada más que buenas mujeres que sólo

piensan en ir al cine o a la peluquería. ¿Qué tiene de extraño entonces que sus críos quieran tragarlo todo sin mover un dedo? Él todavía se levantaba a las cuatro de la mañana para ir a los Halles. Y ya no tenía veinte años, sin embargo, ni cuarenta... Pero le habían enseñado a trabajar a puntapiés en el culo. A los doce años, cuando terminó la escuela... ¡Y no le preguntaron si quería ir a la Sorbona!...

Arrojaba con indignación el trozo de carne sobre el platillo de la balanza automática. La flecha oscilaba, él anotaba la cifra más alta y arrebatava el paquete antes de que descendiera. Se olvidaba siempre de quitar un poco de grasa o de desecho, no gran cosa, apenas unos gramos. A fin de año eso sumaba toneladas. En la caja, su mujer se equivocaba al dar el vuelto. Nunca en su contra. Y no con cualquiera, tampoco. No con las verdaderas burguesas que cuentan bien sus centavos, sino con las sirvientitas a las que uno da el vuelto, lo recogen y ni miran. Y con los hombres, ellos tienen vergüenza de contar. A veces alguien se daba cuenta, entonces se excusaba, perdón, se había confundido.

Hasta el último día Olivier se negó a creer que habían perdido. Todo estaba trastornado, bastaba un pequeño empujón más, asestar un buen golpe, bastaba que los obreros continuaran la huelga unas semanas, tal vez sólo unos días, y toda la sociedad absurda se iba a desmoronar bajo el peso de sus propios apetitos.

Pero las fábricas abrieron una tras otra, de nuevo hubo nafta en las bombas y trenes sobre los rieles. Fue a Flins a animar a los huelguistas de Renault y allí comprendió que todo estaba concluido. No eran más que un puñado vagando alrededor de la fábrica, corridos por la policía, mirados desde lejos por los piquetes de obreros indiferentes, si no hostiles. A punto de ser capturado, acorralado contra la orilla, saltó al agua y atravesó el Sena a nado.

Las rutas estaban cerradas y tuvo que cortar camino por los campos. Un paisano soltó su perro en su persecución. En lugar de huir, Olivier se arrodilló y esperó al perro. Era un animal roñoso y privado de amor. Olivier lo recibió con palabras de amistad y le palmoteó la cabeza. El perro, loco de felicidad, le puso las dos patas sobre los hombros, sacó su lengua de entre sus pelos y en dos golpes le lamió todo el rostro, después se puso a brincar alrededor de él ladrando con una voz de ultrabajo. Olivier se irguió lentamente. La alegría del perro giraba alrededor de él sin alcanzarlo. Se sentía frío como el agua del Sena de la que acababa de salir.

Penetró en la Sorbona y se encerró en la oficinita. Se quedó tendido sobre una frazada, sin hablar, con los ojos abiertos, mirando en el interior de sí mismo el vacío enorme dejado por el derrumbe de todas sus esperanzas.

Carlo le trajo de comer, se inquietó al verlo tan sombrío, le dijo que nada se había perdido, era sólo el principio, todo iba a recomenzar. Olivier no intentó ni siquiera discutir. Sabía que era el fin. Sabía que el mundo obrero, sin el cual nada podía construirse, era un mundo ajeno que no lo aceptaría jamás. Ellos eran productos fracasados de la sociedad burguesa, los frutos de un árbol demasiado viejo. Ellos mismos habían llamado a la tempestad que los arrancó de las ramas. El árbol moriría

en una estación próxima, pero ellos no madurarían en ninguna parte. No eran un principio sino un final. El mundo de mañana no estaría construido por ellos. Sería un mundo racional, limpio de sentimentalismos vagos, de misticismos y de ideologías. Ellos habían llevado la guerra a las nubes. En cambio los obreros habían ganado a ras del suelo la batalla de los boletines de salarios. En un mundo material, hay que ser materialista. Era la única manera de vivir ¿pero eso bastaba para que fuera una razón para vivir?

Olivier no participó en el último tumulto de la calle Saint-Jacques. Alrededor de él, en la Sorbona, se saldaban las últimas cuentas entre los estudiantes y los policías. Cuando estos últimos entraron en la oficina para hacerlo salir, ni siquiera tuvo un reflejo de defensa. El barco se iba a pique, había que abandonarlo. Era un naufragio sin gloria en el barro. Salieron de la Sorbona a la vereda llena de piquetes de policías, uniformados y de civil. Olivier dijo a Carlo:

—Jamás volveré aquí.

Carlo lo acompañó a lo largo de la calle de Vaugirard y de la calle Saint-Placide. Amanecía, algunos coches pasaron, rápidos. Un camión de lechero se detuvo ante una lechería y volvió a arrancar, dejando sobre la vereda la ración de leche del barrio. Carlo arrojó una moneda de un franco en una caja y tomó un envase de cartón. Rompió una punta con los dientes y bebió a largos tragos, después tendió a Olivier el recipiente bicorne.

—¿Quieres?

Olivier dijo «no» con la cabeza. La leche pura le daba náuseas. Carlo bebió de nuevo y arrojó el recipiente bajo las ruedas de un camión que hizo correr el resto de su sangre blanca.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Carlo.

—No sé...

Unos pasos más adelante, Olivier preguntó a su vez:

—¿Y tú?

—A mí solo me falta una materia para recibirme. ¿Voy a dejar ahora?

—¿Serás profesor?

—¿Qué quieres que sea?

Olivier no respondió. Se encorvó de hombros y puso las manos en los bolsillos. Tenía fríos. En ese momento se apercibió que no llevaba su echarpe. En las peores refriegas trató siempre de no perderlo, porque sabía que eso habría apenado a su abuela. Y, finalmente, se lo había simple y llanamente olvidado en la oficinilla en lo alto de la escalera. Imposible regresar. Estaba sobre el respaldo de la silla, tras el escritorio. Ahora lo recordaba, lo veía. Tuvo un estremecimiento. Le pareció estar desnudo.

—¿Tienes para pagar un café?

—Si —dijo Carlo.

El café de la esquina de la calle de Cherche-Midi estaba abierto, con todos sus

neones interiores encendidos y aserrín fresco esparcido en el suelo. En el mostrador, el señor Palairac tomaba su primer vino blanco de la jornada. Pesaba cerca de cien kilos. Con la edad, había echado un poco de vientre, pero lo esencial seguía siendo huesos y carne. Todavía no había comenzado a trabajar, su uniforme blanco estaba immaculado. El pesado mandil sobre la cadera derecha lo envolvía como una coraza. Conocía bien a Olivier, lo había visto crecer. Incluso se podía decir que lo había alimentado. Por supuesto, la abuela pagaba los bistecs, pero de todos modos era él quien los proveía. ¡Desde el biberón!... ¡Eso le daba el derecho de decirle lo que pensaba a ese mocoso! Lo vio entrar con su compañero y lo apostrofó cuando pasaron ante él.

—¡Hola! ¿Así que terminó la jarana?

Olivier se detuvo, lo miró, luego se volvió sin responder y fue a acodarse al mostrador. Carlo lo siguió.

—Dos exprés —dijo Carlo.

—¿Así que ni siquiera se contesta? —dijo el señor Palirac— ¿Tal vez ya no tengo ni el derecho de hablar? ¿Ni el derecho de respirar? ¿Soy demasiado viejo? ¿Bueno sólo para reventar? ¿Y tu abuela que se amargue la sangre después de semanas que no te ha visto? ¡Qué reviente también! ¡Es una vieja! ¡Eso te tiene sin cuidado! Pones la casa patas para arriba, haces un burdel con todo y después te vienes con las manos en los bolsillos a tomarte tranquilamente un cafecito. ¡Lindo mundo!

Olivier parecía no oírlo. Miraba la taza que el mozo posaba ante él, echó dos terrones de azúcar, metía la cucharilla, revolvía... El señor Palairac tomó su vaso de vino blanco y bebió un trago. El vinito moscatel del patrón. Bueno... Dejó su vaso y se volvió de nuevo hacia Olivier.

—¿Y qué ganaste con eso, eh? ¡Todo el mundo sacó su tajada menos ustedes! Los obreros, los funcionarios se hicieron sacar las castañas del fuego con ustedes. ¡Ustedes son los cornudos!

Ahora Olivier lo miraba con una mirada mineral, el rostro sin expresión, los ojos inmóviles. Estaba como una estatua, como un insecto. Plairac sintió una especie de miedo y se encolerizó para sacudirse lo insólito, para volver al mundo ordinario de los hombres ordinarios.

—¿Quién va a pagar la cuenta ahora, eh? ¿Quién va ir al recaudador de impuestos? ¡Ustedes no, por supuesto, montón de basuras!

La evocación de la hoja de impuestos lo ponía violeta de furor. Levantó su enorme mano de carnicero como para tomar el impulso de una bofetada.

—¡Si fuera tu padre, te iba a enseñar!...

¿Fue el gesto de amenaza o la palabra «padre» lo que desencadenó la respuesta de Olivier? Quizá la reunión de ambas cosas. Salió como un relámpago de su inmovilidad, arrebató del mostrador el recipiente de aluminio que contenía los terrones de azúcar y con el mismo impulso lo estrelló contra la cara del carnicero. La tapa transparente se rompió, una arista lastimó la mejilla del señor Palairac que se puso

a aullar, retrocedió, tropezó con un cajón de botellas vacías de Cinzano que esperaban la llegada del recolector de envases, y cayó hacia atrás en medio de una lluvia de terrones de azúcar. Sus cien kilos aterrizaron sobre el *juke-box* que chocó contra la vidriera de Cherche-Midi. El cristal se desplomó en puñados de luz sobre el señor Palairac tendido entre el aserrín. El *juke-box* se encendió y un disco se colocó en su sitio. Olivier agarró un banco y lo lanzó por sobre el mostrador a las estanterías de botellas. Levantó una silla por el respaldo y comenzó a golpear todo. La hacía girar por encima de su cabeza como un ciclón y golpeaba cuanto podía alcanzar. Tenía los ojos llenos de lágrimas y sólo veía formas vagas y colores confusos contra los que descargaba sus golpes. El mozo, acurrucado tras el mostrador entre los vidrios rotos y las bebidas derramadas, intentó alcanzar el teléfono. Un golpe de la silla hizo volar el aparato hasta la maquina de café. Un chorro de vapor saltó hasta el techo. Carlo gritaba:

—¡Basta, Olivier, basta! ¡Por Dios, basta!

Del *juke-box* salió la voz de Aznavour. Cantaba:

¿Qué es el amor?

¿Qué es el amor?

¿Qué es el amor?...

Nadie le respondía.

—¿Pero por qué hiciste eso? ¿Por qué?

Se había dejado caer sobre una silla de la cocina, no podía más, miraba a Olivier levantando un poco la cabeza. De pie ante ella, inmóvil, él no decía nada.

No lo veía desde la muerte de ese pobre señor Seigneur. Ninguna noticia, nada. Sólo sabía que estaba en esos tumultos, en esa locura... Ella había adelgazado tanto... No se notaba desde afuera, pero se sentía liviana como una caja vacía. Esa mañana la radio anunció por fin que todo había terminado. ¡Olivier regresaría! ¡Y helo ahí que volvía con ese horror!

¡Justo en el momento en que concluía la pesadilla!... ¡Todo recomenzaba! ¡Y todavía peor!... No era justo, Dios Mío... No era justo, ya había visto demasiado, sufrido demasiado, bien tenía derecho, ahora que estaba vieja y cansada, a esperar un poco de tranquilidad; ni siquiera pedía felicidad sino estar tranquila, estar un poco tranquila...

—¿Pero por qué hiciste eso, Dios mío? ¿Por qué hiciste eso?

Olivier movió suavemente la cabeza. ¿Qué hubiera podido explicarle? Después de un instante de silencio ella le preguntó con una voz que apenas osaba dejarse oír:

—¿Crees que ha muerto?...

Olivier se volvió hacia la mesa donde su café con leche se enfriaba.

—No sé... No lo creo... Los tipos como él tienen la vida dura... Se cortó con un vidrio...

—¿Pero por qué hiciste eso? ¿Qué te hizo él?...

—Escucha, tengo que irme, la policía va a llegar...

Le hablaba muy dulcemente, tratando de herirla lo menos posible. Se inclinó hacia ella y besó sus cabellos grises.

—¿Podrías darme un poco de dinero?

—¡Oh, mi pobre chiquito!...

Se levantó de un impulso, sin esfuerzo, se había tornado tan liviana; fue hasta su habitación, abrió su armario, tomó un libro forrado con un trozo de papel floreado. Era una agenda del Bon Marché de 1953. Desplegó el papel del forro. Entre el papel y el cartón era donde ocultaba sus economías, unos cuantos billetes, de un débil espesor. Los tomó todos, los dobló en dos y fue a poner los en la mano de Olivier.

—¡Vete, mi pollito, vete pronto antes de que ellos lleguen! ¿Pero adónde vas a ir? ¡Oh Dios mío, Dios mío!...

Olivier extendió los billetes, tomó uno solo que guardó en su bolsillo y puso los otros sobre la mesa.

—Te lo devolveré. ¿Sabes donde está Martine en este momento?

—No —dijo ella—. No sé..., pero no tienes más que telefonar a su agencia...

Ambos oyeron al mismo tiempo la señal del coche de la policía cuyo sonido llegaba ahogado por encima de los patios y los edificios.

—¡Ahí están! ¡Vete pronto! ¡Escríbeme, no me dejes sin noticias!...

Lo empujaba hacia la escalera loca de inquietud.

—¡No me escribas aquí! ¡Pueden vigilar!... A casa de la señora Seigneur, 28 calle de Grenelle... ¡Apúrate! ¡Oh, Dios mío, ya están aquí!

El característico pin-pon pin-pon estaba ya muy próximo. Pero no se detuvo. Pasó de largo, se alejó, se extinguió. Cuando la señora Muret se dio cuenta de que no había más peligro, Olivier había partido.

Un niño desnudo dormía al borde del mar. Un varoncito dorado como una espiga de agosto. Una cadenilla de oro rodeaba su tobillo derecho. Sus cabellos apenas nacientes lucían el color y la ligereza de la seda virgen. Cada dulce parte de su cuerpo era elástica y plena de posibilidades de dicha, únicamente de dicha. Era una simiente que va a germinar y va a convertirse en flor o en árbol, una alegría o una fuerza. O la alegría sobre la fuerza: un árbol florido.

Estaba tendido sobre el lado derecho. Olivier, detenido junto a él, lo miraba verticalmente, veía su ojo izquierdo de perfil, cerrado por la franja de pestañas color de miel, y la manito derecha regordeta, abierta sobre la arena, con la palma hacia el cielo, como una margarita rosada.

Contó los pétalos: un poco, mucho, apasionadamente, hasta la locura, nada...

Nada.

Era cuanto podía esperar, tanto él como los otros, uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Nada. La marca universal.

Olivier dio unos pasos más y se detuvo. Había llegado.

Seis caballos de Camargue, pintados en toda su superficie con flores y arabescos psicodélicos, en esos tonos de las cremas heladas, eran sujetos de la rienda por seis muchachas sofisticadas, vestidas con tapados de pieles, bajo el gran sol del Mediterráneo. Un séptimo, pintado solamente con enormes margaritas amarilla, estaba montado por la más bella de las muchachas, la única que tenía alrededor de los huesos carne sabrosa. Llevaba un tapado amplio y corto, hecho de bandas horizontales de zorro blanco y zorro azul. Su larga peluca estaba coronada de margaritas blancas.

Animales y maniqués componían, sobre un fondo de pinares bajo un azul impecable, un grupo insólitamente hermoso, ante el cual un fotógrafo se desplazaba y se agitaba como una mosca a la que hubieran cortado un ala. Curvado sobre su aparato, apuntaba al universo por secciones, apoyaba —¡clic!—, captaba una tajada, corría más lejos, más cerca, a izquierda, a derecha, se arrodillaba, volvía a levantarse, gritaba:

—¡Soura, bendito Dios! ¿Me tienes ese jamelgo, mierda?

Soura, cuyo caballo agitaba la cabeza, respondió mierda con su acento inglés, acarició al caballo, le pasó la mano por los ollares.

—¡Quiet! ¡Quiet!... ¡Be quiet!... ¡You're beautiful!

¡Clic!

—¿Quieres apurarte un poco? ¡Una revienta bajo estos aparatos!

Quien protestaba era una pelirroja, de cortos bucles fulgurantes mechados con tres ramos de hortensias, de un verde que comenzaba a pasar al rosa desvaído. Sus ojos estaban pintados de verde césped hasta la mitad de las sienas. Con una mano sostenía de la brida un caballo, con la otra cerraba sobre ella un tapado de visón color gallo cobrizo, bajo el cual estaba desnuda.

—¡Tu oficio es reventar! ¡Pégate a tu ricura! ¡Y sonríe! ¡Un poco de sexo, buen Dios! ¡Como si fuera tu macho!

Hubo algunas burlas, porque Edith-la-Pelirroja apreciaba poco a los machos.

—¡Apesta, este imbécil! —dijo ella—. ¡Huele a caballo!

Se pegó al animal y le hizo una sonrisa deslumbrante de perfil, justo bajo el ojo.

¡Clic!

Marss supervisaba las operaciones desde el volante de su vehículo, que no se parecía a nada y al que había bautizado: Bob. Lo había hecho fabricar para desplazarse en su propiedad. Era una especie de dos tercios de *jeep*, con un motor eléctrico en cada rueda. Pasaba por todas partes zumbando como una abeja, y podía girar sobre el sitio porque las cuatro ruedas eran directrices. Tenía un asiento ante el volante y otro que le daba la espalda.

Para que estuviera en armonía con su colección, a la que estaba fotografiando para Vogue y Harper's Bazaar, Marss lo había hecho pintar la semana anterior color

flor-iridácea-aplastada-en-crema. Llevaba un *slip* de baño haciendo juego con una mazorca de maíz vertical bordada en el lugar del sexo. Su piel era color cigarro, incluso la de su cráneo, que se distinguía bajo la bruma rubia de sus cabellos finos y ralos. Trataba de mantenerse en forma con la natación, la equitación, los masajes, el sauna, pero su musculatura se borraba cada vez más, y su espiga de maíz apuntaba bajo una curva que él declaraba debida al agua gaseosa, aunque bebía su *whisky* siempre puro.

Sentado en el asiento que le daba la espalda, Florent, a quien llamaban Flo, el modelista creador de la colección, se comía las uñas de angustia mirando su obra, y de tanto en tanto pataleaba.

—No está mal eso —dijo Marss. Tenía una voz muy baja, como desmayada de fatiga.

—No está mal, pero le falta actualidad...

Flo, trastornado, se volvió hacia él.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué es lo que quieres decir?

—Quiero decir: le falta actualidad —repitió Marss muy apaciblemente—. Con lo que acaba de pasar en París, el estilo florido está completamente fuera de moda... Hace dos meses tus caballos pintados hubieran sido geniales, hoy resultan más viejos que unas tías viejas...

—¡Ooooooh!...

Flo lanzó un largo gemido y saltó a tierra.

—¡Me dices eso a mí! ¡A mí!...

—¿A quién querés que se lo diga? Tú eres el que piensa, ¿no? Y bien, piensas con retardo... Tendrías que haber ido a dar una vuelta por las barricadas...

El asistente de Flo, un adolescente rubio, de tierno rostro, cuidado de pies a cabeza como la virgen destinada al sultán, miraba aturdido, desgarrado, a su desamparado maestro aproximarse vertiginosamente a la crisis de nervios. Voló en su socorro.

—¿Si le metieran una bandera roja? —sugirió.

Marss, asombrado, se volvió hacia él.

—... Quiero decir... a los caballos... Una bandera roja en el anca... o dos o tres, así, un haz... sobre su gran culo...

—Perfecto —dijo Marss—. Para que les agarre el jabón a todos mis compradores americanos...

De nuevo se volvió hacia Flo.

—Es completamente cretino, tu buen chico...

—¡Martine! ¿Qué te pasa? —gritó el fotógrafo—. ¿Estás mal?

En el centro del grupo, la muchacha a caballo sobre las margaritas había abandonado la pose y, apoyada con las dos manos en el caballo se volvía rotundamente hacia Marss, con la boca semiabierta de estupefacción y de miedo. Su tapado abierto descubría un corpiño y un *slip* minúsculos, de puntilla color

herrumbre. De golpe se estremeció y, con las dos manos, se cerró el tapado hasta el cuello.

Marss dio media vuelta en su asiento para mirar detrás de él lo que miraba Martine. Vio a Olivier. Olivier miraba a Martine.

Marss frunció las cejas, descendió y se aproximó a Olivier.

—¿Qué hace usted aquí? ¡Esta es una propiedad privada!

—Discúlpeme —dijo Olivier sin alterarse—. He venido a ver a Martine.

—¿Usted la conoce?

—Nos conocemos desde hace mucho, pero nos vemos poco...

—¿Quién es usted?

El caballo de Martine llegó al galope y se detuvo en seco. Su grupa atropelló a Marss, que se aferró al parabrisa de Bob. Martine se agachó y tendió una mano hacia Olivier.

—¡Ven! ¡Sube! ¡No te quedes aquí! ¡Molestas a todo el mundo!

Tiró de él hacia arriba; él saltó, trepó al lomo del caballo-margarita y se encontró a horcajadas entre Martine y el cuello del animal. Y si miraba hacia adelante era por puro milagro.

Ella golpeó con sus talones desnudos un pétalo del lado derecho, y en el izquierdo, el corazón de una flor.

El caballo partió al trotcito. Marss, apoyado en Bob, no pronunció una palabra. Miró alejarse a la joven y al muchacho sobre el animal, cada vez más pequeños en la arena de oro. Una arena que le costó muy cara. La había hecho traer de una isla del Pacífico. Un carguero lleno. No existía otra playa tan brillante en todo el mundo occidental.

Dio la vuelta a Bob y se encontró con Flo.

—Hemos terminado por hoy —le dijo—. Trata de encontrar una idea para mañana.

Cuando iba a subir a su vehículo Soura se le acercó. Era delgada como una espina. Vestía un tapado de cuadros blancos y rojos. Cada cuadro tenía veinte centímetros de lado. Los blancos eran de armiño, los rojos de armiño teñido. Llevaba puesta una peluca blanca que encuadraba su rostro maquillado en ocre rojo, atravesado por inmensos ojos verdosos. Señaló con un dedo prolongado por una uña desmesurada hacia el bucéfalo que desaparecía en el extremo de la playa, detrás de un montón de rocas importadas de una altiplanicie de España. Después colocó su mano tras la cabeza de Marss apartando el dedo índice y el del medio en forma de cuernos.

—¡You!... ¡Cornudo! —dijo ella.

—Posible —respondió Marss apaciblemente.

Cien veces ella le había dicho que no quería que fuera a verla a su trabajo, le había prohibido darse a conocer a sus fotógrafos o a sus relaciones profesionales. Ejercía un oficio terrible. La mercadería que ella vendía era la apariencia de su rostro y de su cuerpo. Durante veinte años había aprendido a hacerlos valer al máximo. Pero

hacía más de diez años que luchaba cotidianamente contra la edad, para impedirle morder su carne y su piel. Al precio de un esfuerzo sin desmayo y cada día mayor, consiguió permanecer increíblemente más joven de lo que era. Eso era la apariencia. A pesar de todo, el tiempo había cavado en el interior de sí misma, como en cada ser vivo, sus pequeños túneles, sus moradas múltiples y minúsculas que terminarían, inexorablemente, por reunirse para constituir la enorme caverna cuyo techo un día se derrumba. Tenía plena conciencia de la fragilidad de su equilibrio. Era lo que parecía, y lo que parecía podía resultar de golpe siniestramente diferente. La competencia en su oficio era atroz. Una multitud de muchachas, delgadas, hambrientas como langostas, peleaban por el menor *cliché* con una ferocidad salvaje, sin piedad, que el mundo de los machos no puede imaginar. Si no fuera algo contrario a las costumbres y reprimido por la ley, cada una de ellas hubiera, con deleite, cortado en trozos a todas las otras sin cesar de sonreír a los fotógrafos. Si esas chicas se enteraran de que la joven, la soberbia Martine, tenía un hijo de su edad, aullarían triunfalmente, le inventarían arrugas por doquier, senos flácidos y nalgas pendientes hasta los talones. En un segundo sería la vieja, la calva, la desdentada, la fósil.

La pisotearían a muerte y arrojarían su cadáver al tacho de la basura.

—¿Son tan cochinas como dices? —preguntó Olivier.

—¿Cochinas? Di más bien cocodrilos... Y peores aún... Al lado de ellas los cocodrilos son gatitos... En fin, has venido... Lo importante es que no se sepa quién eres.

No le guardaba rencor. Jamás tuvo rencor a nadie, ni siquiera a la vida que le había jugado sin embargo algunas malas pasadas. Ya olvidado el primer susto, estaba feliz de tener a su hijo entre sus brazos. Sostenía las riendas con los brazos tendidos a ambos flancos de Olivier. El caballo marchaba al paso, en diez centímetros de agua, paralelo a la playa. Cada una de sus pisadas hacía brotar del mar un haz de luz, que salpicaba los pies desnudos de Martine y los zapatos desvencijados de Olivier. Este último tenía calor. Había puesto su blusón atravesado sobre el cuello del caballo, El tapado de Martine se abrió y sus brazos y los paños del tapado encuadraban a Olivier y lo estrechaban contra ella como en el fondo de un nido.

Sentía el cuerpo de su muchacho contra el suyo como no lo había sentido nunca, ni siquiera cuando él era pequeño. Pesaba sobre su pecho; a través de la camisa empapada en sudor, sentía la piel de su espalda contra la piel desnuda de su vientre y recibía el olor de su transpiración mezclado al olor del caballo, cuyo ancho lomo le abría las piernas como para un parto. El sol le quemaba el rostro bajo los afeites y la bañaba bajo las pieles con un sudor que se mezclaba al de su hijo. Él estaba mojado de ella, como si acabara de salir de ella, con los pies aún en su vientre.

Martine nunca había conocido eso. No había querido sufrir y dio a luz con anestesia. Al despertar se encontró con que era madre de una pequeña cosa fea y gesticulante, a la cual no había arrojado fuera de ella con todas las fuerzas de su carne para deslizarla hacia la vida, y a la que no había recibido, pequeña larva tan

atrozmente arrancada de ella, en el abrigo inmediato de sus brazos, sobre el vientre agotado, en el calor de su amor inagotable. Él había nacido sin ella, mientras ella no estaba ahí. Cuando volvió en sí le dijeron «es un varón», y le mostraron una mueca embutida en un paño blanco. Los habían presentado el uno al otro como a dos extraños destinados a cohabitar durante un viaje del cual se ignoraba la duración y el destino. Ella volvió a dormirse, aliviada de que aquello hubiese terminado, ya que el acontecimiento era inevitable, decepcionada de haber hecho algo tan miserablemente feo.

A él lo acostaron en una sábana áspera y desinfectada. Siguió llorando, volviendo a izquierda y derecha su muequita tibia aún embebida de las aguas interiores, buscando con una desesperación de ahogado algo que fuera una boya hacia la vida, algo cálido en el mundo helado, algo tierno y dulce en ese mundo desgarrador, una fuente en ese mundo reseco.

Pero lo que buscaba sin conocerlo no lo encontraría jamás. Su madre dormía. Le habían ceñido los senos con una especie de corpiño de tela dura muy apretado, para cortarle la leche. Al ávido párvulo que gesticulaba le pusieron en la boca un objeto blando, de un olor muerto y que contenía un líquido indiferente. Lo rechazó con cólera, apartando su pequeño rostro arrugado, apretando sus labios hasta que un grito de rabia se los abrió. Entonces le introdujeron el biberón, el agua azucarada corrió sobre su lengua, a la que un reflejo venido desde la eternidad la acondicionó para tragar y las hizo pegarse al caucho. Había cesado de llorar, había bebido, estaba dormido.

Estaban sentados bajo un pino parasol cuya sombra y perfume llegaban al mar.

El caballo, enervado por la pintura que le pegaba los pelos, se revolcaba en el agua, con las patas al aire. Se levantó de un salto, resopló, relinchó de placer, y partió al trotcito hacia el césped y los canteros de flores tentadoras, los flancos chorreando margaritas derretidas.

Martine se había quitado la peluca y el tapado. Después de todo, estaban en el Mediodía y entre *slip* y corpiño y bikini, ¿qué diferencia? Realmente hacía mucho calor... Ella recogía largas agujas de pino y las trenzaba maquinalmente mientras escuchaba a Olivier justificar su llegada y darle explicaciones. Cuando se tienen chicos hay que esperar contratiempos un día u otro. De golpe tuvo una ola de temor y le hizo la misma pregunta que la abuela.

—¿Por lo menos no lo habrás matado?

Olivier dio la misma respuesta. Ella hizo un gesto de indolencia.

—Aplastarán todo eso... Y seguramente habrá una amnistía... Sólo tienes que descansar algún tiempo en la costa, después, podrás volver a París...

Él respondió tranquilamente:

—Jamás.

—¿Jamás?

Estaba asombrada y un poco irritada. ¿Qué es lo que buscaba todavía?

—¡Los carniceros! ¡Los policías! ¡Los profesores! ¡Los sindicatos! ¡Los pícaros!
¡Los hijos de puta! ¡Estoy harto! ¡Me las pico!

—¿No sabes —dijo ella con prudencia— que adonde quieras que vayas encontrarás una buena cosecha de hijos de puta y de sinvergüenzas?

—Posible, pero no quiero seguir siendo el cretino y el cornudo en medio de ellos... Tú me conoces... En fin, no sé... quizá me conozcas, quizá... pero sabes que no miento jamás...

—Lo sé...

—No puedo mentir... no puedo... Aunque me cortaran la cabeza no podría... La abuela me enseñó eso... Me decía: «La mentira es repugnante». Y cuando le mentía, así fuera una insignificancia, en vez de castigarme me miraba como si yo hubiera sido un pedazo de tripa podrida. Me evitaba en el departamento, se mantenía apartada de mí, cuando yo entraba en una pieza se iba a la otra pegándose a las paredes para estar más lejos, tapándose la nariz; me bastaba ver su cara para saber que yo apesta. Y cuando me arrojaba hacia ella para pedirle perdón, tendía los brazos para mantenerme apartado y me decía: «Primero ve a lavarte. ¡Jabónate! ¡Y cepíllate fuerte!».

Martine sonreía, un poco enternecida. Dulcemente dijo:

—¡Es un personaje la abuela...!

—Ha envejecido mucho —dijo Olivier—. Piensa en ella cuando yo me vaya, ve a verla, no la dejes demasiado tiempo sola.

—¿Irte? ¿Adónde quieres irte?

—Escucha... Todo este bla-bla sobre la mentira era para decirte que soy como la abuela: no puedo soportar la mentira, apesta, me hace vomitar... Y toda la sociedad de ustedes no es nada más que una montaña de mentiras, una montaña de carroñas podridas poblada por lombrices. ¡Los políticos mienten! ¡Todos! ¡De la derecha a la izquierda! ¡Los curas mienten! ¡Los sabios mienten! ¡Los comerciantes mienten! ¡Los escritores mienten! ¡Los profesores vomitan todas las mentiras que han tragado cuando eran alumnos. Hasta las muchachas y los muchachos de mi edad mienten, porque si se vieran como son caerían muertos! ¡Creí que se iba a poder cambiar todo, te juro! ¡Lo creí! ¡Pensé que se podrían barrer todas las lombrices con un lanzallamas y recomenzar una sociedad con hombre y mujeres libres! ¡Verdaderos! ¡Con el amor y la verdad! ¡Lo creí, te juro!...

—Estás completamente loco —dijo Martine—. ¿La verdad? ¿Qué verdad? Hay que acomodarse bien, si se quiere vivir...

—No es indispensable vivir —dijo Olivier.

—¡Oh! —exclamó Martine—. ¡Las grandes frases!... ¿Y dónde esperas encontrar un rincón sin mentira?

—En ninguna parte —dijo Olivier—. Sé que eso no existe. ¡Pero conozco un lugar donde puedo conseguir un montón de dinero! Voy a ir a buscarlo y voy a sembrarlo para recoger un montón aún más grande. ¡Seré más arribista y sin escrúpulos que el peor desalmado! Y sin dejar de decir la verdad. Eso hará reventar

un montón de lombrices alrededor de mí. Y cuando sea millonario aullaré la verdad tan fuerte que el mundo tendrá que cambiar o reventar.

—Me haces morir de risa con tu verdad —dijo Martine—. ¿Qué es lo que quieres decir? ¡Eso no existe!...

—¡Sí, existe! —dijo Olivier—. Y es muy simple... Es lo contrario de la mentira.

Sentado en Bob, disimulado a medias tras el tronco de un tilo florido donde zumbaba un pueblo de abejas, Marss observaba como unos gemelos a Martine y Olivier. Vio a Martine retroceder un poco para adosarse al tronco rosa del pino, después pasar su brazo sobre los hombros del muchacho y atraerlo dulcemente hacia ella hasta que estuvo tendido largo a largo, con la cabeza posada sobre sus muslos. Veía moverse los labios de uno y otro y rabiaba por no oír palabra de lo que decían.

—Mi niño grandote —dijo Martine—: ¿dónde piensas hallar tu montón de dinero? Vamos, es lindo: «tu-montón-de-dinero». ¿Recuerdas que cuando eras pequeño te contaba «un montón de arroz, un montón de ratas, el montón de arroz tentó al montón de ratas, el montón de ratas probó, palpó el montón de arroz»?... (En el idioma original, el cuento es un trabalenguas:

«un-tas-de-riz, un-tas-de-rats, le-tas-de-riz-tenta-le-tas-de-rats, le-tas-de-rats-tenté-tata-le-tas-de-riz»).

—¡Nunca me contaste eso! —dijo Olivier— Fue la abuela...

Martine suspiró.

—¿Crees tú?

—Estoy seguro.

—Quizá fuera así... También a mí me lo contaba cuando era una chiquilla, me fascinaba.

Olivier se sintió invadido por una ola de ternura. Veía desde abajo hacia arriba el rostro de su madre, con los agujeros de la nariz entre los grandes ojos pintados de azul hasta los cabellos... Parecía una jovencita que hubiera jugado con los lápices de maquillaje de su madre.

—Eres bella —dijo él. Más bella que todas esas putas. ¿Por qué les temes?

Ella le acarició con dulzura la frente, echando hacia atrás los pequeños bucles de sus cabellos húmedos de sudor. Casi no lo reconoció con los cabellos cortos. Él mismo se los había cortado antes de abandonar París, por la policía. Estaba más hermoso así, más duro, más hombre.

—Eres gentil —dijo ella—, pero tonto... Sería diez veces más bella si tuviera siempre... Ya vez, ni siquiera me atrevo a confesarme mi edad a mí misma en voz alta, ni siquiera me atrevo a pensarla... Para las chicas de veinte años, si la supieran, yo sería sólo una vieja carcaza... Como uno de esos viejos autos que se ven a veces al borde de la ruta, en la zanja, desvencijados, a los que les han arrancado las ruedas, el motor, los asientos, hasta el retrovisor... Sólo aptos para convertirse en un montón de herrumbre.

Rechazó el horror del cuadro, invocando todo su optimismo.

—Bueno... no será para mañana. ¿Y el montón de dinero? ¡Eso me interesa! ¿De dónde vas a sacarlo?

Olivier escupió una amarga aguja de pino que estaba mordisqueando.

—Muy simple, ¡de los bolsillos de tu marido!

—¿Tu padre?

—Parece serlo, por lo menos...

—¿Qué dices...? ¡Desvergonzado!

—Perdóname... Quería decir que parece que tengo un padre, en alguna parte del mundo...

—Ni siquiera sé dónde está...

—Yo sí lo sé...

Marss estaba cada vez más furioso de no oír nada. ¿De qué podían hablar? ¿Quién era ese pequeño gigoló? ¡Esas chicas son todas iguales, en cuanto un joven se presenta con su hociquito fresco y su sexo duro, se vuelven locas! ¡Su vientre es sólo una aspiradora!...

Por reflejo, al pensar en el joven hinchó el pecho y subió el abdomen. Traspiraba, se sentía viejo, feo y blando. Era un error masoquista debido a su descomunal fortuna. No creía que le fuera posible ser —no amado, el amor dejémoslo a las lectoras de France-Dimanche— pero al menos deseado, o incluso soportado agradablemente por una mujer. Pensaba que todas ellas querían únicamente las migajas de sus millones. No se equivocaba. Salvo en lo concerniente a Martine. Ésta era una chica de buen corazón, sentía por él un gran afecto, y mucho placer en compartir su lecho. Tenía un rostro de hombre del Norte, de líneas definidas, y un gran cuerpo sólido, un poco pesado, pero hermoso. A ella le gustaba acariciarlo, posar la cabeza sobre el cofre de su pecho, después de hacer balancearse sobre ella todo ese gran peso, que se tornaba entonces dulce, violento, ligero y cálido como el de una bestia salvaje un poco cansada. Si llegara a perderlo, sin duda no sólo sentiría fastidio, porque él era la seguridad, el puerto bien abrigado en el que había amarrado, sino que también tendría mucha pena. Verdaderamente. Y su temor, era de que él se enterara de su edad más que las chicas. Estaba segura de que experimentaría inmediatamente un reflejo de rechazo, quizás hasta de repulsión. Tenía bastante afición por las chiquilinas...

Sin creer de manera absoluta en el afecto de Martine, Marss sentía confusamente que ella no era como las otras. Tenía el ojo menos polarizado por las vidrieras de las joyerías, a veces pasaban momentos muy unidos, tendidos al sol o a la sombra, sin deseos, sin cálculos, silenciosos; contentos sólo de estar juntos. Antes de tener a Martine cerca de él, jamás había conocido tal abandono, siempre desconfiado, hasta entre las sábanas. A causa de eso y de ciertas alegrías espontáneamente compartidas, de ciertas risas en las que se fundían juntos, su relación con ella duraba más que lo que ninguna otra había durado, incluso con muchachas más bellas. Por tal motivo, la brusca aparición de ese joven granuja y la imagen en su catalejo de su intimidad con

Martine, le mordían interiormente el pecho con una especie de rabia del corazón que jamás había conocido antes.

—¿Pero qué es lo que pueden contarse? ¡Y la manosea también!

De golpe recordó que había, en alguna parte, un micrófono direccional, súper amplificador, largo como un telescopio, con el cual podía oírse zumbir una mosca a más de un kilómetro. Pisó a fondo el arranque, Bob hizo un torbellino alrededor del árbol y trepó hacia la villa. El micrófono debería estar en alguna parte, en algún *placard*.

—He leído un artículo sobre él en Adam —dijo Olivier—. Una decena de páginas con fotos en colores. Está en Katmandú, en el Nepal. Organiza cacerías de tigres para los millonarios...

—¿Nepal? ¿Dónde queda eso?

—En el norte de la India, justo al pie del Himalaya. ¡También los lleva a cazar el yeti!

—¡Qué tipo! —dijo Martine con un poco de nostalgia.

—Hay sherpas, montones de elefantes, *jeeps*, camiones, es toda una empresa en gran escala, una verdadera fábrica. Dan la tarifa de su hotel en la selva. Solamente el hotel: ¡80 dólares por día por persona!

—¿Cuántos francos son?

—¡Más de cuarenta mil!...

—¡Caramba!

—Con los elefantes, los *jeeps*, los ojeadores, todo el bazar ¿te das cuenta lo que ha de ganar?

—¡Oh! ¡Lo que debe meterse en el bolsillo! —exclamó Martine—. ¡Y decir que jamás me ha dado un centavo, el muy cochino!

Experimentaba más bien admiración que amargura. Olivier lo percibió y preguntó:

—¿Lo amas todavía?

—¿Cómo se te ocurre? Era un rico tipo... Nos entendíamos bien, éramos jóvenes los dos... ¡Sobre todo yo! No nos cuidábamos mucho... Entonces llegaste tú... Ya sabes cómo son las cosas, primero no se cree... Parece imposible... En las novelas y en el cine hacen el amor sin descanso y las chicas jamás quedan embarazadas... A todos los novelistas que escriben esos infundios y a los directores deberían hacerles subvencionar a las madres solteras. ¡No te imaginas cuántas chiquilinas se clavan por culpa de ellos! ¡El amor, el amor, y nunca niños! ¡Linda cosa los libros! ¡Los idiotas! Y no existía la píldora en aquella época. Yo no quise abortar. Él tampoco quería que lo hiciera, por otra parte. No intentó plantarme. Era honesto y me dijo: «Nos casamos para que tenga un nombre, y después de que nazca nos divorciamos. Toda la culpa es mía, te pasaré una pensión para educar al crío y cada uno sigue libre. ¿De acuerdo?». Yo asentí. De todos modos era divertido, no era serio. No era un marido...

Olivier se levantó sobre un codo. Preguntó:

—¿Cuánto tiempo te pasó esa pensión?...

—Seis meses, quizás un poco más... ¿A ver?... De todos modos, menos de un año, de eso estoy segura... Después partió para Madagascar. Años después recibí una tarjeta de Navidad desde Venezuela y ahora está... ¿Dónde dices que está?

—En Nepal.

—¡Vaya! ¡Ir a semejantes lugares perdidos es muy propio de él!

—¿Por qué no lo perseguiste ante los tribunales?

—¡Primero había que pescarlo! Y después ¿cómo iba a hacer encarcelar a tu padre?

Lo que no agregó, porque ni ella misma se daba cuenta de ello, es que le había parecido muy natural que él la olvidara, como ella lo había olvidado. Era una historia sin importancia, como un juego de chicos. Jamás hay que quedarse prisionero ni en el infierno ni en el paraíso. Se salta por encima y se vuelve a caer sobre sus pies.

Ahora Olivier acababa de hablarle de él, recordaba y se enternecía, no demasiado, un poco, porque aquello era tan lejano y ella era tan joven...

—No has sido muy amable —dijo ella—. Debiste haberme traído esa revista... ¿Ha cambiado mucho?

—Parece más joven que en las fotos del álbum de la abuela. Es verdad que en la revista está en colores... Había un gran retrato a toda página, sobre un elefante, con una especie de atuendo de caza como un uniforme, lleno de galones dorados, la cabeza desnuda, un fusil en la mano, sonriendo con dientes muy blancos... ¡Parecía el hijo de un rey!

—Sí —suspiró Martine—. Era hermoso...

Hablando del hijo de rey que era su padre, Olivier había bajado la voz como cuando se trata de contar un sueño. Un padre tan hermoso, tan joven, sobre un elefante, en un país fabuloso...

Apretó los dientes y recordó su viejo rencor.

—¡Con sólo el precio de su fusil la abuela podría vivir tres años! —dijo—. La pensión ¡juro que va a pagarla! ¡Y con los intereses! He sacado las cuentas. ¡Con los intereses son treinta millones!

—¿Qué? —dijo Martine—. ¿Estás loco?

—No. He redondeado un poco, pero no mucho...

—Vaya... vaya...

Estaba azorada. El dinero le pasaba por entre las manos y jamás le quedaba nada. Hacer sumas, lo que recibía o no recibía, era tan ajeno a sus posibilidades mentales como a las de una flor de manzano.

—Voy a encontrarlo —dijo Olivier—. Le presentaré la factura y te enviaré la mitad con un Cadillac.

—¡Tonto! —dijo Martine—. ¡No te quedará nada!

Los dos se echaron a reír. Él la besó y se tendió de nuevo con la cabeza sobre el dulce almohadón cálido de los muslos maternos.

—No te preocupes —dijo él—. Me quedará bastante para empezar. Iré a Canadá o al Brasil. Para hacerse rico sólo hace falta tener un pequeño capital para arrancar, y no pensar más que en la plata, en la plata, en la plata. ¡Ya que sólo la plata es la que cuenta!

—¡Grandote! —dijo ella—. Y para llegar hasta tu padre, ¿quién te pagará el viaje?

Él volvió un poco el rostro hacia la cabeza de su madre, frunció algo los párpados, porque una brizna de sol cayó sobre uno de sus ojos a través de las ramas de los pinos.

—Tú —respondió con inocencia.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—¡Yo! ¡Lo dices tan naturalmente! Eso ha de costar por lo menos un millón... ¿De dónde quieres que lo saque?

—No es tanto, pero es poco más o menos lo que necesito para estar tranquilo. ¿Conoces a alguien que te tenga confianza? Es un préstamo a corto plazo. Proponle el diez por ciento de interés en tres semanas...

Ella suspiró...

—Tú sabes tanto como yo de negocios... ¿Crees que la gente presta una cantidad semejante sin garantía?... ¡Qué lindo estás! Si te vieras...

Él tenía rastros de su maquillaje por todos lados, como si ella se hubiese fundido sobre el al abrazarlo. Blanco, azul, verde, un trazo de rojo sobre la sien derecha...

—¡Pareces un payaso! ¿Tienes un pañuelo?

Olivier no respondió. Se enjugó el rostro con la mano, mezclando y extendiendo los colores.

Ella extendió su brazo hacia el blusón colocado cerca del tapado. Hurgó en los bolsillos, sacó un pañuelo y se puso a limpiar cuidadosamente el rostro de Olivier, que cerraba los ojos y se abandonaba a la dulzura de la caricia, del calor del mediodía entre el olor de los pinos, de la voz maternal tan deseada desde su nacimiento, tan raramente oída.

Su madre le hablaba dulcemente, gravemente, apenas más fuerte que el calmo ruido del mar.

—Millones o no ¿de veras quieres ver a tu padre?

Olivier reabrió los ojos, pareció absorber la pregunta con su piel, esperar que llegara hasta lo más profundo de sí mismo para dejar luego remontar la respuesta hasta sus labios, sin levantar la voz.

—Quiero hacerle pagar...

—¿Quieres verlo?

Todavía hubo un silencio, después respondió dulcemente:

—Sí.

Ella arrojó el pañuelo mojado de sudor y de arco iris.

—Bueno... creo que encontraré el dinero para el viaje.

Él sonrió sin abrir los ojos.

—Gracias...

Martine posó de nuevo sus manos sobre los bucles que orlaban esa frente terca, esa frente tan joven, los acarició suavemente, con uno y otro dedo. Eran como de seda. Y de su cuerpo nació solo, sin que ella se diera cuenta, el movimiento instintivo de acunar al niño posado sobre la madre. Sus muslos iniciaron un dulce vaivén, hamacando la cabeza del hombre-niño al fin recobrado.

Hacía calor. Tres cigarras vibraban en el olivar próximo. Las agujas de los pinos quemadas por el sol exhalaban un olor a resina. Olivier, con los ojos cerrados, se dejaba mecer por el lento balanceo que apenas hacía oscilar su cabeza abandonada. Sentía el olor del pino, el olor de las cremas de belleza, el olor de la orilla de agua salada que se secaba sobre la arena en el extremo límite del mar dormido, el olor maravilloso y calmo compuesto de todos esos olores y del olor cálido de su madre, el olor de la felicidad única, incomparable, de un niño que vuelve a dormirse sobre la carne donde despertó.

—¿Los molesto? —preguntó Marss.

Olivier se levantó de un salto.

—¡No se vaya, se lo ruego!

De pie, a unos pasos de ellos, inmóvil, Marss sonreía. Había dejado a Bob un poco más lejos, aproximándose a pie con muchas precauciones. Había encontrado el famoso micrófono y, desde lo alto de la colina, lo había apuntado hacia la pareja, con el casco metido hasta las orejas. Escuchó truenos y rugidos, el crujir de la tierra y el derrumbe de los cielos, y a una gaviota bramar como un elefante. Se arrancó el casco justo antes de que le estallaran los tímpanos hasta el fondo del cráneo.

Arrojó aquella basura sobre la hierba. ¡Trucos de profesionales, siempre! ¡Imposible servirse de ellos sin pagar todo un equipo! ¡Con aportes de seguro social, caja de jubilaciones y vacaciones pagas! ¡Siempre pagar! ¡Siempre! Un montón de tipos que necesitan ser cuatro para girar los tres botones de un cachivache cualquiera. ¡Mierda!

Entonces descendió de Bob y recobró la vieja táctica de aproximarse a paso de lobo y tender la oreja. No pudo oír nada. Pero había visto.

Martine se levantó a su vez.

—¡No se escapa!, ¡ya... no tiene por qué escaparse!

—¿Si nos presentaras?...

—El señor Marss... Olivier...

—¿Olivier qué?

Vivamente inventó un nombre antes de que Olivier tuviera tiempo de responder.

—Olivier Bourdin.

Recordó demasiado tarde que ése era el apellido de su masajista: Alice Bourdin. Pero quizá Marss no lo conociese. Todo el mundo la llamaba por su nombre: Alice... Alice...

Marss no tendió la mano a Olivier y Olivier miraba a Marss con la amabilidad de un perro listo a morder.

Marss le sonrió.

—Esta noche doy una fiestita en la villa —dijo— y tendría un gran placer que aceptara ser de los nuestros.

Sin darle tiempo a responder se volvió hacia Martine:

—Nos van a faltar hombres...

Y se alejó a pasos indolentes y pesados, como un oso al que nada urge y a quien nada puede asustar.

—¡Tienes que ir! —dijo Martine en voz baja.

—No tengo el menor deseo —dijo Olivier.

Marss, que estaba ya a treinta metros, se volvió y gritó:

—¡Me fastidiaría mucho que no viniera! ¡Convéncelo, Martine!

La villa de Marss tenía a la vez algo de claustro y de palacio florentino. Él mismo esbozó el plano general, que un arquitecto italiano había detallado. Era ante todo un jardín mediterráneo, sabiamente salvaje, plantado de cipreses y de macizos de plantas espesas que se colmaban de calor y de luz durante las horas del sol, y a la noche exhalaban bajo chorros de agua intermitentes. Estatuas del mundo antiguo, entre las más hermosas, compradas o robadas, exponían, a las luces amorosas del sol o de la luna que las acariciaban desde milenios, su belleza a veces mutilada, más resaltante así, torso sin brazo, nariz rota, sonrisa, dicha, belleza, después de treinta siglos ¿y por cuántos aún?

Las flores y hierbas que sólo buscan el calor violento se arrastraban sobre las piedras secas, calcinándose y abriéndose en volutas de colores y olores.

La villa, de una sola planta, rodeaba el jardín por tres lados, con arcadas sombrías y frescas que formaban una especie de galería de una pesadez un poco romana. Las habitaciones se abrían directamente sobre la galería, con puertas tan anchas como las arcadas. Presionando un botón podían cerrarse las puertas, sea con un pesado cristal, sea con una sucesión de cortinas cada vez más espesas. Pero en general, los huéspedes de Marss preferían no interponer obstáculos entre ellos y la increíble mezcla de perfumes del jardín nocturno.

El cuarto lado del jardín se hallaba en parte cerrado por una construcción cuyo techo, cubierto de tomillo y abundantes plantas floridas, se elevaba a la altura de un hombre tras una piscina con paredes de mosaico de oro.

La piscina y el edificio se hundían juntos en tres pisos subterráneos. Del lado opuesto a los jardines la colina descendía con una pendiente bastante pronunciada y las habitaciones de la casa abrían hacia allí ventanas de formas imprevistas, entre rocas, matorrales, raíces de olivo y pinos verdes. Se entraba a cada piso por una puerta color tierra o guijarro.

El piso alto comprendía la sala de pequeños juegos, billares eléctricos, flechitas, tiro al blanco, todos los entretenimientos posibles y bares con heladeras en todos los

huecos de las paredes. La piscina se prolongaba hasta el interior, de manera que se podía pasar de afuera a adentro, y viceversa, zambulléndose bajo la pared de mosaico de oro. En la parte baja, la pared interior de la piscina era de vidrio, hasta el nivel del primer piso, ocupado por las habitaciones de Marss y sus dependencias. Todas las paredes de la casa eran curvas e irregulares, como los abrigos naturales de los animales: nidos, madrigueras, cavernas. Cuando se penetraba allí por primera vez, asombraba encontrarse tan extraordinariamente bien, y entonces se comprendía lo que hay de artificial y monstruoso en la línea recta, que convierte a las casas de los hombres en máquinas de herir. Para reposar, para dormir, para amar, para ser feliz, el hombre tiene necesidad de acurrucarse. No puede hacerlo contra un ángulo o un muro vertical. Necesita un hueco. Incluso aunque se encuentre en el fondo de un lecho o de un sillón, su mirada rebota como una bala de una superficie plana a otra, se desgarran en todos los ángulos, se corta en las aristas, no reposa jamás. Sus casas condenan a los hombres a permanecer tensos, hostiles, a agitarse, a salir. No pueden en ningún lugar, en ningún tiempo, hacer su agujero para estar allí en paz.

Entre los juegos y el piso personal de Marss, se situaba el piso de los placeres. Grandes divanes curvos siguiendo la forma de los muros, estereofónicos con discos de danza, de *jazz*, de música clásica y de gemidos de mujer haciendo el amor, cine que iba de Laurel y Hardy a películas mucho más íntimas, proyectores fijos de flores, de formas, de colores, que transformaban las paredes curvas en horizontes extraños de los que surgían, a veces, inesperados, un pene gigantesco en todo su esplendor o un sexo de mujer escarlata abierto a dos manos. Tanto el uno como el otro, en general, hacían reír.

Sven, Jane y Harold durmieron durante las horas de calor más agobiante a la sombra de la última choza de una aldea, una sombra estrecha y que giraba. De pronto se despertaban porque el sol les mordía los pies o el rostro. Hasta donde la vista alcanzaba, no se veía un árbol en todo el horizonte.

Los habitantes de la choza los invitaron, con gestos, a pasar al interior, donde hacía más fresco. Pero el olor que había allí era atroz. Sonriendo y saludando con las manos juntas les hicieron comprender que preferían permanecer afuera. Al ponerse el sol consiguieron comprar un poco de arroz cocido y tres huevos, antes de continuar la marcha. Tragaron los huevos crudos. No era una aldea muy pobre, porque podía vender tres huevos y tres puñados de arroz. Pero no lo bastante rica sin embargo para alimentar a sus gallinas, que vivían sólo de insectos, de briznas de hierba seca, de polvo. Sus huevos eran del tamaño de un huevo de faisán.

Después de haber andado parte de la noche, llegaron al borde de una pequeña laguna alrededor de la cual se alzaban las chozas en ruinas de una antigua aldea cuyos habitantes habían sido desalojados por los monos. Atraídos por el lugar con agua, los simios se instalaron primero sobre los techos, luego proliferaron, robaron las

provisiones de los paisanos, devoraron cuanto podía ser comido y ensuciaron o destruyeron el resto.

Los aldeanos, a quienes su religión prohibía defenderse contra los monos matándolos o hiriéndolos, o aun asustándolos, tuvieron que cederles su lugar y marcharse. Fundaron otra aldea, en medio del polvo, sin agua, lo bastante lejos como para que los monos encontraran demasiado largo el camino para ir a robarles los alimentos. Las mujeres de la nueva aldea iban a buscar agua a la charca, con un gran cántaro, porque la distancia de ida y vuelta era de más de veinte kilómetros y no podían recorrerlos dos veces por día.

Al llegar Jane y sus dos compañeros encontraron una pequeña comunidad de *hippies* que vivían en alguna cabañas con los monos, contra los cuales se defendían mejor que los indios, pero sin violencia. Con el techo de paja de una choza derrumbada acababan de encender una pequeña fogata al borde del agua. La mantenían brizna a brizna. Algunos dormían con el rostro cubierto de mosquitos, insensibilizados por la marihuana. Un pequeño grupo reunido alrededor del fuego minúsculo discutía con cortas frases, en un semisilencio, acerca de música, del amor, de Dios, de nada. Se apretaron un poco para agrandar el círculo y hacer lugar a los recién llegados.

Apenas se sentó, Harold comenzó a darse bofetadas en las mejillas y en la frente.

—¡Porquerías! —exclamó— ¡Imposible quedarnos aquí! ¡Vamos a pescarnos la malaria!

Su vecina, sonriendo, le tendió un cigarrillo.

—*¡Smoke!... They don't like it.*

Sven tosía un poco.

Jane se envolvió la cara en muchas vueltas de una tela muy fina que había comprado por una monedita en un mercado. Al resplandor intermitente del fuego semejaba una extraña flor un poco maciza, o un pimpollo hinchado a punto de abrirse. Se protegió las manos y las muñecas con un poco de fango recogido al borde de la charca.

Sven no era pasto de los mosquitos. Jamás lo atacaban a él. Posó su guitarra sobre las rodillas.

—¡El amor! ¡El amor! —dijo un muchacho que venía de París—. Ustedes me dan risa. ¿Qué es el amor? El deseo de acostarse y nada más.

Sven hizo sonar dulcemente una serie de acordes. Una familia de monos instalados en un techo se puso a chillar contra la música. Después se calló. En el silencio sólo quedó el fino tejido entrecruzado del vuelo de los mosquitos.

—Voy a contar una historia de amor —dijo Sven.

»En la primavera un ruiseñor se posa sobre un cerezo.

»El cerezo dice al ruiseñor:

»—Abre tus yemas, florece conmigo.

»El ruiseñor dice al cerezo:

»—Abre tus alas, vuela conmigo...».

—Todas las palabras que se juntas son parecidas —dijo el muchacho que venía de París—, tienen que concordar. Cacerola-caballo, pescado-ratón, dedo del pie-bigudí, y cada cual piensa que va a hacerlo entrar al otro en su juego.

Sven, todavía con más dulzura, lanzó otro acorde que hizo callar hasta a los mosquitos. Dijo:

—Cuento el fin de la historia.

«Entonces el ruiseñor abrió sus brotes y floreció. Y el cerezo abrió sus alas y voló llevando al ruiseñor».

El muchacho que venía de París no había comprendido bien y preguntó:

—¿Que es eso? ¿Una fábula?

—Es el amor —dijo Sven.

En medio del zumbido de los mosquitos que volvía a oírse, quienes aún eran capaces de pensar soñaban, vagamente, maravillados, incrédulos, en la potencia de un amor que daba a un árbol el poder de transformar en alas sus raíces.

Sven desgranaba una pequeña melodía, algunas notas, siempre las mismas. Dijo:

—Es raro...

Luego, después de un poco de música, insistió:

—Con Dios, es también raro... Es la misma cosa...

Luego de la frase que Marss le había lanzado desde treinta metros, Martine quedó un instante en suspenso, mirando en la dirección de donde aún llegaba el ruido de sus pasos. Por fin le dijo a Olivier en voz baja:

—¡Es preciso que vayas! ¡No puedes dejar de hacerlo, de lo contrario, sabe Dios qué va a pensar!...

—¿Y a quién le importa lo que piense? —respondió Olivier malhumorado.

—¿Eres idiota? Se trata de mi patrón ¿no?... Escucha, a medianoche, te quedarás sólo un momentito, luego dirás que te sientes cansado y te vas... ¿De acuerdo?

Él llegó a las doce y cuarto.

A lo largo de la avenida que subía hacia la villa, lámparas disimuladas entre los macizos guiaban discretamente los pasos hacia la puerta del segundo piso. Olivier la empujó y entró. Se halló en lo alto de unos escalones de piedra que descendían hacia el piso de techa. La voz de una cantante negra sollozaba un *blues* alcoholizado. Algunas parejas bailaban lentamente. Otras, tendidas sobre los divanes, se adormecían, se besaban o se acariciaban sin gran convicción. En medio de la habitación una columna de estuco rosado estaba rodeada por un bar redondo en el que cada uno podía servirse. Olivier pensó que todo aquello era siniestro y que se iría lo más pronto posible. Cerca de la pared transparente de la piscina, un pequeño grupo reía, rodeando a un hombre con los ojos vendados que trataba de reconocer a una chica inmóvil pasándole las manos sobre el rostro. En el grupo se encontraba Marss.

Tenía un vaso en la mano izquierda y su brazo derecho sobre los hombros de Martine.

Al verlos, Olivier, que estaba a punto de descender los peldaños, se detuvo bruscamente y apretó los puños. ¡El cerdo!

—¡Oh! ¡*The baby!* —gritó una voz cerca de él.

Soura, tendida sobre un tapiz, al pie de la escalera, junto a un vaso y una botella de *whisky*, se levantó, subió rápidamente hacia Olivier y le pasó el brazo alrededor del cuello.

—¡*I love you, darling!* ¡*You're beautiful!... ¡Kiss me!...*

Vestía una minifalda de plástico multicolor bajo la cual, muy visiblemente, no llevaba nada. Era más pequeña que él y estaba un escalón más abajo. Se puso en puntas de pies para tratar de besarlo en la boca, pero no lo alcanzó. Él la miraba desde arriba como si ella hubiera sido un maniquí de madera prendido de él, molesto.

Ahora el hombre de los ojos vendados palpaba a la muchacha que emitía pequeñas risitas.

—¡Cállate! —dijo Marss—. Te ríes como una estúpida. ¡Va a reconocerte!

—¡Pero me hace cosquillas!

La chica se mordió los labios y ahogó su risa. Pero sin duda el hombre jamás la había oído hablar o reírse.

—No la conozco —dijo con tono afligido.

Posó una mano sobre un muslo de la muchacha y comenzó a subirla levantándole la pollera.

—¡Eres idiota! —le dijo Marss—. ¡Por donde vas todas son iguales!

El pequeño grupo se echó a reír. El hombre, despechado, estrechó a la chica entre sus brazos y la besó en la boca. Ella le devolvió largamente su beso. Él se desprendió y exclamó triunfante:

—¡Es Muriel!

Marss le quitó la venda.

—¡Bravo! ¡Es tuya!

El hombre alzó a Muriel y la llevó hacia una habitación.

—¡*You're not a good baby!* —chillé Soura—. ¡*Kiss me!... ¡Kiss me!...*

Martine se volvió y vio a Soura colgada del cuello de Olivier. Fue rápidamente hacia la escalera, cogió a Soura por los hombros y la arrancó de su lado.

—¡Déjalo en paz!

Soura, lanzada de nuevo sobre el tapiz, respondió con injurias en inglés.

Martine tomó la mano a Olivier y lo condujo hasta Marss. Éste, sonriente, venía a su encuentro. Al pasar dejó sobre el bar su vaso vacío y tomó otro lleno. En la otra mano tenía la venda del gallo ciego.

Dos horas antes, en su pieza, ella le había pedido un millón en préstamo. Lo necesitaba con urgencia.

—Conozco tu necesidad... Se llama Olivier.

Silencio de Martine.

—¿Es para él?

—¡Te lo devolverá en unas semanas!... ¡Te ofrece el diez por ciento de interés!

Marss estalló de risa.

—¡Diez por ciento por llenar los bolsillos de tu gigoló! ¡Es lo más divertido que he oído nunca!

Ella protestó violentamente.

—¿Tengo edad para mantener un gigoló?... ¿Me has mirado? Es un amigo, eso es todo... Es para hacer un viaje. Debe ir a buscar una gruesa suma que le deben y no tiene el dinero del pasaje.

—Y esa gruesa suma, ¿no pueden enviársela? Los cheques se mandan por correo... Basta con una estampilla. No hay necesidad de un millón.

—Eso es imposible. Pero no te lo puedo explicar.

Marss estaba tendido, completamente desnudo sobre la sábana de seda púrpura. La otra sábana verde crudo yacía al pie de la cama. Martine, cubierta con una ligera bata, se maquillaba ante el tocador. Se levantó y fue a pararse detrás de ella. La miró por el espejo.

—Júrame que no es nada para ti y te daré el fajo.

Martine lo vio, oscuro, macizo, detrás de ella, dominante, exigente, y comprendió que a su manera él la amaba, tanto como era capaz de amar dentro de su universal desconfianza. Se sintió presa de pánico ante la idea de perderlo. Pero no podía jurar que Olivier no era «nada» para ella. Era su hijo...

Era demasiado supersticiosa como para hacer un falso juramento, aun cruzando los dedos bajo la mesa del tocador.

—No me gusta jurar, bien lo sabes... ¿Tienes confianza o no?

—Jura o veta a...

Ella se levantó y tomó la ofensiva.

—¡Eres innoble!... ¡Me iré!

Se quitó la bata para vestirse. Marss la miró. Era muy bella. Jamás se cansaba de mirarla y de amarla. No hubiera querido perderla, pero tampoco quería ser engañado.

Ella se vistió lentamente, aunque fingía apurarse, a la espera de que él lo lamentara, la retuviera. Pero Marss seguía de pie, mudo, sin quitarle los ojos, inmóvil y desnudo como la estatua de un Hércules en retiro y un poco demasiado alimentado.

Los ojos de Martine se llenaron de lágrimas. En el instante en que creyó todo perdido encontró la inspiración. Se plantó ante Marss, levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Quieres que jure?

—Sí.

—¿Y si te juro una mentira?

—Te conozco: no lo harás.

—Bien sabes que si me obligas a jurar, algo va a romperse entre nosotros... Si no tienes confianza en mí, ya nunca será igual.

Marss dijo:

—Jura.

—Bueno... puesto que lo quieres... Te juro que jamás hubo nada entre nosotros y que jamás habrá nada... ¿Te basta?

Marss frunció un poco las cejas. Daba vueltas en su cabeza el giro de la fórmula, a la vez ambigua y precisa.

En parte lo tranquilizaba, pero velaba la verdad en lugar de revelársela.

Y después de todo, tal vez ella era capaz de jurar una mentira a pesar de sus supersticiones infantiles. Necesitaba encontrar una prueba, saber. *Saber*.

—Está bien —dijo él.

—¿Me das el millón?

—Ya veremos... Más tarde...

Cuatro peces enormes descendieron en la piscina. Uno todo de oro, esférico, con ojos azules grandes como platos; otro negro y puntiagudo, agudo como un puñal; otro rojo, en forma de caracol, cuernos luminosos; otro celeste, todo en velos, manchado con grandes motas naranja. Los peces se abrieron y de su interior salieron cuatro soberbias muchachas desnudas que nadaron hasta la pared transparente, enviaron besos a los invitados de Marss, dieron una voltereta con un acorde perfecto, y pegaron sus traseros al muro de vidrio.

Olivier, con las mandíbulas crispadas, se preguntaba en qué estercolero había puesto los pies.

—No hagas caso —le dijo Martine—. No es nada. A esas chicas les importa un cuerno lo que hacen. Eso u otra cosa.

Marss llegó junto a ellos. Sonreía con un dejo de ferocidad. Sus dientes blancos, bien cuidados, estaban tan nuevos como a los veinte años.

—Bueno... —dijo él—. Aquí está la juventud. ¿Sed?

Le tendió el vaso de *whisky*. Olivier, como desafío, lo tomó. Pero de costumbre sólo bebía jugos de frutas.

—A usted le toca jugar ahora —dijo Marss—. La muchacha que reconozca con sus manos será suya toda la noche.

Subió al escalón detrás de Olivier e intentó colocarle el pañuelo de seda sobre los ojos. Martine se lo arrebató.

—¡Déjalo tranquilo! No le gustan esas cosas.

—¿Qué es lo que no le gusta? —preguntó Marss en alta voz—. ¿Tocar a las mujeres? ¿No le agrada eso? ¿Prefiere los varones?

—¡Eres innoble! —dijo Martine.

Los invitados miraban a Olivier riendo. Y las muchachas reían más fuerte que los hombres. Olivier miraba a unos y a otros, ese pequeño mundo de inmundicias del que vagamente había oído hablar, pero del que no podía creer, en la pureza de su corazón, que existiera realmente.

Alzó su vaso y se volvió hacia Marss para arrojárselo al rostro.

—¡Por favor! —suplicó Martine.

Se volvió hacia ella y vio su rostro trágico, extenuado bajo los afeites. En un segundo imaginó todo lo que ella había debido aceptar, por él, para hacer de él lo que era ahora, un muchacho nuevo, de buena salud moral y física, puro, exigente y duro. Evidentemente no fueron sólo los cuidados de la abuela los que bastaron para llevarlo adónde había llegado. Fue también, sobre todo, el sacrificio de su madre. En realidad no hubo de parte de Martine ningún sacrificio. Ella amaba su oficio, su ambiente. Todo cuanto pasaba alrededor de ella le parecía habitual, trivial. Y su rostro ansioso no expresaba más que el terror de perder a Marss.

Olivier pensó en su padre, *maharajá* sobre un elefante, y una bilis de odio le subió a la garganta. Llevó el vaso a sus labios y lo vació.

Después tendió la mano hacia el pañuelo que tenía su madre.

Siete muchachas desnudas descendieron a la piscina y compusieron combinaciones amorosas. No era fácil mantenerse en el fondo en esas posiciones absurdas, fingiendo placer. Pero era un deporte. Se entrenaban todos los días.

La asistencia formó círculo en torno de Olivier. Aquello había comenzado de una manera tonta, y de pronto tornose excitante. ¿Qué es lo que ese canalla de Marss tenía en la cabeza? Primero arrojó en brazos de Olivier a Judith, una morena de cabellos cortados muy cortos, como virutas.

—¿Cómo quieren que las reconozca? —preguntó Olivier—. ¡Si nunca las conocí!

—Di simplemente «rubia» o «morena». Basta con eso para ti.

Dos parejas permanecían sobre el diván del fondo, verde crudo, bajo la ventana en forma de huevo tras la cual un proyector iluminaba un pino desmelenado. Intentaban dar un poco de interés a esa velada tan aburrida como tantas otras, haciendo cambios y descubrimientos entre ellos, sin sorpresas, para acabar por convertirse en un cuarteto muy pronto extenuado y sin ánimos.

El *whisky* inhabitual llenaba a Olivier de euforia, le musitaba en las orejas una canción de placer, exaltaba los impulsos de su cuerpo joven. La chica a quien palpaba estaba bien hecha, sus senos desnudos bajo su ropa ligera se excitaban al contacto de su mano. Se preguntó: ¿rubia o morena? Era jugar a cara o seca... Subió las manos hacia el rostro, tocó con la punta de los dedos las mejillas redondas, la nariz, las orejas minúsculas, los cabellos rizados...

—¡Morena! —dijo al fin.

Hubo algunos bravos. La chica sonrió, Olivier le gustaba.

—¡No! —dijo Marss—. ¡Es rubia!

Puso su mano sobre la boca de la chica que empezaba a protestar y la tiro sobre un diván.

—No estás acostumbrado —dijo Marss—. Tienes derecho a una prueba más... ¡A ver, otra!...

Miró en torno, fingiendo buscar. Olivier esperaba con las manos levantadas, los dedos un poco apartados, como un ciego que aún no hubiera adquirido el hábito de

serlo. Marss se decidió. Tocó en el hombro a Edith-la-Pelirroja, que tuvo un sobresalto de rechazo.

—¡Esta! —exclamó.

Marss se echó a reír.

—¿No te dice nada saborear un lindo machito? Bueno, bueno, bueno... ¡Otra!

Tomó bruscamente a Martine por los dos hombros y la empujó delante de Olivier.

—¡Esta! ¿Rubia o morena?...

Martine sintió que la sangre se le helaba en el cuerpo y su corazón se puso a golpear, enloquecido, para poner de nuevo en marcha la circulación bloqueada... Un silencio asombrado se produjo en el salón. ¿Qué tramaba ese maldito de Marss? Sabían que su estilo no era compartir las mujeres ni lo demás. Olivier sonrió, alzó las dos manos y las posó sobre los cabellos de Martine.

—Así no —dijo Marss—. Por los cabellos es demasiado fácil. Desciende...

Olivier dejó caer su mano izquierda y con la punta de los dedos de su mano derecha tanteó ligeramente ese rostro que no creía conocer. Siguió las finas cejas, tocó un instante los párpados que se cerraron, acarició las mejillas un poco hundidas, siguió con el pulgar y el índice la corta línea de la nariz y llegó a la boca. Los labios estaban húmedos y temblaban un poco. Introdujo su índice horizontal entre los labios húmedos y los entreabrió. No reconocía nada. Sonreía. Martine se esforzaba para no desvanecerse. Oleadas heladas y ardientes llegaban hasta su rostro. Su nariz y sus cejas se cubrían de gotas de sudor.

—¿Y —dijo Marss— rubia o morena?

—No sé —contestó Olivier.

—Quizá más abajo la conozcas mejor. Busca...

Martine estaba vestida con un modelo de Paco Rabane, parecido al de Soura, de placas de plástico doradas.

—El vestido te incomoda —dijo Marss.

Apartó los breteles y el vestido cayó a los pies de Martine con un leve ruido de monedas.

Las manos de Olivier, que descendían hacia los hombros, se detuvieron bruscamente. Sólo había visto dos vestidos que podían hacer ese ruido. El de Soura y el de... ¿De quién?... De golpe su memoria se rehusaba responderle. No había ningún rostro encima de ese vestido. ¿Rubia? ¿Morena? *Whisky*... Jamás bebía... Dos vestidos, quizá tres, quizá muchos... No había visto todo... Vestidos, montones de vestidos...

La punta de sus dedos temblaba.

—¡Vamos! —dijo Marss—. ¿Te has dormido?

Olivier puso sus manos sobre los hombros desnudos.

Martine se contrajo, rígida como una piedra.

—¡Más bajo! —dijo Marss—. ¡Busca!

Desprendió en la espalda el corpiño de Martine, tiró de él y lo arrojó lejos.

Ya nadie decía nada. Nadie oía gemir siquiera a la negra del estereofónico, que estaba en su quincuagésima desgracia.

Olivier trató de recordar el rostro sobre el cual acababa de pasar el extremo de sus dedos. Las cejas, la nariz, la boca... No sabía, no había reconocido nada. Debía ser Soura, u otra cualquiera, no importa cuál.

La mano derecha de Olivier se deslizó desde el hombro hacia el cuello y descendió entre los senos. Se detuvo un instante. Marss miraba con ojos feroces, un ángulo de la boca levantado. Lentamente, la mano de Olivier se desprendió de la piel tibia, húmeda de terror y de emoción, se ahuecó en forma de copa y fue a envolver el seno izquierdo sin tocarlo. Su mano se crispó, cerró el puño, volvió a abrirlo...

Ante los ojos de Martine, el rostro de Olivier, con la raya negra del pañuelo, se agrandaba, llenaba la pieza, el universo entero. La mano de Olivier se aproximaba lentamente...

De pronto le pareció sentir que un rayo lo tocaba. En el centro de su mano, en el punto perfecto más sensible, un vértice de carne dura se había posado y cavaba un abismo de hielo y de fuego.

Martine cayó como un andrajo, desvanecida o muerta.

Soura se arrancó su vestido, se pegó contra Olivier, le tomó las manos y las colocó sobre sus senos-pastillas gritando:

—*¡It's me, darling! ¡I love you! ¡You're beautiful! ¡Kiss me, darling! ¡Take me!...*

Olivier llevó la mano a la cabeza para quitarse el pañuelo. Vaciló un segundo, después dejó caer la mano y dijo:

—Condúceme.

Un leve ruido lo despertó. No sabía lo que era. Estaba cansado pero se sentía bien. Escuchó sin abrir los ojos. Sólo el silencio, el sedante ruido de los chorros de agua de algunos grillos. Muy lejos, pero de veras muy lejos, el apagado jadear de un barco de pesca. Y después aquello recomenzó. Un ligero suspiro de mujer que llegaba desde afuera por el ventanal abierto, y que parecía colmar la noche.

Olivier abrió los ojos y se sentó. Estaba acostado sobre un lecho ancho y bajo, con sábanas de grandes flores violetas estampadas. A su lado, desnuda, Soura dormía sobre el vientre, drogada de *whisky* y de amor. Sus pequeños muslos duros parecían los de un muchacho. Olivier deslizó sus manos sobre ellos con una caricia y sonrió. Ella no se movió.

De nuevo hubo en el aire ese suspiro que parecía venir del cielo, y que se prolongó.

Olivier dejó de sonreír, se levantó y se vistió. En un nicho de la pared, cerca del velador, estaba colocada una linterna de pesca submarina, forrada en caucho. La tomó y salió a la galería que daba la vuelta al jardín.

Un grillo, que cantaba muy próximo, se calló.

El círculo luminoso de la linterna precedía a Olivier. Penetró en la habitación vecina. Sobre la piel que cubría el piso iluminó un par de sandalias de mujer doradas,

junto a la máquina del fotógrafo. Salió.

Una mujer pasó detrás de Olivier en la oscuridad, cantando en voz muy baja una canción en alemán, tierna y triste, una canción que esperaba y pedía lo imposible.

El círculo luminoso entró en la pieza siguiente e iluminó la cama. Una muchacha morena, con los ojos cerrados, los brazos cruzados en lo alto, bajo su cabeza, dormía. Sobre su pecho desnudo, la cabellera roja de Edith, como un fuego abandonado. La linterna se apartó del lecho para iluminar, en un rincón del cuarto, un gran canasto de ropa blanca lleno de pedazos de seda multicolores.

Olivier salió y de nuevo ese suspiro que parecía llegar de todos lados y que se prolongó en una breve ráfaga, el comienzo de la alegría profunda del amor.

Olivier comprendió. Había, diseminados en el jardín, altoparlantes que difundían un disco.

O quizás no fuera un disco...

Adivinó en la oscuridad una especie de fantasma y alzó su linterna. Iluminó un caballo blanco con grandes flores celestes, que dormía de pie junto a una fuente. Tras él, un chorro de agua ascendía y se deshacía en perlas en el haz de luz.

Un ligero golpe de viento tibio mezcló los perfumes del tomillo, del romero, de los cipreses y de los pimenteros y los volcó en una bocanada suave y espesa alrededor de Olivier.

La mujer, ahora, ya no se detenía. Era algo lento y profundo que llegaba desde el fondo del vientre y subía hasta las estrellas.

No era un disco...

Olivier se dirigió a grandes pasos hacia el fondo del jardín. Los grillos se callaban a su paso y detrás de él. Al este, el borde del cielo comenzó a teñirse de un rosado pálido, revelando la línea curva del mar.

La mujer que cantaba dulcemente la canción alemana estaba sentada sobre el tapiz de innumerables flores que rodeaban a ras del suelo el cuadrante solar. Era rubia, grande y fuerte, de carne muy blanca. Había dejado que la edad la alcanzara y la aventajara un poco. Cuando estuvo desnuda se tendió enteramente sobre las flores multicolores al pie del cuadrante solar, y sus senos pesados se desparramaron a ambos lados de su torso. Cantaba siempre y esperaba, con las manos apoyadas sobre la frescura de las flores abiertas.

En la noche los colores de las flores no tenían color, y el tiempo sólo recomenzaría cuando el sol posara sus dedos sobre el cuadrante dormido, para despertarlo.

Sobre una estrecha franja de césped, al pie de los bambúes y del Apolo con los brazos rotos, el modelista y su asistente dormían lado a lado, herméticamente vestidos, tomados de la mano. La lámpara de Olivier pasó sobre sus rostros sin despertarlos.

Olivier corrió a lo largo de la piscina, bajó el sendero, llegó a la puerta del segundo piso. Empujó. Estaba abierta. La sala del gallo ciego se hallaba desierta y en

desorden, olía a alcohol derramado y a perfumes rancios. El grito de la mujer no le llegaba ahora desde los altoparlantes sino del interior de la casa, discreto, íntimo, más grave aún y más ardiente.

Abrió otras puertas, descendió una escalera y surgió en la habitación de Marss.

A la cabecera del lecho una mesita china negra sostenía una lámpara con una pantalla roja. Iluminaba el cuerpo macizo y oscuro de Marss tendido desnudo sobre el cuerpo dorado, de Martine.

Martine tenía los ojos abiertos y el rostro vuelto hacia la puerta, pero no veía nada. No vio entrar a Olivier. Giró la cabeza hacia el otro lado, después al otro, y su boca casi cerrada dejaba escapar ese canto de dicha que ella no oía, que era el de su carne penetrada, habitada, removida, trasmutada, liberada de su condición de carne, de sus dimensiones y sus límites. Un mar de dicha dulcemente balanceado.

Marss tenía una mancha de vello sobre los riñones. Olivier cogió otra mesa china que se encontraba cerca de él, la levantó hasta el techo y golpeó justo en ese lugar. Marss aulló. Olivier lo agarró del cuello y lo arrancó del vientre de su madre. Marss cayó a tierra de espaldas: Olivier lo golpeó con el pie, salvajemente, en la cabeza, en el vientre, en todas partes, hasta que se calló.

El modelista y su asistente se habían despertado y sentado, sin dejarse las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó el joven aterrorizado.

—No es nada... Debe estar haciéndose azotar... ¡Es un puerco! —dijo el modelista.

Nada más se oyó.

—No te alarmes, mi pichón.

Llevó sus labios a la mano delicada del joven, besó los dedos maravillosos y volvió a tenderse sobre la hierba.

Martine, precipitada del paraíso al infierno, miraba con ojos de horror a Olivier, inclinado sobre Marss inánime. Lentamente Olivier se irguió y la miró. Entonces ella se dio cuenta de que estaba desnuda. Vanamente intentó tirar hacia sí una punta de la sábana para esconderse, no comprendía nada, era espantoso, iba a volverse loca, cruzó los brazos sobre su pecho, apretó las rodillas, aquello no era posible, no era posible.

Los ojos de Olivier eran como los ojos de un animal muerto.

Se dio vuelta y salió.

Un enorme sol rojo salía del horizonte marino. Olivier, de rodillas ante el mar, se frotaba con agua y arena el pecho, el vientre, la cara. Jadeaba, temblaba, sollozaba, gritaba, le parecía que jamás podría limpiarse la inmundicia. Se sentía apestar hasta en lo más profundo de sí mismo. Se revolcó en las olas, se sumergió, tragó agua, escupió, se levantó llorando, se dejó caer sobre la arena, con los brazos abiertos y los ojos en el cielo. Poco a poco la fatiga y el ruido dulce del mar lo calmaron. Sus sollozos se hicieron menos frecuentes, después cesaron. De golpe zozobró en el sueño y se despertó con la misma brusquedad. No había dormido un minuto. Se

levantó y volvió a vestirse. A unos pocos metros dos lanchas estaban amarradas en el muelle privado de Marss. Se dirigió hacia la más grande y saltó al interior. Había en el fondo una máscara para inmersiones, un vestido de mujer rojo, empapado de agua de mar, un ramo marchito en un balde para champaña vacío, un pantalón de tela azul, un fusil submarino y su flecha en la cual estaba aún ensartado un gran pescado cubierto de moscas. Olivier se sirvió del vestido para recoger el pescado y tirarlo al agua con el fusil. Revisó los bolsillos del pantalón y encontró un encendedor de oro, algunos billetes de cien francos, monedas y un pañuelo. Guardó el dinero y el encendedor, arrojó todo el resto al agua, después largó la amarra y se dirigió hacia el motor. Sabía vagamente como funcionaba. Había salido muchas veces, en Saint-Cloud, en la lancha de Víctor, un compañero de la facultad, el hijo de la gran tienda de lujo Víctor. Recordó que no lo había visto en las barricadas... Algunos minutos más tarde, la embarcación navegaba hacia el sol de levante.

Desembarcó en una pequeña playa italiana y llegó a Roma haciendo autostop. Vendió el encendedor, cambió su dinero francés, fue a una oficina de correos, tomó una guía y en vano buscó en la E la dirección que le preocupaba. Cerca de él un romano, redondo de cabeza y redondo de nalgas, hojeaba otra guía. Olivier le preguntó: —Perdón... ¿Habla usted francés? El hombre sonrió, pronto a servirlo—. Algo... —¿Cómo se dice «equipo» en italiano?— ¿Equipo? «Squadra». «¡La Squadra Azura!». ¿Eh? ¿La conoce? —No...— No es muy deportista... Se echó a reír. —¿Qué es lo que busca?— Los Equipos Internacionales de Solidaridad. Sé que tienen una oficina en Roma. El hombre rechazó la guía que consultaba Olivier. —Ahí no está. Espere... Tomó otra y se puso a hojearla rápidamente. Al salir, Olivier compró periódicos franceses y fue a sentarse a la terraza del Café de la Colonne, a leerlos. En la tercer página de *Paris-Prese*, en la sección de noticias parisienses, se informaba que el *play-boy* millonario Anton Marss había sufrido una caída en la escalera de su villa después de una agitada velada, y debía guardar cama durante muchos días. Manzoni estaba sentado detrás de una pequeña mesa miserable que le servía de escritorio, cubierta de carpetas y correspondencia esparcida. Había dos teléfonos. Manzoni hablaba por uno de ellos con pasión, casi salvajemente, haciendo grandes gestos con el otro brazo. Olivier, de pie ante la mesa del escritorio, lo miraba sin comprender lo que decía. Sólo entendía, de tanto en tanto, «*Commendatore*», «*Commendatore*»... Manzoni era un hombre pobre, más bien un hombre que no poseía nada, pues todo lo había dado a los Equipos, sus bienes y su vida. Tenía cincuenta años, los cabellos grises y rizados. Era más bien gordo, porque en Italia los pobres sólo comen *spaghetti*. Explicaba que carecían de dinero. Los equipos acababan de abrir una cantina en Calcuta, para servir arroz a los niños, pero no podía servir más que seiscientas porciones, y cada mañana hacían cola millares de niños y cada mañana eran muchos los que morían. ¡Necesitaban todavía más dinero! Al otro extremo del hilo, el *Commendatore* protestaba. Había dado ya tanto, y esto y lo otro... ¡Que Manzoni se dirigiera también un poco a los otros!— ¿Y a quién quiere

que me dirija —tronó Manzoni— sino a los que dan? Obtuvo una promesa, cortó y se enjugó la frente. —Excúseme —le dio en francés—. Tengo que telefonar. ¡Es terrible! Debo buscar por otro lado... ¡Nunca tenemos bastante! ¡Nunca bastante! ¿Así que quiere ir a la India? —Sí—. ¿Sabe lo que hacemos allí? —Sí... Manzoni se levantó y se aproximó a Olivier para verlo mejor, y lo tuteó—. ¿Quién te habló de nosotros? —Un compañero de París. Partió para la India el año pasado—. ¿Por qué no fuiste a nuestra oficina de París? —París me repugna... He abandonado Francia. Ahora quiero abandonar Europa. Manzoni golpeó con el puño sobre la mesa—. Nosotros no necesitamos tipos sin esperanzas. ¡Nos hacen falta muchachos entusiastas! ¡Que tengan amor! ¡Y el sentido del sacrificio! ¿Lo tienes tú? —No sé —dijo Olivier duramente—. Soy como soy. Usted me toma o no me toma. Manzoni retrocedió un paso. Puso sus manos de plano sobre sus caderas y miró a Olivier. El muchacho le parecía de buena calidad, pero allá no podía enviarse a cualquiera. No, no a cualquiera... Olivier miraba a ese hombrecito redondo y, encima de su cabeza, un afiche de los equipos que representaba a un niño de color oscuro, de ojos inmensos, pidiendo a los hombres que le salvaran la vida. —¿Cómo se llama tu compañero?— preguntó bruscamente Manzoni. —Patrick de Vibier—. ¡Patrick! ¡Debiste habérmelo dicho antes! Es un chico formidable. Mira, está aquí... Manzoni se aproximó al mapa de la India fijado en la pared, cerca del afiche, y alzándose sobre la punta de los pies alcanzó con dificultad un alfiler de cabeza roja clavado en lo alto de la carta. —... en Palnah. Hace pozos... Debía permanecer dos años pero se enfermó, tiene que volver. No contamos con nadie para reemplazarlo... ¡Carecemos de todo, pero sobre todo de voluntarios! ¡Tantos *ragazzi* que podían ir en lugar de vagabundear por las calles! ¿Y ustedes, los parisienses, creen que no hay nada mejor en el mundo que hacer barricadas? Gritaba, estaba furioso, cubierto de sudor. De nuevo se enjugó la frente y fue a sentarse detrás de la mesa—. ¿Quieres ir a reemplazarlo? —Mucho—. Voy a telegrafiarle. Si acepta salir de garante tuyo, te envío. ¿Conoces nuestras condiciones? —Sí—. ¿Te comprometes a permanecer allá dos años? —Lo sé...— Trabajarás por nada... ¡No vas allá para ganarte la vida... sino para ganar la vida de los otros! —Ya sé. Manzoni golpeó con los dos puños en la mesa y se levantó de nuevo—. ¡Nos hace falta plata! ¡Plata! ¡Plata! Abrió todas las puertas de la oficina y gritó nombres. Muchachas y muchachos de todas las edades acudieron, azorados. Empleados benévolos, personas a prueba, todo el personal del equipo en Roma. Manzoni tomó de un estante un montón de cajas para colectas. Sobre el cuerpo cilíndrico de las mismas estaba pegada una pequeña reproducción del afiche con el niño hambriento. Las distribuyó empujándolos y gritando: *Ci vuol danaro!*... ¡Necesitamos plata! ¡Vayan a mendigar! ¡Abandonen todo!... ¡Mendigar! *Mendicare!* ¡*Mendicare!*... —Tú también— le dijo a Olivier, poniéndole una caja entre las manos. Los empujó a todos afuera, volvió a sentarse, se enjugó, descolgó el teléfono y llamó a otros *commendatori*.

No había casi nadie en el avión. Olivier estaba sentado a la derecha, adelante de

las alas, junto a la ventanilla. Primero había mirado el paisaje, después se durmió. Cuando despertó era de noche. Una estrella enorme centelleaba en lo que veía del cielo. El cielo era negro. Jamás había visto una estrella tan grande ni un cielo tan negro. La dulce voz de la azafata anunció en muchas lenguas que el avión haría una corta escala técnica en Bahrein, que los pasajeros no podían dejar el aparato y que les rogaba ajustarse los cinturones y apagar sus cigarrillos, gracias. Bahrein. Olivier recordó. Una isla minúscula en el Golfo Pérsico. Atiborrada de petróleo. El avión giró y comenzó a descender. La enorme estrella desapareció. Olivier se abrochó el cinturón. Había encerrado tras un muro, en su mente, las imágenes de la noche en la villa de Marss. No quería pensar más en eso, NO QUERÍA. Si alguna imagen se escapaba de la reserva donde las tenía acumuladas, comprimidas, prohibidas, y se presentaba fulgurante a los ojos de su memoria, algo como los garfios de acero de una cavadora le trituraba el interior del pecho encima del corazón. Y para hacerla retornar al olvido era preciso un esfuerzo de voluntad casi muscular, que le tetanizaba las mandíbulas y le cubría el rostro del sudor. Cuando el aparato se detuvo, Olivier dejó su asiento y salió a la pequeña plataforma en lo alto de la escalerilla. Lo envolvió un viento cálido, constante, que venía del fondo de la noche, corría sin ruido, horizontalmente, y esparcía un olor saturado de bosta de camello y de petróleo. Hizo otra escala en Bombay, donde debió cambiar de aparato. En la estación del aeródromo volaban cotorras. Pájaros desconocidos anidaban en los alvéolos de los postes de hierro. Un enorme lagarto, con sus patas estrelladas pegadas a un vidrio, dormía, vientre al sol.

Patrick lo esperaba en el aeródromo siguiente. Cuando le palmeó el hombro, Olivier se sobresaltó. No lo había reconocido. Patrick, ya filiforme en París, había adelgazado más aún. Tenía los cabellos cortados al rape y el tinte de su tez era ahora color cigarro. Anteojos con montura metálica agrandaban sus ojos de una mirada siempre tan pura y clara como la de un niño.

Después de gozar un instante de la confusión de Olivier, Patrick estalló de risa.

—Tú no has cambiado nada —le dijo.

—¿Qué te pasó? —replicó Olivier pasándole la mano sobre el cráneo—. ¿Has comido la semilla de Gandhi?

—Algo así... ¿Tienes equipaje?

Olivier levantó su bolso.

—Esto es todo.

—Perfecto. Será más rápido en la aduana. Me ocuparé de eso. Ve a presentar tu pasaporte allá...

Olivier presentó su pasaporte a un funcionario de turbante que, al ver su visa por dos años, se tornó de pronto hostil. Le preguntó en inglés qué iba a hacer en la India. Olivier no comprendió y le respondió en francés que no comprendía. Pero el funcionario lo sabía. Era uno de esos occidentales que llegaban para «salvar» a la India con sus consejos, sus dólares, su moral, su técnica y su certidumbre de

superioridad. El pasaporte estaba en regla. No podía hacer nada. Le estampó un sello con un golpe como si le clavara un puñal.

Grandes ventiladores como hélices de antiguos aviones adornaban el techo de la estación y braceaban muellemente en un aire tórrido. Olivier se dejó caer en un sillón. Tenía demasiado calor, tenía sed, tenía mala conciencia, se sentía sumamente incómodo. Patrick arribó con su bolso.

—¡Vamos, de pie, vago! El *jeep* nos espera afuera. ¡Hay mucho camino que andar antes de la noche!

Olivier se levantó y tomó su bolso, Patrick estaba feliz como un hermano que ha recobrado a su hermano.

—Cuando Roma me telegrafió me dije: ¡imposible, es una broma!

—Casi... —dijo dulcemente Olivier.

—Me hubiese gustado quedarme contigo. Los dos aquí ¿te das cuenta? Sería formidable. Pero estoy reventado... Las amebas... Quizá la falta de carne, el calor... No sé... Me arrastro, no sirvo para nada... Tengo que tomarme un respiro por unos meses... ¡Después nos encontraremos! ¡Volveré!

Le dio una ligera palmada en el hombro a Olivier, ligera como una caricia.

Llegaron cerca de la puerta. Olivier se detuvo y volvió un poco la cabeza hacia Patrick. Estaba preocupado.

—¿Realmente estás mal?

—Poco más o menos al extremo de mis fuerzas... Esto no es fácil, ya verás... Pero tú eres fuerte.

Olivier bajó la cabeza. ¿Cómo decírselo? Después se irguió y lo miró de frente, los ojos en los ojos. Hay que decir la verdad. Demasiado había mentido desde su llegada a Roma.

—Escucha, esto me fastidia... Pienso que te enviarán algún otro enseguida... Pero yo no me quedo contigo...

—¿Qué?... ¿Adónde te envían?...

Patrick estaba consternado, pero sin rebelarse. Conocía la inmensidad de la tarea emprendida por los Equipos y los límites irrisorios de sus medios. Enfrentaban las cosas donde podían, como podían.

—No me envían a ninguna parte —dijo Olivier—. Soy yo el que se va a otro lado... Voy a Katmandú...

—¿A Katmandú? ¿Qué vas a hacer en Katmandú?

Patrick no comprendía. Esa historia le parecía absurda.

—Voy a arreglar una cuenta con un sinvergüenza. Necesito hacerlo. No tenía dinero y me serví de los Equipos para llegar hasta aquí, y ahora continúo. Eso es todo.

—¿Te parece que es todo?

—Sí.

—Me hablas de un sinvergüenza... ¿Y tú qué crees que eres?

—¡Soy lo que me han hecho ser! —exclamó Olivier furioso—. ¡Ya les reembolsaré su viaje! ¡Es sólo un préstamo! ¿No vale la pena hacer de eso una montaña?

Patrick cerró un instante los ojos, extenuado, y los reabrió tratando de sonreír.

—Discúlpame. Bien sé que no eres un canalla.

El agotamiento físico de Patrick, y su indulgencia, y su amistad, exasperaron a Olivier.

—¡Aunque fuera un canalla me tendría sin cuidado! ¡Y si no los soy, espero serlo! Adiós.

Se echó el bolso al hombro y volvió la espalda a Patrick. En el momento en que iba a franquear la puerta éste lo llamó:

—¡Olivier!

Olivier se detuvo, irritado. Patrick se le reunió.

—No nos enojemos... Sería idiota... Escucha, Palnah está en tu camino... Si quieres te llevo en el *jeep*, te ahorrarás los dos tercios del viaje. Después puedes hacer el resto un poco a pie, un poco en tren, hasta la frontera de Nepal...

Puso la mano sobre el hombro de Olivier.

—Tú tienes tus razones. Lo siento, eso es todo...

Olivier se distendió un poco.

—De acuerdo respecto al *jeep*. Te lo agradezco.

Por fin logró sonreír y dijo:

—Me hubiera sentado muy mal no pasar un rato contigo...

Cuando el *jeep* salió de los suburbios de la ciudad para tomar una ruta del campo, Olivier, pálido, cerró los ojos y permaneció un largo rato así. Bajo sus párpados se desarrollaban de nuevo las imágenes que acababa de ver, y no podía creer que aquello fuera posible. Sospechaba que Patrick había elegido adrede ese itinerario, pero quizá cualquier otro recorrido le hubiese mostrado las mismas cosas.

Siguieron primero una serie de avenidas suntuosas, increíblemente anchas, bordeadas por inmensos jardines pletóricas de follajes y flores, tras cuya espesura se adivinaban grandes casas bajas ocultas en la frescura. Era el barrio de las grandes residencias, al que seguía el de los grandes hoteles y el comercio. Mucho espacio, mucho orden. Un calor tórrido caía de un cielo seminublado. Las camisas de los dos muchachos estaban empapadas de sudor, pero Olivier calculaba que debía haber una agradable temperatura en todas esas mansiones donde ciertamente reinaba el aire acondicionado.

Y después Patrick dejó una avenida ya más estrecha y avanzó por una calle. De golpe fue como entrar en otro mundo. Antes de que Olivier tuviera realmente tiempo de mirar en torno, el *jeep* debió detenerse ante una vaca esquelética, parada en medio de la calle, inmóvil, con la cabeza colgando. Patrick hizo roncar el motor y tocó la bocina. La vaca no se movió. Parecía que no le quedaba más vida para llevarla más lejos, aunque fuera un centímetro. Y no dejaba lugar para pasar, ni a su izquierda ni a

su derecha.

Al lado de un muro que daba sombra había hombres, mujeres y niños amontonados. Estaban sentados o acostados, y los que tenían los ojos abiertos miraban a Patrick y miraban a Olivier. Y su mirada no expresaba nada, ni curiosidad ni hostilidad ni simpatía, nada más que una espera sin fin de algo, de alguien, quizá la amistad, quizá la muerte. Ésta era la única visitante que estaban seguros no faltaría. Llegaba a cada instante. Olivier comprendió con estupor que uno de los hombres que veía tendido entre los otros, con un paño de su vestimenta recogido sobre su rostro, estaba muerto. Había otro, enfrente, acostado en pleno sol, sin fuerzas suficientes para ir hasta el lado de la sombra, y que esperaba también a la visitante. Sólo vestía un mísero andrajo alrededor de la cintura, y cada uno de sus huesos estaba esculpido bajo la piel color tabaco y polvo. No quedaba suficiente agua en él para que el sol lograra hacerlo transpirar. Sus ojos estaban cerrados, su boca entreabierta en medio de la barba gris. Su pecho se alzaba levemente, después descendía. Olivier miraba esa jaula de huesos cuando quedaba inmóvil y pasaba entonces un momento atroz, preguntándose si había llegado el fin o si... Y el pecho, por una increíble obstinación, se levantaba de nuevo.

La vaca no se movía. Patrick descendió del *jeep*, buscó bajo el asiento, sacó un puñado de hierba seca y se lo presentó a la vaca. Esta lanzó una especie de suspiro y avanzó el morro. Patrick retrocedió, la vaca lo siguió. Cuando hubo dejado sitio bastante para el *jeep*, Patrick le dio la hierba.

Continuaron viaje. Olivier no quitaba los ojos del hombre tendido al sol. Volvió la cabeza para seguir viéndolo, hasta que un grupo de chicos se lo ocultó. El grupo de niños lo miraba. Todos los niños lo miraban. Sólo veía ojos de niños, inmensos, que lo miraban con una seriedad terrible, y esperaban de él... ¿Qué? ¿Qué podía darles? No tenía nada, no era nada, no *quería* dar nada. Había decidido estar en adelante del lado de los que *toman*. Apretó los dientes, cesó de mirar hacia la multitud de la sombra. Pero el *jeep* iba lentamente, abriéndose camino en la estrecha calle obstruida por vehículos tirados por hombres flacos o búfalos. Por segunda vez debió detenerse a la espera de que se deshiciera un nudo en la interminablemente lenta circulación.

Un chico desnudo, de cuatro o cinco años, corrió hacia el *jeep*. Tendió la mano izquierda para mendigar, pronunciando palabras que Olivier no comprendía. Y en su brazo derecho mantenía contra él una criatura de algunas semanas, igualmente desnuda, agonizante. Tenía un color amarillo verdoso. Había cerrado los ojos a un mundo al que no había tenido tiempo de conocer, y trataba de aspirar todavía un poco de aire, moviendo la boca de la misma manera que un pescado ya hace mucho arrojado sobre la arena.

Una nube de polvo envolvía al *jeep*. Grandes árboles desconocidos bordeaban ambos lados de la mala ruta, y entre los árboles Olivier veía hasta el horizonte, a su izquierda y a su derecha, el campo reseco, sobre el cual innumerables aldeas estaban pegadas como costras sobre la piel de un perro sarnoso.

—No ha llovido desde hace seis meses —dijo Patrick—. Debió haber llovido después de la siembra, y no cayó una gota... Donde no existían pozos, no hubo cosecha...

—¿Y entonces?

—Entonces los que no tienen reservas mueren.

Olivier se encogió de hombros.

—Tú has tratado de conmovirme haciéndome atravesar la ciudad, y ahora ensayas aquí... pero no funcionó. ¡Ellos tienen un gobierno! ¡Tienen a los americanos, la UNESCO!

—Sí —dijo Patrick dulcemente.

—Si son cien millones a punto de morir de hambre ¿qué puedo hacer yo contra eso? ¿Qué haces tú con tus tres gotas de agua?...

—Incluso una sola gota —dijo Patrick— es mejor que nada...

No había más árboles y la ruta era ahora una pista que atravesaba una tierra agrietada como el fondo de un pantano aspirado por el sol desde hacía interminables veranos. Andaban desde hacía horas. Olivier había perdido la noción del tiempo. Le parecía que hubiese llegado por magia o en una pesadilla a un planeta extraño que acababa de morir con sus ocupantes.

Pasaron junto a un bullir de buitres dedicados a devorar algo, vaca o búfalo muerto. No se veía lo que era. Formaban varias capas de espesor sobre la presa. Los de arriba trataban de llegar hasta la carroña hundiendo su largo cuello a través de la masa de los otros. Y todavía llegaban más aún, en vuelo lento y pesado, surgidos al parecer de ninguna parte.

Atravesaron una aldea miserable, a medias desierta, donde las chozas de techos de paja se apretaban las unas contra las otras para protegerse del calor y del mundo. Olivier sólo vio mujeres y niños, y viejos ya al fin de la vida.

—Es un aldea de parias —explicó Patrick cuando salieron de ella—. De los sin casta, de los intocables. Palnah, donde resido ahora, es parecida... Todos los hombres van a trabajar a una aldea vecina, una aldea rica... En fin, rica... Quiero decir, una aldea de hombres que tienen una casta, de hombres que tienen el derecho de considerarse como hombres, incluso si son de una categoría inferior. Los parias no son hombres. Los hacen trabajar como se hace trabajar a los búfalos o a los caballos. Les dan un poco de alimento para ellos y sus familias, como se da una brazada de forraje a un buey que ha hecho su trabajo, y se los envía de nuevo al estable, es decir, a su aldea... Si quieren comer al día siguiente deben volver a trabajar... Poseen tierras suyas, que el gobierno les ha donado, pero no tienen tiempo de labrarlas, ni siquiera tiempo para cavar un pozo... Antes de llegar al agua habrían muerto de hambre.

—¡Son basuras! —protestó Olivier—. ¿Qué es lo que esperan para rebelarse? ¡No tienen mas que prender fuego a todo!

—No se les ocurre siquiera —dijo Patrick—. Sólo tienen la idea de que son

parias. Tienen esa idea desde su nacimiento, desde milenios, desde siempre. ¿Acaso podrías convencer a un buey de que es otra cosa que un buey? De tanto en tanto puede dar una cornada. Pero los parias no tienen cuernos.

El *jeep* era una pequeña nube de polvo que se desplazaba en el desierto. Un desierto seco, pero habitado, con aldeas por todas partes, algunas rodeadas de un poco de vegetación, la mayor parte áridas hasta el borde de las chozas. Lo que era increíble es que todavía pudieran subsistir allí tantos seres vivientes...

—Su revolución se la hacemos nosotros —dijo Patrick—. Llegamos con el dinero. Pero no les damos una limosna. Les pagamos para trabajar. Pero para trabajar *para ellos*. Cavan sus pozos, cultivan sus tierras, siembran, recogen. En cuanto tienen bastantes reservas para aguantar hasta la próxima cosecha, podemos partir, están salvados. Cuando nosotros llegamos, eran animales. Cuando los dejamos, son hombres.

Olivier no respondió nada. Estaba abrumado por la fatiga, lo extraño de todo y el absurdo increíble de lo que veía. El polvo le penetraba en la garganta, crujía entre sus dientes, lo recubría de una capa lunar.

Poco a poco el camino se elevaba sobre el nivel del suelo y el *jeep* comenzó a rodar en lo alto de un talud, a más de un metro por encima de la llanura.

—A qué —dijo Patrick— cuando no es la sequía es la inundación. Cada año toda esta región queda sumergida. La ruta apenas aflora entonces. A veces también la tapa el agua.

El sol descendía en el horizonte, pero el calor seguía igual. La nube de polvo comenzaba a teñirse de rosa.

—Cuando llegué a Palnah, la gente estaba desnuda. Hay lugares donde la desnudez es la inocencia. Aquello era sólo la desnudez animal. Antes que nada, los hemos vestido...

Se aproximaban a una aldea donde las chozas se aglomeraban sobre una especie de cerro, un esbozo de colina que debía ponerlas en parte al abrigo de las inundaciones.

—Esa es Palnah —dijo Patrick.

Al pie de la aldea había una especie de embudo de varios metros de diámetro cavado en la tierra, rodeado por un talud circular, y un camino que descendía desde lo alto del talud al fondo del embudo. Era el pozo.

No estaba terminado. Sólo se acababa de alcanzar la napa de tierra embebida de agua. Había hombres que cavaban en el fondo del embudo, y mujeres paradas todo a lo largo del sendero circular que subía hasta lo alto. Se pasaban cestos llenos de tierra chorreante, y cuando estos llegaban arriba otros hombres se apoderaban de ellos y esparcían el contenido en el exterior del talud. Era una tierra amarilla, arenosa, que corría con el agua que contenía, corría sobre los rostros, sobre los hombros y los cuerpos de las mujeres, y las mujeres reían de la bendición de esa agua al fin salida de la tierra, y de esa tierra que corría sobre ellas y las maquillaba de oro.

El *jeep* se detuvo al pie del pozo, perseguido por todos los niños de la aldea que lo habían visto llegar.

Los hombres y las mujeres que estaban en el pozo interrumpieron su trabajo, y los que estaban en las chozas salieron, y todos se reunieron alrededor del auto y los dos hombres color de polvo y de fango.

—Mira —decía Patrick a Olivier, mostrándole el talud circular—, es para proteger el pozo de la inundación. A qué hay que defender el agua del agua. El agua de la inundación arrastra los despojos, estiércol y cadáveres. Enriquece la tierra, pero pudre los pozos. Hay que impedirle entrar...

Había alrededor de ellos un gran silencio atento.

Hombres, mujeres y niños escuchaban esas palabras misteriosas cuyo significado no entendían.

Patrick se puso de pie en el *jeep* y saludó a la gente de la aldea juntando las manos delante del pecho e inclinándose hacia ellos, en varias direcciones. No era un saludo solemne, era un saludo de amistad acompañado con una sonrisa.

Saltó a tierra. Olivier se levantó a su vez y vio todos los ojos fijos en él, los de los hombres, los de las mujeres, los de los niños. No tenían la misma mirada que los de la ciudad donde los hombres acostados esperaban la muerte, pero se les parecían: estaban abiertos. Todos los ojos que vio desde su llegada a la India estaban *abiertos*. La palabra le vino de golpe a la mente, en un instante se dio cuenta de que hasta entonces nunca había visto más que ojos cerrados. En Europa, en París, incluso los ojos de su abuela, los de su madre —no no no no, no pensar en su madre— los de sus compañeros, los de las muchachas del subte, los ojos brillantes excitados de las barricadas, todos los ojos de párpados abiertos eran ojos *cerrados*. No deseaban recibir nada ni dar nada. Estaban blindados como cajas fuertes, infranqueables.

Aquí, del otro lado del mundo, los ojos eran puertas abiertas. Negras. Hacia las tinieblas del vacío. A la espera de que algo entrase y encendiera los fuegos de la luz. Quizá el gesto de un amigo. Quizá solamente una esperanza de Dios al cabo de la eternidad interminable. Morir, vivir, no parecía que fuera lo importante. Lo importante era recibir algo y esperar. Y todas las puertas de esos ojos estaban inmensamente abiertas para recibir ese trazo, esa pizca, ese átomo de esperanza que debía existir en alguna parte del mundo infinito y que tenía el rostro de un hermano, o de un extraño, o de una flor, o de un dios.

Los ojos abiertos de las mujeres y de los hombres y de los niños que rodeaban a Olivier tenían algo que faltaba en los ojos de la ciudad. Había, en el fondo de sus tinieblas, una pequeña llama que brillaba. Ya no era el vacío. Después de mil años de espera alguien había llegado al fin y encendido la primer luz. En cada mirada brillaba una lucecita que esperaba otra. Ya habían recibido, pero esperaban aún. Y en cambio se daban.

Olivier se sintió presa de vértigo, como al borde de una hendidura sin fondo abierta en un glaciar. Era a él a quien todos aquellos ojos esperaban.

—Salúdalos, al menos —dijo Patrick—. Les diré que te han enviado a otra parte y que yo me quedo. No puedo decirles la verdad.

Olivier se sacudió y se golpeó para quitarse el polvo, luego saltó del *jeep*.

—Diles lo que quieras —dijo—. Yo me mando a mudar. ¿Cuál es mi camino?

En cuanto puso pie en tierra las mujeres y los hombres juntaron las manos delante del pecho y se inclinaron ante él con una sonrisa. Los niños hacían lo mismo y se inclinaban muchas veces seguidas, pero riendo.

—¡Salúdalos! —dijo Patrick en voz baja—. ¡Ellos no te han hecho nada!

Olivier, torpemente, desconcertado, consciente de ser ridículo y odioso, imitó su gesto, se inclinó de derecha, a izquierda, al frente...

—¿Estás contento ahora? —preguntó furioso—. ¿Cuál es mi camino?

—¿No quieres dormir aquí? Ya va a ser de noche... Te irás mañana a la mañana...

—No —dijo Olivier—. Me voy ahora.

Recogió su bolso del *jeep* y se lo echó al hombro.

—Han preparado una fiestita para su llegada... Quédate al menos esta noche... Me debes eso, por lo menos...

—¡Sólo debo un dinero! Eso es todo. ¡Ya lo pagaré! Si no quieres que me vaya al azar, indícame la dirección.

Pero el cerco de los aldeanos se había cerrado alrededor de él y de Patrick y para irse era necesario atravesarlo, apartar a esas gentes con las dos manos como a las ramas en una selva donde se ha perdido el sendero. ¿En qué dirección seguir? El sol se ponía a su izquierda. El norte estaba ante él. Bastaba con avanzar siempre en línea recta.

Dio un primer paso y la multitud se abrió por sí misma. Pero se abrió desde el exterior del círculo hasta él. De la aldea llegaba corriendo una niña que traía algo entre sus manos levantadas a la altura del pecho. Cuando llegó cerca de Olivier entregó lo que traía al viejo que se encontraba allí. Era un tazón de plástico verde pálido, un ridículo artículo moderno, pero lleno hasta el borde de un agua clara de la cual la niña, mientras corría, no había vertido una sola gota.

El viejo se inclinó y dio el tazón a Patrick, pronunciando algunas palabras. Patrick presentó el tazón a Olivier.

—Te ofrecen lo que tienen de más precioso —dijo.

Olivier vaciló un segundo, después dejó caer su bolso, tomó el tazón con sus dos manos y bebió el contenido hasta la última gota cerrando los ojos de felicidad.

Cuando los reabrió, la chiquilla estaba de pie ante él y lo miraba levantando la cabeza sonriente, dichosa, con ojos grandes como la noche que caía, y como ella llenos de estrellas.

Olivier tomó su bolso y lo arrojó al *jeep*.

—Bueno —dijo—. Me quedo esta noche, pero mañana por la mañana, ¡adiós!

—Tu eres libre —dijo Patrick.

Habían encendido un fuego en medio de la plaza de la aldea, una pequeña hoguera, porque la madera era tan rara como el agua, pero para una fiestita ofrecida a un amigo se sacrifica lo que se posee. Estaban sentados en tierra todos alrededor, en círculo, y una mujer cantaba. Un hombre la acompañaba golpeando un pedazo de leña seca contra un delgado cilindro de madera dura. No existía otro instrumento de música en la aldea.

Enfrente de la mujer, del otro lado del fuego, Olivier y Patrick estaban sentados lado a lado. Olivier sufría en su postura de rana. No sabía sentarse sin asiento. Sus muslos replegados le dolían, y no se atrevía a moverse porque la chica portadora del agua, que había ido a sentarse junto a él, sin decir nada, pero sonriendo y mirándolo con sus ojos inmensos, poco a poco invadida por la fatiga natural en los niños a la noche, se inclinó hacia él, puso la cabeza sobre uno de sus muslos y se quedó dormida.

Por encima del canto de la mujer, que llegaba sordo y velado como una especie de acompañamiento, la voz de un hombre se elevó. El que hablaba tenía una barba casi blanca, miraba a Olivier y hacía al hablar gestos con sus brazos, sus manos y sus dedos, que se apartaban o se reunían. Era el jefe de la aldea, el anciano a quien la niña había dado el agua a fin de que la ofreciera al recién llegado.

—Te agradece haber venido —dijo Patrick en voz baja.

Olivier se encogió de hombros. La niñita suspiró en su sueño, se movió un poco, su nuca apoyada sobre el muslo de Olivier, su rostro cerrado y apacible vuelto hacia lo alto de la noche. Estaba visiblemente abandonada, en seguridad, feliz.

Patrick sonrió al mirarla. Muy dulcemente, mientras el viejo seguía hablando, dijo:

—Se diría que ella te ha adoptado...

Un reflejo de defensa contrajo a Olivier. Sintió que si se quedaba allí unos instantes más iba a caer en la trampa de esa confianza, de ese amor, del deseo loco que sentía crecer en él de quedarse con esas gentes y esa niña acurrucada sobre su pierna como un gatito, el deseo de olvidar sus dolores y sus violencias, y de terminar allí su viaje.

Llamó en su socorro los recuerdos de mayo, las decepciones, el enfrentamiento de los egoísmos... Y la velada de la villa, con su madre en su lecho de púrpura... Oía su gemido en la noche que olía a ciprés y a romero. Se tapó los oídos con las manos, crispó sus ojos cerrados, sacudió la cabeza de dolor.

Patrick lo miraba, sorprendido e inquieto; se apartó ligeramente de él, con precaución. No necesitaba decir nada, hacer nada. Acababa de comprender que había en su amigo una herida que sangraba y la que él, sin querer, había rozado. Toda mano tendida a un desollado no puede darle más que dolor. La cura sólo puede llegar del interior de uno mismo, y del tiempo.

Olivier se recobró, miró a los aldeanos a quienes el fuego hacía danzar los rostros. Se le habían vuelto indiferentes como árboles.

Levantó el busto de la niña, la hizo girar suavemente y la tendió en el suelo. Ella no despertó.

—Me voy —le dijo a Patrick.

Se levantó y salió del círculo luminoso.

El viejo se calló bruscamente. Después la mujer. Todo el mundo miraba en la dirección en que Olivier había desaparecido.

Patrick se levantó a su vez. Le dijo algunas frases en su idioma. El amigo que había venido tenía que partir. Pero él se quedaba.

Olivier recogió su bolso en el *jeep* y se puso en marcha entre las chozas. La pista atravesaba la aldea y debía continuar hacia el Norte. Al salir el sol se orientaría.

Chocó contra una vaca acostada en el camino. Juró contra las vacas, contra la India, contra el universo. Una gallina flaca, dormida sobre un techo, se despertó asustada, cacareó y volvió a dormirse.

Olivier llegó al pie de la pendiente opuesta de la colina, allí donde se detenían las últimas chozas. En la oscuridad adivinó a alguien de pie que lo esperaba. Era Patrick. Olivier se detuvo.

—Bueno —dijo—. ¿Es por aquí?

—Sí, siempre derecho. En uno o dos días de marcha, eso depende de ti, encontrarás una aldea, Mâdirah. El tren pasa por ahí. ¿Tienes dinero para el tren?

—Un poco.

—Sólo llega hasta la frontera. Cuando llegues a Nepal debes continuar a pie.

—Ya me arreglaré —dijo Olivier—. Lo siento: aquí... no puedo... Espero que te envíen alguien pronto.

—No te inquietes por mí —respondió Patrick—. Vamos... te olvidabas de lo esencial.

Le tendió una cantimplora de plástico llena de agua.

Al tercer día de su llegada a Nepal encontró a Jane.

En el tren indio halló la misma multitud que en las calles de la ciudad. Un poco menos miserable, pero aún más apretada. Continuaba en los vagones su vida cotidiana, como si sólo hubiesen puesto la calle sobre ruedas. En vano buscó un lugar donde sentarse. En uno de los compartimientos una mujer cocía arroz entre los pies descalzos de los viajeros, en un pequeño calentador de gas. En otro, un santo varón, muy flaco, tirado sobre una banqueta, estaba muerto o moribundo, o quizá solamente en meditación. Los otros ocupantes oraban en voz alta. Unas varillas colocadas en un pequeño objeto de cobre posado en el suelo, ardían y expandían un perfume mezcla de incienso y sándalo.

Cada vez que Olivier se encuadraba en la puerta de un compartimiento atestado, todos los ojos se volvían hacia él. Sólo el santo varón y los que estaban entregados a la plegaria no lo miraban. Acabó por sentarse en el pasillo, entre otros viajeros

sentados o acostados. Apretó su bolso contra él y se durmió. Cuando despertó, le habían robado el dinero que guardaba en los bolsillos de la camisa. Eran solamente tres billetes de un dólar. Tenía veinte dólares en su bolso.

En la frontera los funcionarios del Nepal no le pusieron la menor dificultad para dejarlo entrar. Eran de una amabilidad extrema. Hablaban sonriendo, en un inglés atroz, del cual Olivier no comprendía una palabra pese a todos sus recuerdos del colegio. Sellaron su pasaporte y le hicieron firmar formularios mal impresos sobre papel de mala calidad. No pudo llegar a comprender por cuánto tiempo se lo autorizaba a residir. Cambió algunos dólares en una pequeña oficina del Banco Real, instalada allí a ese solo efecto. Le dieron rupias en billetes y monedas de cobre. Todavía firmó otros papeles. Preguntó en su inglés escolar cómo podía llegar a Katmandú. Le respondieron con una abundancia de gestos, grandes sonrisas calurosas y frases de las cuales sólo comprendía «Katmandú». Se encontró del otro lado del puesto fronterizo. Había dos ómnibus y una sola ruta. Los ómnibus eran viejos camiones centenarios sobre los cuales habían ajustado una carrocería artesanal, pintada con alegres paisajes y guirnalda de flores, y coronada por un friso de encaje de madera esculpida. Uno y otro estaban ya atiborrados de pasajeros sentados y de pie, amontonados casi hasta salir por las ventanillas abiertas, todos los hombres vestidos con una especie de camisa de tela blanca o gris, pendiente sobre un pantalón de la misma tela blanca o de color. Algunos, entre los más jóvenes, llevaban camisas occidentales o pantalones de pijama.

Olivier se aproximó a uno de los vehículos y preguntó en voz alta señalándolo:

—¿Katmandú?

Todos los pasajeros que lo oyeron le hicieron grandes sonrisas y el signo «no» con la cabeza. Obtuvo el mismo resultado ante el otro ómnibus. De todas maneras hubiera vacilado en subir a cualquiera de ellos, ya demasiado repletos de una multitud de individuos de los cuales se había dado cuenta, al aproximarse, que eran de un desbordante buen humor, pero de una asombrosa suciedad.

Lo que aún ignoraba es que el signo de cabeza que le habían hecho de manera tan unánime y que para él significaba «no», para ellos quería decir «sí». Ni uno ni otro ómnibus, sin embargo, iba a Katmandú. Pero nadie, entre esas gentes tan amables, quiso afligir a un extranjero respondiéndole no.

En un mapa, en Roma, Olivier había visto que en Nepal sólo existía un camino que iba desde la frontera de la India a la de China y que pasaba por las proximidades de Katmandú. Una ruta se abrió ante él. Esperó que fuera ésa y se echó a andar por ella. Una vez más, acababa de cambiar de mundo.

Después de atravesar la interminable llanura india reseca y que conservaba sobre su piel las cicatrices remolineantes de las inundaciones, Olivier comenzaba a trepar la primera cadena que servía de frontera al Nepal. Bien pronto se encontró en medio de una densa vegetación. Por todas partes donde la selva dejaba la tierra a la vista, ésta estaba trabajando minuciosamente, hasta la última migaja posible, y cubierta de

sementeras desconocidas para él. Parisián, hijo y nieto de parisienses, aun en Francia no habría sabido distinguir una remolacha de una planta de maíz.

La ruta franqueaba gargantas, contorneaba valles. Olivier tomó atajos, bajando pendientes y remontando laderas para retomar la ruta del otro lado. Cada campesino o campesina que encontraba le sonreía y le respondía «no» a todo lo que intentaba decirle. No comprendían nada de lo que él hablaba, y cuando no se comprende nada es cortés responder sí. Ellos respondían sí y él comprendía no. Comenzó a sospechar su error cuando sintió hambre y trató de comer. Se aproximó a una granja, bastante parecida a una casita de campo francesa. Los muros de ladrillo estaban recubiertos de una capa de cal gastada, roja hasta la mitad, ocre hasta el techo de paja. Cuando se acercó, tres criaturas desnudas salieron de la granja y corrieron hacia él. Se pusieron a mirarlo, riendo y parloteando, con una curiosidad intensa. Estaban bien alimentados y visiblemente felices de vivir, y sucios de la cabeza a los pies. Una mujer salió a su vez; llevaba un vestido color ladrillo, con un cinturón de tela blanca que le daba varias vueltas a su cintura, en la cual era evidente que abrigaba una nueva esperanza...

Era de piel oscura, con ojos sonrientes, cabellos negros bien peinados y divididos en dos trenzas trenzadas con lana roja. Estaba tan sucia como sus niños, si no más. Olivier la saludó en inglés, y ella hizo «no» sonriendo. Le explicó por signos que quería comer y le mostró un billete, para hacerle comprender que estaba dispuesto a pagar. Ella se puso a reír con malicia y gracia, hizo al fin «no», y entró en la casa.

Olivier suspiró y se disponía a seguir, cuando ella retornó con una cesta conteniendo pequeñas cebollas, naranjas y frutas desconocidas, que puso ante Olivier. Después hizo un segundo viaje y trajo una escudilla conteniendo arroz mezclado con legumbres.

Olivier agradeció, ella hizo de nuevo «no», y cuando él se puso en cuclillas para comer, permaneció de pie ante él, con sus niños. Los cuatro lo contemplaban charlando y riendo. Olivier comió el arroz con los dedos. Las legumbres que contenía estaban apenas cocidas y crujían bajo sus dientes. Todo tenía un gusto a humo de leña. Saboreó las frutas y las encontró buenas, y terminó con una naranja que era más bien una gran mandarina muy dulce. El más sucio de los chicos le trajo agua en un tazón en el que hundía libremente sus dedos. Olivier lo rechazó con amabilidad, se levantó y tendió un billete que la mujer tomó con gran satisfacción. Preguntó: «¿Katmandú?». «¿Katmandú?». Ella le respondió con muchas palabras y un gesto hacia una dirección del horizonte. Justamente era por allí por donde pensaba seguir.

Los niños lo acompañaron jugando como cachorros hasta el pie del valle, después remontaron corriendo hacia su casa. Había un hombre, casi desnudo, que trabajaba en un campo, bastante lejos, curvado sobre un instrumento de mango corto. Se irguió y lo miró. Después continuó su trabajo.

Olivier marchó durante dos días, comiendo en las granjas, bebiendo y lavándose en los arroyos o en los ríos, durmiendo bajo un árbol. La temperatura era muy cálida

durante el día y clemente durante la noche. Con frecuencia, en la ruta, lo pasaban o lo cruzaban ómnibus semejantes a los que había visto en la frontera, o simples camiones en los que se amontonaban pasajeros de pie, pero no vio ninguno que trasportase mercaderías. Parecía que los fletes estuvieran reservados a espaldas humanas. En la ruta y los senderos encontraba a menudo familias de sherpas que padre, madre, hijos, hasta el más pequeño, llevaban cestos proporcionados a su talla. Los cestos estaban suspendidos de una trenza chata pasada por la cabeza, un poco encima de la frente, y contenían pesos enormes. Olivier vio hombres, mujeres y niños que llevaban a su espalda, colgando de la cabeza, más peso que su propio peso, y caminaban, trotaban, corrían, desaparecían tras un árbol, una montaña, el horizonte, hacia el fin que se les había fijado, donde se desembarazarían de su carga.

Pero él mismo caminaba también así, con su carga de rencores, de dolor y de odio. Su meta era algún lugar detrás de una segunda cadena de montañas que aún ni siquiera veía. Al tercer día ya no tenía ninguna idea de la distancia que había recorrido ni de la que le quedaba por andar. Pero le bastaba con seguir caminando, ya llegaría el momento en que diera los últimos pasos, se encontrara ante su padre y depositara su cesto para presentarle todo lo que le traía del otro extremo del mundo.

La jornada había sido muy cálida. Una tormenta amenazó, retumbó, gruñó sobre las montañas sin llegar a hacer estallar su cólera y dar alivio. Olivier, después de haber atravesado un valle donde reinaba una humedad sofocante, llegó de nuevo a la ruta sobre el flanco opuesto. Decidió descansar un poco antes de continuar, se tendió sobre una hierba rala, a orillas de un bosquecillo de árboles extraños, la mayor parte de los cuales no tenían más que flores y espinas.

Enormes nubes blancas y grises crecían en el cielo donde giraban grandes pájaros negros. Olivier recordó el bullicio de los buitres al borde de la pista reseca de la India, después el rostro de la niña de la aldea, sus ojos abiertos como las puertas de la noche, que lo miraban con una diminuta luz de esperanza en el fondo, y un sitio inmenso para el amor. Sintió sobre su muslo el peso del cuerpecito abandonado, confiado, feliz.

Refunfuñó, se puso boca abajo, la fatiga lo invadió y se quedó dormido.

Caminaban al borde de la ruta, siempre en el mismo orden. Sven primero, después Jane, por último Harold, siempre un poco a la rastra, quizá porque era el que más comía cada vez que podían hacerlo, Sven y Jane tenían menos fuerzas, pero habían alcanzado esa agilidad de los animales para quienes no es jamás un esfuerzo el transportar su propio cuerpo.

Encontraron a Olivier, que de nuevo se había vuelto sobre la espalda y dormía profundamente, con la boca un poco entreabierta. Esa mañana se afeitó y se lavó en un río. Sus cabellos habían crecido desde su partida de París, la piel de su rostro era ahora más oscura que sus cabellos, pero conservaba el mismo reflejo dorado. Sus pestañas formaban un encaje de sombra bajo sus párpados cerrados.

Jane y Sven se detuvieron, de pie cerca de él, y lo miraron. Y Jane le sonrió. Después de un corto silencio dijo en inglés:

—Es un francés...

—¿En qué lo distingues? —preguntó Sven.

—No lo distingo, lo siento.

—Una chica jamás se equivoca respecto a un francés —dijo Harold—. Podría reconocerlo incluso a través de un muro.

No se preocupaban en hablar en voz baja ni cuidar su sueño. Pero él no oía nada. Continuaba dormido, lejos de todo, abandonado, inocente y bello como un niño.

—¡Qué cansado está!

—Duerme como un árbol —dijo Sven.

Harold vio el bolso de Olivier posado cerca de él y lo agarró.

—Quizá tenga comida. Los franceses son muy listos para los alimentos.

Abrió el bolso.

—¡Déjalo! —dijo Sven—. Hay que pedirle permiso.

Se arrodilló junto a él y le puso la mano sobre el hombro para sacudirlo.

—¡No! —dijo Jane—. ¡Así no!...

Sven retiró la mano, se levantó y miró a Jane que iba hacia los árboles y los matorrales y comenzaba a recoger flores.

Luego cubrió de flores el pecho y el vientre de Olivier, y ella misma se colocó algunas en los cabellos y puso otras en los cabellos de los muchachos. Después se sentó al lado de Olivier, frente a su rostro, e hizo seña a Sven. Este se sentó a su vez y puso la guitarra sobre sus rodillas. Jane comenzó a cantar, dulcemente, una balada irlandesa y Sven la acompañaba de tanto en tanto con un acorde. Poco a poco Jane cantó cada vez más fuerte. Harold, sentado a dos pasos, cerca del bolso de Olivier, encontraba que aquello se dilatava demasiado...

La música y la dulzura de la voz penetraron al durmiente, se mezclaron a su sueño, después llenaron toda su cabeza y ya no hubo en ella lugar para el sueño. Abrió los ojos y vio a una muchacha coronada de flores, que le sonreía. Sus largos cabellos pendían sobre sus hombros como un resplandor y una sombra de oro rojizo.

Sus ojos, que lo miraban, eran de un azul intenso, casi violeta. Detrás de su

cabeza el sol había abierto un agujero en las nubes por el cual enviaba llamas en todas direcciones, sobre las flores que la coronaban y en el borde de sus cabellos. Había alegría en el cielo y en las flores. Y la cara que le sonreía era el centro de esa alegría.

Jane hablaba francés con un acento encantador. Olivier la escuchaba, divertido. La escuchaba y la miraba. Sobre su imagen móvil, no cesaba de ver su imagen fija, radiante, nimbada de sol, tal como se le había aparecido al abrir los ojos.

El sol se había puesto. Comieron unas frutas, encendieron un fuego y ahora charlaban un poco, en calma, hablando de sí mismos o del mundo. Jane estaba sentada junto a Harold, que de vez en cuando posaba la mano sobre ella, y cada uno de esos gestos hacía sufrir un poco a Olivier.

Sven, adosado a un árbol, se estiro y encendió un cigarrillo. Harold se acostó con la cabeza apoyada sobre los muslos de Jane. Hubo un silencio que Olivier rompió bruscamente.

—¿Qué es exactamente lo que van a hacer a Katmandú?

Miraba a Jane y a Harold, pero fue Sven quien respondió apaciblemente, sin moverse.

—Katmandú es el país de Buda... Allí nació... allí murió... allí está enterrado... Y todos los otros dioses también están allí... Es el lugar más sagrado del mundo... Es el lugar donde el rostro de Dios está más cerca de la Tierra...

Tendió su cigarrillo en dirección a Jane, que extendió el brazo, lo tomó y aspiró una bocanada con placer.

—¡El Buda! —dijo Olivier—. ¡Y el *hachich* en venta libre en el mercado, como los rábanos y las espinacas! ¿No es más bien *eso* lo que van a buscar ahí?

—¡Tú no entiendes nada! —dijo Jane—. ¡*Eso* es la felicidad!

Aspiró otra bocanada del cigarrillo y lo tendió a Olivier.

—¡Gracias! —dijo Olivier—. ¡Puedes guardarte esa porquería!

Harold deslizaba su mano bajo la blusa de Jane y le acariciaba un seno.

—¡Dejarás de ser desdichado! —dijo Jane.

—¡Yo no soy desdichado! —dijo Olivier.

En el bosquecillo, un pájaro cantaba un extraño canto, tres largas notas sin cesar repetidas. Un canto triste y dulce, y sin embargo apacible. Jane comenzaba a estar un poco inquieta bajo la caricia de Harold. Hubiera querido convencer a Olivier.

—¡Déjame! —le dijo a Harold.

—¡Déjalo!... —dijo Harold tranquilo—. Que crea lo que quiera... Es su derecho...

Jane se abandonó. Harold la acostó sobre la tierra, le desabotonó la blusa y se bajó el cierre del pantalón.

Olivier se levantó, recogió su bolso, dio un gran puntapié a los restos del fuego y desapareció en la noche.

Al día siguiente lo alcanzaron. Marchaba más rápido que ellos, sin embargo. Pero

se había detenido al borde de la ruta, persuadiéndose de que tenía necesidad de descansar. Y cuando los vio llegar del otro extremo del valle, pequeños como moscas, un peso enorme que le oprimía el corazón desapareció. Continuaron juntos. Sven iba el primero, después Jane y Olivier, y Harold un poco más lejos, un poco a la rastra.

—Katmandú —dijo Jane— es un lugar donde nadie se ocupa de ti. Tu eres libre. Cada uno hace lo que quiere.

—¡El Paraíso!

Jane sonrió.

—¿Sabes lo que es el Paraíso? Yo me lo imagino... Es un lugar donde nadie te obliga, nadie te prohíbe... Lo que necesitas lo tomas a los otros, los otros te lo dan y tú das lo que tienes... Se comparte todo, se ama todo, se ama a todos... No hay más que felicidad...

—¡Con música de arpas y plumas de ángeles! —dijo Olivier sonriendo.

—Te burlas. Pero es posible en la Tierra si se quiere... Hay que quererlo... Y tú ¿qué vas a buscar a Katmandú?

Olivier se tornó sombrío, de golpe.

—La única cosa que cuenta: dinero.

—¡Estás loco!... ¡Es lo que menos importa!

Él retomó su tono furioso, el que le ayudaba a convencerse a sí mismo de que tenía razón.

—¿Qué es lo que importa entonces? ¿Cómo quieres hacer, para ser más fuerte que los canallas?

Ella se detuvo un instante y lo miró con un aire asombrado que abría aún más grandes sus ojos de sombra florida.

—¡Si te llenas de dinero te conviertes también en un canalla!... Yo tenía todo el que quisiera... Mi padre está *full up*, está lleno de plata... ¡Le saca a todo el mundo y todo el mundo le saca a él! Es como si le arrancaran la carne... Entonces, para olvidar, él...

Se calló bruscamente.

—¿Él, qué?... —preguntó Olivier.

—Nada... Hace lo que quiere... Es libre... Cada uno es libre...

Volvió a ponerse en marcha y preguntó:

—¿Y el tuyo qué hace?

—¿El mío qué?

—¡Tu padre! ¿Es rico?

—Murió... Cuando yo tenía seis meses.

—¿Y tu madre?

—Acabo de perderla.

A la noche encendieron un fuego en un pequeño valle donde corría un arroyo. Habían comprado arroz y frutas con el dinero de Olivier. Harold hizo cocer el arroz. Lo comieron tal cual, sin ningún aditamento. Olivier comenzaba a habituarse a los

gustos simples, esenciales, del alimento que se hace sólo para alimentarse. Las frutas, a continuación, eran una maravilla.

Harold se tendió y se durmió. Sven fumaba. Olivier, recostado en un árbol, contaba en voz baja a Jane, tendida a su lado, las jornadas de mayo.

Jane se enderezó a medias y, de rodillas, se colocó frente a Olivier.

—Pelear... Con eso jamás se gana nada... Todo el mundo lo sabe y todo el mundo lo hace... El mundo es imbécil...

Tomó el cigarrillo de Sven y aspiró una bocanada.

Con un dedo de la mano en que sostenía el cigarrillo dibujó un pequeño círculo sobre la frente de Olivier.

—Tu revolución hay que hacerla aquí...

Lentamente, su mano descendió a lo largo del rostro, y presentó el cigarrillo a los labios de Olivier.

Él cogió la mano con dulzura y firmeza, y le quitó el cigarrillo que alzó hasta sus ojos para mirarlo.

—Las teorías de ustedes podrían discutirse si no hubiera *esto*... Construyen su mundo con humo...

Arrojó el cigarrillo a las brasas.

Harold se irguió de un salto y lanzó un grito:

¡Listen! ¡Shut up! ¡Cállense! ¡Escuchen!

Con un dedo imperativo señalaba la garganta que habían franqueado justo antes de detenerse para la noche.

Todos escucharon. Adivinaron, más que oyeron lo que el oído de Harold, siempre aguzado como el de un gato, había discernido en su sueño antes que ellos despiertos: el roncar poderoso y regular del motor de un gran auto.

—¡Un auto a-me-ri-ca-no! —gritó Harold.

De golpe, el haz de los faros iluminó la pared de la garganta, después viró, y reveló cien metros de ruta. El ruido del motor se aceleró.

—¡Escóndanse! ¡Pronto!

Harold empujó a Sven y Olivier hacia los matorrales, tomó el bolso de Jane y se lo puso en los brazos.

—¡Tú, en la ruta!

La lanzó al medio de la calzada y corrió a reunirse con los otros dos muchachos en la oscuridad.

El auto era un modelo *sport* americano, ultrapoderoso, con todo el confort del último modelo de gran lujo. Una sola persona lo tripulaba. En medio de la ruta, en plena línea recta, los faros descubren e iluminan a una muchacha en *blue-jean* y una blusa liviana entreabierta, que frunce los ojos, deslumbrada, y hace el signo del *stop*.

Una mano enguantada se apoya sobre el comando de la bocina, sin pausa. El pie derecho apoyado sobre el acelerador. La muchacha sigue en medio de la ruta. La bocina aúlla. La muchacha no se mueve. No hay bastante lugar para pasar. Un pie a

fondo sobre el freno y los neumáticos gimen sobre la ruta. El auto se detiene en seco, a unos centímetros de la muchacha.

La puerta se abre y alguien va a reunirse con Jane bajo la luz de los faros. Una mujer, de esa edad indeterminada que tienen las mujeres muy cuidadas cuando han pasado los cuarenta años. Es pelirroja, tanto como se puede creer en el color aparente de sus cabellos, que lleva largos como los de una muchacha. Viste una túnica verde sobre un bermudas grosella. Es neta, pulida, cepillada, lavada, masajeadas; ni un gramo de más, la cuenta exacta de calorías y de vitaminas.

Insulta a Jane con acento americano, le ordena quitarse de en medio, dejar libre el camino, su coche no es camión de recoger la basura. Jane no se mueve. La mujer levanta la mano para golpearla. Otra mano sale de la sombra y agarra su muñeca, la hace dar una vuelta y la envía contra la puerta entreabierta que se cierra resonando. Olivier entra en el haz de los faros e interroga a Jane con ansiedad.

—¿Estás bien? ¿No te has hecho nada? ¡Casi te atropella esta loca!

—¡Oh! —exclamó la americana—. ¡Un francés! ¿No pudo haberse mostrado antes?

—Y un inglés —dijo Harold sonriendo y surgiendo de la sombra—. ¡Y un sueco!

...

Tendió un brazo para designar un punto de la frontera entre la luz y las tinieblas y Sven apareció, agujereando el muro de la noche, con la guitarra colgada del cuello.

La americana volvió a entrar a su vez en la luz y se detuvo ante Harold. Daba la espalda a los faros y lo miraba sin decir una palabra. La corta barba oscura del muchacho y las ondulaciones de sus cabellos brillaban en la luz. No se movía. Sólo veía la silueta de la mujer recortada por el potente haz de los faros. Era una silueta delgada y sin edad. Pensaba en el coche rico, en los asientos confortables, en todo lo que debía haber «alrededor» de aquello. Sonrió, descubriendo sus dientes soberbios.

—¡San Juan! —dijo la americana sobrecogida—. ¡Es San Juan con el pecado!

Harold se echó a reír. Presentó a sus camaradas. Ella dijo su nombre: Lauren. Los hizo subir y arrancó. Harold estaba sentado al lado de ella y los otros tres detrás, Jane entre Sven y Olivier. Olivier no conseguía borrar la imagen de Jane en la noche, esculpida por la luz del auto que se precipitaba sobre ella, sin hacer un gesto, inmóvil, indiferente, serena, inconsciente. ¡Feliz!

El cigarrillo...

¡Porquería!

—¿Naturalmente, también usted va a Katmandú?

—No voy —dijo Lauren—. Estoy allí... Regreso de un pequeño viaje... Estoy en Katmandú desde hace cinco semanas...

—¿Qué es lo que busca allí? ¿El rostro de Dios, usted también?

Lauren se rió.

—¡Está demasiado alto para mí!... Yo tomo lo que encuentro... ¡A mi altura!...

Con su mano derecha atrajo hacia ella la cabeza de Harold y lo besó en la boca.

El auto hizo un brusco desvío, un árbol enorme y una casa roja se precipitaron sobre él. Harold se desprendió brutalmente.

—¡Hey! ¡Careful now!

Se prendió del volante y lo enderezó. El árbol y la casa roja desaparecieron en la noche, hacia atrás, devorados. Laureen reía.

Anduvieron aún durante más de una hora, después Laureen dijo:

—No llegaremos esta noche a Katmandú. Vamos a detenernos aquí, yo conozco...

Era una pequeña llanura que la ruta atravesaba en línea recta.

Laureen disminuyó la velocidad, viró hacia la izquierda sobre una especie de pista, avanzó lentamente durante un centenar de metros. En la luz de los faros apareció, abrigado por una capilla apenas más grande que él, un Buda sentado, con los ojos cerrados, sonriendo con la sonrisa inefable de la certidumbre. Parecía tallado en un bloque de oro.

Sven estaba sentado en la posición del loto ante el Buda de los ojos cerrados. El Buda estaba frente a él en la misma posición, pesado y firme en su equilibrio, con ese peso del vientre sobre el cual se basa su estabilidad. Sven era liviano como una caña, como un pájaro, ya no se sentía pesar sobre la tierra. Había comido apenas y fumado dos cigarrillos. Al tercero comprendió que estaba en comunicación con el Buda, con ése, exactamente ése, con su rostro de oro, su vestimenta de oro abierta sobre el pecho y el vientre de oro, donde el agujero sombrío del ombligo miraba hacia el cielo. Desde hacia siglos ese Buda estaba sentado en ese lugar para esperar a Sven. Durante siglos y siglos lo esperó pacientemente y al fin, esa noche, Sven había llegado.

Fue a sentarse ante el Buda, lo había mirado, y el Buda que todo lo veía lo miraba ahora a través de sus párpados cerrados con su imperceptible sonrisa de felicidad. Sven comprendió lo que el Buda le decía y, para responderle, tomó su guitarra y la apretó contra su vientre. El cigarrillo se consumía lentamente en sus labios. Aspiraba una larga bocanada y entonces sabía lo que debía decir, dónde tenía que posar su mano izquierda, qué cuerda tocar, la nota justa, la fuerza justa necesaria para hablar al Buda. Una sola cuerda, una nota sola, una nota redonda perfecta como el equilibrio del universo y que lo contenía todo entero. Lo que había que decir al Buda era eso: todo.

Un bonzo con una túnica azafrán salió de alguna parte, encendió a los pies del dios tres lámparas de cobre y retornó a la noche. Laureen encendió a su vez su lámpara de butano a orillas del estanque que separaba a los dos Budas. A la cruda luz de la lámpara abrió las tres valijas de *camping*. Vajilla, cubiertos, hielo, ensalada, mantel, servilletas... En el extremo opuesto del estanque, el otro Buda tenía los ojos abiertos. Era de bronce, del color de la hierba. Miraba con gravedad y amor todo lo que quería ser mirado.

En el agua espesa y verde del estanque se movían cosas indiscernibles. Lomos

lentos y largos ondeaban la superficie del agua sin sobresalir. Una boca tragó una miga lanzada por Laureen. Pequeños remolinos oscuros que se ahondaban en el agua verde. No se veía nada.

Laureen vertió de nuevo champaña en el vaso de baquelita amarillo que le tendía Harold.

—¡Bebe, mi belleza! —le dijo—. ¡Eres bello! ¿Lo sabes?

—Sí —dijo Harold.

—Bebes demasiado —dijo Jane—. Te sentirás mal...

—No —dijo Harold—. Quiero...

Vació su vaso y besó a Laureen en la boca, largamente. Sofocada, ella se levantó, lo tomó de la mano y lo hizo levantar.

¡Come! Ven... al auto...

Tiraba de él hacia el largo auto rojo dormido al otro lado del estanque. Harold se dejaba arrastrar un poco, indolente, divertido, un poco ebrio. Jane le gritó:

—¡Good night!

—¡Same to you! —respondió Harold.

Las notas de la guitarra, extrañas, redondas como perlas, caían de tanto en tanto de entre los largos dedos de Sven.

Olivier tomó la botella de champaña y la inclinó hacia el vaso de Jane.

—No —dijo ella—. Coca...

Le sirvió Coca y se sirvió champaña. Le preguntó:

—¿No te importa nada?

—¿Qué?

—Pensar que ahora está desnudándola y tendiéndola sobre los asientos del auto...

Ella se puso a reír dulcemente.

—¡Creo que más bien es ella la que hace todo eso!

—¿Y a ti no te importa?

—Si él va, es porque le gusta...

—¿No lo amas?

Los grandes ojos violetas lo miraron con asombro por encima del borde del vaso azul.

—¡Por supuesto que lo amo!... ¡Si no lo amara no me acostaría con él!... Lo amo, amo a Sven, amo el sol, las flores, la lluvia, te amo a ti, amo hacer el amor... ¿Y a ti no te gusta?

Dejó su vaso vacío y apoyándose sobre las manos se acercó a él. Olivier arrojó en la hierba el champaña que quedaba en su vaso y respondió sin mirarla:

—No con cualquiera...

—¿Yo soy una cualquiera?

Esta vez él se volvió hacia ella, la miró con una incertidumbre inquieta y dijo dulcemente:

—No lo sé...

—¿No me encuentras bella?

Se puso frente a él de rodillas, como ya lo había hecho al descubrirlo dormido, como de nuevo volvió a hacerlo unas horas antes junto al fuego encendido al borde de la ruta. Desabrochó con tres dedos los botones de su blusa, y la abrió, tendidas hacia él sus dos manos que la mantenían abierta, como para darle, en ofrenda sin cálculo, inocente, nueva, los senos perfectos que le descubría. Eran menudos, dorados como peras, coronados por una punta discreta apenas más oscura. La luz cruda de la lámpara no conseguía quitarles su dulzura infantil. Eran como dos frutas del Paraíso.

Esos senos... la venda sobre los ojos... aquel seno apenas rozado... Casi allí en su mano... Era el de Soura... O bien el de... El lecho púrpura... su madre bajo aquel cerdo...

Exclamó, furioso:

—¿Se los enseñas así a todo el mundo?

Ella se levantó y cerró sus brazos sobre su pecho, espantada.

Él se había levantado al mismo tiempo que ella y le dio una bofetada.

Jane apenas tuvo tiempo de lanzar un ligero grito, de asombro más que de dolor, cuando él ya la había tomado entre sus brazos, la estrechaba contra su cuerpo, le hablaba en la oreja, en el cuello, la besaba, le pedía perdón.

—¡Soy un bruto! ¡Un cretino! Perdóname...

Todo el miedo de Jane se fundió entre los brazos y las palabras de Olivier. Sonrió y se puso a besarlo también por todos lados, sobre los ojos, en la nariz, en el agujero de la oreja. Ella reía, reía. Él le quitó la blusa, los pantalones, el *slip*, la tomó de la mano y la alejó de él hasta el extremo del brazo para verla mejor. Repetía: «¡Qué linda eres! ¡Qué linda eres!». Jane reía, feliz de oírsele decir.

La hizo girar sobre sí misma muchas veces, lentamente. La llama lívida de la lámpara de butano le daba la apariencia de una estatua un poco blanca, un poco rosada, un poco pálida. Tenía un trasero de chica, bien redondo pero menudo. Y cuando Olivier la veía de frente, en lo alto de sus largos muslos un triángulo de césped de oro atraía todo lo que había de cálido en la luz.

La atrajo hacia él, la tomó entre sus brazos, la alzó y la llevó.

Ella le preguntó suavemente:

—¿Adónde me llevas?

—No lo sé, eres tan linda. Te llevo...

Marchó a lo largo del estanke, cautivos en la dulzura de la noche. Jane se acurrucaba contra el pecho de Olivier. La llevaba, ella era liviana y fresca y cálida entre sus brazos. Por fin la depositó ante el Buda de los ojos abiertos. Allí también había tres lámparas de cobre encendidas. Todavía quería verla más.

Se desnudó y la acostó sobre sus ropas. Ella había cerrado los ojos y se dejaba hacer, pasiva, feliz, tendida como el mar al sol.

Estaba desnudo ante ella, sus pies contra sus pies juntos y su deseo erguido hacia las estrellas. La miraba. Era delgada pero no flaca, hecha de largas curvas dulces que

las lámparas orlaban de luz. Las puntas de sus senos menudos eran como dos perlas de oro oscuro que ardían.

Se tendió contra ella, de lado, para verla aún. Jamás había visto a una muchacha tan bella. O quizá nunca se tomó el tiempo de ver.

Jane sentía, apretada entre él y ella, contra su cadera, su dura y dulce prolongación de hombre. Tuvo una breve risa de felicidad, deslizó su mano y la rodeó con ella.

Olivier se inclinó y la besó en los ojos, la nariz, los ángulos de la boca, ligeramente, sin detenerse, como una abeja que liba un tallo de menta florida sin dejar de volar. Después descendió, se le escapó, tomó con sus labios el extremo de un seno, después el otro, posó sobre ellos sus ojos cerrados, acarició con sus mejillas las dulces redondeces, las rozó con una mejilla y luego con la otra, apretó contra ellos su nariz como un lactante hambriento. Los mordió con los labios, los tomó en sus manos y, sin dejarlos, descendió más abajo su boca, sobre el dulce vientre chato, sobre la tierna y tibia línea de las ingles. Las piernas de Jane se abrieron como una flor. Los cortos bucles del pequeño triángulo revelaron su secreto. Olivier vio abrirse la flor de luz. Lentamente se inclinó y posó sus labios sobre ella.

Desde la punta de los senos que acariciaban sus manos, a la punta de su cuerpo que se fundía en su boca, Jane no era más que una ola de felicidad, un río triangular que rodaba sobre sí mismo en grandes remolinos de algo más grande que el placer, toda la felicidad del cielo y de la tierra que ella tomaba y daba. Y después aquello fue terrible, ya era imposible más, tomó a manos llenas los cabellos de Olivier, se aferró a su cabeza, quiso hundirlo en ella, estalló, murió, ya no existía nada, ella tampoco.

Entonces Olivier, dulcemente, dejó la flor de oro, besó con ternura la dulce y tibia línea de las ingles, el dulce vientre chato, los senos aplacados de goce, los ojos entrecerrados. Y Jane lo sintió, lentamente, poderosamente, entrar en ella.

A medias en sueño, a medias muerta, sintió que iba a recomenzar lo que creía imposible, y a sobrepasarlo. Recomenzó a vivir en lo más profundo, en el medio de su cuerpo, alrededor del dios que había penetrado allí y que estaba a punto de iluminar el sol y las estrellas. El Buda que mira, miraba. Ya había visto todo el amor del mundo.

Lauren tocó la bocina. Un camión repleto de nepaleses ocupaba el medio de la ruta y lanzaba tras él una larga nube de polvo. Oprimió un botón y la capota surgió del baúl posterior, se cerró sobre ellos, los vidrios subieron y los encerraron herméticamente.

Los pasajeros del camión, maravillados, lanzaban gritos de asombro y reían.

Lauren tocaba la bocina sin pausa. Al fin el pesado vehículo se echó a la izquierda y continuó rozando el talud. En el Nepal se conserva la izquierda, como en la India, es decir, como en Inglaterra. La americana pasó como una tromba, casi aplastó a una familia cargada con ladrillos que trotaba delante del camión, y siguió de

largo. Laureen juraba al estilo americano. No le gustaba que nadie, fuera quien fuera, le cerrara el paso. En el asiento al lado suyo, Harold dormía. Con una presión del pulgar Laureen hizo bajar la capota y los vidrios.

En el asiento trasero Olivier iba en el medio, con Jane a su derecha. Apoyada al sesgo sobre el respaldo, lo miraba sin llegar a comprender lo ocurrido aquella noche. ¿Qué tenía ese muchacho? Sí, era hermoso, pero Harold también. Sí, le había hecho bien el amor, como nadie antes, jamás... Pero lo que había experimentado era otra cosa, algo más que un placer mayor que las otras veces, era... ¿Qué? ¿La dicha?... ¿Nunca había sido feliz antes con sus compañeros?... Pensó que si él se quedaba con ella, con ellos, sería maravilloso... Suspiró, sonrió y se acurrucó contra él. Estaba desecha.

Olivier la miró con una sonrisa un poco tierna, un poco irónica. Se había ocupado de ella hasta el alba y ahora tenía ese desprendimiento de los machos jóvenes mientras sus cuerpos recuperan sus fuerzas. Ahora lo importante es lo que iba a pasar en Katmandú entre él y su padre.

Se inclinó hacia adelante y preguntó a Laureen:

—¿Conoces gente en Katmandú?

—Conozco a todo el mundo... No me refiero a los nativos, *of course*... A los civilizados... No son muchos, es una aldea...

—¿Conoces a alguien llamado Jamin?

—¿Jacques? ¡Todo el mundo lo conoce! ¿Es a él a quien quieres ver?

Lo miro con curiosidad por el retrovisor. Él se echó para atrás y respondió afirmativamente.

—En este momento no está en Katmandú —dijo Laureen—. Prepara un safari para mi marido... George quiere llevarse algunas cabezas de tigre para colgar entre los Picasso... Pero tira como una babosa...

Después de un silencio, agregó con disgusto:

—Hace todo como una babosa... Hassh... ¡Por suerte, Jacques tira al mismo tiempo! De lo contrario no habría más clientes... ¡Estarían todos devorados! Está en su coto de caza, en la selva... Si quiere, lo dejo de paso...

Jane, ansiosa, tomó una mano de Olivier entre sus dos manos. Él la miró, luego se volvió hacia Laureen y dijo que estaba de acuerdo.

Ahora la ruta descendía todo el tiempo. La primera cadena de montañas estaba franqueada. El auto alcanzó el fondo del gran valle a mitad de la tarde. Reinaba un calor muy húmedo, tropical. Una selva rala bordeaba los dos costados de la ruta. Los árboles eran inmensos, muy espaciados, separados por espesos matorrales cubiertos de enormes flores.

Laureen se detuvo al comienzo de un camino. Un pequeño letrero de madera estaba clavado en un árbol. Tenía pintada y cabeza de tigre sobre una flecha que indicaba la dirección donde el camino se internaba entre los árboles.

—Es aquí, muchacho —dijo Laureen.

Jane descendió para dejar bajar a Olivier. Lo acompañó hasta junto a la sombra de la selva.

—¿Adónde vas? ¿Qué es lo que quieres con ese tipo?

—¡Tomarle su dinero!...

—¡Estás loco! ¡Olvídate del dinero!... ¡Ven con nosotros!...

—No...

Miró el auto. Harold comía un *sandwich*. Sven fumaba. Se acordó de la noche, del cuerpo inocente tendido a la luz de las lámparas, del placer —¿de la felicidad?— que le había dado...

—¡Deja esos tipos! ¡Son larvas! ¡Vente conmigo!...

Ella lo miró con asombro y tristeza. ¿Cómo podía pedirle eso? No quería, no podía volver al mundo que había abandonado, el mundo ordinario del dinero, de las obligaciones y las prohibiciones. Sven le había revelado la libertad, y nada podría hacerla renunciar a su nueva vida, que era la única verdadera, la única posible. No abandonaría a Sven ni siquiera por Olivier. No pensaba en Harold. Harold no contaba. Pero cuando respondió no a Olivier, fue en Harold en quien él pensó, en la escena de la antevíspera, junto al fuego...

—Entonces ¡Salud! ¡Ciao!...

Levantó su bolso y se lo echó al hombro. De pronto Jane se dio cuenta de que esa separación podía ser definitiva y tuvo miedo.

—¿De modo que no nos veremos más?

—¿Quieres volver a verme?

—Sí. ¿Tú no?

Sí, él quería volver a verla, pero no podía olvidar al otro muchacho que la desnudaba. ¡Todas son iguales! ¡Todas! ¡Todas!...

—Hay cosas que no comparto con nadie —dijo él.

—¿Qué cosas? ¿Qué es lo que quieres decir?

No comprendía. Hubiese querido que él le explicase, quizás entonces aún podría ganarlo.

—¡Hey! —gritó Lauren—. ¡Apúrate, Olivier! ¡Los tigres tienen hambre a partir de las diecinueve!

—¡Ciao! —dijo Olivier.

Volvió la espalda y se lanzó por el camino.

Dándose vuelta hacia atrás, Jane miraba la selva que acababa de tragar a Olivier. La ruta desapareció, un camión se había cruzado, hubo un viraje, polvo. Jane miraba siempre hacia atrás. Sintió que la mano de Sven se posaba sobre su hombro. Se volvió. Él le sonrió con amabilidad y ella le dedicó una pobre sonrisa que trataba de ser alegre. Entonces Sven le mostró un papel blanco que acababa de extraer de su bolsillo. Lo desplegó. Contenía un polvo blanco.

—Me queda un poco... ¿Lo compartimos?

Ella cesó de sonreír. No, eso no. Tenía miedo.

—Como quieras —dijo Sven.

Pero en el momento en que llevaba el papel a las narices para aspirar, ella tendió la mano.

—¡Dame!... —dijo.

De una cuerda tendida entre dos árboles pendían diecisiete pieles de tigres con palos que las mantenían tensas. En el otro extremo del claro del bosque, un hombre, de pie en un *jeep* conducido por un chofer con turbante rojo, pasaba revista a una treintena de elefantes enjaezados, con equipo de caza y llevando cada uno un cornac y un cazador indígena. Los ojeadores estaban alineados delante de ellos.

El *jeep* efectuó un viraje impecable y fue a colocarse ante la fila de elefantes, justamente en el medio.

El hombre de pie tomó un megáfono y pronunció una arenga en inglés. Olivier la comprendió casi toda, pues era un inglés pronunciado con acento francés, como el que se aprende en el liceo...

Con un tono de general en jefe, daba instrucciones para la cacería que iba a iniciarse al día siguiente.

Terminó indicando la hora de la concentración. Tenía la cabeza desnuda, vestía un *short* caqui y una camisa militar del mismo color. Ceñía un cinturón de cuero claveteado de cobre, del cual pendía la funda de un revólver. Ante él, un fusil de caza mayor colgaba del parabrisas del *jeep*.

Este giró sobre un lugar y atravesó el claro en dirección a Olivier. El hombre, que iba a sentarse, se paró de nuevo y habló al chofer. El auto se detuvo a la altura de Olivier, que no se movía ni decía nada. El hombre lo miraba, intrigado primero, después irritado. Le preguntó:

—¿*You want something?*

Olivier preguntó a su turno:

—¿Es usted el señor Jamin?

—Sí...

—Yo soy Olivier...

—¿Olivier?

Olivier, Olivier, ese nombre le decía algo... De golpe su rostro se iluminó:

—¿Olivier?... ¿Quiere decir... Olivier... el hijo de Martine?...

—Y el suyo, según el Registro Civil —respondió el joven, glacial.

De un salto Jacques se lanzó del *jeep*, gritando sobre la cabeza de Olivier:

—¡Yvonne! ¡Yvonne!

Una voz respondió desde lo alto de los árboles preguntando qué pasaba.

Jacques gritó:

—¡Ven a ver! ¡Es formidable! ¡ES MI HIJO!

Tomó a Olivier por los hombros, le hizo dar media vuelta y lo presentó.

En medio de las ramas de siete árboles gigantes se habían construido grandes chozas de estacas y paja, a las cuales se accedía por escaleras de madera. Eran las habitaciones destinadas a los cazadores, «cabañas salvajes» de lujo para millonarios.

La ventana de una de las más próximas encuadraba el busto de la mujer a la que Jacques se había dirigido. Era morena, con cabellos lacios que pendían más abajo de su rostro. Llevaba una camisa de hombre, naranja, un poco desteñida. Miraba a los dos hombres sin decir nada. El entusiasmo de Jacques no suscitaba en ella ninguna demostración, ni siquiera por cortesía. Tanto como Olivier pudo juzgar desde abajo, parecía triste y un poco flaca.

—Es la mujer de Ted, mi socio —dijo Jacques—. Ella es quien recibe a mis clientes. Y yo les procuro las emociones fuertes...

Durante los breves momentos que trascurrieron antes de la llegada de la noche, Jacques hizo visitar a Olivier las instalaciones de su cuartel de caza, sin cesar de hablar o de gritar órdenes a los domésticos que aparecían en todos los rincones. No se daba cuenta de la frialdad de Olivier, a quien, de todas maneras, no daba tiempo a colocar una palabra.

Sus cabellos eran del mismo color que los de su hijo, pero lacios, y peinados al estilo inglés, con una raya sobre el lado izquierdo, sin una cana. Sus ojos eran más claros que los de Olivier, y sobre todo menos serios. Mientras la mirada de éste parecía adulta, la de su padre tenía algo de infantil.

—Dormirás aquí. Es la cabaña de Rockefeller. Te dejo. Necesitarás lavarte un poco. Dentro de una hora se come...

El comedor ocupaba la más grande de las cabañas. El tronco del árbol la atravesaba en uno de los extremos, y una de sus ramas subía en diagonal desde el piso hasta el techo, a través de toda la pieza. Piel de tigre y alfombras indias, de un blando espesor, cubrían todo el suelo. Cabezas de tigres, búfalos y rinocerontes pendían de la enorme rama y de los muros, entre lámparas donde ardía aceite perfumado. Armas de caza de todos los calibres, capaces de matar desde un elefante hasta una mosca, estaban dispuestas entre los trofeos, brillantes, bien conservadas, listas para servir. En el centro de la gran mesa inglesa de caoba, un dios de cobre tendía en todas direcciones sus muchas manos, cuyos atributos habían sido reemplazados por bocas de candeleros. Un haz de bujías brillaba en ellos, iluminando un mantel de encaje precioso, la fina vajilla y copas de cristal.

La silla de Jacques se hallaba vacía. De pie, contaba, con mímica, una escena de caza. Tenía puesto un *smoking* blanco, e Ivonne un vestido de noche bordado de perlas, con breteles, fuera de moda, hecho para agradar a los clientes anglosajones. Olivier estaba con su blusón, pero afeitado, lavado, peinado.

—¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! —dijo Jacques empuñando un fusil imaginario—. ¡Le puse dos confites en el ojo y uno en la nariz! Si le hubiera errado habría hecho una tortilla con mi cliente. He jurado no decir su nombre, estaba aquí de incógnito, pero si no acierto al bicho, el más grande reino de Europa no tendría más rey...

—No exageremos —dijo Yvonne fríamente—. Él no es rey.

Jacques se echó a reír y fue a sentarse.

—¡Es verdad! ¡Es su mujer quien es reina! Eso suele ocurrir en los matrimonios.

Dos niños y un viejo sentados cerca del tronco del árbol tocaban en pequeños violines indígenas una melodía a la vez vivaz y melancólica. Las cocinas estaban detrás del tronco. Servidores vestidos de blanco, descalzos, tocados con pequeños birretes nepaleses, se apresuraban desde al árbol a la mesa, llevando y trayendo algo sin cesar, de prisa, y con un evidente placer.

Dos de ellos levantaron para llevarse la enorme fuente de plata posada al pie del dios-candelabro, en la cual sangraban los restos de una pieza de caza, rodeada de cantidad de legumbres y frutas cocidas.

Jacques les ordenó dejar la fuente, su hijo no había concluido... Y que se cambie el champaña, pronto, ése estaba tibio. Vacío su copa en el balde donde se refrescaba la botella, tomó de la fuente una gruesa tajada de carne y la siervo en le plato de Olivier.

—¡Come! ¡Cuando yo tenía tu edad comía como un lobo, ahora devoro como un león! ¡Hay que comer carne! ¡Si no uno se pone triste y envejece!

Destapó la nueva botella que acababan de traerle y la tendió hacia la copa de Olivier. Pero la copa estaba llena, y en su plato, la última tajada de carne se superponía a otra apenas tocada.

Jacques se dio cuenta vagamente de que tal vez la conducta de su hijo no era del todo normal.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que tienes? ¡No comes, no bebes!... ¿Es que habré engendrado un cura?

Olivier se puso pálido. Yvonne, desde su llegada, se había dado cuenta de la tensión nerviosa que lo dominaba, y vio palidecer sus mejillas bajo el tono cobrizo proveniente del sol de la ruta.

Olivier se recostó bien derecho contra el respaldo de su silla. Jacques lo miraba con un aire intrigado, llenaba su copa y la vaciaba.

—Lamento —dijo Olivier— haber aceptado compartir su mesa antes de decirle lo que debía decirle. Mi excusa es que tenía hambre... Pero podrá descontar el precio de mi comida cuando arreglemos nuestras cuentas.

—¿Qué es lo que dices? —exclamó Jacques estupefacto—. ¿Qué cuentas?

Yvonne sonrió ligeramente y miró a Olivier con mayor interés.

Un servidor había tomado la botella de la mano de Jacques y llenaba de nuevo su copa. La musiquita recomenzaba su monótono estribillo con algunas variantes, y el viejo se puso a cantar con una voz nasal.

—He venido a demandarle... —dijo Olivier.

Se interrumpió, y después gritó:

—¿No puede hacer callar esa música?

Jacques lo miró con asombro, luego habló calmadamente al viejo y a los dos

niños, que se callaron.

Hubo algunos segundos de un extraordinario silencio. Los servidores no se movían, las llamas doradas de las lámparas y de las bujías subían rectas en el aire inmóvil.

Se oía, afuera, el chillido de una tribu de monos asustados, después el rugido aburrido de un tigre.

—¡No están lejos esta noche! —dijo Yvonne a media voz.

—¡Están donde se les da la gana, y me tienen sin cuidado! —dijo Jacques nervioso, sin quitarle los ojos a Olivier— Bueno... ¿A demandarme qué?...

Olivier recuperó su calma y su frialdad. Del bolsillo de su blusón extrajo un pequeño papel.

—He venido a demandarle lo que me debe... La pensión alimentaria impaga... treinta millones... Aquí están las cifras, puede verificarlas...

Desplegó el papel, lo posó ante él y lo empujó hacia Jacques, quien lo tomó como un objeto incongruente, inconveniente, y al mismo tiempo asombroso, algo que de ninguna manera hubiera debido encontrarse allí, sobre esa mesa y en ese momento.

—No he contado —dijo Olivier— toda la ropa sucia y la vajilla que mi abuela ha lavado durante veinte años... En cuanto a lo que ha hecho mi madre, su fortuna entera no bastaría para pagársela, ni a ella ni a mí...

Yvonne se volvía hacia Jacques y lo miraba con pasión, como un fotógrafo que, de la engañosa blancura del papel sumergido en el líquido revelador, espera ver aparecer una imagen que supone será excepcional.

—¡Vamos, Jacques! —dijo ella—. Éste es el minuto de la verdad...

—¿La verdad?

Jacques agitó el papel que acababa de leer y con ese gesto se liberó de su estupor.

—¡La verdad es que mi hijo no es un cura sino un tenedor de libros!... ¡Y yo que creí que venías a ver a tu padre! A cazar con él... A ser su compañero... Buenos, ya te daré tus millones... Lo siento, fue una velada estropeada... Perdónenme, me voy a acostar...

Vació su copa y se levantó.

—No le dará absolutamente nada —dijo Yvonne a Olivier—, porque no tiene nada.

Jacques, que ya se alejaba de la mesa, se detuvo y se dio vuelta.

—Nada es suyo aquí, ¡NADA! —Seguía Yvonne dulcemente.

Tenía una voz baja, de mujer para quien la vida no ha sido tierna.

—¡La instalación, los capitales, los fusiles, incluso su *smoking*! ¡Todo es de mi marido!

—Perdón —dijo Jacques—. ¡Los capitales, de acuerdo! Los ha aportado él. Pero la mitad del negocio consiste en mi trabajo. ¡Y cuando digo la mitad!... ¿Qué sería esta empresa sin mí?... ¿Y Ted, qué sería? ¡Cero!

Volvió hacia su silla y quiso tomar su copa que uno de los servidores había

llenado. Yvonne se lo impidió.

—¡Deja un poco de beber! —dijo ella muy calma—. Y siéntate.

Se dirigió a Olivier:

—¡Ya no puedo más! —continuó—. Me pregunto si habrá una solución... Lo amo porque es como un niño, y al mismo tiempo quiero hacer de él un hombre... Tal vez me equivoque, ya no sé nada...

—¿Crees que todo eso puede interesar a Olivier? —preguntó Jacques.

Había permanecido de pie y elegía un largo cigarro en una caja.

—Sí, le interesa. ¡Porque tendrás que decirle la *verdad!*... ¡Y quizá para ti signifique algo escuchar de tus propios labios decirle a tu hijo que no eres nadie y no eres dueño de nada! ¡Ni siquiera de ese cigarro!...

Poco a poco la cólera sustituyó a su laxitud, se había levantado mientras hablaba y le arrebató de los dedos el cigarro que él pasaba delicadamente por la llama de una bujía.

—¡Todo es de Ted! ¡Todo! ¡Tu trabajo! ¡Tu vida! ¡Todo lo que haces sólo sirve para disfrazar su tráfico!

Los servidores, silenciosa, rápidamente, levantaban la mesa, cambiaron los platos, trajeron fuentes cargadas con montañas de frutas, un helado gigantesco, multicolor. No comprendían una palabra de francés, ni siquiera imaginaban lo que estaba ocurriendo, no trataban de comprenderlo, eran como hormigas, atareadas, eficaces rápidas. El viejo músico y los dos niños ahora desocupados, miraban apaciblemente, esperando que se les ordenase recomenzar. Todo lo que ocurría debía ocurrir, nada era extraordinario. Monos, vacas, hombres, de aquí o de allá, hacían y decían lo que tenían que hacer y decir. Eso no incumbía a nadie.

Jacques había elegido tranquilamente otro cigarro y lo encendía en una llama. Protestó sin alterarse contra lo que afirmaba Yvonne. A menudo le había hablado del comercio clandestino al que estaba segura que se dedicaba Ted. Compraba por sumas irrisorias estatuas robadas en los templos, lo más a menudo estatuas eróticas, y las vendía muy caras a los turistas. Jacques afirmaba que aquello era falso, producto de una novelesca imaginación femenina.

—¡Tú sabes bien que es cierto! —dijo Yvonne—. ¡Pero finges no creerlo para seguir con tu circo!

Olivier miraba y escuchaba desarrollarse el enfrentamiento que había provocado la aparición de su papel doblado en cuatro.

—¡Napoleón! —le dijo a Yvonne—. ¡Juega a ser Napoleón! *The Big Chief!* ¡El Gran Sioux! ¡La Larga Carabina! ¡De cine! Hace cinco todos los minutos del día y todos los días del año. Y nada le pertenece. ¡Ni el decorado, ni los accesorios, ni los trajes, ni siquiera su papel!

Jacques, sin sentarse, retomó su copa y la vació. Parecía muy calmo, pero su mano temblaba un poco. Luego sonriendo, también él se dirigió al testigo y al juez, a Olivier. —¡Todo eso no son más que nervios de mujer! Porque no ha logrado

convencerme de que abandone este negocio, que es soberbio, para irme con ella y regresar a Francia, a cultivar unas hectáreas heredadas de sus padres. ¡Me imaginas a mí sembrando remolacha!

Se echó a reír francamente, y añadió con un aire de tranquila certidumbre.

—¡Y la historia de las estatuas es un delirio! ¡Ted es un hombre honesto!

—¡Ted es un ladrón! —gritó Yvonne—. ¡Te roba tu vida! ¡Como roba a todo el mundo! ¡Cuando compra una estatua roba a quien la ha robado, y roba al tipo a quien se la vende en diez veces más de lo que vale, su pretexto de que es peligroso! ¿Peligros para quién? ¿Quién es el que va a hacerles cosquillas a los tigres para desviar la atención? ¡Un día fallarás un tiro y te devorarán!

—¿Errarle a un tigre?

Jacques estalló de risa, arrojó su cigarro al balde del champaña, desprendió un fusil, se lo echó al hombro y giró sobre sí mismo haciendo fuego ocho veces. Eso duró cinco segundos. Los cartuchos vacíos saltaron sobre la mesa, sobre los músicos, sobre un hombro de Yvonne. Una nubecita de humo blanco, apenas visible, se estiraba entre la mirada de Olivier y el rostro de su padre. Los servidores quedaron inmóviles en sus sitios, sin miedo ni emoción. En los muros, cuatro cabezas de tigres, tres de búfalos y una de rinoceronte, habían perdido cada uno de sus ojos de vidrio.

Jacques sonrió, contento de sí mismo.

—¿Has visto? ¡No será mañana cuando se coman a tu padre!

Yvonne fue hacia él. Lo miraba con indulgencia, con amor, con piedad. Le tomó el fusil de las manos y lo tendió a un servidor.

—¡Ahora que has hecho tu número, ve a mirar a tu hijo de frente y repítele que vas a darle lo que te pide!

Empujó suavemente a Jacques hacia la mesa; él se resistió.

—¡Déjame tranquilo! No te metas en esto, es un asunto de hombres...

—Para eso —dijo Yvonne—. Tiene que haber dos hombres... ¡Nunca hallarás mejor ocasión de serlo!... ¡Dile la verdad!... ¡Vamos!... ¡Dísela!... ¡Habla!... ¿Es que vas a darle sólo un millón sobre los treinta que le debes?...

Después de desviar su vista a derecha e izquierda, Jacques finalmente miró a Olivier, que a su vez lo miraba. Empusó su silla y se sentó lentamente, abandonando toda actitud, para ser sólo lo que era, despojado de apariencias, desnudo bajo la ducha de la verdad.

—Lo lamento, chico... Ni siquiera podría darte un millón... No lo tengo... Ni la mitad, ni un cuarto... Ella tiene razón... No tengo nada... Nada...

Tomó su copa otra vez llena, pero enseguida comprendió que aquello no era un juego, la rechazó, se encogió de hombros y miró a Olivier con una sonrisita miserable.

—No era ésta la idea que te habías hecho de tu padre, ¿eh?

Olivier parecía reflexionar. Puso cierto tiempo en responder:

—No...

Luego agregó, tras un silencio:

—Pensaba que era un canalla lleno de plata que nos dejaba reventar...

Lentamente su rostro se distendió, algo se desanudó en su pecho y liberó todos los músculos crispados. Tuvo una sonrisa de niño, tomó su copa, la que no había tocado desde el principio de la comida, la levantó hacia su padre, y bebió.

El *jeep* se detuvo en la encrucijada del camino y la ruta. Olivier saltó a tierra. Jacques, al volante, le tendió el bolso. El sol ya alto comenzaba a calentar duro.

—¡Es largo a pie! ¿Realmente no quieres esperar que concluya la cacería? ¿Y regresar con nosotros?

—No...

—¿Qué es lo que tanto te apura en Katmandú? ¿Una chica?

—Sí —dijo Olivier.

Ahora ya no existía ningún obstáculo. Aquel dinero que había erigido como una muralla a su alrededor, se transformaba en una nube, en vapor, acababa de desvanecerse. Jane estaba allí visible, a solo unos pasos. Bastaba con andar y reunirse con ella. A los otros muchachos ni siquiera tendría necesidad de barrerlos, ella misma los pondría fuera de su vida.

—¿Es linda? —pregunto Jacques.

Olivier sonrió y levantó el puño izquierdo con el pulgar para arriba.

—¡Así!

—¿Estás enamorado?

—Quizás.

Jacques suspiró.

—Ten cuidado con las chicas... Son agradables un momento... Pero todo el tiempo, ¡qué plaga! Bueno... ¡Andando!... Buen viaje... ¡Felicidad!

Saludó con la mano, hizo virar al *jeep* y se internó en la selva.

Al principio Olivier contó los días: dos, cinco, seis... Después se embarulló, perdió la cuenta y dejó de preocuparse.

Caminaba, subía, descendía, caminaba, subía, y siempre aparecía una nueva barrera que franquear. Ya no experimentaba ninguna fatiga, y sin su impaciencia de reencontrar a Jane hubiera sentido placer en la ruta interminable. No era sólo la carrera hacia Jane lo que lo hacía sentir liviano, sino también el estar libre del peso del odio y del desprecio hacia su padre.

Había llegado desde el otro extremo del mundo con un cuchillo para cortar una libra de carne en el vientre de un inmundo millonario y en cambio se encontró con un chico inconsciente y alegre, tan pobre como él. Los pocos billetes que Jacques le diera, y que al principio rehusó, aceptándolos después para no humillarlo, apretados en su bolso, lo elevaban como un globo, porque eran el don del afecto de un padre y de la amistad de un hombre. Los millones que había venido a exigir a un extraño del

cual era hijo, de haberlos obtenido, los hubiera llevado sobre sí como una roca.

No se había afeitado desde la velada en la cabaña de caza. Una mañana, mientras llegaba a las proximidades de una garganta, se pasó las manos por las mejillas y el mentón, y se dio cuenta de que debía haber partido hace ya mucho tiempo.

La ruta franqueaba la garganta girando y hundiéndose en una luz que parecía más clara y más intensa. Olivier llegó a la cumbre y se detuvo, estupefacto.

A sus pies se extendía un inmenso valle, verde como un césped inglés, bordado por el trabajo de los hombres en innumerables piezas festoneadas, sin el menor espacio libre para la hierba loca o el barbecho. Detrás del valle, lejos en el horizonte, enormes cadenas de montañas sombrías se apoyaban las unas sobre las otras para ascender siempre más alto. Sus últimas cumbres se hundían en una masa gigantesca de nubes, posadas sobre ellas como un interdicto, un espacio sin límites y sin formas, que el mundo de los hombres no debía franquear. Encima de sus lentos brotes desmesurados se lanzaba un universo de transparencia blanca y pálida, dentado, agudo, irreal, liviano como un sueño y aplastante de poderío, que ocupaba la mitad del cielo.

—¡El Himalaya!... —murmuró Olivier.

El espejo pálido, inmenso, de la montaña sobrehumana, enviaba hacia el valle una luz pálida, extracto de cielo, jugo del azul, luz de la luz, más blanca que el blanco, más transparente que la ausencia de todo, que penetraba en la luz ordinaria y la iluminaba sin confundirse con ella, y se posaba, a más de la claridad del pleno día, sobre cada contorno del paisaje, cada cosa, cada árbol, cada paisano-hormiga clavado sobre la tierra, y lo orlaba de belleza, incluso al horrible camión que ascendía con estrépito hacia la garganta. Hacia el aire menos espeso, más fácil de respirar, y tornaba alegre todo esfuerzo. Era una luz de fiesta de Dios ofrecida a los hombres para darles la certidumbre de que lo que ellos buscan existe, la justicia, el amor, la verdad. Hay que buscar, andar, continuar siempre. Si la muerte interrumpe el viaje poco importa, la meta sigue allá, invariable.

Cuando el camión pasó cerca de Olivier, siempre inmóvil, este gritó: «¿Katmandú?», señalando el valle. Y todos los pasajeros del camión hicieron alegremente el signo «no» con la cabeza, riendo y gritando comentarios.

Olivier tomó un atajo y se puso a descenderlo, cantando pom-pom-pom-pom una melodía tonta, un aire de felicidad.

Sobre todos los caminos, la multitud confluía hacia Katmandú, con sus vestimentas más coloridas, algunas de las cuales estaban casi limpias. Por familias, por aldeas enteras, los adultos, los viejos y los niños de todas las edades se apresuraban alegremente, llegados del norte, del sur, del este, del oeste y de todos los puntos intermedios, hacia el centro del espacio en ese día del tiempo, la gran plaza solar de Katmandú, donde templos de todo tamaño se elevaban en tanta cantidad como los árboles de la selva, habitados por todos los dioses del cielo y de la tierra. Ese día, allí en ese lugar, los dioses y los hombres iban a verse y a hablarse, y a gozar

juntos de estar cada uno en su sitio en el universo, y de hacer ahí lo que cada uno debía hacer, en la alegría de la vida y la muerte, sucesivas, opuestas y semejantes.

Sobre la ruta, Olivier fue bien pronto envuelto por una multitud cada vez más densa, alegre, mugrienta, que olía a hierba seca y a bosta. Encuadrado, empujado, llevado, entró en Katmandú por la puerta del oeste.

La muchedumbre se estranguló en un calle estrecha que conducía a la plaza. Un polvo acre subía del suelo, hecho de moléculas desecadas de estiércol de vacas, de perros y de monos, y de excrementos humanos, deshidratados por el sol y pisoteados a lo largo de los años. Penetró en la nariz de Olivier con un potente olor a mierda que lo sofocó. Se cubrió rápidamente con el pañuelo, pero el fino polvo atravesaba la tela y le reseca la nariz como cal viva. Entonces volvió a guardar su pañuelo en el bolsillo y respiró una gran bocanada por la boca, se llenó hasta el ombligo del olor de la mierda, y no la sintió más. Era como en el mar, cuando uno se arroja y se bebe el primer trago. Si se lo rechaza, se continúa tragando agua amarga hasta ahogarse. Si se lo acepta, uno se vuelve pez.

La multitud se detuvo para dejar pasar una vaca salida del corredor de una casa y que atravesaba displicentemente la calle. Era rolliza y próspera y no se apuraba. Iba a meter su hocico en la tienda de enfrente, pero allí no encontró más que potes de cobre no comestibles, se volvió y se puso en marcha lentamente hacia los templos. Cuando la multitud se le adelantaba tenía gran cuidado de no empujarla o incomodarla. La calle estaba bordeada a ambos lados por negocios sin vidrieras, especie de tienduchas abiertas de par en par, donde se exhibían utensilios de metal, herramientas, imágenes piadosas, collares de perlas rojas, trenzas de lana, vestimentas nepalesas u occidentales, bonetes de todos los colores colocados en pequeñas cajas, pequeños montones de polvo rojo o amarillo sobre hojas verdes o trozos de papel de arroz, fragmentos de alimentos desconocidos reunidos en conos, pétalos de flores, objetos y mercaderías acerca de los cuales Olivier no podía ni siquiera imaginar la naturaleza o el uso, mezclados con pacotilla de plástico, calderos, brazaletes, estatuillas horribles llegadas de las fábricas indias. Por encima de las brillantes mercaderías las casas parecían a punto de desplomarse, las tiendas en estado de derrumbarse. Ventanas admirables de madera esculpida se desarmaban, las maderas trabajadas como un encaje que rodeaban las tiendas estaban comidas por el tiempo, los umbrales de las puertas gastados y las vigas arqueadas. Pero un pueblo vivo, joven de salud y humor, atravesaba la ciudad momificada y arrastraba a Olivier.

Miraba sin mucha esperanza por encima de los hombros y las cabezas en busca de la silueta de Jane o de uno de sus compañeros. Pero no descubría ningún rostro europeo y sólo oía exclamaciones y palabras desconocidas. Se sentía más extranjero que en ningún país extranjero, como caído en medio de otra especie viviente, con la que no podía tener más comunicación que con las hormigas o las gallinas. Una especie, por otra parte, bondadosa, de la cual adivinaba que no podía provenirle ningún mal, pero tampoco ningún bien, nada más que sonrisas y gestos amables y el

lenguaje incomprensible, la amabilidad y la indiferencia, y la distancia infinita de otro mundo. Los viejos y los jóvenes, los machos y las hembras, pasaban alrededor de él sin prestarle más atención que a un objeto inútil, felices de ir a festejar a sus dioses y a reunirse con ellos.

Veía ya, al final de la calle, por encima de las últimas casas, alzarse el bosque de los templos, oía una algarabía de músicas y cantos agudos. Fue empujado sobre la plaza en momentos en que llegaba frente a ella una orquesta de pequeños violines y extraños instrumentos de viento, de percusión, de cuerdas, de madera o metal, algunos pintados de colores chillones y de los cuales los músicos sacaban armonías que habrían hecho desmayarse de felicidad a los amantes de la música atonal. Pero el ritmo era alegre y la melodía libre. Los músicos precedían a un búfalo cubierto de flores y de olas de lana de colores, tirado por un hombre enmascarado con un rostro de mono rojo.

Detrás del búfalo marchaba una especie de guerrero de brazos y espaldas enormes, vestido sólo con una cintura de tela y que llevaba sobre el hombro derecho la gruesa, larga, ancha, pesada, hoja de un sable curvado, cuyo filo estaba en el interior de la curva. Detrás del guerrero, un grupo de danzarines cubiertos hasta los pies con telas brillantes, con máscaras de dioses o demonios de muecas frescamente pintadas, representaban al caminar un episodio del tiempo de la creación.

A la derecha de Olivier un templo gigantesco escalaba el cielo. Edificado en ladrillo ocre, en forma de pirámide en escalones, de cuatro caras, estaba coronado por once techos cuadrangulares superpuestos, cuyas superficies disminuían a medida que ascendían, continuando el impulso de la pirámide hacia el cielo en el cual se hundían.

Bajo el primer techo, en lo alto de los escalones, se abría una puerta a través de la cual Olivier vio arder mil llamas doradas. A la izquierda de la puerta distinguió un grupo de *hippies*, una veintena, muchachos y muchachas, con largas barbas, largos cabellos y vestimentas extravagantes, sentados o de pie, en lo más alto de la multitud apretada sobre la faz de la pirámide, y mirando con ella el cortejo que llegaba.

Se hallaban demasiado lejos y demasiado alto para que pudiese discernir sus caras, pero a pesar de la distancia estaba seguro de que habría reconocido a Jane de haber estado entre ellos. Por lo menos quizá pudieran informarle dónde se encontraba, sin duda la conocerían.

Se deslizó de perfil entre los grupos aglomerados hasta que logró llegar al templo. Sobre las primeras gradas los campesinos exponían sus legumbres, haces de espinacas de hojas tan grandes como media hoja de diario, montones de rábanos más gruesos que botellas, montones de cebollas frescas de largas colas verdes, frutas de todas clases, que desbordaban hasta el suelo, sobre el polvo que era de este mundo, y que ya no olía más a nada para quien lo había aceptado.

Olivier pasó entre los dos guardianes del templo acuclillados al pie de la escalera que ascendía hacia la puerta de las luces. Eran una leona de piedra y su bondadoso león, con los bigotes y el sexo pintados de rojo. Dedos piadosos habían pintado sus

frentes con polvo de azafrán y cubierto sus cabezas con pétalos de flores. El cortejo de músicos y cantantes conducía al búfalo alrededor de la plaza, deteniéndose ante cada altar, ante cada estela, ante cada estatua del dios, floridos de polvo y de flores. Los músicos tocaban y los danzarines bailaban ante el dios, y el cortejo partía de nuevo; el búfalo, con la cabeza gacha, sabía cuál era su fin.

Olivier llegó a lo alto de la pirámide y en cuanto puso el pie en el último escalón reconoció el olor de la marihuana, pero más fuerte, más acre que el de los cigarrillos de Sven. Dos muchachos y cuatro muchachas fumaban sin duda el famoso *hachich* de Katmandú.

El grupo lo recibió con una pasividad amable. No había allí ningún francés. Olivier preguntaba:

¿Jane? ¿Jane? ¿You know Jane? ¿Sven? ¿Harold? ¿Jane?

Con gestos negativos respondían en alemán, en inglés, en holandés. No, ellos no la conocían. Un americano que hablaba un poco de francés le dijo que había muchos muchachos y chicas «viajeros» en Katmandú. Llegaban, partían, regresaban, no se conocían todos.

—¿Pero dónde están los otros?

Hizo un gesto circular que englobaba todo el horizonte.

¿El auto americano rojo? Sí, creía haberlo visto. ¿Cuándo? ¿Dónde? No sabía... Habría que preguntar en el Hotel Himalaya. Es allí donde van los americanos ricos. ¿Dónde queda el Hotel Himalaya? De nuevo un gesto vago... Allá.

Olivier dio media vuelta para descender. Otros cortejos, rodeando cada uno a un búfalo, llegaban a la plaza, procedentes de los otros tres puntos cardinales. Las orquestas de los cuatro cortejos tocaban músicas diferentes por su ritmo, sus melodías y los timbres de sus instrumentos como son diferentes y sin embargo se unen las cuatro partes del cielo y los cuatro elementos de la Tierra.

La multitud alrededor de ellos, espesa, móvil, se abría y se cerraba, formaba lentos remolinos, seguía a uno o a otro, sumando ya el canto de una voz aislada o el coro de sus voces como un bordado multicolor sobre el tejido cruzado de las cuatro músicas. De la multitud de los hombres surgía la multitud de los techos, sobre los que una multitud de monos se agitaba, se rascaba y chillaba.

Por encima de los tejados la gran transparencia de la Montaña extendía de abajo a arriba de su misterio el velo rodante de las nubes. Estas continuaban subiendo hacia la cumbre del cielo en masas blancas, grises y negras, que se cabalgaban y se combatían, surgían de ellas mismas y se multiplicaban.

Olivier ya no veía la ciudad. La selva de los templos se la ocultaba. Había allí una cantidad incalculable. Le parecía que se extendían más allá de todo límite y cubrían el mundo. Tuvo, por un brevísimo instante, la impresión de que aquello estaba bien, que todo estaba en orden. Y después ya no pensó más. La plaza era una clave. Sus ojos la habían visto, su cerebro físico captó la imagen clara de ella, pero su inteligencia no estaba hecha para leerla y comprenderla.

Todos los templos se hallaban contruidos sobre el mismo modelo, pero su orientación, la altura de su pirámide, el número de sus gradas y de sus tejados variaban según la significación del emplazamiento eficaz que le había sido dado en la arquitectura de la plaza. Esta era la imagen activa del universo viviente, visible e invisible. Cada templo cumplía su función de motor, de freno, bisagra, un músculo, un hueso, el corazón o el alma o el ojo abierto o una mano tendida para recibir o para ofrecer.

En el centro del universo, en el medio de la plaza, estaba instalada una fuente de granito, cuadrada como los templos. Del fondo de la fuente se erguía una columna apoyada en una copa redonda. Eran el *lingam* y el *yoni*, el sexo macho y el sexo hembra unidos en la eternidad de la piedra para la eternidad de la vida que su unión creaba. El universo alrededor de ellos, la plaza, los templos, la multitud, las vacas, los perros, las nubes, la Montaña oculta y las estrellas que llegarían con la noche, eran el fruto de su amor jamás interrumpido.

Un perro ladró arriba de Olivier. Sorprendido, Olivier levantó la cabeza y vio un cuervo color cigarro parado en el borde del techo inferior del templo, que lo miraba con un ojo amarillo. El pájaro burlón apuntó hacia él su largo pico y comenzó a injurarlo. Un mono irritado gritó, saltó hacia el pájaro y lo agarró de la cola. El cuervo le dio un salvaje picotazo en la mano. El mono escapó aullando. El cuervo guiñó un ojo, se pavoneó y se puso a ronronear.

Una nube blanca, minúscula, nació en el azul en la vertical de la plaza y comenzó a redondearse como una rosa. El primer cortejo había llegado al borde de la fuente. Los músicos se colocaban todos alrededor de ella y seguían tocando. Las nubes de la montaña se aproximaban a la nube situada en el medio del cielo, retumbando de un horizonte a otro. El hombre de la máscara de mono rojo saltó dentro de la fuente y tiró de la cuerda atada a los cuernos del búfalo, obligándolo a avanzar la cabeza en dirección a la cúpula de piedra.

La música de las cuatro orquestas, mezclada al rumor cantante de la muchedumbre, respondía al concierto de las nubes hacia las cuales ascendían en punta agudas voces de mujeres lanzando largas notas verticales. Los monos chillaban arracimados en los tejados. Los cuervos se echaron a volar todos a la vez y se pusieron a dibujar entre el cielo y la tierra largas curvas y arabescos enlazados y sostenidos por haces de roncós gritos. Una vaca posada en el polvo se levantó, alzó la cabeza y mugió. El guerrero desnudo levantó su terrible sable en lo alto de sus dos enormes brazos verticales, se mantuvo un instante inmóvil y, con un aullido en el momento que descargaba el golpe, cortó de un solo tajo la cabeza del búfalo.

Un chorro de sangre saltó hasta el *lingam* y corrió en el *yoni*. La multitud lanzó un inmenso clamor. La bestia decapitada permaneció en pie sobre sus cuatro patas, mientras brotaba la sangre de su cuello en pulsaciones humeantes. Se desplomó. Las nubes se mezclaban en lo alto del cielo en el furor o la alegría iluminadas por los relámpagos. El segundo cortejo se aproximaba con el segundo búfalo. La multitud

giraba y se agrandaba, crecía como las nubes, cantando los nombres de los dioses, que son el rostro de la vida y de la muerte, de la eternidad.

Al salir el sol el cuervo color cigarro descendió de su percha en el borde del tejado del templo, se posó cerca de la cabeza de Olivier dormido sobre la grada más alta, y se puso a escarbarle los cabellos con su pico duro, en busca de algún sabroso piojo.

Olivier se sentó bruscamente y el cuervo indignado saltó hacia atrás, graznando de cólera. Olivier le sonrió, se rascó la cabeza, bostezó, abrió su bolso que le había servido de almohada, tomó de él un paquete de arroz cocido envuelto en una hoja de plástico, y comenzó a comerlo formando pequeñas bolas que confeccionaba con la punta de los dedos. El cuervo, inmóvil a un metro de él, lo miraba primero con un ojo, después con el otro, preguntándose qué esperaba ese bruto para darle su parte. Olivier le arrojó una bola de arroz. El cuervo bajó la cabeza al sesgo para observar con su ojo derecho la índole de ese alimento, se enderezó, lo picoteó con el extremo del pico, lo saboreó, lo escupió lanzando un horrible chillido, y voló hasta el otro extremo de la plaza sin dejar de gritar como un perro cuya cola acaba de pasar bajo la rueda de un camión. Así todos los cuervos de la ciudad, tanto los de color cigarro, o esos otros, los negros como deben serlo los cuervos, hasta esos que fueron marrón o negros y a los cuales la edad ha tornado grises, y los pájaros azules de cresta roja, las palomas y los gorriones, los largos pájaros verdes semejantes a ramas, los perros y las vacas, el pueblo entero de los monos y el único gato de Katmandú, que en un gatopardo de orejas redondas en el palacio de Boris, todos los animales y algunos hombres que los comprenden, supieron que un tunante llegado ayer para las fiestas y en cuyos no se encontraba nada qué comer, había ofrecido a su hermano pájaro arroz envenenado.

No era veneno, era sólo el olor de la hoja de plástico.

Olivier, agotado, dolorido, se tendió de nuevo sobre su cama de ladrillo, cerró los ojos, y al cabo de un instante los reabrió. El sol levante iluminaba las vigas oblicuas que sostenían el techo. Cada una de ellas estaba esculpida y pintada en todo su largo, trasformada así en un dios o en una diosa, cuyo rostro, la actitud, los atributos, el número de brazos, la postura, diferían de una a otra. Todo el pueblo del cielo sostenía el templo. Y el pueblo de la tierra sostenía al pueblo del cielo cumpliendo su función esencial: en cada viga, bajo los pies del dios o de la diosa, y sirviéndole de soporte, en una escala más humilde, una pareja humana se unía, en las posturas más diversas. O más exactamente, la mujer se entregaba a sus trabajos cotidianos, molía el mijo, desgranaba el arroz, lavaba sus cabellos, daba de mamar a su hijo, limpiaba el suelo, cocía una galleta, ordeñaba la vaca, y el hombre, sin hacerle perder su tiempo, sin molestarla en sus tareas que debían ser cumplidas cada una a su hora, no cesaba de inseminarla con un miembro enorme, por delante, por detrás, por arriba, por abajo, a

veces con la ayuda del vecino, a veces invitando también a la vecina, pero sin que jamás la mujer, la madre, la materia, el mar, dejara de hacer lo que tenía que hacer desde siempre y para siempre, de poner todo en orden, cada vida en su lugar, extraer de lo vivo el alimento para los vivos, hacer de la tierra un fruto, y del fruto un niño, aplastar el grano bruto para cocinar un pan de oro, y recibir a cada instante el nuevo semen en lo más profundo de sí misma, para germinar, continuarse y multiplicarse.

Olivier, divertido, se levantó y recorrió el templo, siempre mirando para arriba y siguiendo las hazañas del hombre de una viga a otra. Al cabo de un momento lo encontró estúpido. Parecía un bombero con su manguera en la mano. Pero jamás conseguía apagar el fuego. Y más bien era sólo el portador y el esclavo de ese objeto que creía de su propiedad y hundía con aplicación en cada agujero que encontraba.

Olivier llegó al término del ciclo. Sobre la última viga el hombre había desaparecido. La mujer estaba sola, el busto vertical, sus dos manos sosteniendo sus piernas levantadas hacia el cielo, su sexo abierto como una gran puerta para dar a luz a una niña en la misma posición que ella, que daba a luz a una niña que daba a luz a una niña que daba a luz... La última visible era del tamaño de una lenteja, pero entre sus muslos abiertos la ola de la vida continuaba corriendo hasta el infinito.

Un chico de unos diez años, con los cabellos cortados al ras y la nariz llena de mocos, salió de la puerta tras la cual sólo brillaban algunas luces. Su rostro, su camisa y su pantalón tenían el mismo color de grasa universal, pero sus ojos brillaban con un fulgor nuevo y sano, de una alegría sin mancha. Tenía un palo en la mano. Cuando vio lo que Olivier miraba, se situó detrás de él, riendo, se plantó el palo a la altura del sexo y lo agitó de abajo a arriba mientras gritaba: «¡zip!, ¡zip!, ¡zip!...». Luego se volvió y descendió saltando con los pies juntos, de un escalón a otro. A cada salto gritaba «¡zip!, ¡zip!, ¡zip!...».

Abajo, los campesinos llegaban al trote, cargados con sus montones de verduras, que llevaban no a la espalda como los sherpas, sino sobre dos bandejas suspendidas en las extremidades de una barra puesta sobre sus hombros.

Toda la plaza se volvía rosada bajo la caricia del sol, nueva cada mañana. Pero bajo su disfraz de falsa juventud Olivier vio que los templos eran, como la ciudad, increíblemente viejos, gastados, cojos, inclinados, sus peldaños desdentados, sus techos en ruinas, a punto de desmoronarse bajo el peso de los monos.

La densidad de vida de la multitud en fiesta los había, durante unas horas, alegrado y rejuvenecido, pero una vez retirada aquélla, de nuevo parecían agobiados, como ancianos en el rincón de la chimenea cuando la llama del fuego se extingue y las brasas se cubren de ceniza.

Olivier había buscado a Jane la víspera, entre la muchedumbre, durante las últimas horas del día. Había encontrado *hippies* de todas las procedencias, todos perdidos en la apatía de la droga. Ninguno conocía a Jane, ni a Sven, ni a Harold. Encontró el Hotel Himalaya, ante el cual estacionaban cuatro taxis, con una cabeza de tigre pintada sobre el *capot* y la carrocería a rayas como el cuerpo de la fiera. Pero

ningún auto americano. Los turistas llegaban a Katmandú por avión. Muy raros eran los que se arriesgaban a hacer el viaje en auto. Avanzó hacia la puerta del hotel donde se hallaba apostado un soberbio *gourka* con turbante y ropas de un blanco impecable. Pero se detuvo bruscamente. ¿Qué iba a preguntar? De Laureen sólo conocía su nombre...

Caía la noche. La gente de las aldeas fluía fuera de Katmandú. Pequeños grupos de músicos o violinistas aislados los arrastraban hacia los campos. Los comerciantes cerraban las persianas de madera de sus tiendas, las luces de los templos se extinguían. De golpe Olivier se sintió atrozmente solo, como perdido en las ruinas de un cráter lunar. Se unió a una pareja de *hippies* americanos mugrientos, sobre los cuales pendían cabellos, vestimentas, collares, amuletos, y que lo condujeron a una pieza sombría ocupada por una larga mesa flanqueada por dos bancos donde otros *hippies*, pasivos, esperaban que alguno de ellos llegase con un poco de dinero para pagarles qué comer. Fue Olivier quien pagó. Por algunas rupias el patrón, un indio, depositó en medio de la mesa una gran fuente de arroz salpicado con unos restos de legumbres, y platos, cucharas y vasos con agua para todos. Llenaron sus platos, pero pocos los vaciaron. Después de dos bocados ya no tenían ganas de comer, no tenían deseo de nada, eran como vegetales que reciben la lluvia, el sol y lo que la tierra les da, sin tener necesidad de mover una hoja.

Frente a Olivier se encontraba una chica rubia más limpia que las otras, con los cabellos tirantes recogidos en un grueso moño sobre la nuca, las mejillas rosadas, el aspecto de una institutriz flamenca. Miraba algo en el vacío sobre el hombro izquierdo de Olivier. No hizo el menor signo de comer, no puso nada en su plato, no se movió; sus antebrazos cruzados sobre los muslos, las manos blandas, colgantes. Respiraba muy lentamente. Tenía la cabeza erguida e inmóvil, sin rigidez. Miraba por sobre el hombro de Olivier, y Olivier sabía que no había nada que mirar por encima de su hombro. Durante todo el tiempo que él permaneció allí, ella continuó mirando esa nada, sin moverse y sin hablar. Olivier ya no se atrevía a alzar los ojos hacia ella. Le daba miedo.

Miró a los muchachos y las chicas que se extendían el arroz en sus platos, lo daban vuelta, formaban pequeños montones, lo extendían de nuevo y se llevaban de tanto en tanto algunos granos a la boca. Observó que las chicas parecían más ausentes que los muchachos, se iban más lejos, se apartaban más profundamente de las leyes elementales, de las necesidades y de las obligaciones de la vida. La angustia lo oprimió al pensar en Jane. ¿Dónde estaba ella? ¿Sería posible que también estuviese ya instalada en esa ribera de bruma, donde el mundo real aparecía como un fantasma, cada vez más y más inverosímilmente lejano, desvanecido?...

Nadie de la mesa conocía a Jane. Pero había otros lugares de «reunión» y otras mesas y otras rutas, otros templos y otras fiestas. Aquél era el país de los dioses y cada día se festejaba a uno de ellos, puesto que cada día recibía la luz. Los músicos y los fieles iban de la una a la otra, por los valles y los senderos, de colina en colina

coronadas de templos.

Y los «viajeros» llegados de todos los rincones de la tierra se lanzaban también a través de los campos, creyendo comprender y sin comprender nada, habiendo perdido su mundo sin encontrar otro, errantes en busca de una razón de ser, ahogando en el humo el recuerdo de lo que habían abandonado y la angustia de no hallar nada para reemplazar lo que rechazaban.

¿Jane, Sven, Harold? Quizás estaban en Swayanbunath, en Patan, quizás en Pashupakinath, quizás en Pokarah, quizás en otra parte... Andaban... Todos iban de un lado a otro... Nadie encontraba en ninguna parte su lugar ni la paz... Volvían a partir... La muchacha rubia y limpia con los cabellos recogidos miraba por encima del hombro de Olivier. No miraba nada.

Olivier no sabía dónde ir a dormir. Los dos americanos lo llevaron a su hotel. Algunos perros flacos recorrían las calles desiertas, iluminadas aquí o allá por una débil bombilla eléctrica colgada de dos hilos en algún cruce. Las tiendas estaban cerradas con candados. Los cuervos y los monos dormían.

El hotel tenía acceso por una estrecha puerta situada entre dos negocios. En lo alto de la puerta, iluminado por una lamparilla, un pequeño dios de madera de doce brazos velaba en el fondo de un nicho, honrado con granos de arroz y pétalos frescos. El corredor desembocaba en un patio cuadrado en medio del cual un *lingam* se erguía en un *yoni*, en el centro de una asamblea de dioses de piedra que los miraban y los adoraban. Las frentes de los dioses estaban frotadas de rojo o de amarillo, sus manos llenas de arroz, y sus cabezas y hombros cubiertos de flores frescas.

Alrededor del patio columnas de madera sostenían una galería esculpida como un encaje, carcomida y estropeada. Bajo la galería se abrían las puertas de las habitaciones.

Al desembocar en el corredor, Olivier sintió de nuevo el olor penetrante del *hachich*. A pesar de su repugnancia siguió a los dos *hippies* hasta su habitación, situada en el fondo del patio a la derecha. El muchacho empujó la puerta y entró el primero, sin preocuparse por la chica, que lo siguió. Olivier dio un paso para entrar detrás de ellos, pero se detuvo en seco en el umbral. Iluminaba la pieza una lámpara de aceite que ardía en un agujero del muro, entre dos ladrillos. No había más que una hilera de jergones de paja sobre el suelo de tierra apisonada, sin sábanas ni mantas. Muchachos o muchachas dormían o fumaban. Quedaban cuatro jergones desocupados. A la derecha de la puerta una pareja semidesnuda se había quedado dormida apenas desunida, después de hacer el amor.

Olivier dio media vuelta, conteniendo su respiración, atravesó el patio, corrió por el corredor y llegó a la calle, se detuvo, levantó la cabeza hacia el cielo donde brillaban las estrellas y aspiró profundamente. El olor a mierda entró en él hasta los dedos de los pies y le pareció delicado, natural, fresco y sano como el de las primeras violetas de la primavera.

La luna en cuarto creciente iluminaba al final de la calle la extremidad del tejado

de un templo. Se durmió, agotado, sobre el escalón más alto. Un perro amarillo que lo había seguido se acostó junto a él, con la cabeza apoyada sobre el pecho para calentarse y darle abrigo. Cuando el cuervo arribó al salir el sol, el perro ya andaba en busca de los primeros alimentos de la mañana.

La buscó aún todo el día. Recorrió Katmandú calle por calle. Interrogó a todos los *hippies* y sólo recibió de los que pudieron comprenderlo respuestas negativas o vagas. Mas a pesar de su búsqueda y su angustia poco a poco acabó por captar lo que constituía el clima incomparable de Katmandú, en el cual se debatía como una abeja caída en un tazón de leche. Encontraba dioses por todos lados, encima de las puertas, entre las ventanas, aun en medio de las calles, en los agujeros abiertos en la calzada, sobre zócalos instalados en plena circulación, o abrigados en templos en todos los cruces, reunidos en los patios, asomados a los balcones, sosteniendo los techos o encaramados sobre ellos, en tan gran número como los habitantes humanos de la ciudad, quizá más, y tan diversos y tan semejantes. No constituían un simple decorado, un pueblo inmóvil en medio del cual se desplazaba el pueblo de los vivos, sino que participaban de la actividad de cada instante.

Dios estaba en todas partes, y los «viajeros» venidos a buscarlo de tan lejos no lo encontraban en ninguna, porque olvidaban buscarlo en ellos mismos.

Katmandú estaba construida en forma de estrella de ocho puntas. Desde la plaza del Templo, ocho calles se abrían hacia los ocho rumbos del valle. Entre ellas se extendían los ocho barrios de artesanos, donde los pequeños talleres abiertos a la calle reemplazan a las tiendas. Al norte, fuera de la estrella, a lo largo de la ruta que conduce al aeropuerto, se levantan los horribles edificios de cemento de las embajadas, los hoteles de turismo, el Hospital de la Cruz Roja, la fábrica de pan, los cuarteles, el Banco, las instalaciones de agua corriente, la usina eléctrica y la cárcel.

Al sur, el barrio de los alfareros se extiende hasta la orilla de un pantano de agua sombría. Allí fue donde Olivier, al final del segundo día, terminó su exploración. Al extremo de una calle donde cántaros y vasijas de todo tamaño se amontonaban contra los muros hasta la altura de los techos, desembocó en el paisaje negro. El pantano se extendía a tal punto que los personajes situados en la orilla opuesta le parecían minúsculos. El agua era del color de la noche. Una multitud de cerdos negros, bajos, largos y peludos, se arremolinaban en la orilla, cavaban con su hocico en el fango oscuro y lo tragaban con los gusanos y las larvas que contenía. También los búfalos se bañaban allí hasta los cuernos, se revolcaban y se levantaban negros de una mezcla de agua y de lodo. Una aldeana fue y vació una palangana de plástico azul, que contenía los excrementos familiares de la jornada, después limpió el recipiente frotándolo con la mano. Un poco más lejos tres mujeres reían y charlaban, hundían unas ropas en el pantano y luego las torcían, volvían a mojarlas y las torcían de nuevo. Una de ellas deshizo su peinado y mojó largamente sus cabellos, después se desnudó por entero y permaneció en cuclillas mientras se frotaba con agua desde los pies a la cabeza, con una gran recato, sin mostrar nada de su desnudez.

Cuando se volvía para irse, Olivier vio a Jane. Tendida de espaldas junto al barro que manchaba su *blue-jean*, el rostro de perfil, una mejilla contra el suelo, la cabellera revuelta cubriéndole el rostro. Una cerda preñada la husmeaba y con un golpe de hocico le abrió la blusa y le descubrió un seno. Olivier se precipitó hacia ella gritando su nombre. Un cerdo le pasó entre las piernas y lo hizo caer. Cuando logró pararse la cerda se había vuelto y orinaba sobre Jane. Olivier llegó como un obús y le asestó un puntapié en la cabeza al animal, que huyó chillando sin dejar de orinar.

Las tres lavanderas miraban la escena. Olivier, loco de horror, se agachó, levantó a Jane por el busto y le apartó los cabellos. No era ella.

Se le parecía por su estatura, sus formas y el color de sus cabellos. Pero tenía una gran nariz afilada y pequeños ojos casi amarillos que lo miraban desde el fondo del mundo de la droga, donde la compasión de un hombre y el orín de una cerda son cosas iguales, y una y otra sin importancia. Era un poco mayor que Jane. Pero parecía tener cien años. Intentó hacerla levantar y que caminara. Sus piernas no la sostenían, se le deslizó entre los brazos y cayó sentada. Abrió una mano y trató de tenderla hacia él mientras decía: «upia», «upia»... Comprendió que le pedía una rupia. Le puso un billete en la mano y le cerró los dedos.

Las tres lavanderas reían, como si asistieran a una escena cómica entre animales desconocidos. Él se fue sin darse vuelta, con el corazón lleno de asco y preguntándose dónde estaría Jane. ¡Jane! ¡Jane!...

Remontó la calle de los alfareros, se sentó sobre el escalón de un pequeño templo cuyos cuatro ángulos estaban adornados con animales con cuernos, con cabezas de cobre. Hacían muecas al cielo, le mostraban los colmillos y rasgaban el aire con sus patas. Eran los guardianes feroces encargados de asustar a los demonios.

Pero el demonio habitaba en el pecho de Olivier. ¿Era eso el amor?

Aquella muchacha a la que apenas conoció, a la que sólo una noche tuvo en sus brazos, acabó por aparecérselo de golpe, después de la entrevista con su padre, como la respuesta a todas sus preguntas, la solución a todos sus problemas. Había andado hacia ella durante días y días, con el recuerdo de sus grandes ojos que lo miraban sin la sombra de una mentira, con el recuerdo de su sonrisa, de sus palabras, y sobre todo de su plenitud, de la calma que experimentaba junto a ella, aun sin hablar, aun sin mirarla. Ella se sentaba en la hierba a su lado, o a una corta distancia, y alrededor de él y en él todo estaba bien, en equilibrio y en paz.

A medida que avanzaba hacia Katmandú su alegría y su impaciencia aumentaban. Había descendido la última montaña a la carrera, como se baja hacia una fuente, un lago o una cascada, para arrojarle en ella riendo, beberla, besarla, anegarse en ella de vida.

Pero no encontró más que polvo.

Mientras la buscaba en vano, hora tras hora, tuvo la revelación progresiva del abismo de ausencia que se había abierto en él, y en torno de él, desde el minuto en que se separó de Jane, casi con despreocupación, sin darle ninguna importancia. Su

prisa por abandonar a su padre, su carrera hacia Katmandú, eran la necesidad de volver a sentirse vivo recobrándola, de colmar ese vacío insoportable, del cual no había tenido conciencia mientras avanzaba por el camino con la seguridad de que, por largo que fuese, lo conducía hacia ella.

Al final del camino no había nadie.

Ya nada había en el mundo ni en sí mismo. Sentado sobre el escalón de ladrillos, con la cabeza entre las manos, al término de sus fuerzas y de su esperanza, era sólo un sufrimiento, un llamado, una necesidad peor que el hambre y la sed mortales. La ausencia de Jane lo hería con una herida sin límites, como si una mano enorme de uñas desgarrantes hubiera vaciado totalmente su interior, raspando hasta la piel. La ausencia vaciaba también el universo alrededor de él, casas, ciudades, cosas que se movían y que eran gentes y animales, imágenes sin color, sin olor, sin ruido.

Que ella lo hubiera abandonado y que él no la hubiese vuelto a encontrar le parecía no solamente atroz sino sobre todo tan absurdo, tan imposible de creer que cerró los ojos y extendió la mano izquierda abierta, SEGURO de que iba a sentir su palma y sus dedos posarse sobre ELLA, de que ELLA se pondría a reír de dicha, se arrojaría contra él y se acurrucaría en sus brazos, y de que él la estrecharía tan fuerte que ella gritaría de dolor y de alegría.

Cuando abrió los ojos vio tres niños desnudos sentados frente a él del otro lado de la estrecha calle, entre dos pilas de cántaros y vasijas, que lo miraban con seriedad y amistad. Cerró la mano que sólo se había posado sobre el vacío y la recogió lentamente. Entonces los chicos se echaron a reír y agitaron sus brazos. Le gritaban «*¡bye bye!*», «*¡Hello!*». Gracias a los turistas americanos comenzaban a civilizarse.

Olivier se levantó y respiró profundamente. No debía desesperar. Jane seguramente estaba en Katmandú o en los alrededores. ¡La encontraría! ¿Y si no la encontraba? ¿Pero acaso iba a dejar de vivir a causa de una chica? ¿Qué tenía ella más que las otras? ¿Es que se estaba volviendo tonto? Si ella no quería aparecer ¡qué se fuera al diablo! ¿Por qué no siguió con él cuando se lo preguntó? ¿Por qué se acostaba con ese tipo? ¿Y con cuántos otros se había acostado antes? Por todos lados en Katmandú estaba lleno de chicas que valían tanto como ella o mucho más.

Se puso a andar a grandes pasos, seguro de sí, fortalecido, calmado. Pero antes de llegar al extremo de la calle sabía que las otras chicas no contaban, aunque fuesen mil veces más bellas, y que sin Jane el universo era sólo una construcción absurda y triste que no significaba nada y no servía para nada. Que se acostara con ese tipo o con mil otros no tenía más importancia que unos granos de polvo. Lo importante, lo único era que estaban hechos para estar juntos, que desde el comienzo de los comienzos todo había sido creado para que estuviesen juntos, reunidos en medio de todo. Y su separación era algo contranatura y monstruosa como un sol negro.

Había aminorado el paso sin saber dónde ir, el vacío lo rodeaba por todos lados, sólo a través del dolor sentía su propia presencia.

Acabó por encontrarse sentado ante la misma mesa que la víspera, ante un plato

de arroz. Allí fue donde encontró a Gustave, el marsellés, un antiguo panadero que un buen día decidió seguir a un grupo de *hippies*, porque encontraba mucho más agradable vivir sin trabajar que ser panadero de la mañana a la noche. Era un hombrecito flaco, de una treintena de años, con largos cabellos negros rizados y erizados en forma de bola, con vivaces ojillos de color ciruela y una barbita a lo D'Artagnan. No fumaba. Tocaba una pequeña flauta de hojalata. Se dio cuenta de que hacía reír a las campesinas del mercado tocándoles «Plaisir d'amour». Ignoraba por qué esa melodía melancólica las hacía retorcerse de risa. Tocaba, se interrumpía, y tendía la mano antes de continuar tocando. Ellas le daban algunas cebollas, una hoja de espinaca, una naranja. Regresaba siempre con la alforja llena.

Sabía quién era Jane y le dijo a Olivier dónde podía encontrarla.

Romain Closterwein me telefoneó a las dos de la mañana para pedirme que partiera con él a las ocho para Katmandú. En pocas palabras me contó la historia de Matilde desde mayo. El día antes por la noche un telegrama cifrado del embajador de Francia en Nepal le había advertido respetuosamente que su hija se hallaba en Katmandú e intentaba entrar en China comunista. Estaba decidido a ir a buscarla y traerla de las orejas y a puntapiés. Basta de libertad, basta de idioteces.

No sabía nada de Nepal. Se enteró de que yo había estado allá hacía poco, preparando el escenario para un film de Cayatte. Podía serle útil y me rogaba que lo acompañase. Le respondí que apenas sabía más que él sobre el Nepal. Me había quedado en el país lo indispensable para husmear el color local, sin relacionarme con nadie. Pero comprendí que sobre todo necesitaba no estar sólo. Acepté. Aún disponía de mis vacaciones. En cuanto a él, se burlaba de los reglamentos y del cólera. Me levanté, me afeité y comencé a preparar mi valija.

En 1948, cuando conocí a Romain Closterwein, comenzaba a reemplazar a su padre, Hans Closterwein, en alguna de sus actividades, y quería incorporar a ellas el cine. Juzgaba posible invertir fructuosamente en esa industria. Los americanos ganaban mucho dinero con sus películas, ¿por qué no hacer otro tanto en Europa? Financió una película de la que yo tuve a cargo el escenario. Así nos encontramos y se anudó entre nosotros una amistad intermitente, basada en una estima recíproca, objetiva, clarividente y un poco escéptica.

Me invitaban de tiempo en tiempo a su blanca casa, para hacerme admirar alguna de sus adquisiciones, o simplemente para charlar, cuando estaba harto de no hallar más que imbéciles. Sabía bien que yo no era uno de ellos, y también lo sé yo, lo cual para nada me sirve. Por su parte, él es uno de los pocos hombres inteligentes que he encontrado. Menos de una docena, en veinte años de conciencia un poco despierta.

Tenemos los mismos gustos. A mí me gustaría vivir como él, con el unicornio o la Virgen Azul del Maître de Moulins. Posee tesoros escondidos en su sótano que no le

sirven a él ni a nadie. Yo estoy lleno de problemas y no tengo un centavo. Pero me gusta encontrarlo. La inteligencia es más rara que el oro. Año tras año he visto crecer a Matilde. A las cuatro de la mañana volvió a telefonarme para decirme que salíamos a las seis. Ninguno de sus aviones tenía suficiente radio de acción. Había alquilado un Boeing, que se detuvo en Katmandú al extremo de la pista demasiado corta, justo a medio centímetro de la catástrofe.

Fuimos a lo de Boris. Es un ex bailarín de Diaghilev, a quien un precedente rey de Nepal le regaló un palacio. Lo transformó en un hotel, antes de que los chinos hubieran construido la única ruta que atraviesa Nepal, desde la frontera del Tíbet a la de la India. Los sherpas llevaron sobre sus espaldas, a través de las montañas, las inmensas bañaderas victorianas y las canillas de cobre, las camas, los roperos, las mesas, las sillas, toneladas de pintura, todo un mobiliario comprado en la India y todos los accesorios, incluso los bidets, que debió encargarse a Francia.

El hotel de Boris ha envejecido, el Himalaya es más moderno, pero menos pintoresco, y Boris sabe todo. No sólo lo que pasa en Katmandú, sino también en Hong Kong, en Tánger, en Beirut y aun en Londres y París. Sabía por qué Closterwein iba a Katmandú, pero lo recibió con una reserva discreta y no dijo una palabra.

Un taxi-tigre nos hizo franquear en diez segundos los trescientos metros que separan el hotel de Boris de la Embajada de Francia. El embajador no estaba allí. ¿Dónde estaba? Nadie sabía... No se podía decir... Romain agarró al joven diplomático pálido y un poco sucio —uno se vuelve muy pronto sucio en Katmandú si no se está constantemente alerta— de las solapas de su saco de alpaca y luego de su corbata, apretándole el nudo hasta que se volvió violeta. Así nos enteramos de que el embajador estaba jugando al tenis en lo de Boris.

El taxi-tigre regresó en nueve segundos. En un rincón de los inmensos jardines del palacio de Boris una cancha de tenis estaba rodeada por un rectángulo de tela de yute. Sobre algunas gradas sin cepillar de un estrado de tablones, todo el cuerpo diplomático masculino y femenino se hallaba presente, aplaudiendo con desgano los cambios de pelota entre un pelirrojo de bermuda blanco y un asiático con short azul. Hacía muchísimo calor. Hasta a la misma pelota parecía costarle moverse, los espectadores traspiraban, las espectadoras sentían en sus vientres el hormigueo de los efectos taimados de las amebas y la quinina, todo el mundo se aburría y deseaba estar en otra parte, no importa dónde...

En los grandes jardines del palacio-hotel, alrededor del pequeño rectángulo de yute que protegía a la élite occidental, se paseaban en libertad caballos, vacas, rollizos cerdos rosados, teniendo todos estos animales la excepcional particularidad de hallarse muy limpios. Un caballo penetró en el hotel al mismo tiempo que nosotros y el embajador. Pero nos abandonó al pie de la escalera.

En la habitación de Romain el embajador nos informó que Matilde, llegada a Katmandú varias semanas antes, había puesto sitio a la embajada de China para

obtener una visa de entrada en el país de Mao. No le decían no, tampoco le decían sí, le decían que era necesario esperar un poco, un día o dos. Ella regresaba, había que esperar aún; regresaba de nuevo, había que esperar...

Desde hacía cuatro días estaba ausente de su habitación en lo de Boris y no volvió a presentarse en la embajada de China. El embajador de Francia no creía que hubiese obtenido una visa. Nadie la obtenía jamás. Ignoraba donde estaba.

Boris lo sabía pero no quiso decírnoslo, porque también sabía que era demasiado tarde. Fingió creer que teníamos grandes posibilidades de encontrarla en la casa de los tibetanos. Todos los muchachos y las chicas de Occidente iban allí casi todas las noches. Esperamos el fin del día. Romain me contó la escena terrible del mes de mayo, entre Matilde y él. Yo permanecí un momento sin decirle nada. Estábamos sentados en viejos sillones polvorientos en la inmensa pieza de techo con vigas. Un servidor presuroso nos trajo té, masas, frutas, rebanadas de un extraño pan, y manteca proveniente de la granja de Boris en la montaña. Manteca de yac o de búfalo, no se sabía de qué...

Le dije a Romain que Matilde tenía razón: él era para fusilarlo, y sin ninguna duda lo fusilarían un día u otro.

Él también estaba convencido de eso. Tenía plena conciencia de pertenecer a un mundo perimido, condenado, cuyo fin se aproximaba rápidamente. Pero agregó que Matilde, que se creía del lado de los fusiladores, se encontraba en realidad del mismo lado que él, cualesquiera fueran sus sentimientos y sus convicciones. Su herencia, su educación, su medio, su carne, su espíritu, había construido año tras año un ser preciso y particular: la hija, la nieta, la tataranieta de millonarios. Era eso, psicológicamente, íntimamente, en el menor de sus reflejos mentales y físicos. Y eso ella no podía cambiarlo, incluso aunque hubiese adquirido, bajo la influencia de sus lecturas y sus relaciones, alguna ideas y una terminología nuevas. Ella era lo que era: alguien para fusilar, también.

Pero si no llegaba a convencerla de eso muy pronto, corría el riesgo de ser fusilada antes que él...

Por su parte, Romain tenía el firme propósito de durar todavía. El fusilamiento que le concernía, el incendio de su blanca casa, no eran para mañana...

Cuando llegó la noche fuimos a lo de los tibetanos. Yo sabía dónde quedaba pero jamás había puesto los pies allí. Era también un antiguo palacio, perteneciente antaño a un príncipe exiliado por la nueva dinastía. Se componía de cuatro vastas alas que encuadraban un jardín plantado de árboles, con pequeños templos y estatuas. El rey lo había donado a los tibetanos que huían de su país invadido por los chinos. Ellos habitaban en los recintos de la planta baja, por familias y tribus. Y alquilaban las piezas del primer piso a los «viajeros», a quienes dejaban el cuidado de hacer su propia limpieza.

Por la noche, los hippies del primer piso, todos los de Katmandú, y todos los que estaban de paso, se reunían en el jardín, por pequeños grupos, alrededor de

pequeñas fogatas, fumando, soñando, cantando, durmiéndose ahí mismo, haciendo el amor o sus necesidades en un rincón de sombra, al pie de un dios o de un árbol gigante.

Pasamos bajo el pórtico y penetramos en el jardín. Había allí más de un millar de chicos y chicas, alrededor de la llama de una lámpara de aceite. Algunas guitarras trataban de hacerse oír. Aquello recordaba a las reuniones de gitanos en Saintes-Maries-de-la-Mer, la víspera de la fiesta, pero sin el chisporroteo y las llamas de la alegría.

Sobre esa multitud tan joven caía un velo de cansancio y de vejez que ahogaba los sonidos y las luces, y todas las manifestaciones de la vida. Y el repugnante olor otoñal, podrido, del hachich, se estancaba entre los cuatro muros del palacio como el del estiércol.

Me volví hacia Romain. Su rostro helado expresaba una certidumbre que tradujo en palabras:

—Matilde no puede estar aquí.

Yo estaba de acuerdo. Sin embargo comenzamos a buscar minuciosamente. Él arrancó para un lado, yo para otro, pasando de un grupo al siguiente. Yo miraba los rostros de todas las muchachas, y aquellos de los cuales dudaba si pertenecían a un varón o una mujer. A veces tropezaba con alguien tendido en la sombra. Utilizaba mi lámpara eléctrica lo menos posible, pero muy pronto me di cuenta de que no molestaba a nadie. Me desplazaba en una isla fantasmal, cernida por la noche, sin límites precisos entre la una y la otra, y sobre la cual un pueblo de seres ausentes fingía vivir. Aquí o allá, rechazando un poco la oscuridad gris, ardía un fuego vivo, se alzaba un coro de voces semejantes a voces vivas, que cantaba una balada, un folk-son, un blues, y acababa por sumirse en sí mismo y morir lentamente. Cigarrillos y pipas pasaban de boca en boca, y junto con ellos, poco a poco, los grupos, los fuegos y los cantos se extinguían, la noche gris los sumergía.

Respirando a pesar mío la humareda cuyos remolinos y espesuras estancadas atravesaba, sentía ablandarse el suelo bajo mis pies, convertirse la isla en un inmensa balsa náufraga arrastrada por una lenta ola sobre un mar perdido, de donde jamás podría abordar a ninguna parte.

Choqué con alguien sólido, de pie, que me rechazó. Lo iluminé. Era un dios rojo y negro con cabeza de elefante, esculpido en un rectángulo de piedra, que llevaba en sus dos manos el sol y la luna. Hice descender el haz de luz desde el rostro del dios al rostro de una muchacha sentada a sus pies, apoyada contra él. Era muy bella, solitaria y cansada. Largos cabellos color caoba caían sobre sus delgados hombros, sus ojos estaban cerrados pero no dormía. Esperaba. Su nombre gritado estalló detrás de mí:

—¡Jane! ¡Jane!

Más que un llamado, era un grito de resurrección, como el que Jesús lanzó hacia Lázaro ¡pero gritado justamente en el momento en que el mismo Jesús resucitó!

Ella lo oyó, abrió sus inmensos ojos violeta, irguió su busto, se iluminó. No era la luz de mi lámpara la que iluminaba su rostro, sino la gloria del sol.

Olivier llegó corriendo, entró en la luz, cayó de rodillas, juntó sus manos y la miró. Ambos se contemplaron maravillados. Abrieron sus brazos, se tomaron lentamente uno en brazos del otro, se estrecharon luego, los ojos cerrados, mejilla contra mejilla, sin decir una palabra.

De nuevo sentí el suelo sólido bajo mis pies, y alrededor de mí el mundo que vivía. Apagué mi linterna.

—¿Estás sola? ¿Dónde están tus amigos?

—¿Qué amigos?

—Harold, Sven...

—¡Ah, sí!... Harold se fue... con una americana...

—¿Laureen?

—¿La conoces?

—Por supuesto. ¡Vamos!

¿Cómo podía haberlo olvidado? Le inquietaba encontrarla tan ausente a pesar de la alegría con que lo recibió. Pasaba sus manos sobre ella con delicadeza, en la oscuridad que de nuevo sobrevino. Por todas partes sentía aflorar los huesos frágiles bajo las curvas del cuerpo delgado que había descubierto a la luz tenue del butano.

—Has adelgazado... ¿No comes? ¿No tienes dinero?

—Sí, se come...

—¿Y Sven, dónde está?

—Ya va a volver, está en el hospital.

—¿Enfermo?

—No... fue a vender su sangre...

—¿Ahora? ¿A esta hora?...

—Hay siempre un enfermero de guardia, con dólares...

Olivier sabía que ése era el último recurso de los *hippies*. Cuando habían vendido todo lo que poseían, les quedaba su sangre para vender. Los hospitales de los países que atravesaban, o en los cuales anclaban, siempre necesitaban sangre y pagaban bien. Las chicas, en general, preferían prostituirse. Tres rupias era la tarifa. Un franco y cincuenta. El precio de un poco de arroz y un poco de *hachich*. En Katmandú incluso las más feas encontraban clientes, comerciantes nepaleses o indios. Los campesinos no tenían dinero: eran sus mujeres quienes vendían las legumbres.

Jacques le había dicho a Olivier:

—Ten cuidado con esas chiquilinas. Droga, viruela y tuberculosis. Acaban en Pashupakinat, sobre una hoguera...

Rodeó a Jane con sus brazos. Hubiera querido encerrarla en sí mismo, ponerla al abrigo. La llevaría lejos de todo eso. La sentía frágil, débil, sin peso. Temblaba. Él le

preguntó si se sentía mal.

—Mañana alquilaré una habitación en lo de Boris. Después llamaremos a un médico. Si hay un hospital, ha de haber un médico.

Ella se rehusó a ir a lo de Boris. Esperaba a Sven. Tenían una pieza allí, en el piso. Podría dormir con ellos... Temblaba cada vez más y no quería irse.

Sven llegó como una sombra en la noche. No manifestó ninguna sorpresa al ver a Olivier, sólo una alegría amistosa. Olivier apenas lo veía, pero oía su voz muy calma, con algo de seguro, de caluroso y de distraído a la vez, que contrastaba con la ansiedad de Jane. Sven se sentó cerca de ella y le entregó dos paquetitos de papel, chatos, cuya blancura percibió Olivier en la noche. Guardó uno en el bolsillo de su *blue-jean* y abrió el otro, lo llevó a su nariz y aspiró parte de su contenido. Sven tosía. Apoyó la guitarra sobre sus rodillas y se puso a cantar una tonada feliz pero entrecortada por pausas e interrupciones. Ya había tomado su dosis. Estaba en la euforia, con la ruptura del tiempo y de la conciencia. El gesto de Jane lo dejó helado a Olivier. En tan poco tiempo había llegado a eso... Tenía que arrancarla de ese país, de esa inmundicia, pronto, pronto...

Ya ella no temblaba más. No esperaba más. Comenzó a reír, se apretó contra Olivier y le cantó en inglés la felicidad de haberlo recobrado. Después se lo dijo en francés. Había sido muy desdichada, había tenido necesidad de él como de beber o respirar, y él no estaba con ella, pensaba que jamás volvería a verlo...

¡Pero había vuelto! ¡Estaba allí! ¡Era maravilloso! Le mostraba en el cielo todas las estrellas que cantaban para ellos. Dios era el amor, Dios era él y ella, y ya nunca se separarían, serían felices para siempre. Reía, cantaba, hablaba, se frotaba contra él, le tomaba el rostro con las dos manos, lo besaba por todas partes, reía porque su barba le picaba, le dijo que no se había acostado con nadie desde que él se fue, y nada de lo que había hecho antes contaba. Solamente existía una noche, una sola, la noche con él en la luz dorada del Buda, una noche grande como toda su vida, sólo aquella noche, con él.

Le tomó una mano, la abrió y la apretó contra ella. A Olivier se le encogió el corazón. En el hueco de su mano, el pobre seno allí anidado, el seno disminuido, ardiente, cuya dulce punta aún trataba de emocionarse, le hizo pensar en la paloma herida que había abrigado en su pecho y que no tuvo tiempo de salvar.

—Jane, Jane, mi amor, te quiero...

Se lo decía con mucha dulzura, con un gran calor envolvente, para protegerla desde ya con las palabras. La hizo levantar y la condujo a través de la noche y el humo hacia la salida de esa pesadilla. Pero al llegar al pórtico, Jane no quiso ir más lejos. Se negó a ir a lo de Boris y lo arrastró hacia su pieza. Subieron una escalera de madera y de tierra, sembrada de despojos, iluminada por una débil ampolla eléctrica en el extremo de un hilo. Desembocaba en una terraza cuadrada, a la que bordeaba una balaustrada de madera esculpida con mil personajes divinos y todos los animales de la tierra. Todo a lo largo de ella había cuervos posados, unos dormidos,

acurrucados, otros erguidos, alargando su cuello desplumado. Al ver llegar a Jane y Olivier algunos sacudieron sus pesadas alas y volvieron a dormirse. Olivier se estremeció de asco. Jane reía, ligera, lo tiraba de la mano, lo arrastraba por un inmenso corredor recubierto de planchas de madera semidesprendidas, en las cuales se abrían las puertas de las piezas. Entre las puertas todavía estaban colgados los retratos del príncipe, con un gran uniforme barroco, pantalón de zuavo, casco de bombero, cubierto de medallas hasta los muslos, cintas de colores, mangas abullonadas, sable de coracero, el gesto terrible, temblando ante las llamas vacilantes de las lámparas de aceite colocadas en los alvéolos.

Había «piezas» de todas las dimensiones. En los antiguos salones de recepción se acostaban muchos centenares de *hippies*, unos en jergones, otros en el suelo desnudo. Un espeso olor a sudor, a suciedad y *hachich* fluía por sus puertas abiertas, Jane conducía siempre a Olivier de la mano, volando como un pájaro feliz, un pájaro inglés cuyo lenguaje él no comprendía. Lo llevó casi hasta el rincón donde el corredor doblaba en ángulo recto, empujó una puerta y lo hizo entrar en lo que debió haber sido una enorme alacena. Había allí cuatro jergones desocupados. Sobre una vieja valija estaba plantado un cabo de vela junto a una caja de fósforos. Jane lo encendió y se dejó caer sobre uno de los jergones que se beneficiaba con una manta azul oscuro, atrajo a Olivier, lo besó y lo desvistió sin dejar de hablar y reír; después se desnudó ella, muy rápido, se apretó contra él, se extendió sobre él, bajo él, riendo, llorando, hablando, mordiéndole las orejas, la nariz, anidando la cabeza bajo su brazo, gruñendo de felicidad como un gato ya incapaz de ronronear, frotándose el rostro contra su sexo, adorándolo con las dos manos, tomándolo en sus labios, dejándolo para tenderse largo a largo sobre ese cuerpo de hombre, ese calor de hombre, del hombre solo, del único, tan deseado, tan esperado, volviéndose para sentirlo también en su espalda y en sus pantorrillas y en el dorso de sus muslos, por todas partes, sobre sus caderas, sobre su vientre, en sus manos, por todos lados, como un pez tiene necesidad de sentir alrededor de él y en él, el agua que es él mismo.

Poco a poco se calmó, saciada, tranquilizada, y se acurrucó de espaldas contra el pecho de Olivier, con los muslos apretados, los brazos cruzados sobre su pecho menudo. Olivier la envolvió en sus brazos, se pegó a ella para darle calor, y se puso a hablarle muy dulcemente, repitiéndole sin cesar la misma cosa: eres linda, te quiero, te llevaré de aquí, seremos felices, todo está bien, nos iremos al otro extremo del mundo, con las flores y los pájaros, tú eres más linda que las flores, más linda que el cielo, te amo...

Ella se dormía entre sus brazos, en su calor, en su amor, en el deslumbramiento, en la dicha...

Olivier permaneció despierto. Su felicidad se mezclaba con angustia. ¿Cómo llevar a Jane fuera de ese país de arenas movedizas, donde se hundían en la droga y en la muerte tantos muchachos y chicas llegados de todos los lugares del mundo, atraídos por el espejismo de la libertad, de la fraternidad entre todos los seres

vivientes, y de la proximidad de Dios? En Katmandú uno hacía lo que quería, era cierto. Nadie se ocupaba de nadie. Era cierto. Nuestros hermanos los pájaros no se molestaban cuando se caminaba sobre su cola, porque desde hacía diez mil años nadie había matado a un pájaro. Era cierto. Dios estaba presente en todas partes, bajo diez mil rostros. Era cierto.

Era cierto para los hombres y las mujeres y los niños nacidos en el país. Mas no lo era para los hijos de Occidente de largos cabellos y largas barbas. Ellos eran los hijos de la razón. Y ella los había separado para siempre de la simple comprensión de las evidencias inanimadas, vivientes, divinas, que son las mismas y por las cuales todo es claro, desde la brizna de hierba hasta los infinitos. Al nacer, la venda de la razón cayó sobre sus ojos, incluso antes de que estuviesen abiertos. Ya no sabían ver lo que era visible, no sabían leer la nube, ni oír al árbol, hablaban sólo el rígido lenguaje de los hombres encerrados juntos entre los muros de la explicación y de la prueba. Ya sólo podían optar entre la negación de lo que no puede probarse o una fe ciega y absurda en fábulas improbables.

El gran libro evidente de lo que es, el equilibrio del universo y las maravillas de su propio cuerpo, el pétalo de la margarita, la mejilla de la manzana, el plumaje dorado de la curruca, los mundos de un grano de polvo, ya no eran para ellos más que estructuras materiales y analizables. Como si sobre un libro abierto los expertos se inclinaran únicamente para analizar la tinta y el papel, incapaces de leer, e incluso negando que los signos dibujados sobre la página tuviesen alguna significación.

Había sin embargo una diferencia entre los muchachos y las muchachas que venían del Occidente a Katmandú y sus padres: los hijos sabían ahora que la lógica y la razón de sus padres los llevaban a vivir y a matarse entre sí de una manera ilógica e irracional. Rechazaban semejante absurdo y sus obligaciones, adivinando vagamente que debía existir otro modo de vida y de muerte de acuerdo con el orden de la creación. Buscaban perdidamente la puerta por la cual evadirse de sus murallas. Pero las murallas estaban en ellos desde su nacimiento. Por medio de la droga creaban en las mismas la ilusión de una abertura que franqueaban en sueños, en la podredumbre de su espíritu y de su cuerpo, sin conseguir otra cosa más que su ruina.

Olivier se preguntaba cómo conseguir el dinero para llevar pronto a Jane, muy lejos... Pensó en Ted, el socio de su padre... Jacques había terminado por reconocer que Ted traficaba con estatuas robadas en los templos. Las vendía a los turistas y se encargaba de hacerlas llegar a Europa y América. Jacques ignoraba por qué medios. Olivier decidió ir a buscar a Ted y ofrecerle sus servicios. Así tal vez podría ganar rápidamente mucho dinero. Mientras tanto cuidaría a Jane y le impediría continuar drogándose. ¿Pero dónde vivirán? Su padre le había ofrecido la llave del pequeño departamento que habitaba, cerca de la plaza de los Templos. Entonces la rechazó con un reflejo de niño orgulloso, y lo lamentaba ahora que se encontraba ante una responsabilidad de hombre. Quizás encontraría en alguna parte un cuarto conveniente para alquilar. Lo primero que tenía que hacer era encontrar a Ted. Muchas veces,

mientras buscaba a Jane, había pasado ante las oficinas de Ted y Jacques, en la planta baja de una moderna casa de dos pisos, en el límite del barrio occidental y el viejo Katmandú. Estaría allí al día siguiente por la mañana.

Alguien tosió a lo lejos en el corredor. Jane se despertó. Al principio no recordó, luego, de golpe, se sintió envuelta por Olivier y supo que él estaba allí. Se volvió de golpe, se aferró a sus hombros y se apretó contra él.

—¡Estás aquí! ¡Estás aquí! ¡Estás aquí! —decía.

Era lo maravilloso, lo inesperado, lo increíble, él estaba allí, contra ella, en sus brazos, lo sentía todo a lo largo de su cuerpo, desde los pies hasta la mejilla, sobre su mejilla, él estaba allí, él a quien había esperado tanto, esperado durante eternidades.

—¿Por qué me dejaste dormir? ¿Por qué?...

Lo atrajo sobre ella y se abrió. Abrió también su boca y sus manos, lo recibió en cada poro de su cuerpo.

Y después fue la invasión de la paz otra vez en su cuerpo, nutrido de una felicidad cuyo peso y calor sentía que la alejaban y esparcían sobre la nube donde estaba posada. ¿Era la felicidad, el sueño o la muerte en el Paraíso? Con los ojos cerrados, sonreía un poco. Tuvo fuerzas para decir «Olivier... Tu...», después se durmió. Olivier besó con dulzura sus ojos cerrados; la dejó, se tendió junto a ella y los cubrió con la manta.

Sven los despertó al venir a acostarse. Había hecho el menor ruido posible pero en cuanto se acostó comenzó a toser. Se tapó la boca, se esforzó por ahogar los accesos, pero le subían desde los pulmones con mucosidades que se sonaba en viejos pedazos de papel. Unos instantes después aquello recomenzaba. Olivier se despertó y sintió que Jane ya no dormía y estaba escuchando. Le habló despacio al oído:

—¿Hace mucho que tose así?

Ella dijo «si» con la cabeza.

—Necesita atención. Debería internarse en el hospital...

Ella hizo «no» con un gesto nervioso, como si Olivier evocara una acción imposible. Entonces recordó los paquetitos de papel blanco. La dicha que le traía la presencia y el amor de Jane había apartado momentáneamente de su conciencia su amenazadora imagen.

No bien amaneciera buscaría a Ted. Pero era necesario que Jane hiciese un esfuerzo. Ahora que estaba a su lado, ella debía terminar con ese hábito. Él no la dejaría más, la ayudaría.

Sven ya no tosía y parecía dormir. Olivier preguntó suavemente:

—¿Qué es ese polvo, en ese papel? ¿Cocaína?

Sintió que ella dejaba de respirar; al cabo de un momento le respondió:

—Nada... No te preocupes...

—¡Sabes que eso te envenena!... ¡Si continúas, puede matarte!...

—Estás loco, es solamente un poco, así para acompañar a Sven... No es nada...

—Ya no es necesario... Ahora estoy contigo... Nunca más, ¿me lo prometes?

Ella asintió muy rápidamente con la cabeza. Sí, sí, sí.

—¡Júramelo! Di: «Juro»...

—No seas tonto... ¡Si no es nada!

—¡Jura!

Se quedó silenciosa, inmóvil... él insistió con mucha ternura:

—Vamos... Jura...

Ella se volvió hacia él, lo besó en los labios y le dijo:

—Te lo juro... ¿Estás contento?

Él respondió simplemente:

—Te quiero...

El débil resplandor del alba entraba por una especie de ventana en forma de escudo, cerrada por un panel de madera labrado con mis agujeros, como una puntilla. Olivier se levantó sin despertar a Jane, la volvió a tapar, se puso el pantalón y se inclinó a mirarla. A la gran paz del amor le sucedía, aun durante el sueño, un estado de inquietud nerviosa que se traducía por pequeñas crispaciones en la comisura de los labios o de su mano derecha que colgaba fuera del jergón.

Estaría obligado a dejarla sola por el tiempo en que fuera a ver a Ted. No quería correr riesgo alguno: tomó el *blue-jean* de Jane y encontró en el bolsillo el paquete usado y el intacto. Salió descalzo.

En los árboles cantaban millares de pájaros. En medio del cielo aún sombrío, las cumbres de la Montaña inmensa eran como flores de luz separadas del resto del mundo.

Olivier respiró profundamente. Se sintió calmo, feliz y seguro. Jane y él mismo habían llegado al cabo de sus errados caminos, cada uno por su lado, y ahora iban, juntos, a comprometerse en un camino quizá difícil pero claro como ese día que empezaba.

Arrojó al viento el contenido de los paquetitos y luego los papeles arrugados, y se dirigió hacia una fuente que había oído cantar ayer cerca del dios rojo y negro.

Jane se despertó temblando. Le fueron necesarios algunos instantes para encontrarse presente en el mundo y recordar. Tenía frío. Se sentó y, envolviéndose en la manta, buscó a Olivier con la mirada. No estaba allí pero vio su camisa, su blusón y su bolso. No se inquietó. Regresaría. No era él lo que le faltaba en ese momento.

Tomó su *blue-jean* por una pierna, lo atrajo hacia ella, metió su mano en un bolsillo y después en el otro. El corazón le saltó en el pecho como un conejo enloquecido. Se levantó dejando caer la manta y estrechando el *blue-jean*, al que le vació los bolsillos, arrojando cuanto encontraba: un pañuelo sucio, un *rouge* usado, una pequeña polvera de cuero rojo con el espejo roto, y dinero nepalés: tres monedas de cobre y dos de aluminio. Aunque ya estaban vacíos, revisó varias veces más los bolsillos, enloquecida al no encontrar nada en ellos. Arrojó el *blue-jean* al fondo de la pieza y se dejó caer en cuatro patas sobre el jergón, buscando todo lo que había tirado, reabriendo la polvera y el pañuelo, aunque ya lo había hecho antes de dejarlos

caer, mientras buscaba bajo la manta, por todas partes, desnuda, gateando, temblando, entrechocando los dientes de frío y de horror.

Fue así como la encontró Olivier, como un animal flaco que busca ese alimento sin el cual morirá al minuto siguiente. Ya no sabía qué veía, qué tocaba: sus costillas marcadas, sus pobres senos vacíos que apenas colgaban. Posaba las manos por todos lados, hurgaba bajo la manta, gemía, rebuscaba, vuelta hacia la pared o hacia la puerta; entonces vio ante ella los pies desnudos de Olivier.

Se levantó con una energía fantástica, como un resorte de acero. Había comprendido.

—¡Tú la agarraste!

Él dijo «sí» dulcemente.

Ella tendió su mano izquierda abierta, con la palma al aire y los dedos crispados, casi tetanizados.

—Dame! *Dame!* ¡DAME!

Él le respondió con suavidad:

—La he tirado...

Recibió la frase como un golpe de ariete en pleno pecho. Pero era una realidad en la que no *podía* creer.

—¡Ve a buscarla! ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Antes que desaparezca!

—La diseminé por el aire... Nadie podrá tomarla...

Ella retrocedió lentamente hasta la pared, como si algo enorme le pesara y la empujara. Cuando tocó la pared se apoyó con las dos manos abiertas hacia atrás. Encima de su cabeza, la ventana de madera recortaba el sol naciente.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué?... ¿Por qué?...

La vio helada, temblando, perdida; avanzó despacio, sus brazos tendidos para recibirla, para tomarla, envolverla y calentarla.

—Porque no quiero que te envenenes más... Me habías jurado...

Llegaba a su lado. Tendió las manos, las puso sobre sus brazos, sintiendo su piel fría como la de un pescado muerto. Ella se desprendió gritando y arañándole el pecho con sus diez uñas, de arriba a abajo.

—¡No me toques!... ¡Vete!... ¡Imbécil!... ¡Tú quieres!... ¡Quieres! ¿Qué te has creído?... Tú quieres... ¿y yo? ¿Qué soy yo? ¡Soy libre! ¡Hago lo que yo quiero! ¡Y tú me has robado! ¡Robado! ¡Robado! ¡Eres un monstruo! ¡Eres horrible!... ¡Vete!

Olivier no se movió. Sven, despertado por los gritos de Jane, se había levantado y tosía. Dijo a Olivier dulcemente:

—Mejor es que... te vayas ahora...

Olivier recogió sus cosas. Jane, siempre pegada a la pared, lo miraba hacer sin mover la cabeza; sólo lo seguían sus grandes ojos violetas donde las pupilas dilatadas abrían agujeros de tinieblas. Sus dientes castañeteaban.

Olivier se puso la camisa y el blusón; se calzó, recogió su bolso y se dirigió hacia la puerta. No había levantado su mirada ni una sola vez hacia ella. En el momento en

que iba a salir, escuchó su grito:

—¡Espera!

Se dio vuelta y la miró: esperaba...

—Ahora tengo que comprar otro... y no tengo plata...

Había comenzado con una voz baja, ronca, pero el tono subía a cada palabra y acabó gritando:

—¡Te has acostado conmigo, y eso se paga...!

Tendió de nuevo su mano izquierda abierta, con la palma al aire, como la garra de un animal desnudo.

Olivier sacó del bolsillo de su blusón los billetes que le quedaban y los tiró sobre el jergón. Después salió.

Jane se desplomó sollozando sobre los billetes, la manta, los despojos sacados de sus bolsillos, el olor de su noche de amor, el olor podrido de los sudores y de la suciedad de todos aquellos que se habían tendido antes que ellos en aquel jergón, momentáneamente trasfigurado por la grandeza de su unión. No sentía nada, ni el frío ni el mal olor, nada más que la falta de la droga, la frustración, el fracaso y la desesperación. Todo estaba perdido, estropeado, muerto, y la necesidad de la droga le roía el vientre como un tropel de ratas.

—¿El hijo de mister Jack?... ¡Oh!, ¡es sorprendente!... ¡La verdad es que se le parece muy poco!... Me alegra mucho que tenga un hijo tan lindo... ¡Hello! ¿Mr. Ted? Mr. Jack's son is here. ¡Yes!... ¡His son!... yes, he says... He is asking for you... ¡Well! ¡Well!...

Colgó el tubo. Era la rubia secretaria de la agencia «Ted and Jack»; rolliza, sonriente, optimista, limpia como una inglesa, rosada como una holandesa. Estaba sentada tras un escritorio cubierto de pilas de folletos turísticos, bajo una enorme cabeza de tigre colgada en la pared. Se levantó para abrirle una puerta y mostrarle la escalera al fondo de un corredor.

—Suba hasta el segundo piso... Mr. Ted lo espera... En su escritorio.

A todo lo largo de la pared del corredor había otros trofeos y al pie de la escalera una cabeza de búfalo con cuernos inmensos, abajo de la cual se hallaba, como para subrayarla, el terrible sable que la había cercenado.

—Siento mucho —dijo Ted— pero no veo cómo puedo ayudarlo...

Era un hombre grande, de piel rosada y pelo transparente. Se parecía a uno de los cerdos bien alimentados de los jardines de Boris. Pidió a Olivier su pasaporte, para asegurarse de su identidad y, semisentado sobre uno de los ángulos del escritorio estilo imperio, que seguramente debió también haber cruzado las montañas sobre la espalda de los sherpas, hojeó negligentemente el documento, después de haberlo examinado con mucha atención. Lo puso sobre el escritorio y tomó una estatuita de bronce que representaba una diosa exquisita, a la que empezó a acariciar con una

voluptuosidad maquinal, haciéndola deslizar en el túnel de una de sus manos cerradas, después a la otra.

—Esa chica por que usted se interesa... Desgraciadamente... hay tantas en el mismo caso... Aquí vienen chicos y chicas que creen llegar al Paraíso... Esto no es más que un callejón sin salida. No pueden ir más lejos... El Himalaya... La China... ¿Eh? No es fácil... ¡Imposible!... Los que pueden regresar... Los otros se pudren...

—¡Por eso es necesario que me la lleve! ¡Y pronto! ¡Antes de que esté completamente perdida!...

—¡Llévesela! ¡Llévesela, amiguito! ¡Llévela... si ella lo quiere! Pero sin duda tiene más necesidad de la droga que de usted... Ha cometido un error en tirar su coca... No es así como se las cuida... Usted, le ha provocado, además de la carencia, un *shock* de frustración que ha debido hacerle un mal atroc. Y ella ha vuelto su sufrimiento hacia usted... A la primera toma olvidará todo y lo querrá de nuevo, pero para curarla hace falta un verdadero tratamiento, en una clínica seria. Aquí no hay. En Delhi, quizás... Lo mejor sería Europa... ¿Tiene dinero para llevarla?

—¡Usted sabe que no! Por eso es por lo que he venido a pedirle...

—Está soñando, amiguito. Esa historia de las estatuas es un folletín... una novela folletinesca... Nuestra agencia es exactamente lo que es, una agencia de viajes y safaris que se mantiene muy bien con la plata de los tontos que quieren emociones fuertes y poder contar a sus amigos de Texas que treparon a la cumbre del Himalaya, recogieron pelos de Yeti y masacraron catorce tigres... Los pelos de Yeti son de la cola del yac, al Himalaya lo han mirado desde abajo; en cuando a los tigres, es su padre quien los mata... Es un famoso fusil su padre... Aparte de eso, es un niño. Si fuera un poco más maduro sería tan rico como yo... pero jamás iré más allá de los doce años de edad... Créame, deje caer a esa pequeña... ya está perdida... Usted no podrá hacer nada... Aquí no hay trabajo para un europeo... ¿Tiene su pasaje de vuelta?

—No.

—¡Ah! Escuche... Yo podría hablar con el embajador... Quizá pueda repatriarlo... A veces lo hace... Es un amigo.

Olivier se repetía sin cesar lo que Yvonne y Jacques le habían dicho:

—Es un canalla... Nada más que un canalla...

La sangre le hervía, pero exteriormente permanecía helado como la cumbre de la Montaña.

—No me iré sin ella. No importa lo que pase conmigo. Es a ella a quien quiero salvar. Yo sé que usted vende estatuas. Puedo ir a buscárselas adonde quiera, donde nadie se atreva a ir. Si me paga lo suficiente. Yo no tengo miedo de nada ni de nadie. Quiero la plata, pronto... ¡Si usted me hace ganar, ganará diez veces más!

Ted posó con brusquedad la estatuilla sobre el escritorio, tomó el pasaporte y se lo entregó.

—¡Ya oí hablar demasiado de esa historia! ¡Y no me gusta que se cuenten de mí

tales estupideces, que podrían hacerme expulsar del país y arruinarme si un soplón las escuchara! ¡Le aconsejo que se calle! ¡De lo contrario es a usted a quien haré expulsar, y sin demora!... Y en cuanto vuelva su padre voy a decirle algo...

Había una pesada amenaza en esta última frase. Olivier tomó el pasaporte. Su mirada permanecía fija en la estatuita de la diosa. Era de un bronce oscuro, casi verde, y dorada al frente, en la nariz, en las nalgas, en las caderas, por todas partes donde la caricia de las manos de Ted, día tras día, habían gastado la pátina.

Ted siguió la mirada de Olivier y estalló de risa.

—¡Vamos! ¡Mire de dónde viene!

Levantó la estatuita y le mostró la parte inferior de su minúsculo pedestal. Allí se leían claramente dos palabras impresas: «SOTHEBY LONDON^[1]»

Olivier regresó al palacio de los tibetanos. La pieza de Jane estaba vacía pero su bolso y el de Sven seguían allí. Anduvo un poco por el jardín casi desierto. Algunos *hippies* vencidos por la droga dormían en el mismo lugar donde habían caído. Una muchacha oscura y sucia, tirada cerca de un matorral, se sentó a su lado y le hizo una oferta en un idioma que no comprendió. Entonces ella abrió las piernas y puso la mano sobre su pantalón en el lugar del sexo; enseguida levantó la mano con tres dedos abiertos.

—*Tree rupias... Drei rupias... Trois rupias... ¿You frenchman? Me... ich been... amable... Tres rupias...*

Él siguió sin responder, con el corazón prisionero en un estuche de hierro.

Se sentó al pie de un árbol y abrió su bolso. Una vaca se aproximó y metió la nariz en el bolso abierto. Él no tenía nada que ofrecerle. Ella eligió un pañuelo y se lo comió; después se fue lentamente sin dejar de masticar.

Olivier metió la mano en todos los recovecos y encontró su última reserva: un sobre que había tomado la forma abovedada del fondo del bolso, conteniendo un último billete de diez dólares, cinco mil francos viejos. ¿Cuántas rupias? No lo sabía. Fue al banco real. Le dieron el *mínimum*, algunos billetes sucios y unas monedas; firmó papeles y mostró el pasaporte, toda la justificación legal del beneficio oficial.

Se dirigió a la calle de los comerciantes. Hacía mucho sol y la multitud desbordaba. Gente joven circulaba en bicicleta a toda velocidad entre las vacas, los perros y los dioses. Katmandú había descubierto la rueda sólo unos quince años atrás, pero su juventud se regocijaba con ella. Había vendedores y alquiladores de bicicleta por todas partes. Los viejos no podían creer que se pudiera permanecer en equilibrio sobre esas cosas que giraban, pero los jóvenes se lanzaban locamente, frenaban de golpe, arrancaban, se detenían, hacían acrobacia, riendo contentos. Los que podían comprarse una en lugar de alquilarla, los hijos de los comerciantes ricos, la pintaban con cien colores, le plantaban caravanas de dioses sobre el manubrio, le fijaban flores en los pedales y cintas por todos lados, que flameaban detrás como una estela de alegría.

Olivier inspeccionó negocio por negocio, recibiendo muchas ofertas y sonrisas,

una enorme cantidad de cortesías y gentilezas. Acabó por encontrar las herramientas que buscaba, pagando una suma ínfima. Volvió enseguida a la plaza, subió al más alto escalón del templo, comió una docena de bananas exquisitas del grueso de su pulgar, y se instaló para pasar la noche.

A la mañana siguiente estaba de nuevo en la oficina de Ted, quien al principio se negó a recibirlo, pero Olivier había advertido a la secretaria que no se iría antes de haberlo visto; de modo que había subido, de prepotencia, hasta la oficina del segundo piso.

Ted se presentó en bata, furioso, mal despierto, sin afeitarse, listo para arrojar por la escalera al fastidioso.

Pero las primeras palabras se detuvieron en su garganta cuando vio lo que Olivier había puesto sobre su escritorio. Se quedó con la boca abierta, sin aliento.

Eran dos estatuas, o más bien dos grupos. En el primero, una mujer de pie, con el vestido caído sobre sus tobillos, las piernas separadas y las rodillas flexionadas, encuadrada por dos hombres que le tenían cada uno un seno, apretaba en su mano derecha el miembro de uno y en su izquierda el del otro. Uno de los hombres tenía un tinte rosado y el otro más bien amarillo, pero sus caras se asemejaban, tranquilas, adornadas por un fino bigote y coronadas por un bonete bordado que constituía toda su vestimenta.

El rostro de la mujer, por el contrario, expresaba la mayor perplejidad. Los tres personajes, tallados en madera y pintados de manera primitiva, no evocaban nada de pornográfico, ni aun de erótico. Componían un cuadro ingenuo y un poco cómico, familiar.

El segundo grupo aportaba la solución a la incertidumbre de la desdichada. Siempre de pie, pero ya liberada de las vestimentas que la obstaculizaban, recibía a la vez a sus dos pretendientes. Los tres se sostenían por lo hombros para conservar el equilibrio. Los rostros de los tres personajes no expresaban ni voluptuosidad ni emoción de ninguna clase.

Y sobre las tres cabezas, como sobre las del primer grupo, estaba posado el pie desnudo y enorme de uno de los dioses, que Olivier había tenido que aserrar al mismo tiempo que las figuras sobre las cuales apoyaba su existencia.

Ted pasó del rojo al violeta, al blanco, después estalló:

—¡Usted está loco! ¡Completamente loco! ¡Como para encerrarlo! ¡Todo el mundo los conoce, los vienen a ver del mundo entero! ¡La policía ya debe buscar por todas partes! ¡Lléveselos y váyase inmediatamente! ¡Y rápido! ¡Vamos, vamos, escape! ¡No quiero esto un segundo más aquí!

Olivier no había dicho una palabra. Miraba a Ted, que parecía realmente espantado, y se preguntaba si Jacques e Ivonne, finalmente, no se habrían equivocado.

Bueno, había fallado; tanto peor. Fue al escritorio, puso el bolso cerca de las estatuas, metió una de ellas, envolvió la otra en una camisa que se puso bajo el brazo

y se dirigió hacia la puerta.

Ted se enjugaba la frente brillante con un gran pañuelo verde pálido. En el momento en que Olivier iba a salir, gritó:

—¿Cuánto quiere por sus porquerías?

Se enjugó de nuevo y se sonó. Olivier no respondió. No tenía la menor idea de lo que podían valer tales objetos.

—¡Esto es invendible! —dijo Ted—. ¡Me veré obligado a esconderlas durante años! ¡Y con qué riesgo! ¿Se da cuenta? Es como si hubiera robado la torre Eiffel... Entonces, ¿cuánto?

Olivier no respondió.

—Le daré...

Ted se detuvo. La codicia, el miedo, la perspectiva de un fabuloso beneficio luchaban en su cabeza. No veía claro.

—¡Cierre esa puerta, por Dios! ¡Corra el cerrojo!, ¡échele llave! A ver, muéstrémelos un poco...

Tomó el mismo el paquete que Olivier sostenía bajo el brazo y sacó la otra estatua del bolso. Posó los dos grupos sobre el escritorio, los miró y se puso a reír.

—¡Son curiosos! Hay que reconocerlo... Son curiosos... ¿Un poco de *whisky*?

—No, gracias —dijo Olivier.

Ted abrió una heladera mural, invisible, sacó un botellón, un vaso y unos cubos de hielo; se sirvió y bebió.

—¡Siéntese, pues, no se quede ahí plantado!

Olivier se sentó en el borde de un sillón y Ted en el fondo de un sofá-cama dispuesto bajo la heladera clandestina. Se puso tres almohadones detrás de la espalda, bebió, miró de nuevo los dos grupos y se regocijó cada vez más.

—¡Usted tiene garra, pero está loco! ¡Semejante golpe! ¡No hay que volver a hacerlo jamás! Quiero decir... si trabajamos juntos... ¿Por qué no?... Si es razonable... Usted es inteligente... ha comprendido... Uno solo de estos grupos no está mal, es raro... ¡Pero los dos, es formidable!

Enseguida lamentó haber dejado tamaña imprudencia; miró a Olivier de reojo e hizo una mueca de disgusto.

—¡Pero esto es invendible!... ¡Invendible!... ¡Incluso si encuentro un cliente!, ¿cómo los hago salir del país?... ¿Se imagina sacar de Francia la Venus de Milo?... ¡Invendible!... Me veré obligado a guardarlos para mí... Para mi colección personal. ¡Y qué riesgo! ¿Se da cuenta? ¡Una pesquisa y estoy listo!... ¡Veinte años de prisión!... Y una prisión nepalesa es algo serio... Hasta las mismas ratas revientan allí... ¡Pero no quiero en absoluto que haya corrido este riesgo por nada...! ¡El heroísmo, aun inconsciente, merece una medalla!... Le doy... por las dos... Veamos... Soy generoso porque las encuentro divertidas, me gustan mucho... Y además, usted me es simpático, tiene tupé, sentimientos, está enamorado, a mí todo eso me trastorna... Veinte dólares... ¡Por los dos! ¿De acuerdo?

Olivier cerró los ojos y volvió a ver a Jane gateando desnuda sobre el jergón, perdida, loca como una perra hambrienta que ha devorado a sus cachorros... Reabrió los ojos helados y dijo:

—¡Mil dólares!

Cuando partió una hora más tarde, tenía cuatrocientos dólares en su bolsillo y llevaba una cámara de 16 mm e instrucciones precisas. Debía instalarse en lo de Boris y decirle que venía para hacer un reportaje sobre las fiestas nepalesas. Boris le alquilaría una moto que le permitiría andar por todas partes. Debía visitar los templos pequeños y los monasterios lejanos, en las montañas. ¡Pero nunca operar en Katmandú! Durante el día, se mezclaría a las multitudes de las fiestas; siempre hay alguna en cualquier parte, durante todo el tiempo, y allí observar lo que podía ser de interés; volvería al mismo lugar por la noche. Incluso sería preferible varias noches después. ¡Pero sobre todo, no olvidarse de usar la cámara durante todo el tiempo! ¡Qué se lo viera con el ojo pegado a la cámara! Como si fuera uno de esos cretinos cineastas, un chiflado occidental que delira ante lo que no es sino la vida cotidiana, un pobre tipo que hace sonreír a los policías... ¡Y que no apareciera durante el día por la agencia! ¡Nunca! Esta es la llave que abre la puerta de atrás que da a la callejuela. Deja la moto bien lejos, mira si no hay nadie, abre la puerta, la cierra, sube directamente al escritorio, se acuesta en el diván y espera a que llegue yo, Ted, sólo yo. ¿Convenido? Los precios estarán de acuerdo con lo que traiga. No habrá problemas... También de acuerdo a la demanda, por supuesto... En este momento las cosas no andan realmente bien, los norteamericanos no terminan de soltar los dólares y los alemanes no son tan aficionados... Sin embargo, no tardará en juntar la plata suficiente para llevar a la pequeña y hacerla curar... pobrecita... ¿Es linda?... ¡Qué lástima! ¡Son siempre las más lindas las que comenten las mayores torpezas!

Olivier fue a lo de Boris. Le dieron una habitación inmensa con un baño tan grande como un departamento parisiense.

Boris lo convidó con un aperitivo en su propio departamento, al que se llegaba por una escalera de caracol de hierro forjado. Daba por todos lados a los techos en forma de terraza. El gato, agazapado bajo el diván, miraba a Olivier con sus ojos muy juntos de redondas pupilas, con tanta curiosidad como desconfianza. Olivier le hizo a Boris el cuento del cine. Boris le creyó o al menos fingió creerlo y le prometió una moto para el día siguiente, junto con una lista completa de las fiestas a las que podría llegar con ese vehículo; también añadiría un mapa rudimentario.

Por el momento, debía excusarlo pero tenía que irse; una historia lamentable: una muchacha parisina que había querido pasar a la China. Maoísta, ¿se da cuenta? ¡Con un padre millonario!... Había tratado de obtener una visa.

Entonces había alquilado un avión y un guía. Una vez que el aparato aterrizó en un valle, cerca de la frontera, el guía la había llevado hasta la proximidad de un desfiladero por donde tal vez podría pasar. La había dejado ir sola. Cuando ella llegó se encontró cara a cara con una patrulla china, y gritó: «Camaradas». Tiraron todos a

la vez, y tras ella una patrulla india también lo hizo... Sí... Sí... hay tropas hindúes en Nepal, a lo largo de la frontera tibetana, en fin, quiero decir china... Del mismo modo como hay muchos trabajadores chinos que mantienen la ruta que atraviesa el Nepal hasta la frontera india. El ejército nepalés es neutral. No, no, no se mete en nada... Son buenos soldados, aunque terribles... ¿Escuchó hablar de los famosos *gurkas*? Los ingleses no pudieron vencerlos... Gracias a ello, el Nepal nunca fue ocupado... Pero el rey actual es inteligente... No quiere mezclarse en esta historia entre la China y la India... Patrullajes, pero eso no molesta a nadie, por en contrario, garantiza su frontera... En cuanto a la ruta, créame, es útil...

La pequeña, tiroteada por delante y por la espalda, rodó por la pendiente, del lado nepalés. El guía la recogió y la trajo en avión. Su padre está aquí. Sí, en mi casa... No ha querido que la incineren... Quiere llevarla a París... Tiene un avión tan grande como la Torre Eiffel. Pero es preciso que yo le encuentre por lo menos cien kilos de hielo para conservarla hasta el momento en que cargue la nafta suficiente para partir. ¿Me perdona? ¡Gato! ¡Ven aquí, Gato! Es su nombre. Ven, lindo... Ven, precioso... No, no quiere... Es un tanto salvaje... Es necesario que le encuentre una compañera, y no es fácil... Apenas se acostumbra al día: es un animal nocturno. En medio de la noche, salta a mi cama y me golpea con la pata en las mejillas para despertarme. Quiere jugar. Durante el día preferiría dormir. No crecerá más, ese es su tamaño. Pesa una libra y media...

A una pregunta de Olivier, Boris respondió que había un excelente médico inglés en el hospital de la Cruz Roja, el Dr. Bewal. Y se fue.

Olivier fue al palacio de los tibetanos para buscar a Jane. La traería a lo de Boris, la haría examinar por el médico y no cometería más la imbecilidad de suprimirle brutalmente la droga. En cuanto reuniera la plata suficiente, partirían. Si ella quería, también llevarían a Sven.

La pieza de Jane y Sven estaba ocupada por cuatro *hippies* norteamericanos, tres varones y un chica que hablaba francés. No conocían a Jane ni a Sven. No, no sabían adónde se habían ido. No sabían nada. Tampoco estaban sus bolsos.

Olivier permaneció ausente durante más tiempo del que hubiera querido. Ni siquiera los templos más pequeños, los más alejados, los más perdidos al final de carreteras insensatas, quedaban desiertos durante la noche. No era ese un país en el que se encierra con llave a Dios fuera de las horas laborales. Siempre había alguno que llegaba a saludar, adorar, rogar. La conversación entre los dioses y los hombres no se interrumpía ni a la luz del día ni a la de las lámparas. Olivier enloquecía de impaciencia y angustia pensando en Jane. No sólo él no ganaba nada, sino que ella, durante ese tiempo, debía continuar envenenándose, enflaqueciendo, cayendo...

Una noche, por fin, se quedó solo en un templete donde había reparado, durante el día, en una estatua en bronce de una diosa de seis brazos, con una sonrisa arrebatadora y un pecho encantador, fácil de desempotrar y de llevar en su bolso.

El templo se hallaba en el flanco de una montaña, en la cima de una interminable

escalera. Olivier había ocultado su moto en el valle. La luna iluminaba la escalera vacía. Se puso al trabajo a golpes de martillo y de buril, el martillo envuelto en trapos para amortiguar los ruidos.

Pero el cemento friable ocultaba espesas barras de bronce que formaban una unidad con el zócalo cuadrado y se hundían en los agujeros de cuatro piedras que rodeaban la estrecha base. Un trabajo de artesano que databa de la construcción del templo con el que la estatua, así, formaba un solo bloque.

Olivier blasfemó e insultó a todos los dioses del universo, luego sacó de su bolso una sierra para metales, la aceitó, logró introducirla entre la piedra y el zócalo, y empezó a acometer la primera barra.

Fue entonces cuando oyó una música, un *popsong* acompañado por flautas y guitarras. Se dio vuelta y vio una pandilla de *hippies* con antorchas, linternas de papel y linternas eléctricas, que estaban trepando la escalera.

Lo poseyó una rabia homicida contra esos canallas y envenenadores que venían hasta allí para impedir que salvara a Jane. Se lanzó por la escalera, golpeó a ciegas a los primeros con su bolso cargado de herramientas, los empujó sobre los otros, aulló injurias, los golpeó con las manos, los pies, la cabeza, los codos, les hizo volver a bajar los escalones, haciéndolos rodar a unos sobre los otros, sobre sus guitarras y linternas, tragar sus dientes y sus flautas. Pasmados, pasivos, gimientes, sin comprender nada, se fueron sin haber tenido ni un segundo la idea o el deseo de resistir. Eran una treintena. Habría podido exterminarlos como a ovejas. Se reencontraron abajo, algunos sangrando o renqueando, y sin buscar la causa de lo que les había pasado retomaron su camino hacia otro lugar, otro templo, otra cara de Dios más acogedora. Olivier vio alejarse las luciérnagas de algunas lámparas eléctricas que aún funcionaban. Volvió a su trabajo.

Terminó con la cuarta barra justo antes del amanecer, escondió la estatua en su bolso bajo su ropa, buscó la moto y se lanzó por la pendiente sin encender el motor ni los faros, conduciendo como un suicida sobre la pista apenas visible, con los ojos desmesuradamente abiertos, evitando sólo por segundos los baches más profundos y las salientes asesinas. Sólo encendió del todo cuando llegó a una especie de ruta. Pero no llegó a Katmandú hasta pasado el mediodía. Muy tarde y muy temprano para ir a lo de Ted. Fue a lo de Boris, se bañó con un agua verdosa en una bañera digna de un elefante, se afeitó, se cambió de ropa interior y salió a buscar a Jane.

Llevaba la estatua en su bolso: no podía arriesgarse a dejarla en el hotel. Su «boy», un nepalés de unos cuarenta años, de cuyo nombre nunca se acordaba, encantador, sonriente, diligente, siempre al acecho detrás de la puerta con la esperanza de que le encargara algo, era por cierto muy honesto, pero no menos curioso.

En el palacio de los tibetanos, la pieza de Jane y Sven estaba vacía. Sólo tres jergones. Ningún bolso. Entró en las otras habitaciones, donde se arrastraban y dormían algunas muchachas y muchachos mugrientos y embrutecidos. Ni de ellos ni

de los que encontró en el jardín logró información alguna. Fue al restaurante donde había encontrado al marsellés. No estaba. La que sí estaba era la rubia de rodete, aunque había cambiado de ubicación: ahora estaba sentada en el banco de enfrente; miraba la puerta, sin pestañear, sin ver a los que entraban. Había adelgazado y se mantenía menos derecha; un mechón escapado de su moño pendía sobre el cuello.

Su piel rosada había empalidecido, sus manos, posadas sobre la mesa, estaban sucias, y las uñas negras.

Dos barbudos sentados ante un tablero de ajedrez lo miraban aparentando reflexionar sobre el juego. Durante el tiempo que Olivier permaneció allí —más de una hora— ninguno de los dos movió una sola pieza. Al fin, el patrón, que lo recordaba, se acercó y le indicó con un gesto a los comensales que esperaban, sin impaciencia y aún sin tener conciencia de la espera, que alguno viniera o no a pagarles el plato de arroz colectivo. Preguntó:

—*Rice... Riz... You pay?*

—¡Qué revienten! —dijo Olivier.

Salió cargando sobre el hombro su bolso, cuyo cordón le lastimaba los dedos y la espalda. Era una diosa pesada y por lo menos tenía mil años, quizá más. Exigiría un buen precio. Había caído la noche. Aparte de unos pocos nepaleses, de unos *hippies* que vagabundeaban de a dos o de a tres, de algunos perros amarillo buscando detritus y de las vacas acostadas un poco por todos lados, las calles estaban vacías.

Olivier se arriesgó por la callejuela de atrás de «Ted and Jack». No había nadie, todas las ventanas estaban a oscuras, salvo las de la propia casa de Ted, en el primer piso.

Echó una última ojeada. Sacó la llave del bolsillo. La cerradura funcionó sin dificultad. Entró y se enfrentó con la cabeza de búfalo. Empujó suavemente la puerta, subiendo hasta el segundo. Los escalones crujían, de modo que Ted advertiría su presencia.

En efecto, apenas puso la estatua sobre el escritorio apareció Ted, quien comenzó a reprocharle con acritud que hubiera venido demasiado temprano; era una locura, y se continuaba así lo obligaría a romper la sociedad. Se calló bruscamente al ver la diosa; se aproximó, la tomó, la sopesó, la miró por todas partes, reparó en los muñones de las barras aserradas y le pidió explicaciones que Olivier le dio, insistiendo que ellas ratificaban la antigüedad de la estatua.

Ted se hacía el displicente. Dijo que el templo podía no tener más de cincuenta años, y que la estatua era de un estilo bastardo, de influencia hindú y china a la vez. Una fruslería. Le ofreció diez dólares.

Olivier era demasiado occidental para comprender que esa cifra era la base extrema, e incluso ridícula, por juego, de un regateo que en Oriente es la regla de toda transacción.

Sólo vio en esa oferta la expresión de la deshonestidad de Ted, como en la venta anterior.

—¡Es usted un canalla! —dijo—. Me da doscientos o la tiro por la ventana.

Arrancó la estatua de las manos de Ted y se encaminó hacia el espeso cortinado de fieltro bordado de animales que disimulaba la única ventana.

Con una agilidad increíble, Ted lo alcanzó y lo rodeó con sus brazos.

—¡Usted está enfermo, amiguito!... ¡Antes de encolerizarse se debe discutir!... ¿Dice doscientos dólares?

—Sí.

—Es una locura. Pero usted es el hijo de Jack y tiene que salvar a la pobre pequeña. Trato hecho.

Fue a abrir un cofre tan clandestino como la heladera, cubriéndolo con su cuerpo para que Olivier no viera el contenido. Lo cerró y se adelantó con quince billetes de diez dólares. Estaba contentísimo. Desde el principio había pensado en pagar hasta trescientos dólares. Valía por lo menos mil.

—¿Cómo está la pobrecita? Esa historia me hiere el corazón...

—No sé dónde están ni ella ni su compañero —dijo Olivier, sombrío—. Ya no está en el palacio de los tibetanos, nadie puede informarme allí: están todos en las nubes. ¡Serían incapaces de ver el Everest aunque se les cayese sobre la nariz!

—No se inquiete —dijo Ted empujándolo suavemente hacia la puerta—. Sin duda fueron de peregrinación a alguna parte. Son todos iguales, dispuestos a dar vueltas alrededor de Katmandú para creerse que todavía pueden moverse y que no están acabados. En todo caso, que se haya ido prueba que tiene menos necesidad de droga, ya que no puede conseguirla más que aquí. ¡Es un buen signo!...

—¿Lo cree? —dijo Olivier henchido de esperanza.

—¡Evidentemente!... ¡Es natural!...

En el momento en que iba a meter los billetes en el bolsillo, Olivier, como advertido por un reflejo, se puso a contarlos.

—Pero... ¡aquí no hay más que ciento cincuenta dólares! ¡Habíamos quedado en doscientos!

—Me quedé con cincuenta por la cámara... De modo que, por ahora, es suya... Cuando se vaya, me la devolverá y tendrá el resto... A menos que no logre venderla por el doble... Con un poco de habilidad lo conseguirá.

Olivier conocía algo acerca de estas máquinas. Algunos de sus camaradas tenían una. Por eso sabía que la que le había dado Ted era un cacharro anterior al diluvio, descompuesta, desenfocada y a la que le entraba luz por todas partes. De modo que si tenía suerte de no desgarrar o velar la película era tan sólo porque no había un solo centímetro de ella en el interior.

Tuvo ganas de discutir nuevamente por esos cincuenta dólares, pero renunció. Estaba agotado y descorazonado; ante todo quería dormir, dormir, ya que pronto tendría que volver a la caza y lo más rápido posible. Había tardado dos semanas para ganar ciento cincuenta dólares. Deducidos nafta, hospedaje y alquiler de la moto, no le quedaba nada. Decidió correr más riesgos y enfrentarse a muerte con Ted para

sacarle el máximo. Debía juntar quinientos dólares netos por semana, durante un mes. Después, ¡a volar!... Pero, ante todo, tenía que encontrar a Jane.

Cuando llegaban al primer piso, se abrió una de las puertas y apareció una mujer. Era Yvonne.

—¡Olivier! ¡Qué sorpresa! ¿Qué hace por aquí? —exclamó.

—Yo...

—Vino a pedirme un consejo —interrumpió rápidamente Ted—. Este buen muchacho tiene una historia sentimental con una diablilla *hippie*. Trato de ayudarlos... Vaya a buscarla rápido, amiguito... Vamos... Salga por atrás... por allá... La de adelante está cerrada con llave. Cierre la puerta al salir.

Olivier no se movía. Miraba a Yvonne, vestida con ropas de campaña y que evidentemente había llegado después que él.

—¿Está mi padre?

Bruscamente se sintió como un niño a quien su padre podría ayudar, un padre fornido, experimentado, un padre que puede, un padre, primer recurso, un padre...

—No —dijo Yvonne—. Yo regresé por avión. Él lo hará la semana próxima, con los *jeeps*, cuando haya terminado su trabajo... ¡Pero venga a visitarme! ¡Mañana!

—¡Vendrá! ¡Vendrá! —dijo Ted—. Ahora lo están esperando, al pícaro...

Mientras sonreía con toda la boca, empujaba a Olivier hacia los escalones.

—¿Seguro que volverá? —preguntó Yvonne—. Sí —dijo Olivier.

El departamento de Ted e Yvonne, en el primer piso, no consistía sino en dos piezas, un pequeño dormitorio, ocupado por una gran cama cubierta con una exquisita colcha bordada de Cachermira, y un gran *living* que daba al pasillo, con sillones, bar, diván, trofeos, las inevitables pieles de tigre en el piso y una mesa contra la pared, rodeada de valijas y cubierta por las armas que trajera Yvonne.

Entró en el *living* seguida de su marido.

—Espero que no hayas mezclado a ese chico en tus sucios negocios —dijo ella.

¿Qué negocios?... No tengo ninguno... ¿Te imaginas a ese inocente metido en alguno? Es aún más torpe que su padre...

Siguió a Yvonne, quien abrió un *placard* mural y sacó un par de sábanas. La volvió a seguir al *living*.

—Lo he puesto en contacto con un tipo de la N.B.C. que estuvo de paso hace dos semanas. Le encargó una película sobre las fiestas nepalesas. Un buen trabajo. La televisión norteamericana paga bien. Pero... ¿qué haces?

Yvonne sacaba el cubrecama de satén violeta del diván y tendía en su lugar una sábana.

—Ya lo ves, hago mi cama.

—Pero... Pero... Tu cama...

—Mi cama ya no es la tuya... ¡Se acabó! ¡Te dejo!... ¡Me voy!

Ted palideció.

—¿Con Jacques?

Ella asintió:

—Con Jacques... Saldremos para Europa... En cuanto llegue, tomamos el avión...

Cerca de Ted había un florero con flores frescas. Sacó el ramo, lo retorció entre sus enormes manos rosadas cubiertas de pelos transparentes, y lo tiró al suelo, los tallos de un lado y las flores del otro.

—¡Idiota!... Sé que te acuestas con él... Y se lo permito... ¿Qué ganarás yéndote?

Ella dejó de alisar la sábana y lo enfrentó.

—¡Quiero vivir limpiamente!... ¡Con un tipo limpio!... ¿Puedes comprenderlo?

Primero tuvo Ted un gesto de sorpresa, luego se echó a reír.

—¿Vivir?... ¿Vivir de qué?...

—Tengo un campo de mis padres... Lo hipotecaremos. Venderé mis joyas, y también tengo algún dinero...

—¿Qué dinero?... ¿Que joyas?... Son mías... Yo las pagué y las tengo en mi caja fuerte. Tu cuenta bancaria está a mi nombre... Lo único que posees es un poder que mañana mismo, a primera hora, voy a anular. ¡No tienes nada! ¡Ni un centavo! ¡Ni siquiera eso!

Tomó la cartera de Yvonne, que estaba junto a las armas, la abrió, la vació sobre la mesa, tomó unos pocos billetes y los dos anillos y se los guardó en el bolsillo.

—¡No tienes nada!... Tampoco Jacques... Cuando uno se parece a un cerdo, como yo, y se casa con una muchacha a la que se desea, se toman precauciones para conservarla... Que te disgusta, lo sé desde que te recogí en Calcuta, ¡dónde representabas Célimene! Lo hacías mal, pero eras hermosa. Tu lamentable conjunto no tenía para regresar a Francia. ¡Representar a Moliere ante los muertos de hambre de Calcuta era una idea bárbara! ¡No tenían ni siquiera qué tragar!... ¡Yo te ofrecí una cana, champaña, un anillo, un auto, vestidos y el matrimonio!... Te pareció tan fabuloso que aceptaste. Pero cuando hicimos el amor... No, seamos exactos, no fue cuestión de amor, al menos de tu parte... Te tomé y me dejaste hacer, pero tu carucha de parisiense se crispaba... Cerrabas los ojos para que no pudiera ver en ellos tu repugnancia... Un tipo grande y rosado acostado sobre tu vientre... Un cerdo gordo, pensabas, un cerdo gordo... ¡y para colmo suizo! Debo reconocer que no trampeaste fingiendo que gozabas. Tampoco vomitaste, y cada vez que tenía ganas de ti, te dejabas hacer. Nunca pretendiste estar cansada, como tantas dignas esposas... Has pagado lealmente... Dando, dando. Correcto. Pero cuando tomé a ese precioso cretino de Jacques por socio, sabía lo que hacía. Encontrarías en él una compensación. Tenías necesidad de un poco de alegría. Era normal... Sin embargo supuse que tendrías un mínimo de inteligencia... ¿Te imaginas que ese tipo es capaz de otra cosa que no sea besar y disparar el fusil? ¿De qué vivirás con tu bello cazador?... ¿De la caza de ruiseñores?...

Le sacó la sábana del brazo y arrancó la del diván.

—Yo voy a dormir al escritorio... Tu habitación es todavía tuya... Estás en tu casa... Hasta que te vayas...

Dio la vuelta al sillón de terciopelo rojo que cerraba el paso a la puerta y se volvió hacia Yvonne, que sentada en el borde del diván lo miraba con unos ojos a la vez llenos de terror y de desafío. Él se apoyó sobre el respaldo del sillón, dejando caer las sábanas sobre el terciopelo.

—Pero ¿qué le ha dado de golpe al hombrecito? ¡Estaba bien aquí, la situación le resultaba de lo mejor!... Un oficio que le permitía deslumbrar a príncipes y millonarios, una mujer que no le costaba nada... ¿De golpe decidió abandonar todo eso para convertirse en un campesino?

Yvonne se levantó, tiesa, seca, despreciativa.

—No puedes comprender... Encontró a su hijo, se ha visto en sus ojos y tuvo vergüenza... Quiere recomenzar desde cero. Quiere convertirse en un hombre.

Ted estalló de risa.

—¡Ah! ¡Ja! ¡Ja!... ¡Un hombre!... ¡Escucha! ¡Voy a comportarme como un buen jugador!... Les pago los pasajes de avión... A los dos... ¡Ida y vuelta!... es decir que dura un año... él volverá antes de tres meses... *Y tú lo sabes...* ¡Aquí es alguien!... ¡Allá, cero! ¡No te lo perdonará jamás! ¡Te odiará! ¡Te plantará y volverá en un supersónico a rogarme que le devuelva el puesto!... ¡Y tu correrás detrás de él como una pobre loca!...

Recogió las sábanas para irse, sonrió, se detuvo:

—Pero después de todo, a pesar de sus aires infantiles, sabe manejarse... Siempre se las arregló para llevar una vida muy agradable... Sin plata... Con la de los otros... Cuando le digas que contrariamente a lo que cree no tienes ni un cuarto de rupia, te apuesto una noche de bodas a que se le irán las ganas de partir... ¿Me sostienes la apuesta?

Ella no respondió. Él le deseó buenas noches y salió.

Yvonne se aproximó lentamente al espejo que rebasaba las cajas donde estaban las armas. Se miró sin piedad. El clima la destruía, tanto como el horror de sus amores con Ted y la batalla que se libraba en su corazón entre su amor y su desprecio por Jacques. Vio en el espejo que su cutis se iba poniendo amarillo, la flacidez de sus mejillas, las arrugas en la comisura de sus labios; vio marchitos sus ojos y sus senos y blanda su carne. Sintió el peso innoble de Ted sobre su vientre, su olor de bestia pelirroja traspirando sobre ella; escuchó perorar y reír a Jacques, lo vio presumir, inconscientemente, indiferente, satisfecho, ni siquiera celoso... Ella sabía que no se iría. Ted tenía razón. Ella se pudriría en ese lugar, entre un puerco y un egoísta, cuando perdiera sus atractivos, Ted la tiraría en algún lugar de Calcuta, y Jacques se lo permitiría, gentilmente, con mucha simpatía.

Abrió el cajón de la mesa y sacó un tubo de calmantes. La dosis aconsejada era de dos comprimidos.

Tomó seis.

Con las primeras luces de la mañana siguiente, Olivier salió de lo de Boris. El conserje le entregó una carta que le había llegado días atrás. Olivier le preguntó por qué no se la había dado a su llegada, el día anterior. El hombre se excusó con un tono desagradable. Era un indio. Olivier abrió la carta. Leyó unas palabras escritas en un papel sucio.

Eres un zonzo, Jane te quiere. Apresúrate, Sven.

Las dos líneas de una escritura vacilante, temblorosa, como la de un viejo, se curvaban y caían sobre el margen derecho de la hoja. El esbozo de una flor, comenzado bajo la firma, había quedado inconcluso.

Evidentemente malévolo, el conserje no pudo o no quiso decir desde cuándo le esperaba el mensaje. Loco de inquietud, Olivier corrió hasta el palacio de los tibetanos donde no encontró nada ni obtuvo nada de los *hippies* a quienes interrogó y a veces sacudió por las calles. Llegó a la plaza de los Templos y formuló veinte veces la misma pregunta:

—¿Jane? ¿Sven?... ¿Jane? ¿Sven?... que provocaba siempre los mismos gestos evasivos, indiferentes, las mismas sonrisas ausentes...

De pronto pensó que Yvonne podría aconsejarlo. Se dirigió a la calle que conducía a «Ted and Jack». En el momento en que iba a dejar la plaza, oyó la voz agrídulce y la disonancia de una flauta que tocaba «Plaisir d'amour»... ¡El marsellés! ... Ya no recordaba su nombre... Corrió, dio vuelta al gran templo, atravesó un grupo de campesinas que reían... Al ver surgir su rostro desolado, Gustave dejó de soplar en el tubo.

Sven ha muerto. Hoy lo incineran en Pashupakinat. Jane debe estar allí... Sí, seguro que está...

Eso le había dicho el flautista. Montado en la moto, Olivier se repetía las últimas palabras: «Jane está allí, debe estar allí».

Corría con el acelerador a fondo, sin ver la ruta. Tanto a la máquina como a él mismo lo guiaban unos reflejos que estaban fuera de su conciencia. Doblaba, cruzaba, a izquierda, a derecha, ómnibus y camiones, no sabiendo ya cuál era su izquierda ni su derecha, aterrorizando a las familias apresuradas, espantando, a uno y otro lado de la ruta, escuadrillas de pájaros enloquecidos por el furioso ruido del motor. Era como el viento del tornado que ruge y pasa entre los obstáculos...

Se detuvo en lo alto del valle crematorio, bajó de la moto, la apoyó sobre la cuña y llegó hasta los escalones. Sus piernas temblaban.

La escalera que descendía hasta el río sagrado era lo suficientemente ancha como para permitir el paso de un desfile del ejército o de un pueblo. Pero entre las dos filas de elefantes que la bordeaban con sus trompas al aire, frente al río, estaba desierta. Cada uno de los elefantes de piedra era de una talla diez veces mayor que la de uno real. Los de abajo parecían gordos como conejos. La mayoría no blandía más que un muñón de trompa. Los escalones estaban separados y rotos, los dos flancos del valle

eran un bosque de templos, altares, monolitos y estatuas, algunas no completamente en ruinas, pero todo un tanto quebrantado, o inclinado, o a punto de desplomarse en unos días, o quizá tan sólo en unos siglos.

Sobre ese pueblo de piedra coagulado en su movimiento invisible, dirigido a la eternidad, retozaba el pueblo activo de los monos, saltando y alborotando, rebotando sin cesar como pulgas perseguidas, yendo de la espalda de un dios a la cabeza de una diosa o a la oreja de un elefante.

Algunos cortejos de hombres llevaban sin prisa sus muertos acompañados de oriflamas de color y de una música monótona.

A la izquierda de los peldaños, abajo, dormía un inmenso Buda de oro, acostado en el agua de un estanque oval encerrado para siempre detrás de siete murallas sin puertas. No se lo podía ver ni rendir homenaje sino desde lo alto de la escalera. Nadie se había aproximado a él desde hacia mil ochocientos años, cuando fuera construida a su alrededor la primera muralla. Ese estanque estaba siempre lleno y era clara su agua. El Buda tenía las manos juntas sobre el pecho y sus dos dedos más pequeños emergían del agua y brillaban.

Olivier empezó a bajar la escalera saltando los escalones como una bala que rebota. Los monos, encaramados a la espalda de los elefantes de piedra, gritaban y saltaban de excitación a su paso. Había divisado las piras desde lo alto. Ya ardían tres; otras esperaban los muertos o la llama. Estaban levantadas en el muelle, cada una sobre una especie de plataforma de piedra lisa, a lo largo del río, que recibía enseguida las cenizas.

El río estaca casi seco. Una fina corriente serpenteaba de una orilla a la otra, a través de un limo negruzco y resquebrajado. Algunas mujeres, riendo, mojaban la ropa en el poco de agua que encontraban. Cinturones y camisas de colores velados por la mugre se secaban en una cuerda tendida entre la punta de una capillita y los brazos levantados de un dios.

A cierta altura de la escalera, en uno de sus saltos entre escalón y escalón, Olivier se sumió en el *olor*, que casi lo detiene. Era el olor de la carne quemada, ardida, carbonizada, mezclado al humo de la madera sobre la que fluían la grasa y los humores de los cuerpos reventados por el fuego.

Pensó que Jane estaba allá, abajo, cerca de uno de esos hornos horribles. Se lanzó en su busca.

Sven estaba tendido sobre una pira tradicional, sobre un pequeño número de leños, pues hace falta muy pocos leños para quemar a un hombre. En el proceso de una muerte natural, salvo el caso de algunas enfermedades particulares, los últimos días y sobre todo las horas postreras, liberan al hombre de toda su agua, de modo que el resto arde como una vela. El agua es el sostén universal de la vida. Quien va a morir ya no la necesita, ella no tiene ya nada que hacer en él y lo abandona, se torna seco, menudo, reducido a lo esencial. En caso de ser consciente y condescendiente sabe que aquello que lo abandona, y lo que aún permanece pero lo va a dejar, no es

suyo, es sólo una partícula de ese todo en perpetuo cambio de lugar, de tiempo y de forma. Lo que es él, lo ignora en absolutos, pero si lo acepta en paz, quizás en el último instante llegue a ser alguien en paz, después de tantas batallas desgarradoras y vanas.

Si se niega y tiene miedo, quizá continuará rechazando, luchando y teniendo miedo, como durante esa vida que acaba de recorrer y que llega a su término. Pero con frecuencia el injusto sufrimiento lo revuelve y lo trastorna, haciendo imposible su presencia consciente en el instante de su muerte, o bien la inyección autorizada por un médico compasivo lo sume en la ausencia, y el tránsito se realiza sin él.

¿Qué pasa con estos clandestinos? ¿Y con los otros? ¿Acaso lo dicen los diez mil dioses de Katmandú a quienes los comprenden? ¿Son las flores del cerezo, reabiertas cada primavera, las que dan la respuesta? ¿El vuelo de los pájaros lo inscriben en el cielo? Aunque tenemos ojos, no vemos. Tal es nuestra única certidumbre.

Los de Sven estaban cerrados a esta vida. Su cara estaba distendida y tranquila, enmarcada por los cabellos y la barba rubia que alguien había peinado y adornado con florecillas. Había más flores sobre su cuerpo y en la pira. Tenía la guitarra sobre el regazo y sus manos cruzadas encima sostenían una rama verde que semejaba un pájaro.

Cuando Olivier llegó, un muchacho grande y flaco, envuelto en una especie de velo blanco anudado en la cabeza y la cintura por un cordón dorado, prendía fuego con una antorcha a los cuatro ángulos del último lecho de Sven. Una veintena de *hippies* de ambos sexos, acucillados en torno a la pira, cantaban en voz baja una canción norteamericana que Olivier no entendía. Una melodía entre melancólica y dichosa. Una chica tocaba la flauta, un muchacho golpeaba un tamborcito con la punta de los dedos. Restando una voz al coro, proporcionando otra, los cigarrillos de *hachich* pasaban de boca en boca. Una mujer de unos cincuenta años, sentada a la altura del rostro de Sven, aspiraba golosamente, por la nariz y la boca a la vez, el humo de un pebetero. La barba y los cabellos de Sven ardieron, iluminando su cara. La humareda del *hachich* se mezclaba a la de la pira. Jane no estaba. Olivier lo había notado a la primera mirada.

La vio al darse vuelta. Estaba acostada al pie de un pilar triangular, que tenía en cada cara un dios grabado, con la frente pintada de rojo, de amarillo o de blanco según la devoción de los pasantes.

Estaba exactamente en la misma posición que la muchacha con la cual la había confundido al borde del pantano de los cerdos. Tuvo miedo, y la esperanza, de volver a confundirse; se arrodilló, separó sus cabellos y la reconoció.

Apenas respiraba. Sus ojos estaban cerrados, su pelo revuelto, su cara gris de suciedad. Sumido en la fatiga, la piedad y el amor, Olivier estuvo a punto de sucumbir a su infortunio y tenderse a su lado y ponerse a llorar.

Cerró los ojos, contuvo las lágrimas y la llamó dulcemente por su nombre.

—No te oye, está lista —dijo una voz por encima de él.

Levantó la cabeza y vio a un personaje de largos cabellos grises vestido con unos andrajos mitad europeos mitad orientales. Fumaba una pipa. Y esa pipa asombrosa no olía más que a tabaco.

—¿Lista? —preguntó Olivier, no queriendo reconocer una evidencia.

El hombre se arrodilló a su lado. Olía a sudor, a mugre y a tabaco francés. Levantó la manga de la blusa de Jane, mostrando la sangría del brazo izquierdo, veteado de pinchazos y de costras.

—Heroína —dijo—. Se encuentra de todo en esta porquería de país... Perdóneme, me equivoqué... La porquería no es el país. Es un país admirable... Vivo aquí desde hace diez años y no lo dejaré jamás... La porquería es lo que los canallas traen aquí... ¡Y la podredumbre ambulante de esta banda de cochinos!...

Señaló a los *hippies* canturreando y meciendo el busto alrededor de la pira de Sven, que comenzaba a arder poco a poco.

—Es linda, sí —continuó el hombre—. Lo que me sorprende es que todavía no haya sido embarcada para los burdeles de Singapur o de Hong Kong. Los rufianes ya comienzan a organizarse por aquí. ¡La chiquita se habrá tenido que defender!... Para lo que le ha servido...

—Está muy mal, ¿no crees?

—No soy matasanos... Pero no es necesario... Lo ves como yo... Si se la pudiera meter en seguida en una clínica... ¡Pero aquí!... ¿No tienes tabaco francés?... Aquí se vive por nada, pero este puto tabaco hay que hacerlo venir en avión, ¡es la ruina!...

Olivier se había levantado y miraba la interminable sucesión de escalones que parecían llegar al cielo.

—Voy a llevármela... Arriba tengo una moto... ¿Quieres ayudarme?

—Nadie ayuda a nadie —dijo el hombre—. Crees ayudar, pero haces un mal. Nadie sabe lo que es bueno y lo que es malo. Tal vez tengas razón en llevártela, o tal vez sería mejor que la dejaras... Tú no lo sabes... Tampoco yo...

Escupió a tierra y se alejó.

Olivier lo vio agacharse, juntar algo (¿un pucho?, ¿algún desecho olvidado por los cuervos y los monos?), metérselo en el bolsillo y dirigirse hacia el pequeño puente, vagabundo con un pie en Occidente y otro en Oriente, filósofo, egoísta...

Nadie ayuda a nadie... Nadie... Nadie...

Olivier, parado ante Jane inconsciente, miraba humear a los muertos, balancearse a los vivos, saltar a los monos, y poco a poco ese conjunto se convirtió en algo rojo como una llama, una llama enorme que quemaba todo y a todos en un absurdo total, sin razón y sin objetivo, un incendio universal de dolor e inmundicia.

Jane...

Estaba ella y estaba él, y algo simple que hacer: tratar de salvarla.

Se agachó, la recogió con una precaución infinita, temiendo que un movimiento un poco brusco pudiera ser fatal a su corazón.

Cuando la tuvo entre sus brazos, atravesada sobre el pecho, comenzó a subir la

interminable escalera entre los elefantes de trompas rotas. El cielo estaba allá arriba. Llegaría. Estaba en sus brazos, no pesaba nada, la llevaría, la salvaría. Que arda el mundo...

Todavía inconsciente, Jane estaba tendida sobre la cama. Un médico le tomaba la presión. No podía creer a sus ojos ni al cuadrante. Apretaba de nuevo la pera, soltaba la presión, recomenzaba. A pesar de ser británico, al tercer intento no pudo evitar una mueca; levantó la cabeza hacia Yvonne y le dijo en inglés:

—Casi cero... Lógicamente, debería estar muerta.

Olivier no comprendió sino una palabra: *dead*: muerta.

Se rebeló.

—¡No es verdad! ¡No está muerta!

—¡Chss! —dijo Yvonne—. Él no dice eso... Dice que va a salvarla...

El médico comprendía el francés y comprendía que Olivier tenía necesidad de ser reconfortado. Pero salvarla... él, en todo caso... Evitó expresar su escepticismo, hizo una receta y dio las instrucciones a Yvonne.

Por el momento no se podía trasladar a la enferma. Apenas pudiera soportar un desplazamiento, sería preciso llevarla a la clínica de Nueva Delhi para la que les daría una recomendación. Por ahora, le haría una transfusión; se la debería alimentar en cuanto estuviera en condiciones de comer. Sémola, harinas, como para un bebé. Después, todo lo que quiera. En cuanto a la heroína, no habría que negársela, pues tal cosa la mataría.

Volvería con el suero para la transfusión y una caja de ampollas que ya constituían el principio de un tratamiento: una solución de heroína mezclada con otro producto. Al mismo tiempo le daría la carta para la clínica. Como no había una enfermera adecuada, todo debería hacerlo él mismo.

Salió enseguida. No era un médico demasiado bueno, cosa que sabía, pero también sabía que lo más importante en estos casos era actuar rápido. Temía que al regresar ya fuera tarde.

Yvonne le explicó a Olivier cuanto el médico había dicho. Lo hizo sentar y le ofreció café o comida, que no quiso. Estaba al pie de la cama, sentado en una silla, la cara cubierta de polvo, fijos los ojos en Jane. Había logrado mantenerla sentada en el asiento de atrás hasta que él mismo se ubicó, atándola a su espalda con la camisa.

Vino tan despacio como un caracol, evitando hasta las piedras más chicas. En ocasiones ella se deslizaba, debiendo por fin detenerse, pasar el brazo de Jane alrededor de su propio cuello y anudarle las manos por debajo de su mentón, con un pañuelo.

Se había dirigido directamente a «Ted and Jack». Sólo Yvonne lo podía ayudar.

El médico regresó, colgó la gran ampolla de suero por encima de la cama, conectó la goma, perforó la vena y ajustó el gotero. Con unas tiras de tela que había

traído ató a Jane a la cama. Se la podía liberar cuando recobrar el conocimiento, cuando lo recobrar *verdaderamente*, y sólo entonces se la podía arreglar y desvestir.

Inyectó una ampolla de heroína en la vena del otro brazo. Enseñó a hacerlo a Yvonne. Era algo delicado. Sobre todo cuidar que no entre una burbuja de aire... Si podía, vendría él mismo a ponérselas. Pero era el único para tantos enfermos...

Nada de acceder a los ruegos de la enferma de que le pongan otra inyección. ¡Y no dejar las ampollas y la jeringa a su alcance! En su estado, una dosis demasiado fuerte podía enloquecerla o matarla.

—Le agradezco que la haya recibido en su casa —dijo Olivier.

Estaba sentado en el diván, en el escritorio de Ted, con un vaso de Coca en la mano. Ted, de pie, rosado, fresco, sonriente bebía un *whisky*.

—No tiene ninguna importancia —respondió.

—No... Podría haberme dicho de llevarla a un hospital... y allí se hubiera muerto... Ahora, está a salvo... Gracias a usted... Nunca lo olvidaré.

Al cabo de tres días, Jane parecía haber resucitado. Cuando reabrió los ojos, Olivier estaba delante. En sus venas corría la horrible, mitigadora heroína. Un lento bienestar la invadía. Olivier... Olivier... Estaba allí. La alegría le llegaba al rostro, poniendo color en sus mejillas y un brillo en esos ojos donde el violeta se había convertido en azul pálido. Había sonreído y abierto los labios. Había dicho en un suspiro:

—¡Olivier!...

Él también había sonreído, apretando los labios, suspirando y parpadeando, para alejar las lágrimas que a pesar de todo acudían. Le había dado una palmadita en la mano todavía inmovilizada por las vendas. Al fin había podido hablar:

—¿Cómo estás? ¿Todo va bien?

El médico, que había vuelto, quedó sorprendido, agradablemente sorprendido. Dijo que pronto se la podría trasladar. Comía bien y, en cuarenta y ocho horas, había recobrado el color, y según parecía, aumentado un poco de peso.

Por la mañana Yvonne le ponía la inyección. Olivier no la abandonaba durante el día, pero al anochecer todo se hacía más penoso, cuando él se iba y comenzaba a hacerse sentir la necesidad de la heroína. Yvonne se llevaba a su departamento la jeringa y las ampollas. Sabiendo que no podía hacer nada, Jane terminaba por dormirse, despertándose cada vez más frecuentemente a medida que la noche avanzaba y sintiendo crecer la angustia y el sufrimiento, hasta el dichoso momento en que llegaba Yvonne...

—Creo que en dos o tres días la podré llevar a Delhi —dijo Olivier—. Pero desgraciadamente no tengo dinero para el viaje y el tratamiento. ¿Puede prestarme mil dólares? Se los devolveré más adelante, trabajando gratis para usted...

—Usted es un buen muchacho —dijo Ted—. Y esta niña es encantadora... ¡Pero mil dólares!... ¿Se da cuenta?... ¿Y si usted no regresa?...

Olivier se levantó bruscamente.

—¿Por quién me toma? ¡Le firmaré los papeles necesarios!

—¿Para qué me servirían sus papeles, si usted se va al diablo?

Olivier palideció. Posó brutalmente el vaso sobre el escritorio.

—No se ponga nervioso... —dijo Ted—. No puedo prestarle semejante suma... Veamos... ¡Debe comprenderlo!... ¡Sea razonable!... Pero en cambio puedo hacérselos ganar... ¿Ha estado ya en Swayanbounath?

—Sí...

—¿Conoce lo que llaman el Diente de Buda?

Olivier frunció las cejas, tratando de recordar.

—Bueno, se lo mostraré...

Ted dejó el vaso y fue a buscar a un estante un libro de gran formato del que sacó una serie de fotos en colores. Las distribuyó sobre el escritorio. Representaban, bajo diferentes ángulos, un Buda de madera polícroma, con la cabeza cubierta por un turbante, lo que era muy curioso, finos bigotes y una enorme esmeralda rectangular encastrada en el ombligo. Estaba ubicado dentro de una capillita en cuya cima se había levantado una cortina de gruesas mallas de fierro forjado.

—Ah sí, ya veo... —dijo Olivier.

—¡Bueno!... Tiene la reputación de ser el retrato auténtico del Buda, hecho de acuerdo al modelo vivo, lo cual le daría una antigüedad de por lo menos dos mil quinientos años... Pero basta con mirarlo para darse cuenta de que es infinitamente más reciente. La influencia persa es evidente. Esto es, para mí, lo que lo torna raro y valioso. Pero para los fieles que vienen a adorarlo de todo el Oriente, casi como si fuera el mismo Buda, es el verdadero, el *único* retrato verdadero de Cakya-muni autenticado por esto...

Ted puso su dedo rosado sobre la imagen de la esmeralda-ombligo.

—Un diente del mismo Gautama, al que se lo sacaron después de muerto... Un lindo ejemplo de incisivo, ¿verdad?...

Juntó las fotos y las volvió a poner dentro del libro, que acomodó en el estante.

—Tengo un cliente para este pequeño Buda... Por supuesto, un norteamericano... Cada año vuelve por aquí y me pregunta: «¿Qué pasa con el diente?...». Yo nunca quise hacerlo. Es demasiado arriesgado. Pero si quiere tentar suerte... Ofrece cinco mil dólares.

Olivier quedó apabullado por la enormidad de la suma, Ted le advirtió que si la esmeralda fuera auténtica, ella sola valdría más del doble. Pero él había tenido la precaución de fotografiarla usando filtros adecuados. No era más que vidrio de color. Convenía no decírselo al norteamericano, pero de todos modos no era la joya la que le interesaba, sin la rareza de la estatua.

Tenía un museo fantástico, en el que no faltaban algunas piezas muy divertidas... Fue él, Ted lo sabía, quien hizo aserrar y acarrear la cabeza del Rey Leproso en Angkor, ya que no pudo transportar la estatua entera, demasiado voluminosa. También pretendía poseer una mecha de la barba de Cristo, cortada por un soldado romano.

Eso era, por lo menos, discutible...

—En estos momentos están aquí, en el Hotel Himalaya. Si el asunto le interesa...

—¡Voy! —dijo Olivier.

—Lo presentía. Usted es el único que puede lograrlo. Tiene un motivo más imperioso que la codicia, tiene coraje, agilidad, una mirada precisa y no teme nada...

Se llama Butler... Yo le avisaré... Es *todo* cuanto haré... ¡No me mezclo para nada! En cuanto consiga la pieza, se la lleva al hotel, recibe la plata y me trae la mitad.

—¿Qué?

—¿No pensará que le doy este asunto en bandeja únicamente para su gusto?... ¡Pero yo le haré economizar algo!... él vino con su avión particular. Le pediré que los lleve a Delhi. Lo que más le importará en cuanto tenga el objeto será irse para ponerlo a resguardo, de modo que si se lo lleva a la noche, a la mañana siguiente habrán partido los tres. ¡Lejos, sin dejar rastros! ¡Un golpe soberbio! De usted depende el triunfo... Si falla...

—No fallaré —dijo Olivier—. Pero no estoy de acuerdo con el reparto. Dos mil para usted; tres mil para mí...

—Ya está convirtiéndose en alguien —dijo Ted sonriendo—. De acuerdo...

Hay una carta para usted, señora Muret —dijo la señora Seigneur.

—¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¡Es de mi pequeño! Usted me perdonará... Le había dicho que me escribiera aquí... Yo temía a los policías... No sabía que habría una amnistía... ¡Oh Dios mío!, no veo nada... Mis anteojos están sucios... Quiere fijarse, ¿eh?...

Todavía era temprano cuando llegó la abuela, pero la señora Seigneur ya estaba detrás de la caja, el ojo vigilante, mientras entraban las primeras clientas, las más jóvenes para la leche fresca del primer biberón. También las más viejas, las solitarias que casi no duermen, que no saben qué hacer con lo que les resta de vida, y van de negocio en negocio, desde que se abren, a comprar algunas migajas, o a nada, a tocar la mercadería, a discutir, a darse la impresión de que aún tienen necesidad de mantener su existencencia...

Los anteojos de la señora Muret no estaban sucios, nada estaba sucio ni dentro de ella ni fuera de ella; pero sus ojos no eran jóvenes y sus manos temblaban. Le dio el sobre a la señora Seigneur, quien lo abrió. Contenía una postal y un billete de diez dólares.

—¡Qué tal! ¡Parece que se desenvuelve, su pícaro!

El billete de diez dólares había suscitado en la señora Seigneur una actitud considerada y un poco huraña. ¡Los jóvenes! ¡Todo para ellos! ¡Millonarios a los veinte años, nada más que vendiendo corbatas! ¿Quién lo hubiera creído del pequeño Olivier?

La abuela se impacientaba:

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

—Dice: «No te preocupes, estoy bien, todo anda bien. Haz cambiar el billete en un banco. Te abraza, Olivier».

La señora Seigneur miró la postal y vio una montaña cubierta de nieve.

—El Monte Blanco —dijo.

—Oh, ¿que hace en el Monte Blanco? ¡Es muy de él hacer eso!...

La señora Seigneur tuvo una sospecha. Tal vez no fuera el Monte Blanco... Buscó alguna inscripción... Hay un nombre, Katmandú... le manda dólares, de modo que eso debe estar en Norteamérica...

La señora Muret juntó las manos, extasiada:

—En Norteamérica... ¡Qué felicidad! Reencontrará a su madre. Usted sabe que Martine se fue allá, desde que su patrón tuvo aquel accidente... Ya ve, uno se hace mala sangre, y al final las cosas se arreglan. El Buen Dios no es tan malo... ¡Gracias, señora Seignerur, gracias!... Enseguida subo a pasar la aspiradora...

Tomó el billete, el sobre y la postal, y atravesó con cortos pasitos el negocio luminoso que olía a leche fresca y buenos quesos. Ella era tan inocente y buena como ellos, envuelta por una felicidad que parecía un papel transparente.

A mitad de camino de la Montaña, en una cumbre rodeada de un círculo de picos más bajos, se levanta el templo de Swayanbounath.

Tiene la forma de un seno blanco cuya base es grande como una ciudad.

En el interior, justo en el centro del Templo y de la cima de la montaña, reposan desde hace veinticinco siglos los restos del príncipe Sidharta Gautama, que se convirtió en el Buda Cakya-muni, abriendo el camino que deberán recorrer los hombres que quieren librarse para siempre del sufrimiento.

Así, Swayanbounath constituye una de las tres cimas que equilibrarán la rotación del mundo, siendo la segunda el Gólgota, sobre la cual, cinco siglos más tarde, Jesucristo inició un nuevo camino, cargando con el sufrimiento de la humanidad.

La tercera cima aún no ha emergido de las aguas. Por tal razón el sufrimiento está todavía presente en todas partes, injusto e inexplicable.

A pesar de sus dos mil quinientos años, el templo de Swayanbounath permanece nuevo, conservado sin descanso desde su construcción por el fervor, la técnica y la destreza de un pueblo de artesanos que viven en las aldeas de las montañas circundantes, sin hacer otra cosa, desde hace veinticinco siglos, que reparar lo que se gasta y reemplazar lo que no puede ser reparado. Pero la propia mole del Seno, construida y herméticamente cerrada de una vez por todas alrededor del Buda, no sufrió, desde entonces, ni desequilibrio ni decadencia.

Su punta la constituye una torre cuadrangular recubierta de oro, prolongada por veintiún discos de oro cada vez más pequeños, los últimos de los cuales se hunden en el interior de una corona continuada por un cono. Este, que termina en una bola, está protegido por una pirámide formada por tres árboles de oro cuyas puntas se juntan en

lo alto configurando una triple cruz.

De la cúspide de la pirámide parten miles de hilos que conectan todos los puntos de la montaña y de las que la rodean, la cima de todos los templos secundarios, de los edificios, de las capillas, de los árboles, de los postes, de todo cuanto surge y se eleva. De esos hilos cuelgan telas rectangulares de todos los colores que el viento agita sin cesar. Sobre cada uno de esos rectángulos, la mano del hombre ha escrito una súplica. De tal modo, el viento que pasa y las agita reza día y noche en diez mil colores.

La blancura inmaculada del Seno está mantenida sin descanso por pintores vestidos de blanco, con el rostro y las manos teñidas de blanco, que se desplazan hora tras hora, día tras día, en el sentido del sol, cada uno a la altura debida para que se encuentren las fajas blanqueadas que pintan durante toda la vida, consagrados como están a la sola tarea de blanquear, perdidos en el blanco.

Sobre cada una de las cuatro caras de la torre de oro están pintados los inmensos ojos del Buda. Su iris sin pupila es azul oscuro, a medias recubierto por la curva azul pálido y oro del párpado superior, que domina el arco perfecto de la ceja azul vivo. La mirada no es ni inquisidora, ni indulgente ni severa. No es la mirada que juzga o que expresa, sino la que ve, en las cuatro direcciones.

Una muchedumbre continua de peregrinos serpentea por los senderos, entre las montañas en círculos, y sube hacia el Templo valiéndose de cuanto camino y escalera la lleve. En torno del propio Seno se extiende una vasta plaza cubierta de edificios anexos, de capillas, estelas y estatuas de todos los dioses del hinduismo y del tantrismo, quienes también han venido a rendir homenaje a la sabiduría del Buda. Y entre ellos circulan ininterrumpidamente los fieles, los perros, los patos, los monos, las aguateras, los que llevan flores, los bozos, los mendigos, las vacas, los *hippies*, los foto-turistas, los vendedores de cebolla, los carneros, las palomas, los cuervos color cigarro, los niños ejecutantes de violín, un gentío multicolor y lento sobre el que palpitan las sombras ligeras de cien mil oraciones al viento.

Olivier había ubicado al mediodía la capilla del Diende, y se detuvo largamente delante del pequeño dios bigotudo. No se llevaría una sorpresa semejante a la que le deparó la diosa de seis brazos. La estatua de madera estaba simplemente apoyada sobre un corto pedestal de piedra, fijada a él por dos cadenas empotradas en la piedra y sujetas por su otra extremidad a unos anillos unguados en la base de la estatua. Entre el anillo y la extremidad de cada cadena se interponía un extraño y enorme instrumento que Olivier ya había visto en un negocio en Katmandú. Se parecía al mismo tiempo a un cañón de mortero y a una ballesta: era un candado.

Toda esa chatarra era gruesa y forjada a mano, pero Ted le había dado una cizalla desmultiplicada capaz de cortar los cables del puente de Tankerville. Por ese lado no había ningún problema, aunque por la noche bajasen la red de acero tendida delante de la capilla, cada una de cuyas mallas tenía una pulgada de espesor.

La dificultad provenía de la muchedumbre.

Olivier se dio cuenta de que nada era posible durante el comienzo de la noche.

Volvió a bajar hasta el fondo del valle donde había dejado la moto, comió las provisiones que llevaba, se acostó con el bolso como almohada y vio encenderse una a una las enormes estrellas. Se durmió pensando en la vida que le daría a Jane con los tres mil dólares. Primero había que curarla, enseguida llevarla a un país nuevo, limpio, tal vez a Canadá, con sus grandes nieves, sus hombres simples, sus árboles y hachas. Y hacerla dichosa hasta el fin de sus días. Desde que existía, el pequeño Buda de turbante no habría tenido la ocasión de favorecer un destino tan claro, una acción tan radiante. Ese, seguramente, era el motivo por el cual había sido esculpido, pintado y encadenado en ese lugar, esperando con la paciencia de un árbol o de un dios que un muchacho de corazón tan puro como el suyo viniese a cortar sus cadenas y llevárselo hacia el amor.

La luna despertó a Olivier. Tenía un poco de frío, pero se calentó rápidamente subiendo hacia el templo. Se cruzaba con algunos grupos o con individuos aislados que bajaban. Comprendió que debía esperar todavía un poco.

Esto le fue confirmado cuando llegó al lugar. Aún había desparramados por todas partes, entre las capillas y las estelas, pequeños grupos en actitud de orar, o comerciantes que recogían en pedazos de papel sus montoncitos de polvo de color. Las llamas de las lámparas palpitaban aquí y allá. Olivier se acercó a la capilla del Diente, lo suficiente para poder vigilarla, dejó el bolso y se instaló para pasar la noche, lo que no tenía nada de extraordinario. Constató con satisfacción que la cortina de malla de acero permanecía levantada. Por lo visto nunca la bajaban. Para defenderlo de todas las codicias, se confiaba, más que en ninguna otra cosa, en la veneración que inspiraba el Diente.

Poco a poco, a medida que la noche avanzaba, la plaza se vació. De acuerdo a lo que abarcaba la mirada de Olivier, no quedaba más que un devoto vestido de blanco y cubierto con un bonete negro, quien arrodillado y con las manos juntas ante un dios en igual actitud, no terminaba de hablarle, de afirmar, de interrogarlo, de suplicarle. El dios permanecía impassible, sin fatigarse. El devoto no era de piedra, y acabó por cansarse; se levantó con alguna dificultad y se fue lentamente hacia las escaleras próximas, tocándose los riñones.

Olivier se levantó, fingiendo desperezarse y bostezar mientras miraba a su alrededor. La luna, casi en su última fase, estaba suficientemente alta para dar bastante luz. No había nadie. Tal vez alguno dormía por ahí, acostado sobre la terraza, pero era imposible revisar todos los lugares para asegurarse. Debía actuar rápido y en silencio.

Se aproximó a la capilla, puso negligentemente el bolso a sus pies, sacó la cizalla y metió sus dos brazos en la oscuridad del nicho.

Un demonio surgió ante su cara, dando gritos agudos. Olivier, con el corazón golpeando como un martillo, saltó hacia atrás. Era un mono, que fue a subirse unos metros más allá sobre la cabeza de un león de piedra, se volvió hacia Olivier y siguió injuriándolo. Era el comensal del Buda. Compartía con él la capilla. Estaba furioso

por haber sido molestado. Todos los monos de la plaza despertaron y empezaron a chillar, los perros y los cuervos a ladrar, los patos y las gallinas a lanzar sus gritos estúpidos. Olivier guardó rápidamente la cizalla y se alejó con paso indolente. En el edificio adyacente se abrió una puerta y salieron unos bonzos llevando lámparas encendidas.

Sin prestar ninguna atención al tumulto, emprendieron su periplo matinal alrededor de la interminable circunferencia del Seno, haciendo girar los millares de molinos de plegarias dispuestos en su perímetro, y salmodiando las palabras sagradas que religaban su movimiento circular al de los planetas, las galaxias, los universos, los átomos y los universos contenidos en ellos, y a la armonía del todo, infinitamente diverso e igual, infinitamente extendido y en cada parte contenido por completo.

La luz del amanecer despertaba el azafrán del hábito de los monjes, hacía brillar sus cráneos rapados, apagaba las lámparas y encendía los colores de las plegarias al viento.

Era demasiado tarde. Olivier compensó su decepción pensando que, sin el mono, hubiera sido sorprendido en plena operación. Ahora sabía cuál era la hora límite. Había actuado con excesiva impaciencia. Ted le recomendó que pasara por lo menos dos o tres noches en observación antes de actuar. El norteamericano esperaría.

Pero también esperaba, Jane...

Descendió cerca del arroyo, se aseguró de que no le habían robado la nafta de la moto, bebió, se lavó, se bañó y afeitó, y durmió algunas horas.

Cuando despertó, volvió a mojarse la cara con el agua fresca y trató de encontrar una solución a lo que ahora constituía el principal problema: ¿cómo librarse del mono?

Pensó que lo mejor sería ofrecerle a eso de medianoche una banana drogada, que lo dormiría hasta la mañana. Contando que la quisiera tragar. ¿Y drogarla con qué? El *hachich* era capaz de darle asco. Pero había que intentarlo. Conseguiría sin duda en alguna aldea. Todos los campesinos entendían el gesto de fumar de los jóvenes occidentales, y comprendían lo que buscaban. Si no encontraba allí, volvería a Katmandú y le pediría al médico, como si fuera para él mismo, un somnífero eficaz. Pero eso le haría perder un día más.

Se encaminó a pie hacia un pueblito de una de las montañas del círculo. También quería comprar alimentos. Seguramente, encontraría *hachich*. Y esa noche triunfaría...

Jane no había mejorado desde la partida de Olivier. Antes de irse, él le había dicho que no se preocupara, que volvería muy pronto y entonces partirían juntos. ¿Y Sven? ¿Vendría con ellos?... Sí, sí, Sven también vendría. La pregunta lo sorprendió; más adelante habría que decirle lo que ella había olvidado...

Dos horas después de su partida, Jane ya comenzó a impacientarse, a inquietarse.

Preguntaba a Yvonne dónde estaba Olivier, si regresaría, cuándo, y por qué no estaba allí. Yvonne no sabía dónde estaba, pero le aseguraba que volvería pronto...

Interrogó a su marido, quien declaró no saber nada. Olivier solamente le había dicho que iba a procurarse el dinero necesario para el viaje y la clínica. Esperaba que ese chico no cometiera una locura. En todo caso, él se lavaba las manos. Ya se había comportado muy bien al a coger a esa drogada. Si Olivier hacía una tontería, no estaba dispuesto a asumir las consecuencias.

—¡Hubieras podido prestarle el dinero!... Es un muchacho honesto...

Ted adoptó un aire sorprendido, ingenuo.

—¿Prestárselo?... ¿Yo?... ¡No soy su padre!...

Por un instante saboreó su hallazgo, luego insistió:

—Jacques vendrá pronto... Me sorprende que Olivier no haya pensado en esperarlo para pedirle lo que necesita. ¿Y vuestros proyectos de viaje, dónde han quedado? ¿Has reflexionado un poco?

Yvonne lo miró con un odio total, carnal, visceral, mental, un odio que subía hasta sus ojos desde la médula de sus huesos.

—Crees habernos atrapado —dijo ella—. ¡Pero nos iremos!...

—¡Bueno!... ¡Bueno!... En cuanto llegue y converses un poco con él me lo confirmarás... Yo les sacaré los pasajes... Mi ofrecimiento continúa siendo válido.

Los dos estaban en el palier del segundo piso, entre el escritorio de Ted y la habitación de Jane. Ted entró en su escritorio, dejando a Yvonne inmóvil, helada en lo alto de la escalera, petrificada de odio y desesperación. Sabía muy bien, sabía, que cuando Jacques supiera que ella no tenía un centavo, le daría muchas buenas razones para quedarse allí... ¿Acaso no estaban bien?... ¿No era dichosa?... Un país maravilloso... Un oficio estupendo... Y un marido que le daba todo y no le pedía nada...

Ella le había dicho, para evitar toda escena de celos, que desde hacía tiempo no tenía relaciones sexuales con Ted. No estaba segura de que lo creyera, pero él fingía creerlo porque le convenía, del mismo modo que fingía ser rico, ser el amo de los elefantes, de la jungla, de los tigres, de él mismo...

Así como fingía ser feliz...

Para arrancarlo sin destruirlo de ese mundo imaginario le había propuesto otro mundo, diferente pero también brillante: *gentleman-farmer*, una flota de tractores, caza en Sologne, un departamento en Passy, el *Tout-Paris*, Maxim's...

Eso hubiera sido posible, con las alhajas que Ted le había regalado cada año... Una fortuna en piedras preciosas. Sobre todo rubíes, que él mismo iba a elegir entre los mineros de Barjan, quienes le reservaban los mejores. Los enviaba a tallar a Holanda y los hacía montar en collares, brazaletes, anillos, por los artesanos de Nepal y Cachemira.

Pero se habían casado bajo el régimen de separación de bienes, contrato que firmaron en París y en Zurich. Él había pagado las joyas. Ella se las había puesto...

¡Oh, tan pocas veces!... ¡En ese agujero!... Pero le pertenecían tanto como el aire que respiraba. No poseía más que una tierra donde se cultivaba remolacha, siniestra, en la Somme, que además tendría que litigarla con un granjero... Jacques no partiría, lo sabía...

También sabía que nunca más, NUNCA, podría soportar el vientre de Ted contra su vientre. Y la idea de sentirse poseída por él le provocó una náusea que no pudo contener. Bajó la escalera para vomitar en el baño.

Al anochece, Jane se mostró tan agitada que Yvonne telefoneó al doctor. Le dijo que la muchacha quería una segunda inyección, que gemía y se retorció en la cama.

El médico le prohibió terminantemente que accediera al deseo de la enferma. Ahora esa chica tenía dos drogas: la heroína y ese muchacho. ¿Cómo se llamaba?... ¿Olivier? Eso es. Como Olivier le faltaba, quería reemplazarlo por la otra droga. Era normal. Compensación. Pero había que impedirlo. ¿El muchacho estaría ausente mucho tiempo más? Su presencia era más eficaz que cualquier tratamiento. ¿Por qué se había ido? Por supuesto, por supuesto, hay que ganarse la vida... Pero de cualquier modo, ¡nada de una segunda inyección! ¡A ningún precio!

—¿Pero qué puedo hacer? ¡La chica sufre!

—Nada... No puede hacer nada... Déjela sola... Entonces no se quejará más y será menos desgraciada...

—Pero ¿no puede cometer alguna estupidez??

—¿Qué estupidez?

—Se dice que cuando les falta la droga a veces se suicidan.

—¡No hay peligro! Ella *sabe* que mañana temprano tendrá su inyección. Se va a impacientar, tendrá estertores, sufrirá, pero esperará, puesto que está segura de que a la mañana recibirá su pequeño paraíso envenenado... Déjela sola, sola, déjela. En su sufrimiento hay una buena parte de chantaje. No es divertido, por supuesto, pero terminará por calmarse pensando en mañana por la mañana y se dormirá...

Cuando le dieron la inyección al día siguiente, Jane se puso hermosa como nunca lo había estado. El antídoto atenuaba los efectos más violentos de la heroína, a la que venía mezclado. Después de una noche de espera interminable y de sufrimientos físicos que se tornaron atroces al alba, recibió la paz y se acordó de Olivier, del amor de Olivier, de la certidumbre de la gran felicidad que la esperaba junto a él. Su tez se puso fresca como la de un niño, sus ojos se agrandaron, su cara irradiaba dicha. Al verla tan linda, Yvonne la abrazó y le reafirmó que Olivier volvería pronto. Jane se apretó contra el pecho de Yvonne y se puso a canturrear una canción irlandesa. Se calló de pronto, abrazó a Yvonne, se apretó de nuevo contra ella y le dijo:

¡I love you!... ¡You are so good!...

Yvonne fue sumergida por una ola de amor, de ternura y de horror. Esa muchacha, esa niña tan linda, esa niña perdida, podría ser su hija. Hubiera querido defenderla, salvarla, llevársela, quererla, tener en fin alguien por quien luchar eficazmente, alguien de su propia carne o de su amor. No tenía hijos ni marido, sólo un amante

como un afiche de colores, y ella mismo no era sino un naufrago, un desecho, una esclava, la porción de carne necesaria para complacer a un cerdo...

Y esa niña adorable y tan linda, esa niña frágil, maravillosa... El médico no le había ocultado lo que costaría salvarla... Le había explicado que ya estaba perdida antes de fumar el primer cigarrillo de marihuana. Algo en su vida familiar la había herido de muerte. Y la evasión por la droga no era sino una lenta agonía bajo un disfraz de flores, de música y de ilusiones. A medida que las ilusiones se desmoronaban, buscaba otras más violentas y aún más ilusorias. Sólo tenía una oportunidad: ese muchacho... ¿Cómo se llamaba? Olivier... Nadie más que él podía salvarla, sacarla del camino de la muerte. En su carta a la clínica de Delhi explicaba que el muchacho debía estar junto a ella. ¿Pero dónde se había metido ese imbécil? ¿Por qué estaba lejos? Sin él, ella se ahogaba. En verdad, ya no le quedaba mucho aliento.

Estaba radiante. Comía frutas y pan con manteca, bebía leche de yac, reía... «Olivier... Lo amo... Olivier... Lo amo...».

Yvonne bajó la bandeja del desayuno y empujó la puerta con el pie. Jane no se había sentido nunca tan bien. Olivier regresaría pronto. Quería embellecerse para él. Se sentó en la cama, apoyó los pies en el suelo, vaciló un instante y se levantó. El mundo giraba un poco a su alrededor, algo sin peso, ella misma era liviana, como una flor apenas balanceada en el sol en la punta de una rama, una brisa apenas insinuada. Separó los brazos como una equilibrista y dio un paso, enseguida otro. Era extraño ese movimiento sin riesgos, un columpio, toda la habitación un columpio... Siguió, un paso, otro, hacia la puerta del cuarto de baño. Río, era tan gracioso, tan ligero...

Ted, que venía de su oficina, se dirigía hacia la escalera. Escuchó la risa cantarina. La puerta había quedado entreabierta. Se quedó mirando. Jane se sacaba el camisón tirándolo lejos, pasaba por un rayo de sol que venía de la ventana, llegaba al cuarto de baño, tomaba un cepillo, se lo pasaba por su pelo de oro ardido, largamente. Sus cabellos se convertían en una ola viva sobre la espalda, sus brazos alzados hacían avanzar sus pechos de muchachita, un vidrio reflejaba un rayo de sol sobre el muslo y la cadera. Ted se puso violeta.

Olivier encontró no solamente *hachich* sino también opio. Había visto las bolas parduscas en un negocio de Katmandú. Al advertir cerca de una granja un campo de amapolas en flor, se le ocurrió pedirle al campesino. Cuando Olivier le señaló las flores, el hombre comprendió. Entro en su casa y regresó trayéndole una bola grande como una manzana. Olivier mostró la uña de su pulgar. El campesino sonrió, se llevó la manzana y trajo una nuez. Una nueva explicación permitió a Olivier conseguir una avellana, más que suficiente para su objetivo.

En otra granja obtuvo un producto todavía más valioso: *hachich* del año anterior, desecado, pulverizado y amasado con manteca. Así lo conservan los nepaleses de una

estación a otra. Cuando quieren utilizarlo, funden la manteca y recogen el polvo herbáceo.

Olivier pensó que al mono le gustaría la manteca rancia, pero no estaba seguro de lograr el efecto que esperaba. Los *hippies* alimentan su no-violencia con la marihuana, pero la mayoría de los asesinos norteamericanos del Sindicato también fuman la hierba...

Decidió preparar dos bananas, una con opio, la otra con el *hachich* enmantecado. Pero estuvo a punto de fracasar, ya que las bananas, como el resto de las provisiones, parecían haber desaparecido. Una ola ininterrumpida de peregrinos atravesaba el pueblo en dirección a Swayanbounath. Y habían hecho sus compras. Llevaban linternas de papel coloreado y lámparas de todas formas. Olivier vio que los lugareños, por su parte, instalaban lámparas por todos lados, sobre las fachadas de las casas, en las ramas de los árboles, sobre los altares y los dioses de las esquinas, en los hilos tendidos y en las pértigas levantadas.

Una banda de *hippies*, aparentemente alegres, menos «aplastados» que los que había encontrado hasta el momento, llegó cantando al pueblo y se sentó en torno de la fuente. Había entre ellos un belga, quien le explicó a Olivier la razón de todo ese movimiento. Esa noche era la Fiesta de las Luces. Era para festejar el reencuentro de la Luna y el Seno que todas las luces iban a ser encendidas esa noche.

Yvonne no la abandonó, se esforzó por distraerla, le narró las bellezas del bosque y de la jungla, le habló de Jacques, de los elefantes, de las enormes flores que colgaban de los árboles y de multitudes de pájaros de distintos cantos y colores. Jane escuchaba cada vez menos, su cara se cubría de sudor y sus piernas se distendían en espasmos nerviosos. Cuando anocheció, se negó a comer y le suplicó a Yvonne que le pusiera otra inyección.

Yvonne no soportaba verla sufrir. Telefoneó de nuevo al médico. No estaba. Pero la llamó una hora más tarde, renovando su prohibición. Preguntó si sabían dónde estaba el muchacho... ¿cómo se llamaba?... para hacerlo volver urgentemente. Era lo más importante de todo.

—¿Toda la noche? —preguntó ansiosamente Olivier.

¿Iba a perder todavía veinticuatro horas por una fiesta imbécil? ¡Fiestas! ¡Siempre fiestas! ¡No debía existir en el mundo otro pueblo que las celebrara tan continuamente!

Pero el belga, acabada su salchicha, dijo que en el instante mismo en que la media luna se destacara sobre la punta de la montaña, debían ser extinguidas todas las luces, y cada uno entrar en su casa o refugio, o cubrirse la cara, no mirar más lo que pasaba en el aire y dejar a la Luna y el Seno juntos, solos en el cielo.

Olivier compró a los *hippies* arroz y bananas y volvió al arroyo. Tal vez esa noche fuera la oportunidad excepcional, o quizá nada fuera posible. Tal vez habría grupos de peregrinos durmiendo alrededor del Templo... O habrían partido a buscar un refugio... No podía saberlo, debía estar listo para actuar, estar allá arriba en el

momento de la extinción de las luces y haber ya drogado al mono.

Preparó las dos bananas y comió un poco de arroz. Se esperaba que la luna apareciera en la cumbre de la Montaña hacia la medianoche. Con las sombras, los millares de lucecitas convertían a la tierra en una réplica del cielo. Tantas estrellas brillaban abajo como en lo alto. Pero una parte de las de abajo se movían, se congregaban en lentos y largos caminos de luz, vías lácteas móviles que serpenteaban entre las montañas del círculo y fluían hacia la cima de la montaña donde el Buda dormía en el Seno.

Olivier se dijo que no debía demorarse en subir. Inspeccionó de nuevo su moto, la empujó hasta la proximidad del sendero por el cual pensaba escapar, lista para partir en un cuarto de segundo. Se echó el bolso al hombro y se puso en marcha.

El final del segundo día de ausencia fue para Jane todavía más duro que el precedente. Después del mediodía había recommenzado a sentir la angustia introducirse poco a poco en sus venas, subirle tras la frente y presionar sobre ella para hacerla estallar. Ocultaba bajo las sábanas sus manos temblorosas.

Yvonne estaba segura de que Ted lo sabía, segura de que, sacando ventaja de las circunstancias, lo había metido en alguna aventura peligrosa para uno y productiva para el otro. Se lo dijo, y aprovechó para decirle también, de paso, una vez más, todo cuanto pensaba de él. Pero no obtuvo más que sonrisas y silencio.

Fue a abrazar a Jane que se aferró a ella, suplicándole mientras lloraba y gemía. Le rogó que se calmara, Olivier regresaría, había ido a trabajar para ella, para curarla, para llevársela. De todos modos, mañana tendría su inyección: ¿acaso no lo sabía?, mañana temprano. Aún vendría más temprano...

La volvió a acostar, la cubrió con una manta liviana, enjugó su cara traspirada, bajó al primer piso, tomó tres comprimidos de somnífero y puso el despertador a las seis de la mañana.

Ted esperó una hora para asegurarse de que Yvonne estaba bien dormida. Entonces abrió la caja fuerte y tomó un estuche de jade, una jeringa hipodérmica, una cuchara de plata y una minúscula lámpara cincelada, antigua, una maravilla. Colocó todo eso en los bolsillos de su bata bajo la que estaba desnudo.

Cuando Olivier estaba llegando al pie de la Montaña del Seno, éste se iluminó, hasta parecer en la noche un fruto de pura luz. Olivier oyó el ruido del grupo electrógeno que alimentaba los proyectores. Los bonzos habían tomado de la vida occidental lo que servía a sus tradiciones.

En lo algo del Seno, desde la pared de la Torre de Oro, los ojos del Buda miraban la noche; ojos que ven lo que pasa aquí y en otras partes, y cada instante de la vida de cada uno. Si quien los mira es bastante puro, suficientemente falto de egoísmo y

deseos miserables, tan azul como los ojos pintados sobre el oro, podrá ver en su pupila oscura lo que éstas ven de cuanto a él le concierne en la totalidad del mundo.

Olivier subía con la cabeza levantada, sin poder apartar su vista de esa mirada que no lo miraba. Debajo de los ojos, en el lugar de la nariz, había pintado en azul un signo que se asemejaba al de interrogación, el cual correspondía a la cifra 1 en nepalés. La unidad del todo, de la diversidad, de lo único, en la que hay que fundirse para ser uno.

Para Olivier, era sólo un signo de interrogación angustiante debajo de esos ojos que veían algo. ¿Qué? A su alrededor, hombres y mujeres contentos subían por el camino escarpado, llevando lámparas que ardían con un olor a manteca frita y a cabra. Era un multitud lenta y dichosa, que llevaba sus hijos, algunos suspendidos por una tela en las espaldas de sus madres, otros alzados en brazos por los padres, con una delicadeza y una ternura infinitas. Y al son de los pequeños violines y de las orquestas disonantes, ese gusano de luces ascendía hacia la blancura redondeada del cielo que Olivier ya no veía. Sólo veía el azul nocturno que miraba a lo lejos y veía, y el signo de interrogación que le preguntaba qué hacía allí, como un imbécil, lejos de Jane, habiéndola abandonado una vez más... Aun cuando fuera por ella para llevársela y salvarla, ¿acaso era eso más importante que estar a su lado, alrededor de ella, dándole el abrigo y la tibieza que necesitaba?

Con la cabeza alzada, miraba los ojos serenos, sin emoción humana, los ojos circundados de oro que veían y sabían. Bruscamente comprendió, supo que se había extraviado en un camino estúpido e inútil, que era culpable y loco. Dio media vuelta y comenzó a abrirse paso a codazos, gritando e injuriando, a través de la muchedumbre pacífica y sin problemas que subía hacia el Seno y hacia la Luna, y que hacía lugar indulgentemente a ese pobre muchacho perdido que venía del otro lado del mundo, donde no se sabe nada.

Ted atravesó el palier y se detuvo ante la puerta de la habitación de Jane, bajo la cual se filtraba un rayo de luz. Escuchó. Luego de un momento de silencio, ella prorrumpía en una especie de estertor mezclado con sollozos. Él sabía que en ese momento la falta de la droga le estaba royendo el vientre.

Giró con precaución el picaporte y entró despacio, pero sin vacilación. No había que darle tiempo a que tuviera miedo y a verlo con la apariencia de un monstruo, un dragón, una araña o Dios sabe qué. Mientras avanzaba, le hablaba con una voz muy apacible.

—Buenas noche, Jane, ¿la cosa no anda bien?

Ella sacudió débilmente la cabeza, significando que no. Tenía los ojos muy abiertos, la cara crispada y cubierta de sudor; la sábana que la cubría a medias estaba arrugada y húmeda.

—¿Se siente mal?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Estos médicos no son siempre inteligentes... Usted sabe, sobre todo aquí... Para terminar como médico en Katmandú, es necesario no haber encontrado lugar en ninguna parte...

Se arrimó a la cama y empezó a poner sobre la mesa de luz los objetos que sacaba del bolsillo.

—Yo la aliviaré. Pasará bien la noche y guardaremos el secreto...

Al ver la jeringa hipodérmica, Jane se reincorporó bruscamente. Él la hizo recostar hablándole con suavidad, levantó la manga derecha del camisón, le ciñó el brazo con una gruesa goma en la que enroscó un lápiz. Inocentes objetos...

Las venas tardaron mucho en hincharse. Ted se inquietó un poco: en verdad, estaba en las últimas; sería desagradable que ocurriera algún accidente. Pero después de todo, el mismo médico no lo había ocultado, ya que dijo: «Por lógica, debería estar muerta». No obstante, lo haría con cuidado. Medir bien la dosis. Nunca la había usado para él, pero no era la primera vez que la empleaba con esas chiquilinas. Cuando entraban en éxtasis, no se daban cuenta de que se parecía a un cerdo, y él mismo por algunos segundos, llegaba a olvidarlo...

Encendió la lámpara y levantó la tapa de la caja de jade. Ahí estaba el polvo blanco.

—Y ésta es pura —dijo—. No esa mezcla farmacéutica que le da el matasanos.

Tomó un poco del polvo blanco con la cuchara de plata, reflexionó, vaciló, volcó una pequeña porción en la caja, y comenzó a pasar la cuchara por encima de la llama con olor a cabra.

Olivier corría como un loco a lo largo del torrente que caía por el flanco de la montaña antes de convertirse en arroyo. Adivinaba los obstáculos en la sombra, saltaba los matorrales y las raíces, impulsado por una fuerza cósmica o divina, lo ignoraba, ya que sólo sabía que estaba allí cuando debía estar allá abajo, y que le era necesario atravesar, pulverizar, violar el espacio y el tiempo. Iba más rápido que el mismo torrente cayendo de roca en roca con un ruido de agua rota.

—¡Oigo el agua!... ¡Oigo el agua!... —dijo Jane—. Oigo el agua... ¡El agua!...

Nunca, pero nunca, se había sentido tan feliz, liviana, universal, trascendida... Había olvidado la inyección. Después de haber sufrido en su vientre la picadura de mil víboras, ahora era una nube de luz...

—Olivier está en el agua... Viene... Por el agua... Viene...

—Sí —dijo Ted—. Viene, Olivier llega, está aquí...

Se sacó la bata. Los ojos extasiados de Jane miraban a través del cielo raso a un Olivier llevado sobre el agua, en el agua, pez, nenúfar, anguila, anguila enorme en

ella, flor de agua, Olivier, reflejos sobre el agua, sol, el sol en el agua; Olivier el sol...

—Olivier...

—Viene —cuchicheó Ted—. Ya está aquí...

Levantó la sabana, le subió el camisón y la contempló. A pesar de su flacura, era increíblemente bella. Se llenó los ojos de ella y se acostó a su lado.

—¿Olivier?... ¿Olivier?... ¿Eres tú? —Preguntó Jane.

—Estoy aquí... Estoy aquí... —susurró Tedd.

En la ancha cama, estaban un poco separados. Apagó las luces y empezó a acariciarla. Jane lanzó un inmenso suspiro de felicidad...

—¡Olivier!...

La moto volaba hacia Katmandú. Sus tres faros enceguecían a la gente, alumbraban en las curvas provocando el aullido de los perros. Al fin, en el extremo de la ruta recta, sólo a unos pocos kilómetros, apareció Katmandú. Olivier trataba de aumentar la velocidad más allá de lo posible, inclinándose sobre el manubrio como los hacían los campeones que vio por televisión. Entró en la ciudad sin desacelerar. Una pacífica vaca estaba atravesada en la ruta, perpendicular a la moto. Se la llevó por delante y la volteó. Olivier fue lanzado por encima de la vaca. Aún tuvo la fuerza para pensar que había cometido el mayor crimen. Si la vaca moría, le darían diez años de prisión. Si sólo resultaba herida, lo encerrarían antes de expulsarlo. Pudo levantarse, correr, caminar o arrastrarse, hasta que se desplomó. La piel de su mejilla derecha y de sus manos estaba totalmente desgarrada, y la cabeza le dolía de una manera atroz. Se desmayó.

Cuando volvió en sí, no supo por cuánto tiempo había perdido el conocimiento. Todavía era de noche. El cielo de una limpieza absoluta, mostraba un tapiz de estrellas entre los techos de la angosta calle. No había luz alguna. Hasta el farol de la esquina estaba apagado. Después de un momento de confusión, supuso que la luna había llegado a la cima. En efecto, vio que sobre el costado derecho todas las casas recibían en lo alto una franja de luz azulada.

Se incorporó con dificultad; le dolía la cabeza y no sabía dónde estaba. Miró a su alrededor y advirtió, por encima de todos los techos, la cúpula del gran templo iluminada por la luna. Caminó en esa dirección y poco a poco reconoció las calles, llegando a la callejuela trasera de «Ted and Jack».

La caminata lo había aliviado y le dolía menos la cabeza. Introdujo la llave y abrió suavemente la puerta. No quería despertar a nadie. Toda su aventura ahora le parecía absurda. ¿Por qué había regresado? Cuando estuvo al pie de la escalera se detuvo a escuchar. Todo estaba en silencio, todo andaba bien, simplemente había perdido el tiempo, roto su moto y comprometido su permanencia en Nepal. Había actuado como un loco, estaba herido, agotado, sentía vergüenza y tenía ganas de desplomarse en algún lado y olvidar. Nunca hizo nada de bueno y en cambio

lastimaba a quienes quería, ¿por qué se había mezclado en el asunto de Marss y su madre, si ella gritaba bien fuerte que era dichosa? Dormirse, olvidar... Se acostaría en el diván del escritorio... Pero antes echaría una mirada a Jane, para asegurarse de que estaba bien. No, a Jane no podría hacerle mal, ya que la amaba y ella le correspondía, todo cuanto hacía era por ella, sólo que debía reflexionar un poco antes de dejarse arrastrar por impulsos irracionales, como un chiquilín furioso. Ella era dulce y razonable, y lo ayudaría.

No obstante sus precauciones, hizo crujir algunos escalones. Entró en el escritorio para mirarse en un espejo, aunque no recordaba si había alguno, y arreglarse un poco; no quería asustar a Jane, si la encontraba despierta.

Se lavaría la cara con la ayuda de la camisa y un poco de *whisky*.

Se sorprendió al ver que el escritorio estaba iluminado, el diván abierto y las ropas de Ted tiradas en cualquier parte, su pantalón enorme, su camisa blanca, los zapatos, las medias. Ya no pensó más en el espejo...

Salió del escritorio y atravesó el palier. Vaciló un instante ante la puerta de Jane, enseguida la abrió con suavidad para no despertarla. La habitación estaba a oscuras, pero no así el cuarto de baño cuya puerta estaba abierta. Le fue suficiente ver la sábana en el suelo y a Jane en la cama con la piernas abiertas, su camisón levantado por encima de los senos, el bajo vientre mostrando las huellas frescas de la visita de un hombre.

Petrificado por un instante, corrió luego hacia la cama gritando: «¡Jane!».

Su grito la sacó de su sopor, espantándola. Vio inclinarse sobre ella, en la semioscuridad, una cara sangrienta y gesticulante, como la de los dioses encargados de asustar a los demonios. Gritó y llamó a Olivier, quien le dijo que era él mismo, tratando de tomarla en sus brazos y tranquilizarla, aunque no lograba sino aumentar su pánico. Ella se resistía, mirándolo con ojos llenos de horror mientras trataba de hundirse en el colchón. De pronto se apagó la luz del cuarto de baño. Entonces Olivier se dio cuenta de que el canalla estaba todavía allí. Corrió hacia la puerta de la pieza y se adosó a ella. Por la ventana abierta entraba la luz azul de la luna y la brisa del amanecer ondulaba la ligera cortina transparente.

Sus ojos se acomodaron rápidamente a la penumbra y percibió la masa negra de Ted que iba cautelosamente hacia la puerta, con la que Olivier se confundía.

Apretó los puños, movió sus antebrazos para templarse, con un odio homicida, carnicero, como el del tigre, si éste no fuera un asesino inocente.

Ted llegó a su lado, Olivier contuvo la respiración.

Ted tendió lentamente la mano hacia el picaporte y encontró la de Olivier, que se cerró sobre sus dedos rosados como un estuche de hierro.

Ted lanzó un «¡ah!» de pánico y terror apenas contenido. Olivier aseguró su presa con su otra mano, desollada, después le dio un salvaje rodillazo en el bajo vientre. Pero el cinturón flojo de la baja amortiguó el impacto, aunque fue suficientemente violento para que Ted se pusiera a aullar retorciéndose. Olivier seguía teniendo su

mano derecha entre las suyas sangrantes. Se desplazó, giró un poco y bajó violentamente el brazo de Ted contra su rodilla levantada. El codo crujió. Ted bramó. Olivier lo agarró por el cuello y empezó a estrangularlo. Pero su cuello era enorme y estaba traspirado y las manos de Olivier sangraban sobre el sudor, y se resbalaban. Ted se libró y corrió al cuarto de baño. Olivier lo alcanzó antes de que consiguiera cerrar la puerta, lo volteó y comenzó a destrozarle la cara a cabezazos.

Para Jane, todo eso era una visión infernal. En la oscuridad vagamente azulada por la luna, distinguía dos demonios que luchaban y gritaban. Se agrandaban sin cesar, saltaban del piso al cielo raso, llenaban el ámbito oscuro de la pieza y pronto estarían sobre ella... Consiguió levantarse. Huir, escaparles, huir hacia la luz por la ventana azulada... Caminó, se tambaleó, se detuvo, no podía más... Un demonio cayó rugiendo junto a sus pies. Su miedo acrecentó sus últimas fuerzas. Corrió, saltó hacia las cortinas, las arrastró con ella, traspuso la ventana y voló hacia el cielo...

El suelo de la calle de Katmandú, que desde hace millares de años bestias y hombres sin crueldad y sin pudor alimentan con el producto de sus cuerpos, la recibió con misericordia y le dio paz. Blanca en medio de la cortina blanca, parecía una mariposa, una flor nacida del alba que poco a poco se aureolaba de rojo en la luz rosa de la mañana.

Yvonne, despertada por los gritos y el tumulto, había subido corriendo. Prendía la luz justo en el momento que Jane saltaba por la ventana hacia Dios sabe qué; y si Dios era verdaderamente un juez equitativo la habría recibido directamente en sus brazos, donde encontraría un padre inocente, una madre amante, un Olivier enamorado, y también a Sven y su guitarra, a sus camaradas y a las flores y pájaros de este mundo, y aún más de cuanto este mundo pudiera nunca contener.

Los dos hombres estaban en el suelo cerca de la cama. Ted llevaba ventaja dado su peso y aplasta a Olivier apretándole la garganta con su mano izquierda. Pero tenía los dedos cortos y Olivier le agarró el brazo roto y se lo torció. Ted lanzó un grito espantoso y rodó sobre su costado.

Yvonne vino hacia ellos y los golpeó con sus pies mientras injuriaba y gritaba el nombre de Jane. De un vistazo había visto sobre la mesa de luz la jeringa, la lámpara, la caja de jade todavía abierta. Ted, el innoble, el miserable cerdo...

Al escuchar «Jane», Olivier se levantó de un salto. La sangre de la mejilla le chorreaba por el cuello y la espalda. Vio la cama vacía, las cortinas arrancadas, la ventana abierta. Tomó una silla y golpeó al voleo la cara de Ted que se reincorporaba, luego corrió hacia la escalera.

—¡Bestia inmunda! —dijo Yvonne—. ¡Basura! ¡Espero que te mate!...

Con la nariz aplastada y la frente abierta, Ted aún no comprendía lo que había pasado.

—Estaba... Estaba loca... —dijo—. Estaba drogada... No es la primera vez que una drogada se tira por la ventana... Ese canalla me ha roto el brazo... ¡Llama al médico!... ¡Ve a llamar por teléfono!... ¡Rápido!...

El dolor de su codo le arrancaba gritos que no podía reprimir. Fue hacia la mesa de luz y quiso guardarse la jeringa en el bolsillo pero Yvonne le golpeó el brazo roto. Aulló y estuvo a punto de desmayarse. Ella le sacó la jeringa, la volvió a poner junto al resto de las cosas, lo empujó fuera de la pieza, la cerró y se guardó la llave en el bolsillo del pijama...

—Baja —dijo—. Voy a telefonar...

Olivier se inclinó sobre Jane. Sus grandes ojos violetas estaban abiertos y su boca entreabierta. Un poco de sangre corría de la oreja izquierda y de la comisura derecha de la boca, y un hilillo de sangre se redondeaba como una nube bajo la cabeza, sobre la cortina blanca.

No podía creerlo. Le dijo dulcemente: «¡Jane, Jane!...». Pero Jane ya no era más Jane, era nada más que algo roto y que, muy pronto, iba a transformarse en otra cosa.

Pasándole una mano bajo la espalda, la levantó con lentitud. Su cabeza cayó hacia atrás y la boca se abrió como un agujero. Cerró los ojos para no verla, apretó contra su mejilla desollada la mejilla todavía cálida de esa niña que amaba y a la que no podría querer más, que no era ya nada, nadie, sino carne muerta, sangre sobre la que se posaban las primeras moscas del alba...

Al final de la calle, el gran techo del Templo tenía el color rosa del día naciente, y aún más alto, en el medio del cielo, la cumbre de la Montaña inmutable de donde llegaba el día ponía sobre la cara de Jane una luz azulada y blanca, ligera, esa que no dura sino unos segundos antes de que el polvo se levante bajo los pasos de los hombres.

Empezaban a abrirse las ventanas y llegaba gente, algunos se detenían con sus cargamentos de verduras, a distancia, con respeto, con compasión...

Olivier apoyó lentamente el busto de Jane en el suelo como una madre pone en la cuna a su hijo dormido. No le cerró los ojos ni la boca. Eso ya no tenía significado.

Se levantó y alzó bruscamente la cabeza. Vio a Ted quien lo miraba desde la ventana del primer piso. En la otra ventana estaba Yvonne. Ted entró inmediatamente.

Olivier caminó con calma hacia la casa, entró en el patio y cerró la puerta con violencia. Al llegar al pie de la escalera, descolgó el sable curvo sobre el que estaba la cabeza de búfalo.

El arma era pesada como un martillo para forjar un cañón. Comenzó a subir sosteniéndola con una mano por la empuñadura y con la otra por la punta.

Ted, apoyado de espaldas contra la puerta del *living*, corrió el cerrojo con su mano sana y dio vuelta la llave, sin dejar de implorar a Olivier, cuyos pasos sonaban inexorables.

—Escucha, Olivier, de todas maneras, el médico había dicho que ya estaba perdida... ¡No te lo dijo, pero a mí sí!... ¡Perdida! ¿Comprendes? ¡Iba a morir!... ¡Tal vez sea mejor así, ya que no ha sufrido!... ¡Yvonne habló por teléfono con el médico, y ya viene para aquí!... ¡Quizá la pueda salvar!... ¡No hay por qué hacer un drama!... ¡Cuando legan aquí, todas esas chicas ya están en las últimas!...

El ruido de los pasos de Olivierse detuvo en el pasillo.

—Yo... Yo me acosté con ella... bueno... ¡De acuerdo!... ¿Crees que soy el primero?... ¿De qué piensas que vivía?... ¡Son todas iguales!... ¡Es necesario que paguen su droga!... ¡Todo el mundo se las pasa!... ¡Hasta los tibetanos!... ¡Por lo menos yo soy limpio!...

En el pasillo se escuchó un «¡pan!», un golpe contra la madera, y la mitad de la hoja pasó a través de la puerta.

Ted dio un salto atrás y lanzó un grito, pues no había vuelto a pensar en su brazo roto.

Miró a su alrededor. El terror y el sufrimiento habían descompuesto su tinte rosado: era verde con placas rojas, y un hilo de sangre corría de la nariz y de la piel desgarrada de su frente.

Yvonne llegó desde el dormitorio donde estaba el teléfono. Miró la puerta, vio desaparecer la hoja, hubo un nuevo golpe y un pedazo de la puerta voló al medio de la pieza.

—Te matará —dijo ella—. Te matará como a una bestia.

Ted, sosteniendo el brazo derecho con la mano izquierda, sudando de dolor, llegó hasta la mesa donde todavía estaban las armas del safari. Tomó un cargador con la mano izquierda, con ocho balas para tigres, y trató de introducirlo en un fusil de caza.

Yvonne se le arrojó encima pero la rechazó con toda su fuerza. Cuando volvió a la carga, Ted agarró el fusil por el caño y le dio un golpe en plena cara. Ella cayó sobre el diván y no se movió más.

Ted consiguió introducir el cargador, se sentó en una silla y apoyó el caño del fusil sobre el borde de la mesa.

Una vez más, la hoja del sable atravesó la puerta y arrancó otro pedazo de madera espesa y dura.

Ted disparó. Dos veces. La hoja, que se estaba retirando fue detenida en seco en su movimiento de retroceso y ya no se movió.

—¡Olivier!... ¡Olivier!... —llamó Ted—. ¿Me oyes?... ¡Estás por romper mi puerta, tengo derecho a matarte!...

Mientras hablaba, arrastraba su silla cerca de la puerta y luego traía otra.

—¡No te hagas el idiota! Escucha, esos tres mil dólares, yo te los doy... Puedes empezar una nueva vida...

Se sentó y volvió a apoyar el caño sobre el respaldo de la silla que tenía delante. La extremidad del caño estaba a unos centímetros de la puerta, a quemarropa.

La hoja del sable recomenzó lentamente a retirarse. La voz de Ted se alteró:

—¡No te hagas el idiota, Olivier! ¿Acaso conoces a muchos chicos con tres mil dólares, a tu edad? ¡Podrás convertirte en un tipo formidable! ¡Mujeres de verdad! ¡Y nada de drogadas o de putas!... ¡Cuidado, si sigues te mato!

La hoja del sable desapareció del otro costado de la puerta. Hubo un silencio que duró un segundo, una eternidad.

—¡Habla de una vez! ¡Di algo! —gritó Ted...

Con un ruido terrible la hoja golpeando al sesgo, destrozó todo el panel de la puerta.

El disparo sonó casi antes de que el sable hubiera comenzado a pasar a través de la puerta.

El fusil cayó. Ted tuvo fuerzas para levantarse. Su vientre sangraba por una enorme herida. Giró y se enfrentó con Yvonne, que sostenía con las dos manos, torpemente, una enorme pistola de caza con la que le había disparado en los riñones. Ella apretó de nuevo el gatillo y le vació todo el cargador. Las balas lo atravesaron, le arrancaron un hombro al salir, proyectándole contra la pared, donde quedó de pie, bajo la fuerza del impacto.

Luego cayó hacia adelante, de bruces.

Olivier acababa de pasar a través de la puerta rota. Su cara desgarrada sangraba. Tenía el pecho atravesado por una bala y la sangre le mojaba la cintura y el muslo. Reuniendo sus últimas fuerzas, lento y pesado, como una estatua de piedra, avanzó hacia el cuerpo destrozado de Ted sobre la alfombra.

Cuando llegó a su lado, hizo un esfuerzo increíble y levantó el sable con las dos manos, como un sacrificador. Pero sus fuerzas lo abandonaron. Cayó de rodillas, el peso del sable arrastró sus brazos y la punta se clavó en el piso, a través de la alfombra, a unos pocos centímetros del cuello de Ted.

Olivier sintió que iba a desmayarse, se aferró con las manos a la empuñadura del sable y apoyó la cabeza sobre sus manos.

Parecía un caballero rezando.

Un golpe de luz enceguecedor entró por todas las ventanas, palpitó y se extinguió, dejando tras de sí en la sala un día oscuro como una noche. Un estallido poderoso hizo temblar el piso y las paredes. Las montañas lo repetían sobre el valle, donde un ejército de tanques innumerable y enloquecido.

Hubo otro relámpago, al que sucedieron muchos más, cada vez más próximos, y los truenos se soldaron en un bramido ininterrumpido, con un fragor paroxístico o ronroneos casi apacibles.

A cada desgarramiento del cielo, Olivier era sacudido por un movimiento que venía de su interior. Su cuerpo, a punto de despertar, luchaba contra su mente, que aún retardaba el momento de reencontrar sus recuerdos.

Las vendas le cubrían la cara y el pecho. El resto del cuerpo estaba desnudo, pero la sábana de la cama de hospital le tapaba hasta las caderas. Sobre lo que se veía de su carne el sudor brotaba y corría...

Jacque, sentado a su cabecera, lo miraba con inquietud. Había llegado a tiempo para darle sangre. El interno nepalés le había dicho que de un momento a otro recobraría la conciencia, ya que sólo sufría el efecto de una suave anestesia. Jacques

traspiraba tanto como Olivier. Sentía una especie de náusea y un ligero vértigo, que atribuía al hecho de haber dado sangre o quizás al detestable olor a éter que llenaba el hospital.

Olivier era el único europeo de la sala. En las otras camas yacían los nativos, que en lugar de esperar en sus casas que el mal se alejara o la muerte los librara de él, habían preferido confiarse a manos extranjeras. En su mayor parte eran hombres jóvenes, más aptos que los viejos para aceptar los cambios y que, bajo la influencia de Occidente, empezaban a sentir el sufrimiento y a temer la muerte.

Hubo un relámpago y un trueno simultáneos. Pareció que la tierra y el cielo lanzados el uno contra el otro se estrellaban y se deshacían. Enseguida, un ruido enorme y suave sumergió la ciudad, ahogó los resplandores furiosos del trueno y llenó el valle. La lluvia... Llegaba el monzón. Cada gota era gruesa como un fruto, y todos los dioses juntos no alcanzarían a contarlas. Estallaban al tocar el suelo, lo maltrataban, los descascaraban, lo limpiaban, empujando hacia los arroyos, los riachos y los ríos un año de polvo, de residuos, de excrementos, una espesa cosecha que después de haber ahogado a los imprudentes y a los animales extraviados haría crecer las más hermosas legumbres del mundo.

Una vasta calma invadió la sala, relajó los músculos crispados y calmó los nervios. Olivier cesó de temblar, y al cabo de un momento abrió los ojos. Oyó el ruido de la lluvia y, más allá, la cólera sofocada de las nubes. Veía un rostro borroso que se inclinaba sobre él, y la memoria llegó aún antes de que reconociera a su padre.

Jacques le preguntó dulcemente cómo se sentía. No respondió. El mundo de fuera de sus ojos estaba cubierto de bruma, pero dentro de su cabeza se dibujaban las imágenes. Las miraba, las reconocía y se sentía transido de horror.

Cerró los ojos para ahuyentarlas, pero las imágenes estaban en él y sabía muy bien que no eran los restos de una pesadilla. Todo eso era real, real... Jane con las piernas abiertas sobre la cama, Jane extendida en la calle, su boca abierta con un poco de sangre en la comisura de los labios... Era verdad, era lo que había sucedido y nadie podría hacer que no fuera cierto para siempre.

Reabrió los ojos y vio el cielo raso y la cara de su padre, a quien reconoció. Al principio no consiguió pronunciar palabra, pero al fin pudo preguntar:

—¿Es verdad?

Jacques comprendió la pregunta y asintió varias veces con la cabeza, suavemente, con una gran piedad.

Olivier se refugió en el delirio y la inconsciencia. Pero bajo esas representaciones exageradas y horrorosas, también encontró la insoportable verdad. Luchó contra ella durante días y noches, mientras la lluvia seguía cayendo sobre Katmandú, lavando y anegando la ciudad. Sus habitantes habían descubierto el paraguas al mismo tiempo que la rueda. Por encima del río de barro amarillento corrían desnudos bajo la lluvia, riendo, gritando, levantando la cara hacia ella para beberla. Las vacas y los perros la recibían y se embrollaban, rodando en los charcos, lamiéndose y frotándose contra

los dioses. Todos los cuervos color habano se habían reunido sobre los techos del gran Templo y la lluvia chorreaba sobre sus plumas impermeables. Graznaban a coro su reconocimiento y su placer. La lluvia lavaba el rostro de los dioses del polvo amarillo, rojo o blanco que los cubrían. Estarían como nuevos para nuevas ofrendas. Y en la tierra fecunda del valle, el grano se saciaba de agua y germinaba.

Casi al final de sus fuerzas, Olivier se apaciguó. Dejó de luchar y aceptó la verdad. Le bajó la fiebre, cicatrizó la herida y engordó un poco. Cambiaba algunas frases con su padre, quien lo visitaba a la mañana y al anochecer. Nunca hablaba del pasado. Algo se había apagado en su mirada. Sus ojos semejaban dos piedras preciosas que durante largo tiempo no han sido usadas, por lo que se dice que están muertas.

En cuanto su estado lo permitió, Jacques lo trasladó a su departamento que ocupaba el primer piso de una vieja casa. Jacques había puesto vidrios en las ventanas, alfombras en el piso de tierra apisonada; sobre los muros se veían trofeos de caza y admirables cuadros antiguos, sobre papel, que representaban las aventuras de los dioses. Las camas estaban hechas a la manera indígena, es decir, con colchones colocados directamente sobre la tierra, pero en este caso lo estaban sobre pieles de tigres, cubiertos con sábanas de seda de la India y mantas de lana del Tibet. Un nepalés sonriente, al que Jacques había instruido, hacía la comida en una chimenea con fuego de leña.

Al tercer día Olivier pudo levantarse, pero no salió del departamento y ni siquiera se acercó a la ventana. Permanecía toda la tarde sentado en un sillón inglés, escuchando el fragor de la lluvia y el ruido lejano, ininterrumpido, del trueno que llegaba entre la espesa lluvia.

Cuando entró su padre, le dijo que quería irse lo antes posible. Jacques le contestó que todavía estaba débil, que era demasiado prematuro. Debía esperar. Pero Olivier dijo «no».

Estaban sentados frente a la chimenea en la que ardía un fragante leño. La comida se cocía en la olla de barro. Detrás de ellos, el nepalés, descalzo y silencioso, tendía la mesa. Jacques se puso a contarle lo que había pasado después que él cayera de rodillas junto al cuerpo de Ted, tendido sobre el vientre, con la cabeza torcida y el hombro despedazado. A Yvonne no le había sido difícil demostrar, valiéndose de la caja llena de heroína, la jeringa y gracias a la autopsia practicada a Jane, que Ted la había drogado deliberadamente antes de...

—Perdóname, no debería hablarte de esto, pero en fin, ya lo sabías... Las autoridades comprendieron que habías actuado como un justiciero y que Yvonne disparó sobre Ted cuando él te iba a matar... No había culpable... O más bien el culpable estaba muerto... Pero estos líos entre occidentales les molestan... No quieren que arreglen sus cuentas aquí. De modo que expulsaron inmediatamente a Yvonne... Aún no había cicatrizado su herida, el culatazo en la frente... Y también a ti decidieron expulsarte en cuanto pudieras viajar. Pero logré que rectificaran su

decisión... Lo que resultó bien difícil, no por lo de Ted, sino por la vaca... que felizmente no estaba muerta. En fin, me dijeron que podrías quedarte... ¡Ahora soy el patrón, y encontré un cofre lleno de dólares!... El muy cochino no se dedicaba solamente a vender estatuas... También heroína, seguro. Entonces te quedas conmigo, instalaremos un negocio formidable, completamente modernizado... ¡En el fondo, Ted era un incapaz, no tenía envergadura!... Yvonne me espera en Francia, entre sus remolachas... Pero eso no es serio... Yo la quiero, pero... ¿te das cuenta?... ¿Qué tengo que ver con las remolachas? Fíjate que ya no tiene problemas, pues se llevó las joyas, todo un paquete... ¿Sabes dónde encontré la combinación de la caja fuerte?... ¡En la agenda de Ted, en la letra «C», simplemente!... A pesar de todo no era demasiado malo... Ella se consolará, fíjate que todavía es bonita... Pero entre ella y yo no había realmente nada... Lo que me faltaba aquí era un amigo... ¿Entonces estamos de acuerdo?... ¿Tú y yo?...

Hablaba y hablaba. Al principio, Olivier lo había mirado, pero después se puso a contemplar el fuego mientras el ruido de las palabras se mezclaba con el de la lluvia y el trueno, y nada de eso tenía un significado, no era sino un ruido absurdo e inútil...

Jacques se detuvo para respirar. Olivier preguntó en voz baja:

—¿Qué han hecho con Jane?

Jacques, que estaba por recomenzar su discurso y desplegar sus argumentos, se calló, y comprendió que había hablado en vano. Pasaron unos segundos antes de que dijera:

—La quemaron...

Crujió un leño y despidió chispas hacia la olla...

Olivier se acordó de Sven, de Jane tendida cerca de las llamas, y el vagabundo de los dos mundos...

—Nadie ayuda a nadie...

Nadie...

Se volvió a su padre y le preguntó con una mirada de niño:

—¿Qué quiere decir todo esto?... ¿Por qué?... ¿Para que servimos?

Un padre debe conocer todas las respuestas. Pero Jacques ignoraba la que debía dar ahora. Levantó un poco los hombros, lentamente, los dejó caer y suspiró.

Toda la planicie del Ganges estaba anegada. Después de seis meses de sequía un monzón espantoso había abierto sobre todo el país las más grandes esclusas del cielo. El agua invadía pueblo tras pueblo, ahogaba el ganado, arrasaba las paredes de tierra de las casas, alcanzaba a los campesinos, los monos y las gallinas refugiados en los techos y los arrastraba en sus pesados remolinos amarillentos, hombres y animales mezclados entre los árboles arrancados de cuajo y todo tipo de desechos. Los buitres, encaramados como frutos sombríos a los árboles que quedaban en pie, a veces se abatían, pasajeros torpes y hambrientos, sobre un cadáver en viaje, picoteándolo, sacudiéndolo, y abandonándolo cuando se balanceaba demasiado.

Olivier caminaba bajo la lluvia por la pista inundada. Había dejado Katmandú con

un pasaje para París. Su padre le había dicho recomienzan las clases debes terminar tu carrera serían un error abandonarla en el fondo no has pasado sino unas vacaciones un poco agitadas y ahora regresas. Pero su broma le había molestado a él mismo. Después de un silencio, le preguntó con alguna ansiedad:

—¿Nos volveremos a ver?

Olivier había respondido:

—Sí...

Pero ninguno de los dos estaba seguro de la significación de ese «sí». Olivier había rechazado el dinero que su padre quiso darle. ¿Viniste a reclamarme treinta millones y ahora que te doy tres los rechazas?

A pesar de su silencio, Jacques le había puesto los dólares en el bolsillo, prometiendo mandarle a Martine, a la abuela, a Yvonne, a todo el mundo... Seguramente, después de un tiempo se quedaría de nuevo sin un centavo. Emprendería otra aventura ilusoria... o tal vez iría hacia las remolachas... A pesar de su cara fresca no era muy joven. Él mismo lo sabía...

Olivier había aceptado el pasaje y un poco de dinero para no tener que dar explicaciones. Pero ¿qué hubiera explicado? ¿Acaso sabía qué deseaba? ¿Qué habría podido decir? Las palabras le parecían cargadas de futilidad, de falsedad. Ninguna de ellas transmitía ya su verdad primitiva.

Pero cuando su padre lo abrazó en el aeropuerto de Katmandú supo que no iría a París.

Durante la escala en Delhi, salió del edificio del aeródromo y entró en la lluvia. Alquiló un *jeep* y logró que el chofer comprendiera el nombre de Palnah. Pero el conductor no sabía donde quedaba. Sin embargo arrancó, deteniéndose varias veces para preguntar, a un agente, a un comerciante, a un portero de hotel «¿Palnah? ¿Palnah?». Nadie sabía dónde estaba. Por fin consiguió alguna información en una estación de ómnibus. Pero entonces se asustó y le dijo a Olivier que Palnah quedaba en una llanura inundada y que era imposible llegar. Olivier no comprendió, y creyendo que el chofer quería más plata, le dio el resto de cuanto tenía. El chofer le agradeció juntando las manos, tomó el volante y partió. La lluvia golpeaba la capota como la piel de un tambor, se pulverizaba a los lados, entraba por las ventanillas y por todos los intersticios. Estaba dentro y fuera del *jeep*. El vehículo avanzó durante horas y llegó a la zona anegada. Sólo emergía la carretera construida sobre el nivel del terreno. Tanto a la izquierda como a la derecha, desde el suelo hasta las nubes, era el reino del agua. El chofer continuó hasta donde la ruta desaparecía. Se negó a seguir. Olivier descendió y prosiguió a pie. El chofer lo miró hasta que desapareció en el espesor de la lluvia.

Entonces regresó marcha atrás, ya que entre las aguas de uno y otro lado era imposible virar.

La lluvia caía del cielo para ahogar lo que debía ser ahogado, lavar lo que podía renovarse, y hacer germinar lo que tenía que nacer. Olivier caminaba en su espesura

hacia la mirada de una niña que había esperado algo que él no le había dado.

La lluvia le entraba por el pelo, le cubría la cara como una cortina, le golpeaba las espaldas, atravesaba sus vestimentas, fluía a lo largo de él como un río hasta desembocar en el agua amarillenta que crecía y se arremolinaba lentamente y volvía a crecer.

Caminaba en línea recta. Sabía que era en línea recta y si perdía la pista y se ahogaba, paciencia. Avanzaba hacia la imagen de una niña confiada que se había apoyado en él para dormirse y a la que entonces había apartado para marcharse.

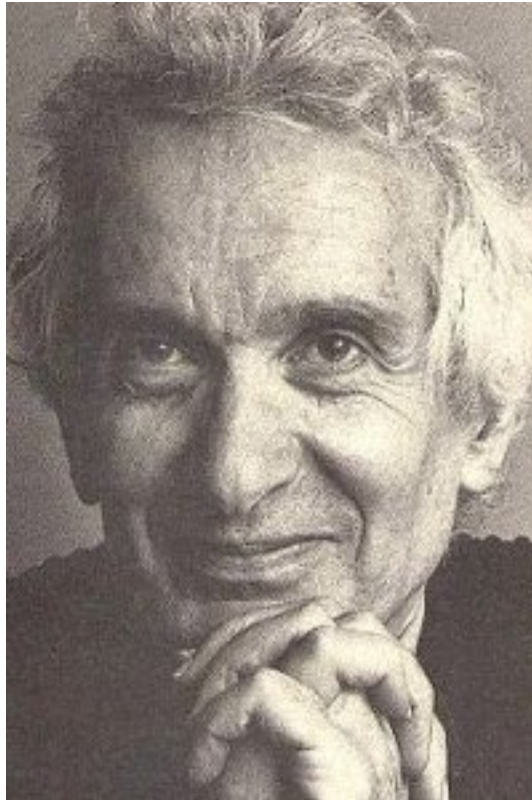
Andaba cada vez menos ligero, pues el agua iba cubriéndole las piernas. Le daba igual. Llegaría cuando tuviera que llegar. El bolso le estorbaba, de modo que lo tiró: no tenía necesidad de nada. En la inmensa espesura de las nubes, el trueno era un rumor continuo, la voz de un pueblo de dioses que hablaban con piedras en sus desmesuradas bocas.

Pronto, Olivier sintió que estaba desnudo. El agua lo había despojado del ropaje de su pasado y de sus dolores. Delante de él venía la niña desnuda, sonriendo y tendiéndole el cuenco lleno de agua de sus dos manos juntas. Él iba a buscarla y a aceptar lo que ella le ofrecía. Pero no se acercaba solo. Jane estaba con él, desnuda con él, también su madre, desnuda con él, su padre, sus camaradas, Carlo, Matilde, hasta los policías avanzaban con él en la densidad del agua del cielo, desnudos y libres de sus mentiras. Era el crepúsculo, y vio en el horizonte una ligera curva emergiendo del agua, un esbozo de colina, una esperanza de impulso sobre lo que las familias habían levantado sus casas irrisorias. Supo que era Palnah y que todos sus hombres, sus mujeres y sus niños estaban luchando para salvar sus pozos, sus animales, sus casas y sus vidas, con la ayuda de Patrick, o de otro, o de nadie.

Mientras caminaba cada vez con mayor dificultad, con toda su voluntad y todos sus músculos, hundido en el espesor de una lluvia que colmaba el espacio entre el cielo y la tierra, se preguntaba si encontraría al fin de ese camino inundado, sobre la colina que todavía emergía y donde algunos intentaban sobrevivir, la respuesta a la pregunta que le había hecho a su padre:

—¿Para qué servimos?...

31 de marzo - 13 de septiembre de 1969



RENÉ BARJAVEL (24 de enero de 1911 - 24 de noviembre de 1985) fue un escritor, periodista y crítico francés, famoso por ser supuestamente el creador de la paradoja del abuelo, expresada en su libro *Le voyageur imprudent* (El viajero imprudente, 1943). René Barjavel es el autor de varias novelas de suspenso, pero es sobre todo conocido por sus obras de ciencia ficción, que suelen tratar acerca de la caída de la civilización por culpa de la tecnología, la locura de la guerra y la naturaleza indestructible del amor: (*Ravage*, *Le Grand Secret*, *Nuit des temps*, *Une rose au paradis*). Su escritura es poética, onírica y a veces filosófica. Algunos de estos trabajos tienen sus raíces en un poético y empírico interrogante sobre la existencia de Dios (Notablemente *La Faim du tigre*). Barjavel murió en 1985 y fue enterrado con sus ancestros en el cementerio de Tarendol, frente al monte Ventoux.

Notas

[1] Sotheby es una galería londinense mundialmente conocida, especializada en la venta de cuadros de gran valor y de objetos de arte muy raros.<<